

EL ALFABETO DEL CRIMEN



SUE GRAFTON



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Todo empieza en el lunes de esa semana algo tonta que media entre Navidad y Año Nuevo en el que Kinsey Millhone se encuentra empantanada en un caso de reclamación por incendio provocado. Algo le molesta, pero no consigue dar en el clavo. Para colmo, al abrir el correo de la mañana, se da cuenta de que en la propia cuenta bancaria le han ingresado erróneamente 5000 dólares. Kinsey nunca ha creído en Papá Noel y no va a cambiar de idea a estas alturas. De modo que, resignada, llama al Banco: de pronto el depósito de 5000 dólares deja de ser un error para pasar a ser un buen lío. Tras las primeras averiguaciones, Kinsey descubre que su futuro inmediato está íntimamente ligado al pasado de una familia y el explosivo secreto que la ha protegido durante veinte años. Al ahondar en el caso, descubre que poner a prueba el pasado —y más si es el de una familia— puede tener consecuencias letales, ya que se encuentra siguiendo las huellas de un crimen que conducen al umbral de su propia puerta...

L  **LIBROS**

Sue Grafton

E de evidencia

El alfabeto del crimen - 5

*Para mis dos madres, Viv y Lillian,
ayer y hoy*

AGRADECIMIENTOS

La autora desea agradecer a las siguientes personas la ayuda incalculable que le han prestado: Steven Humphrey; Jim Hetherington, presidente, y Dorcas Lube, jefe de personal, de Hetherington, Inc.; Bruce Boller, vicepresidente primero de Institutional Services, Robert W. Baird, Inc.; Joyce Mackewich y Kim Nelson, de Montgomery, Fansler y Carlson Insurance; Dennis W. Leski; William Pasich; Robert Snowball; Caroline Ware, de Santa Barbara Travel; Elisa Moran, del Santa Barbara County Registrar of Voters; Kathleen Hotchkiss, de Culinary Alliance and Bartenders Local 498, Anne Reid; Frank y Florence Clark, Lynn Herold, doctor en medicina, patólogo jefe del Department of Chief Medical Examiner-Coroner, del condado de Los Ángeles; George Donner, de A-1 Tri-Counties Investigations; Robert J. Lowry, inspector de la División de Investigaciones del Santa Barbara Police Department; y Juan Tejada, funcionario del Santa Barbara County Sheriff's Department.

El lunes 27 de diciembre me hallaba en el despacho tratando de serenarme, ya que me sentía de muy mal humor, de un pésimo humor, de un humor de perros compuesto por un cincuenta por ciento de cabreo y otro tanto de intranquilidad. El cabreo se debía a que acababa de recibir una carta del banco, uno de esos sobres con ventanilla rectangular, por la que se ve un fragmento de papel cebolla de color amarillo. Al principio pensé que me había quedado en números rojos, pero lo que saqué del sobre fue un extracto, con fecha del viernes 24 de diciembre, que me notificaba que se habían ingresado 5000 dólares en mi cuenta.

« Pero ¿qué pasa aquí? », me dije.

El número de cuenta era el mío, pero el ingreso no lo había hecho yo. Sé por experiencia que los bancos son las entidades menos serviciales y atentas del mundo, y la idea de interrumpir lo que estaba haciendo para aclarar el malentendido me resultaba casi insoportable. Puse a un lado el extracto y traté de concentrarme otra vez. Estaba pasando a máquina un informe preliminar que me habían solicitado a propósito de un seguro, y Darcy, la secretaria que trabaja en La Fidelidad de California, acababa de darme un toque para decirme que Mac lo quería ya mismo. Mentalmente le dije a Darcy lo que podía hacer con el informe, pero mantuve la boca cerrada, con lo que hacía gala (pensé) de un admirable dominio.

Volví a sentarme ante la Smith-Corona portátil e introduje en el carro un impreso para solicitar una lista de propiedades aseguradas y siniestradas. Mis ágiles dedos se prepararon para empezar el tecleo mientras repasaba las notas que había tomado. Pero me quedé atascada. Me pasaba algo raro y no acababa de comprender qué era. Volví a echar una ojeada al extracto bancario.

Casi enfocándolo desde el lado cómico, llamé al banco con la esperanza de que la pausa me ayudase a despejar lo que no acababa de ver claro en el caso Wood/Warren, empresa local que se dedicaba a fabricar hornos industriales de hidrógeno. El 19 de diciembre se había declarado un incendio que les había destruido un almacén.

—Brunswick, Servicio de Información al Cliente, dígame.

—Acabo de recibir un extracto —dije—, según el cual ingresé cinco mil dólares en mi cuenta el viernes pasado, pero se trata de un error, porque yo no he efectuado ningún ingreso. ¿Podrían hacer la rectificación oportuna?

—Dígame su nombre y número de cuenta, por favor.

—Kinsey Millhone —dije y le di el número de mi cuenta, pronunciando despacio y con claridad.

Me hizo esperar mientras realizaba las consultas pertinentes con su terminal. Me dediqué a escuchar en el ínterin la música ambiental del banco, una versión de *El buen rey Wenceslao*, que, por cierto, no he entendido en mi vida. Por ejemplo, ¿qué es la Fiesta de Esteban? La señora Brunswick se puso otra vez a habla.

—Señorita Millhone, no acabo de comprender dónde estriba el problema, lo cierto es que obra en nuestro poder un ingreso en efectivo en la cuenta cuyo número acaba usted de darme. La operación se hizo al parecer a través del cajero nocturno y se tramitó durante el fin de semana.

—¿Todavía existen los cajeros nocturnos? —pregunté sin poder contener el asombro.

—Pues sí —dijo—, en nuestra agencia del centro.

—Bueno, pues se trata de una equivocación. Ni siquiera sabía que existiera ese cajero nocturno.

Cuando tengo que hacer una operación y los bancos están cerrados, utilizo la tarjeta y los cajeros automáticos. En fin, dígame usted qué hago ahora.

—Podría obtener una copia de la hoja de ingreso —dijo con escepticismo.

—Sí, por favor. El viernes no hice ningún ingreso y mucho menos por valor de cinco mil dólares. Puede que la persona que lo hizo se equivocara al escribir el número de cuenta en la hoja de ingreso; en cualquier caso, ese dinero no es mío.

Apuntó mi número de teléfono y dijo que me llamaría. Estaba claro que iba a efectuar y recibir un sinfín de llamadas hasta que las cosas volvieran a la normalidad. ¿Y si alguien se ponía a extender cheques a cuenta de los 5000?

Volví a lo que estaba haciendo, medio en Babia todavía. No acababa de concentrarme. El expediente relativo a la reclamación por el incendio de Wood/Warren había llegado a mis manos cuatro días antes, el jueves 23. Ese día había quedado con mi casero, Henry Pitts, para tomar una copa de despedida a las cuatro de la tarde y llevarle a continuación al aeropuerto. Se iba a Michigan, a pasar las fiestas con la familia; tiene parientes que son ya nonagenarios, pero respiran una vitalidad y un optimismo realmente envidiables. Henry solo tiene ochenta y un años, un chiquillo, como quien dice, y, en efecto, estaba tan entusiasmado como un niño ante la perspectiva del viaje.

Aquella tarde me encontraba en el despacho, acababa de poner al día todo el papeleo y no tenía nada que hacer. Salí al balcón (estoy en un primer piso) y me puse a contemplar la V del océano Pacífico que se extiende a la derecha, al final

de la calle State, diez manzanas más abajo. Esto es Santa Teresa, California, 150 kilómetros al norte de Los Ángeles. Aquí los inviernos son fabulosos, mucho sol y temperatura agradable, buganvillas de un púrpura subido, brisas que no molestan y palmeras que agitan la copa para saludar a las gaviotas que las sobrevuelan.

Faltaban dos días para Navidad y los únicos indicios de su cercanía eran las guirnaldas de oropel que decoraban las calles principales. Las tiendas, como es natural, estaban atestadas de clientes y en Deck the Halls había un trío de músicos del Ejército de Salvación dándole a la trompa. Para no aguarme la fiesta, me dije que lo mejor era hacer planes para las cuarenta y ocho horas siguientes.

Cualquiera que me conozca os dirá que me gusta la soltería. Soy mujer, me he divorciado dos veces, no tengo hijos ni parientes cercanos. Me dedico profesionalmente a la investigación privada. En términos generales estoy satisfecha de hacer lo que hago. Unas veces tengo que invertir muchísimas horas en un caso, otras no me despego del volante y otras, en fin, me encierro en casita y me paso los días leyendo. Cuando se acercan las fiestas, sin embargo, tengo que aguzar un tanto el ingenio para que la soledad no me deprima en exceso. El día de Acción de Gracias lo había pasado bien; había estado con Henry Pitts y algunos de sus compinches, que se habían dedicado a cocinar, a beber cava, a reír y a contar anécdotas del tiempo de Mari Castaña; se habían divertido tanto que me habían entrado ganas de cambiar mis treinta y dos años por los suyos.

Pero Henry se iba de vacaciones; incluso Rosie, que lleva el cochambroso bar del barrio en que como a menudo, iba a cerrar hasta el 2 de enero sin querer decir a nadie lo que pensaba hacer durante las fiestas. Rosie tiene sesenta y dos años, es húngara, bajita, cabezona, marimandona y con frecuencia brusca, o sea que no iba a echar demasiado de menos nuestros chismorreos confidenciales. Que fuera a cerrar su casa de comidas no era más que otro desagradable motivo para recordar que estaba sola en el mundo y que más me valía buscarme la vida por mi cuenta.

El caso es que había consultado el reloj y había pensado que ya era hora de volver a casa. Conecté el contestador automático, cogí la cazadora y el bolso, y estaba a punto de cerrar cuando Darcy Pascoe, la recepcionista de la compañía de seguros que tengo al lado, asomó la cabeza. Antaño había trabajado en exclusiva para La Fidelidad de California, investigando reclamaciones por incendios y defunciones poco claras. En la actualidad nos une un acuerdo informal. Estoy más o menos a su disposición y les hago unos cuantos servicios, los justos y necesarios, a cambio de un despacho céntrico que de otra manera no me podría permitir.

—Guau —dijo Darcy—, menos mal que te localizo. Me ha dicho Mac que te dé esto.

Me entregó un expediente, al que automáticamente eché una ojeada. El impreso en blanco que contenía me indicó que querían que hiciera una

inspección del lugar del incendio, la primera desde hacía meses.

—¿Mac?

Mac es el vicepresidente de LFC y no me lo imaginaba entregando papeles de trámite.

—Bueno, Mac se lo dio a Andy y Andy me dijo que te lo diera a ti.

Grapado a la cubierta había un memorando fechado tres días antes y con la indicación de URGENTE. Darcy vio que lo miraba y se sonrojó un poco.

—Me lo dejaron en la mesa, debajo de un montón de papeles, de lo contrario te lo habría dado antes —dijo.

Darcy se aproxima a los treinta a pasos agigantados y está un poco flaca. Me dirigí al escritorio y dejé el expediente encima de otros con los que estaba trabajando. Ya me encargaría de él al día siguiente por la mañana. Darcy adivinó mis intenciones y se entretuvo en la puerta.

—¿No lo puedes mirar hoy mismo? Es que Mac quiere que vaya alguien enseguida. Tenía que haberse encargado Jewel, pero ha cogido quince días de vacaciones y Mac dijo que a lo mejor lo podías hacer tú.

—¿Qué se reclama?

—En Colgate, un incendio en un gran almacén. Seguramente lo verías en la tele.

Negué con la cabeza.

—He estado en Los Ángeles.

—Bueno, en el expediente hay algunos recortes de prensa. Creo que quieren que vaya alguien lo antes posible.

Me aturdía tanto apremio, pero volví a abrir la carpeta de cartulina marrón y miré el informe del siniestro, que figuraba en primer lugar.

—¿Wood/Warren? —dije.

—¿Conoces la empresa?

—Conozco a los Wood. Fui al instituto con la hija menor. Estábamos en la misma clase.

La noticia pareció tranquilizar a Darcy como si le solucionase un problema personal.

—Estupendo. Le diré a Mac que irás esta misma tarde.

—Darcy, ¿te importaría dejar de insistir? —dije—. Tengo que llevar a una persona al aeropuerto. No te preocupes. Llamaré y concertaré una cita lo antes posible.

—Magnífico, pasará una nota para que sepan que ya estás en ello —dijo—. Tengo que volver a mis teléfonos. Avisame cuando tengas el informe y pasará a buscarlo.

—Vaaaale —dije.

Tuvo que darse cuenta de que ya me había presionado bastante porque murmuró una disculpa y se fue pitando.

En cuanto Darcy desapareció, y solo por quitármela de encima, llamé a Wood/Warren y concerté una cita con el presidente, Lance Wood, para las nueve de la mañana del día siguiente, que era Nochebuena.

Mientras tanto, como ya eran las cuatro menos cuarto, me guardé el expediente en el bolso, cerré la oficina, bajé por las escaleras de atrás y me dirigí al aparcamiento donde tenía mi VW. Diez minutos después estaba en casa.

En el curso de nuestra breve celebración prenavidieña, Henry me regaló la última novela de Len Deighton y yo le regalé una bufanda de muaré, de color azul hierbadoncella, que había tejido yo misma: una tiene sus pequeñas habilidades. Nos acomodamos en su cocina, nos comimos media sartén de rollos de canela que había preparado él especialmente y tomamos Champagne en el juego de copas de cristal que le había regalado el año anterior.

Sacó el pasaje de avión y volvió a mirar la hora de salida con las mejillas rojas por la ilusión que le producía la perspectiva del viaje.

—Me gustaría que vinieras conmigo —dijo.

Se había puesto la bufanda, cuyo color realzaba el de sus ojos. Tenía el pelo blanco y suave, peinado hacia un lado, y la cara enjuta y bronceada por el sol de California.

—Ojalá pudiera, pero acaban de encargarme un trabajo con el que pagaré el alquiler —dije—. Saque muchas fotos y ya me las enseñará cuando vuelva.

—¿Y el día de Navidad? No lo pasarás sola, ¿verdad?

—Henry, deje ya de preocuparse. Tengo muchos amigos.

Lo más probable es que pasara sola el día de Navidad, pero no quería entristecerle.

Alzó un dedo.

—Espera, casi me olvidaba. Tengo otro regalito para ti.

Se dirigió al banco de mármol que había junto al fregadero y cogió una planta en una pequeña maceta. Me la puso delante y se echó a reír al ver mi expresión. Parecía un helecho y olía a pies.

—Es un helecho aéreo —dijo—. Vive del aire. Ni siquiera hay que regarlo.

Me quedé mirando aquel montón de hojas rizadas, de un verde casi luminoso y con el aspecto de algo que podía crecer muy bien en el espacio exterior.

—¿No hay que alimentarla?

Negó con la cabeza.

—Vive del aire, o sea que déjalo a su aire.

—¿He de vigilar la luz solar? ¿Y si se le secan las puntas? —pregunté, como si comprendiera el significado de lo que estaba diciendo.

La verdad es que no soy en absoluto buena con las plantas, y durante años me he negado a tener alguna.

—Nada. Es para que te haga compañía. Ponla en la mesa. Alegrará un poco la casa.

Alcé la maceta e inspeccioné el helecho por los cuatro costados, sintiendo el típico e inquietante calorcillo que produce el deseo de posesión. « Debo de estar peor de lo que imaginaba », pensé.

Henry sacó del bolsillo un manojo de llaves y me lo entregó.

—Por si necesitas entrar en mi casa —dijo.

—Genial. Le recogeré el correo y los periódicos. ¿Quiere que haga algo mientras está usted fuera? Puedo cortar el césped.

—No hay necesidad de que lo hagas. Ya te he dado el teléfono al que me puedes llamar si viene el Gordo. No se me ocurre otra cosa —el Gordo al que se refería era el superterremoto que veníamos esperando desde que sufriéramos el último seísmo, en 1925. Consultó la hora—. Será cuestión de ponerse en camino. El aeropuerto está lleno hasta los topes en esta época.

Su avión no salía hasta las siete, o sea que nos quedaba hora y media para recorrer el trayecto de veinte minutos que había hasta el aeropuerto, pero no tenía sentido discutir. Hombre adorable. Ya que tenía que esperar, prefería hacerlo allí, cotorreando alegremente con los demás pasajeros.

Me puse la cazadora mientras él recorría la casa e invertía unos segundos en bajar al mínimo la calefacción y en comprobar que todas las ventanas y puertas estaban cerradas. Cogió el abrigo y la maleta y nos pusimos en marcha.

Cuando volví a casa eran las seis y cuarto y aún notaba un nudo en la garganta. Odio despedir a la gente y odio ser la que se queda. Estaba anocheciendo y la temperatura lo acusaba. Entré en casa. Mi estudio había sido el garaje monoplaza de Henry. Tiene unos cinco metros de lado y un recodo profundo a la derecha que me sirve de cocina. Tengo lavadora y un cuarto de baño compacto. El espacio se ha diseñado y distribuido con inteligencia para crear la ilusión de que hay una sala de estar, un comedor y, cuando abro el sofá cama, un dormitorio. Para lo poco que poseo dispongo de espacio más que suficiente.

La contemplación de mi reino de juguete me suele llenar de satisfacción, pero como seguía peleando con un asomo de depresión navideña, en aquel momento me parecí claustrofóbico y desolado. Encendí un par de luces. Dejé la maceta en el escritorio. Con mi optimismo habitual comprobé si me habían dejado algún mensaje en el contestador, pero no había ninguno. El silencio empezaba a inquietarme. Encendí la radio: Bing Crosby cantaba a propósito de una de las muchas Navidades blancas que había conocido. Yo nunca había visto unas Navidades blancas, pero capté la onda. Apagué la radio.

Me senté en el taburete de la cocina y repasé mis síntomas vitales. Tenía hambre. Otra ventaja de vivir sola: una come cuando quiere. Para cenar aquella noche me preparé un bocadillo de pan integral con queso de pimiento y

aceitunas. Fue un consuelo que el queso de pimiento y aceitunas que compro tenga exactamente el mismo sabor que cuando lo comí por vez primera, a los tres años y medio si mal no recuerdo. Me puse inmediatamente a pensar en otra cosa, ya que aquel tema estaba en relación con mis padres, que habían fallecido cuando yo tenía cinco años. Corté el bocadillo en cuatro pedazos alargados, como siempre hacía, me serví un vaso de vino blanco, me fui con la bandeja al sofá y abrí el libro que me había regalado Henry. Miré la hora.

Eran las siete de la tarde. Iban a ser dos semanas muy largas.

El 24 de diciembre por la mañana corrí cinco kilómetros, me duché, tomé un tazón de cereales, llené de provisiones el bolso de lona y hacia las nueve menos cuarto puse rumbo al municipio de Colgate, que está a unos 16 kilómetros. Había vuelto a mirar el expediente durante el desayuno y empezaba a intrigarme el motivo de tanta prisa. Según el periódico, el almacén había quedado destruido, pero en ningún sitio se indicaba ni había evidencias de que el incendio hubiera sido provocado, que hubiese alguna investigación en marcha o que la naturaleza del siniestro hubiese infundido sospechas. Se había incluido el informe del cuerpo de bomberos y lo había leído dos veces. Parecía totalmente normal. El incendio, por lo visto, se había declarado por culpa de un fallo eléctrico que al mismo tiempo había inutilizado los aparatos de rociadura automática. Como las mercancías que se almacenaban en la nave de dos plantas consistían sobre todo en papel y cartón, el fuego, que se había declarado a las dos de la madrugada, se había propagado como la pólvora. Según el inspector de incendios, que se había personado en el lugar, no existía el menor rastro de dispositivos incendiarios, ni de gasolina, ni de otros líquidos inflamables, como tampoco de obstáculos que se hubieran colocado expresamente para dificultar la labor de los bomberos. No había indicios de que se hubieran dejado puertas o ventanas abiertas para propiciar corrientes de aire ni ninguna otra prueba material sospechosa. Había leído docenas de informes parecidos. «¿Qué tendría de excepcional aquel incendio?», me pregunté. Puede que sin darme cuenta estuviera pasando por alto una información decisiva, pero a simple vista por lo menos se trataba de una reclamación normal y corriente. Lo más probable era que alguien de Wood/Warren estuviese apretando las clavijas a La Fidelidad de California para acelerar los trámites, lo cual explicaría el pánico de Andy. Es un sujeto que tiene la costumbre de comerse las uñas, que sufre por obtener el visto bueno de los demás, le preocupan las críticas y, por lo que me han contado, tiene problemas conyugales. Sin duda era él el responsable de la histeria que rodeaba el caso. También cabía la posibilidad de que Mac se le hubiese echado encima.

Colgate es la ciudad dormitorio de Santa Teresa, el municipio donde reside el

trabajador medio. Mientras que la actual urbanización de Santa Teresa depende de lo que estipula la Comisión de Planificación Arquitectónica, Colgate ha crecido sin la menor planificación previa, con una manifiesta tendencia al caos. Hay una calle principal flanqueada de churrerías, ferreterías, establecimientos de comida rápida, salones de belleza y casas de muebles especializadas en artículos de chapa y contrachapados y tapizados en vinilo y terciopelo. A partir de esta arteria principal se extienden las casas en todas direcciones, formando un trazado arquitectónico que recuerda los anillos concéntricos de los troncos de árbol, y que década tras década ha ido ampliándose en una espiral que termina en pleno campo o lo que queda de este. Todavía hay rastros, en parcelas aisladas, de los naranjos y limoneros que antaño crecían allí.

Wood/Warren estaba en una travesía que desembocaba en un cine para automóviles abandonado y que en la actualidad se utiliza como mercadillo dominical de objetos de segunda mano. Los jardines de las fábricas circundantes consistían en terrenos cubiertos de césped cortado a ras de tierra y de setos podados en cubos perfectos. Encontré sitio para aparcar delante mismo, bajé del coche y lo cerré con llave. El edificio tenía planta y media y estaba construido en piedra blanqueada con yeso. El almacén estaba a dos manzanas. Inspeccionaría el lugar del incendio después de hablar con Lance Wood.

La sala de recepción era pequeña y sencilla y estaba amueblada con una mesa, una estantería y una foto ampliada del Horno de Hidrógeno/Vacío FIFA 5000, el producto señero de la empresa. Parecía un horno gigante de cocina, con su banco de acero inoxidable y su microondas empotrado. Según los datos que figuraban en una hoja enmarcada al lado mismo, el FIFA 5000, de carga frontal, suministraba una zona de 82 000 centímetros cúbicos a temperatura uniforme y lo bastante elevada para soldar con hidrógeno o al vacío, para esmaltar cerámica o fabricar escudos, chapas, sellos, etcétera, de cerámica esmaltada. Habría tenido que figurármelo.

Vi que la recepcionista volvía a la mesa con una taza de café recién hecho y un envase de poliestireno que olía a huevos con salchichas. Según el rótulo de plástico que tenía en la mesa, la recepcionista se llamaba Heather. Tendría veintitantos años y por lo visto aún no había oído decir que era peligroso consumir colesterol y grasas. No tardaría en descubrirselas en el culo.

—¿Puedo ayudarla?

Sonreía con facilidad y viveza, dejando al descubierto los puentes que tenía en la dentadura. Aún se le notaba en la piel la rojez que le había producido la pomada contra los granos que se había puesto la noche anterior y que hasta el momento no le había surtido mucho efecto.

—Tengo una cita con Lance Wood a las nueve —dije—. Trabajo para Seguros La Fidelidad de California.

La sonrisa se le aflojó un tanto.

—¿Es usted la investigadora de incendios provocados?

—Bueno, he venido por lo de la reclamación —dije, al tiempo que me preguntaba si para ella sería lo mismo « incendio » que « incendio provocado » .

—Ah. Pues el señor Wood no ha llegado todavía, pero lo hará de un momento al otro —dijo. Cuando hablaba, los puentes producían unos sonidos silbantes, con los que se entretenía mientras se escuchaba a sí misma—. ¿Le apetece un café?

Negué con la cabeza. No había más que una silla a mano, me senté en ella y me entretuve hojeando un folleto sobre una armazón de molibdeno diseñada especialmente para esmaltar alúmina a 1450 grados centígrados en un horno de hidrógeno modelo « campana » . Qué gente. Se lo pasaba casi tan bien como yo en casa, donde lo primero que cojo para matar el rato es un manual sobre los aspectos prácticos de la balística, las armas de fuego y las técnicas forenses.

Por una puerta que tenía a la izquierda veía a algunos oficinistas, en mangas de camisa y muy atareados, pero con la cara muy seria. No percibi la menor señal de camaradería entre ellos, pero a lo mejor era porque la fabricación de hornos de hidrógeno no propiciaba el trato cordial a que estoy acostumbrada en La Fidelidad de California. Había dos mesas vacías, sin un lápiz siquiera.

Se había hecho una pequeña intentona para decorar la empresa con adornos navideños. Junto a la pared que tenía enfrente había un árbol artificial, alto y raquítico, del que pendían adornos de colores. Como carecía de las típicas lucecitas, poseía un aire aburrido y soso que no hacía más que resaltar la monotonía de las ramas de quita y pon que se habían empotrado en los agujeros practicados de antemano en el tronco de aluminio. El efecto era deprimente. Según la información que me habían proporcionado, los ingresos brutos de Wood/Warren rondaban los quince millones de dólares al año; me pregunté por qué no ponían un pino de verdad.

Heather me sonrió con apocamiento y se puso a comer. Detrás de ella había un tablón de anuncios festoneado de guirnaldas de oropel y lleno de fotos de la familia y el personal. Con esas bonitas letras de plata que se compran en las tiendas habían compuesto:

F-E-L-I-C-E-S V-A-C-A-C-I-O-N-E-S.

—¿Le importa si echo un vistazo? —dije, señalando el tablón.

Tenía ya la boca llena de *croissant*, pero se las apañó para asentir con la cabeza y se tapó la boca con la mano para ahorrarme la visión de la comida masticada.

—Usted misma.

Casi todas las fotos eran de empleados de la casa, a algunos los acababa de ver en la oficina. Vi a Heather en una, el pelo mucho más corto, la cara hinchada todavía con la típica gordura de los niños. Los puentes de la dentadura simbolizaban seguramente su adiós a la adolescencia. Wood/Warren debía de

haberla contratado nada más acabar la enseñanza secundaria. En otra foto había cuatro individuos, vestidos con el mono de la empresa, posando con desenvoltura en la puerta del edificio. Aunque a algunos empleados se les notaba rígidos, la tónica dominante era un espíritu de simpatía y cordialidad que en la realidad no veía por parte alguna. El fundador de la empresa, Linden Wood, «Woody» para los amigos, había muerto hacía dos años, y me pregunté si no se habría llevado al otro mundo una parte del júbilo inaugural.

Los Wood eran el centro de la exhibición fotográfica y aparecían en un retrato de estudio que tenía el aspecto de haberse hecho en la casa de la familia. La señora Wood estaba sentada en una silla de estilo francés. Linden, a su lado y de pie, apoyaba la mano en el hombro de la esposa. Sus cinco hijos, mayores y a, se agrupaban alrededor. A Lance no lo había visto en mi vida, pero conocía a Ash porque habíamos ido juntas al instituto. Olive, un año mayor que Ash, había estudiado una temporada en el Instituto Nacional de Santa Teresa, pero la habían enviado a un pensionado para hacer el último curso. Creo que la causa había sido un pequeño escándalo, pero no estaba segura de qué era. La mayor de los cinco era Ebony, que debía de tener ya casi cuarenta años. No sé quién me había contado que se había casado con un *playboy* rico y que vivía en Francia. El menor de todos era Bass, un veinteañero temerario e irresponsable, actor frustrado y músico sin talento; según las últimas noticias que tenía, vivía en Nueva York. Lo había conocido hacía ocho años, por mediación de mi exmarido Daniel, que es pianista de jazz. Bass era la oveja negra de la familia. No sabía cuál era la historia de Lance.

Sesenta y seis minutos más tarde, sentada frente a él, escritorio de por medio, empecé a acumular datos. Había llegado corriendo a las nueve y media. La recepcionista le informó de mi presencia. Se presentó y nos dimos la mano. Dijo que tenía que hacer una llamada telefónica, cuestión de minutos, y que me atendería enseguida. Yo dije «Está bien», y no volví a verle hasta las diez y seis minutos. Para entonces, se había despojado de la chaqueta del traje, aflojado la corbata y desabrochado el botón del cuello de la camisa. Estaba sentado con los pies apoyados en la mesa, su cara parecía aceitosa a la luz de los fluorescentes. Debía de estar cerca de los cuarenta, aunque envejecía bastante mal. Los disgustos y el carácter le habían formado arrugas profundas alrededor de la boca y le habían estropeado el castaño claro de los ojos, que me produjeron la impresión de pertenecer a un hombre atormentado por el destino. Tenía el pelo castaño claro, le raleaba en la coronilla y se lo peinaba hacia atrás. Pensé que lo de la llamada telefónica era una mentira como una catedral. Parecía el típico individuo que hincha el concepto que tiene de su propia importancia haciendo esperar a los demás. Sonreía con satisfacción afectada y la energía que emanaba estaba cargada de tensión.

—Disculpe por el retraso —dijo—. En fin, usted dirá.

Se había despatarrado e inclinado hacia atrás en la silla giratoria.

—Tengo entendido que ha cursado usted una reclamación por un incendio reciente.

—Es verdad y espero que la compañía de seguros no se salga ahora por la tangente. Créame, yo solo pido aquello a lo que tengo derecho.

Emití un murmullo incomprensible con la esperanza de que no se me notara que había ido a detectar cualquier posibilidad de estafa. Todos los petardistas que he conocido hablaban igual, y todos sentían por la justicia más apego que Salomón. Saqué el magnetófono de bolsillo, lo puse en marcha y lo dejé encima de la mesa.

—La compañía quiere que grabe la entrevista —dije.

—Me parece bien.

Me dirigí al micro, dejando constancia de mi nombre, de que trabajaba para La Fidelidad de California, del día y la hora de la entrevista, de que esta se la hacía a Lance Wood como presidente y director general de Wood/Warren, de la dirección de la empresa y de la naturaleza del siniestro.

—Señor Wood, ¿está usted al tanto de que grabamos esta conversación? —dije, para que la grabación fuera utilizable.

—Sí.

—¿Y cuento con su permiso para hacerlo?

—Sí, sí —dijo, moviendo la mano en sentido giratorio, tal como suele hacerse para decir «vayamos al grano».

Me quedé mirando el expediente.

—¿Podría detallarme las circunstancias del incendio que se declaró el 19 de diciembre del presente año en el almacén de Wood/Warren situado en el 606 de Fairweather?

Se removió con impaciencia.

—Bueno, la verdad es que yo estaba fuera de la ciudad, pero por lo que me han dicho... —sonó el teléfono interior, cogió el auricular de un manotazo y soltó literalmente un ladrido—. ¡Sí! —se produjo una pausa—. Bien, maldición, pásamela —posó los ojos en mí—. No, espere, espere, voy para allá.

Colgó, murmuró una disculpa malhumorada y se fue del despacho. Apagué el magnetofón y me puse a valorar mentalmente lo poco que había visto de él. La grasa se le acumulaba en la cintura, los pantalones de gabardina le quedaban cortos y la camisa se le pegaba entre los omóplatos. Olía demasiado a sudor, no a ese sudor animal y limpio que produce el trabajo, sino a la transpiración hedionda y penetrante de la ansiedad y el nerviosismo. Tenía la piel cetrina y no parecía gozar de buena salud.

Esperé quince minutos y me acerqué de puntillas a la puerta. El vestíbulo de recepción estaba vacío. Ni rastro de Lance Wood. Ni rastro de Heather. Me dirigí a la puerta de las oficinas. Por un instante vi pasar por la parte trasera del edificio

a una mujer que se parecía mucho a Ebony, pero no estaba segura. Una empleada levantó la vista para mirarme. La placa que había en su mesa decía que se llamaba Ava Daugherty y que era la jefe de personal. No tardaría en cumplir los cincuenta, su cara era insignificante y triste y la nariz parecía haber sufrido una intervención quirúrgica. Tenía el pelo negro y corto, y le brillaba a causa de la laca que se había puesto. Estaba triste por algo, probablemente porque se le acababa de romper una uña acrílica, de un rojo brillante.

—Tenía una cita con Lance Wood, pero ha desaparecido. ¿Sabe dónde está?

—Se ha ido.

Se lamía la uña rota experimentalmente, como si la química de su saliva pudiera servir de pegamento.

—¿Se ha ido?

—Eso he dicho.

—¿Dijo si tardaría en volver?

—El señor Wood no me hace confidencias —dijo en plan cortante—. Si quiere dejarme su nombre, estoy segura de que él se pondrá en contacto con usted.

—¿Ocurre algo? —terció una voz.

Las dos nos volvimos y nos quedamos mirando a un hombre moreno que acababa de aparecer en la puerta que había detrás de mí.

Ava Daugherty abandonó parte de su hostilidad.

—El vicepresidente de la empresa —me dijo. Y a él—. La señorita tenía una cita con Lance, pero se ha ido.

—Soy Terry Kohler —me dijo el hombre, tendiéndome la mano—. Cuñado de Lance Wood.

—Kinsey Millhone, de La Fidelidad de California —dije, estrechándosela—. Encantada de conocerle.

Tenía la mano caliente y su apretón fue firme. Era delgado pero fuerte, tenía bigote negro y unos ojos grandes y negros que respiraban inteligencia. Debía de tener cuarenta y pocos años. Me pregunté con qué hermana estaría casado.

—Si me dice lo que ocurre, tal vez pueda ayudarla.

Le conté en pocas palabras el motivo de mi visita y que Lance Wood me había dejado plantada sin despedirse siquiera.

—¿Quiere que le enseñe el almacén? —dijo—. Por lo menos aprovechará el tiempo y podrá inspeccionar el lugar del incendio, que supongo es uno de sus cometidos.

—Se lo agradezco de veras. ¿Está autorizado alguien más a proporcionarme la información que necesito?

Terry Kohler y Ava Daugherty cambiaron una mirada que no supe descifrar.

—Es mejor que espere a Lance —dijo el hombre—. Voy a ver si me entero de dónde ha ido.

Se dirigió al antedespacho.

Ni Ava ni yo, por lo visto, teníamos ganas de hablar del tiempo. Abrió un cajón de su mesa, sacó un tubo de pegamento Krazy e, ignorándome, lo apretó y depositó una gotita transparente en la uña rota. Frunció el ceño. En la gota había quedado prendido un cabello largo y oscuro y vi las operaciones que hacía para despegarlo.

Como me aburría, me puse a escuchar a tres ingenieros situados detrás de mí que hablaban sin mucho entusiasmo de no sé qué problema.

—Puede que los cálculos estén mal, pero yo creo que no —decía uno.

—Ya nos enteraremos por los resultados —dijo otro.

Los tres se echaron a reír.

—La cuestión es..., bueno, se me ha ocurrido muchas veces, pero ¿qué nos costaría transformarlo en un alimentador de energía vibratoria de la célula calórica principal?

—Depende de la frecuencia vibratoria a que te refieras.

—Unos diez Hercios.

—¡Qué dices!

—Nos permitiría regular las ondas afectadas por la corriente de los apoyos. Pasa la energía durante nueve décimas de segundo y se interrumpe durante una décima. Comprobadlo vosotros mismos...

—No sé, no sé. Mejor que pase durante medio segundo y se interrumpa durante una décima. No es tan fácil, ¿no?

—El controlador eléctrico podría enviar las señales a la velocidad que os he dicho. Pero no sé cómo afectaría a los NCR. En cuanto al sistema VRT, si se prolongara...

Dejé de prestarles atención. Para lo que yo entendía, podían estar tramando el fin del mundo.

Terry Kohler reapareció al cabo de diez minutos. Cabeceaba como si estuviera irritado.

—No sé qué pasa hoy aquí —dijo—. Lance tuvo que salir por un asunto urgente y Heather aún no ha vuelto a su mesa —me enseñó un manajo de llaves—. La acompañaré al almacén. Cuando aparezca Heather, dígame que las tengo yo.

—Cogeré la cámara —dije—. Está en mi bolso.

Me siguió al despacho de Lance Wood, cogí la cámara, metí la cartera en el bolso de lona y dejé el bolso de mano donde estaba.

Recorrimos juntos el vestíbulo y las oficinas que estaban al otro lado. Nadie levantó la cabeza para mirarnos, pero más de un curioso nos siguió con la mirada al pasar, como esos retratos que parecen mover los ojos.

Las operaciones de montaje se hacían en una sala grande y muy ventilada, de paredes de metal galvanizado y suelo de hormigón, que se encontraba en la

mitad superior del edificio.

Por el camino, Terry me presentó a un hombre que se llamaba John Salkowitz. Fue la única vez que nos detuvimos.

—John es ingeniero químico —dijo Terry—. Está en el comité asesor. Trabaja con nosotros desde el 66. Si quiere saber algo sobre el funcionamiento de las altas temperaturas, es el más indicado para responderle.

No supe qué preguntarle, así, de improviso; bueno, sentía cierta curiosidad por saber qué era aquello del alimentador de energía vibratoria de la célula calórica principal. Esa era una pregunta difícil.

Terry se dirigía ya hacia la puerta del fondo y tuve que acelerar el paso para alcanzarle.

A la derecha había una puerta doble de persiana metálica por la que entraban y salían las mercancías. Salimos al callejón y cortamos camino hacia la calle principal.

—¿Con cuál de las hermanas Wood está usted casado? —pregunté—. Es que fui al colegio con Ash.

—Con Olive —dijo sonriendo—. ¿Cómo ha dicho usted que se llamaba?

Se lo repetí, hablamos de cosas sin importancia durante el breve trayecto y enmudecimos cuando divisamos a lo lejos el esqueleto calcinado del almacén.

Tardé tres horas en inspeccionar el lugar de los hechos. Terry se puso a abrir la puerta principal, pero tal como estaba el almacén me pareció más bien una broma. El exterior del edificio seguía en pie en su mayor parte, pero la primera planta se había venido abajo y los escombros calcinados casi imposibilitaban la entrada. Las ventanas de la planta baja habían reventado a causa del calor. Las cañerías habían quedado al descubierto y muchas de ellas se habían doblado al desplomarse las paredes hacia dentro. Los objetos identificables que habían sobrevivido no eran más que masas informes, desprovistas de color y detalles.

Cuando se puso de manifiesto que iba a tener que estar allí un buen rato, Terry murmuró una disculpa y volvió a la fábrica. Como era la víspera de Navidad, iban a cerrar antes de lo habitual. Me dijo que volviera a la fábrica si la inspección no me entretenía demasiado, que me invitaba a tomar un ponche y unas pastitas. Yo ya había sacado la cinta métrica, el cuaderno de notas, el cuaderno de dibujo y los lápices, y preparaba mentalmente el plan de ataque. Le di las gracias y, cuando se fue, apenas me di cuenta.

Rodeé el edificio, medí la superficie de las partes más afectadas y revisé el marco de las ventanas de la planta baja por si había indicios de forzamiento. Ignoraba cuándo se presentaría el equipo de limpieza y descombro, y como no había el menor indicio de que el incendio hubiera sido provocado, La Fidelidad de California, a mi juicio, no estaba en situación de seguir posponiendo los trámites. El lunes por la mañana investigaría la situación económica de Lance Wood para cerciorarme de que el incendio no le beneficiaba; era una simple formalidad, porque el jefe de bomberos había ya descartado en su informe la posibilidad de que fuera provocado. Como seguramente no contaría con otra oportunidad como aquella, lo fotografié todo; gasté dos carretes de 24 fotos cada uno.

A mí me dio la sensación de que el incendio se había originado en algún punto de la pared norte, lo que casaba con la hipótesis del fallo eléctrico. Tendría que consultar el diagrama de la instalación, aunque sospechaba que ya lo había hecho el jefe de bomberos. Las superficies de madera presentaban esas protuberancias que se denominan «piel de cocodrilo», y era en aquel sector de la parte trasera

donde podían apreciarse las quemaduras más profundas y las resquebraaduras más diminutas y sutiles. Puesto que los gases calientes suben y el fuego tiende a propagarse hacia arriba, por lo general se puede ver el curso que han seguido las llamas, que ascienden hasta que tropiezan con un obstáculo y se desvían horizontalmente, en busca de otras verticales de escape.

Buena parte del interior se había reducido a cenizas. Las paredes maestras seguían en pie, negras y frágiles como la carbonilla. Avancé con cuidado por entre los escombros y tracé un plano detallado de las ruinas, constatando el grado de incineración, el aspecto general y la cantidad de objetos totalmente carbonizados. Todas las superficies que vi estaban manchadas de esa claridad cenicienta que producen las temperaturas muy elevadas. Todo olía como tenía que oler: a madera quemada, a hollín, a material aislante empapado, a la hedentina química de los materiales corrientes que se han descompuesto en elementos simples. Había otro olor además, pero no supe identificarlo. Sin duda tenía que ver con las mercancías almacenadas. Al llamar a Lance Wood durante la víspera, le había pedido una copia del inventario. Ya la repasaría para ver si averiguaba la causa de aquel olor. No me hacía gracia haber inspeccionado el almacén antes de formalizar la entrevista, pero no había tenido más remedio, dado que mi hombre había optado por desaparecer. A lo mejor volvía para la celebración navideña; de ser así, le obligaría a concertar otra cita para el lunes por la mañana a primera hora.

A las dos en punto de la tarde cerré el cuaderno de dibujo y me sacudí los tejanos. Mis bambas se habían puesto casi blancas a causa de la ceniza y seguramente tendría la cara tiznada. Pese a todo, me sentía bastante satisfecha del trabajo realizado. Wood/Warren se pondría a hacer cálculos con los abastecedores y las estimaciones resultantes se remitirían a LFC junto con mi juicio favorable a la reclamación. Según las reglas, la empresa percibiría unos quinientos mil dólares, más lo que valiese la mercancía destruida.

La fiesta estaba en pleno auge. El núcleo principal se encontraba en las oficinas, alrededor de la ponchera instalada en una mesa de dibujo. Se habían despejado los escritorios y los habían cubierto de bandejas con fiambre, queso, galletas saladas, tartas de fruta troceada y pastas caseras. La empresa tenía unos sesenta empleados, en consecuencia había bastante alboroto y el ambiente se fue relajando y animando a medida que se iba consumiendo el ponche de Champagne. Por los altavoces se oía a todo volumen una selección de villancicos a ritmo de *reggae*.

Todavía no había señales de Lance Wood, aunque vi a Heather al otro extremo de la sala, con las mejillas encendidas de tanto beber. Terry Kohler me divisó y empezó a abrirse paso hacia mí. Cuando llegó a mi lado, pegó su boca a mi oído.

—Recupere el bolso de mano antes de que esto se desmadre —dijo.

Asentí con exagerados movimientos de cabeza y poco a poco fuimos avanzando hacia el vestíbulo y de allí pasamos al despacho de Lance. La puerta estaba abierta y la mesa del jefe se había convertido en un bar. La superficie estaba totalmente llena de botellas, cubos de hielo y vasos de plástico; un grupo de empleados se dedicaba a vaciar las primeras y a comprobar la calidad de los muebles. El bolso me lo habían empotrado entre un archivador metálico y una estantería repleta de manuales técnicos. Guardé la cámara y el cuaderno de dibujo y me colgué el bolso del hombro derecho. Terry me preguntó si quería un poco de ponche y, tras vacilar un segundo, le dije que sí. «¿Por qué no?», pensé.

Tenía intención de marcharme en cuanto pudiera escabullirme sin parecer grosera. No me siento a gusto entre las multitudes y en aquel lugar no conocía a nadie. Pero me quedé porque en realidad no tenía que ir a ningún otro sitio. Y puesto que ya estaba allí, me dije que podía aprovechar la ocasión y celebrar la Navidad por mí cuenta. Acepté el ponche, me serví queso y galletas saladas, comí unas pastas espolvoreadas con azúcar verde y rosa, esboqué una sonrisa de simpatía y en términos generales traté con cordialidad a cuantos me rodeaban. Hacia las tres de la tarde, la celebración se había convertido en una juerga, murmuré una disculpa y me dirigí hacia la salida. Nada más pisar la acera oí que me llamaban por mi nombre. Me volví. Heather avanzaba hacia mí con un sobre en la mano que ostentaba el logotipo de Wood/Warren.

—Menos mal que la he alcanzado —dijo—. Es para usted, de parte del señor Wood. Recibió una llamada en el último momento y tuvo que ausentarse. Me dejó esto en la bandeja de los papeles.

—Gracias —abrí la solapa y miré el contenido: se trataba del inventario—. Ah, estupendo —dije, asombrada de que se hubiera acordado en plena operación esfumadora—. Volveré a llamar el lunes, a ver si me concede otra entrevista.

—Lamento lo de hoy —dijo Heather—. ¡Felices Pascuas!

Se despidió con la mano y volvió a la fiesta. Habían dejado la puerta abierta y por ella salían gritos y humo de tabaco a partes iguales. Vi que Ava Daugherty nos había estado mirando y que tenía los ojos clavados en el sobre que Heather acababa de entregarme y que guardé en el bolso. Fui en busca del coche y volví a la ciudad.

Al dirigirme a la oficina vi que estaban apagadas todas las luces de La Fidelidad de California. Como era la víspera de Navidad, LFC, al igual que muchas otras empresas, había cerrado antes de lo habitual. Abrí la puerta del despacho, dejé el expediente encima de la mesa y miré a ver si tenía algún recado en el contestador. Llamé al jefe de bomberos para una verificación rápida de la información que yo había recogido, pero tampoco estaba. Di mi número a la persona que me atendió y esta me dijo que probablemente el jefe no me llamaría hasta el lunes.

Para las cuatro, estaba de regreso en el apartamento con el puente levadizo

alzado. Y allí me quedé todo el fin de semana.

El día de Navidad lo pasé sola, pero no triste.

El día siguiente era domingo. Limpié la casa, hice la compra, me preparé varias tazas de té y leí.

El lunes, 27 de diciembre, volví a la rutina y con un humor sensible a cualquier influencia me enfraqué en la ardua tarea de convertir las notas recogidas en el almacén incendiado en un informe coherente y legible.

Sonó el teléfono. Supuse que sería la señora Brunswick, la del banco, y que me llamaba para decirme que ya se había resuelto lo de los 5000 dólares.

—Investigaciones Millhone —dije.

—Hola, Kinsey. Soy Darcy, tu vecina. ¿Puedo pasar ya a recoger el expediente?

—Darcy, ¡no son más que las diez y cuarto! Estoy trabajando en ello, ¿vale?

Ojo: no dije m... porque sé que se ofende.

—Está bien —dijo—, pero no tienes por qué hablarme así. Ya le dije a Mac que aún no estaría listo el informe, pero es que antes quiere echar otro vistazo al expediente.

—¿Antes de qué?

—No lo sé. ¿Cómo quieres que lo sepa? Te he llamado porque me han dejado una nota en la mesa, en la bandeja de urgencias.

—Oh, cielos, tu bandeja de «urgencias». Haberlo dicho antes. Anda, ven y llévate esta maldita cosa de una vez.

El mal genio y la intuición no se llevan bien. Aunque había algo que no acababa de comprender, era imposible concentrarse con Darcy encima. Lo primero que había hecho aquella mañana había sido rellenar una solicitud dirigida al Centro de Prevención de Delitos contra las Compañías de Seguros para que se hiciera una investigación informática de Lance Wood. Lo que me fastidiaba era la posibilidad de que hubiera presentado en el pasado otra reclamación por un incendio. Hasta pasados diez días no tendría los resultados de la comprobación informática, pero por lo menos me habría puesto a cubierto. Ajusté los tabuladores de la máquina, escribí el nombre del asegurado, el domicilio, el día y la hora del siniestro.

Cuando se presentó Darcy para llevarse el expediente, le hablé sin apartar los ojos de lo que estaba haciendo.

—Al venir dejé los carretes en Speedee-Foto. Tendrán las fotos hacia mediodía. Aún no he podido hablar con Lance Wood ni con el jefe de bomberos.

—Se lo diré a Mac —dijo con frialdad.

«Fabulosos», pensé. «De todos modos ella nunca me ha caído bien».

Como no había casilla ni espacio en blanco para consignar las corazonadas inconcretas, el estilo del informe me salió del todo neutral. Cuando lo terminé, lo saqué del carro, lo firmé, puse la fecha y lo dejé a un lado. Como faltaba una

hora para recoger las fotos, completé el croquis de la planta del almacén y lo adjunté al informe con un clip.

Sonó el teléfono. Esta vez era Andy.

—¿Te importaría pasar por el despacho de Mac? Será solo un momento.

Contuve mi irritación, ya que no valía la pena insultar al director de reclamaciones de LFC.

—De acuerdo, pero no tendré las fotos hasta dentro de una hora.

—Nos hacemos cargo. Trae lo que tengas.

Colgué, cogí el informe y el plano, cerré el despacho y me dirigí a las oficinas contiguas. «¿Qué es esa mierda de “nos” mayestático?», pensé.

En cuanto entré en el despacho de Mac, supe que algo no marchaba. Conozco a Maclin Voorhies desde que empecé a trabajar para La Fidelidad de California, hace casi diez años. Es ya un sesentón y tiene una cara enjuta y muy seria. Los pocos pelos grises que le quedan le coronan la cabeza como si fuera pelusilla de diente de león; tiene unas orejas enormes, de lóbulo colgante, nariz bulbosa y unos ojitos negros debajo de unas cejas blancas y rebeldes. Físicamente parece mal hecho: piernas largas, cintura pequeña, hombros estrechos y brazos demasiado largos para las mangas de las camisas normales. Es listo, capaz, parco en elogios, sin sentido del humor y católico ferviente, lo que quiere decir que lleva casado treinta y cinco años con la misma mujer y que tiene ocho hijos, todos ya mayores. Nunca le he visto fumar, aunque le gusta chupeteear colillas de puro, motivo por el que tiene los dientes del mismo color que las tazas viejas de retrete.

Me di cuenta de que pasaba algo, no tanto por su expresión, tan sombría como siempre, cuanto por la de Andy, que se encontraba a su izquierda. Andy y yo nunca nos hemos llevado bien, ni siquiera en las mejores circunstancias. Tiene cuarenta y dos años, es un lameculos y siempre trata de manipular las situaciones para quedar como Dios. Tiene cara de torta, el cuello de la camisa le queda demasiado estrecho y me revienta todo lo que es y todo lo que hace. Hay gente que me cae así, lo siento. Estaba intranquilo y a la vez con cara de suficiencia, y eludió mi mirada adrede.

Mac hojeaba el expediente. Se volvió a Andy con cara de pocos amigos.

—¿No tienes nada que hacer?

—¿Qué? Ah, sí, claro. Pensaba que usted quería que estuviera presente.

—Ya me encargo yo de esto. Estoy seguro de que estás sobrecargado de trabajo.

Andy murmuró no sé qué para que pareciese que irse era una genialidad suya. Mac cabeceó y dio un ligero suspiro cuando se cerró la puerta. Vi que desplazaba la colilla de puro a la otra comisura de la boca. Levantó la vista con sorpresa, como si acabara de percatarse de que yo estaba allí.

—¿Te importaría explicarme qué pasa con este asunto?

Le conté lo que había averiguado hasta la fecha, pasando por alto la circunstancia de que antes de llegar a mis manos el expediente había estado tres días en la mesa de Darcy. No me callé porque quisiera protegerla. Lo que pasa es que en el trabajo es más prudente no hablar mal de los compañeros. Le dije que había llevado a revelar dos carretes de fotos, que aún no se había hecho ningún presupuesto y que la reclamación, a mi juicio, parecía de lo más normal. A punto estuve de hablarle del gusanillo que me roía por dentro, pero descarté la idea antes incluso de que se presentara la ocasión. En realidad no sabía de qué se trataba y me pareció más sensato ceñirme a los hechos.

El ceño se le frunció a los treinta segundos de comenzar mi exposición, pero lo que me alarmó fue el silencio que se creó cuando hube terminado. Mac es un hombre que bombardea a preguntas. Le gusta saberlo todo. No suele quedarse mirando de hito en hito a su interlocutor, como en el presente caso.

—¿Le importaría decirme qué ocurre?—pregunté.

—¿No viste la nota que había en la cubierta del expediente?

—¿Qué nota? No había ninguna nota—dije.

Me enseñó un típico memorando de la casa, una hoja de unos siete centímetros por doce; la caligrafía ostentaba los ringorranos y florituras propios de Jewel. «Kinsey, creo que algo huele mal en este caso. Ahora no tengo tiempo para darte más detalles, pero en el informe del jefe de bomberos está todo muy claro. Dijo que si querías consultarle, estaba a tu disposición. J.»

—Esta nota no estaba en el expediente cuando me lo dieron.

—¿Y el informe de los bomberos? ¿Tampoco estaba en el expediente?

—Pues claro que estaba. Fue lo primero que leí.

Parecía ofendido. Me extendió el expediente, abierto por el informe del cuerpo de bomberos. Eché un vistazo al impreso. Los detalles circunstanciales coincidían con lo que yo recordaba. La descripción de los hechos nada tenía que ver con lo que yo había leído. El jefe de bomberos, John Dudley, resumía las investigaciones con una inequívoca sospecha de que el incendio era provocado. El recorte de prensa adjunto en ese momento al expediente decía al final más o menos lo mismo.

Noté que se me encendía la cara y que las heladas uñas del miedo me arañaban las tripas.

—Este no es el informe que yo vi—dije.

Apenas fui capaz de reconocer mi propia voz. Alargó la mano y recuperó el expediente.

—Me han telefoneado esta mañana—dijo—. Alguien afirma que quieres sacar tajada de este asunto.

Lo miré de hito en hito.

—¿Qué?

—¿Tienes algo que decir?

—Que es absurdo. ¿Quién le llamó?

—Dejemos eso para más tarde.

—Vamos, Mac. Se me acusa de un delito y quiero saber quién lo hace.

Guardó silencio, pero vi en su cara la típica tozudez que le caracteriza.

—Está bien, dejémoslo para más tarde —dije. Me pareció más práctico enterarme primero del argumento y preocuparme después por los personajes—. ¿Qué le dijo el informador anónimo?

Se retrepó en el sillón y se quedó mirando el apagado tapón de ceniza que remataba la colilla del puro.

—Dijo que la secretaria de Lance Wood te dio un sobre y que tú lo cogiste.

—Mentira. ¿Cuándo?

—El viernes pasado.

De pronto recordé a Heather llamándome en el momento en que yo salía de la fábrica.

—Era el inventario. Le dije a Lance Wood que me consiguiera una copia y me la dejó en el antedespacho.

—¿Qué inventario es ese?

—Está ahí, en el expediente.

Se puso a hojearlo mientras sacudía la cabeza. Desde donde yo estaba vi que solo había dos o tres hojas perforadas y sujetas con clip a una de las tapas. No había nada que se pareciera al inventario que yo había perforado e insertado en las guías de la carpeta. Me miró.

—¿Y la entrevista con Wood?

—Aún no se la he hecho. Se presentó una urgencia y desapareció. Hoy tenía que concertar otra cita.

—¿A qué hora?

—La verdad es que no lo sé. Aún no le he llamado. Primero quería acabar el informe.

No podía evitar el carácter defensivo de mi tono.

—¿Es este el sobre?

Me enseñó el sobre que ya conocía y que ostentaba el logotipo de Wood/Warren, solo que en ese momento había unas palabras garabateadas en él: «Espero que sea suficiente por el momento. Ya le abonaré el resto como convenimos».

—¡Maldita sea, Mac, usted no habla en serio! Si me hubiera dejado sobornar, ¿cree que habría dejado eso en el expediente?

No hubo respuesta. Lo intenté otra vez.

—¿De veras piensa que Lance Wood me ha sobornado?

—Yo solo pienso que el asunto merece una investigación a fondo. Por tu bien y por el nuestro.

—Si me han sobornado, ¿dónde está el dinero?

—Tú sabrás, Kinsey, a mí no me lo preguntes. Si ha sido en metálico, no creo que hayas tenido problemas para esconderlo.

—Tendría que ser idiota para hacer una cosa así. Yo tendría que ser retrasada mental y él también. Si pretendía sobornarme, ¿cree que sería tan estúpido como para meter el dinero en un sobre y escribir una nota diciéndolo? Todo esto me parece un plan preparado desde el principio.

—¿Ideado por quién? —había abandonado el talante acusador y parecía sinceramente desconcertado—. ¿Quién se atrevería a llegar a este extremo?

—¿Cómo quiere que lo sepa? A lo mejor he caído en la trampa por casualidad. Puede que el blanco sea Lance Wood. Usted sabe que jamás he hecho una cosa así. Le enseñaré el saldo de mi cuenta corriente. Revise el movimiento de mi cuenta. Busque debajo de mi colchón, si quiere...

Me interrumpí, vencida por el aturdimiento.

Vi que movía la boca, pero no oí lo que dijo. Sentí que se cerraba la trampa y algo adquirió sentido de pronto. En el correo de la mañana había visto una circular del banco en la que me notificaban que habían ingresado 5000 dólares en mi cuenta. Creo que fue entonces cuando me percaté de lo que pasaba.

Tuve que empaquetar mis enseres y los expedientes relativos a los casos en que estaba trabajando. La Fidelidad de California había optado por dejar en suspenso nuestras relaciones hasta que se «aclarase» lo del Wood/Warren. Me habían dado de plazo hasta el mediodía para despejar el despacho. Llamé a la compañía telefónica y solicité que pasaran las llamadas a mi domicilio particular hasta nuevo aviso. Desenchufé el contestador automático y lo puse encima de la última caja de cartón, que acarreeé hasta el coche por la escalera de atrás. Me habían dicho que entregara las llaves antes de irme, pero no quise hacerlo. No tenía intención de renunciar sin más ni más a las fichas y expedientes que había atesorado durante cinco años de trabajo. Mac no insistiría, y lo más seguro es que nadie se tomara la molestia de cambiar la cerradura. Que les dieran por el culo. Además, sé abrir casi cualquier cerradura con una llave maestra.

En el interin, analizaba ya la secuencia de los hechos. El expediente Wood/Warren había estado en mi mesa durante todo el fin de semana, o sea que el informe del cuerpo de bomberos podía haber sido cambiado en cualquier momento. Por la mañana había trabajado basándome en las notas, sin mirar el expediente para nada, por lo que no había podido advertir si el inventario seguía en su sitio. Y si hubiera mirado, quizá tampoco me habría dado cuenta. No había indicios de que hubieran forzado la puerta que daba al pasillo ni la puertaventana que daba al balcón, pero mi bolso, con las llaves dentro, había estado el viernes durante tres horas en el despacho de Lance Wood. Cualquiera había podido registrarlo y hacer un duplicado de las llaves. En el bolso llevaba además el talonario de cheques y no hacía falta ser un lince para adivinar que me habían cogido una hoja de ingreso, la habían rellenado, la habían metido en un sobre con los cinco billetes y lo habían depositado todo en el cajero nocturno de mi banco. Y no habían usado la tarjeta porque el número secreto no lo tengo apuntado en ninguna parte.

Me dirigí a Wood/Warren estimulada por la adrenalina y con el cerebro echando humo. En cuanto me había percatado de lo que pasaba, la cólera había dejado paso a la curiosidad. Los bornes emocionales se me habían desconectado

y la cabeza se me había despejado como cuando se manipula el sintonizador de una radio y se coge la frecuencia exacta. Alguien tenía mucho interés por desacreditarme. Estafar a una compañía de seguros es un asunto serio, que se castiga con dos, tres, cuatro años de cárcel. Pero a mí no me iba a suceder, amigos.

Heather me miró sobresaltada cuando entré en recepción casi sin aflojar el paso.

—¿Está aquí?

Consultó la agenda con perplejidad.

—¿La ha citado para esta mañana?

—Eso se arregla inmediatamente —dije.

Llamé una sola vez y abrí la puerta. Lance estaba reunido con John Salkowitz, el ingeniero químico que me habían presentado durante la visita anterior. Estaban inclinados sobre la hoja de instrucciones de un aparato que parecía un imperdible gigante.

—Usted y yo tenemos que hablar —dije.

Lance me miró a los ojos e hizo una seña a Salkowitz para indicarle que continuarían en otro momento.

Esperé a que se cerrara la puerta y apoyé las manos en la mesa de Lance.

—Alguien quiere meternos a usted y a mí en un atolladero —dije.

Le expliqué la situación punto por punto y con tantos pelos y señales que no hubo manera de replicarme. Se dio cuenta de cómo estaban las cosas y palideció un poco. Se hundió en la silla giratoria.

—Dios mío —dijo—. No puedo creerlo.

Vi que mentalmente barajaba posibilidades, tal como yo había hecho.

Cogí una silla y me senté.

—¿Cuál fue la urgencia que le hizo salir corriendo el viernes a primera hora de la tarde? —pregunté—. Tiene que haber alguna relación, ¿no cree?

—¿Por qué lo dice?

—Porque si le hubiera entrevistado, tal como era mi intención, probablemente habría sacado usted a relucir las sospechas de que el incendio era provocado y yo habría sabido de ese modo que se había falsificado el informe del cuerpo de bomberos.

—Bueno, estoy en medio de un divorcio bastante conflictivo y me llamó mi ama de llaves para decirme que Gretchen se había presentado en casa con un par de gorilas y un camión de mudanzas. Cuando llegué, ya habían vaciado la sala de estar y se estaban llevando los muebles del estudio.

—¿Dispone su mujer de recursos para prepararle una trampa?

—¿Y por qué iba a hacerlo? Le conviene muchísimo que yo siga vivo, con buena salud y ganando dinero a espaldas. En la actualidad me saca seis mil al mes en concepto de mantenimiento. Lo último que se le ocurriría endosarme es

una estafa a una compañía de seguros. Además, ha estado en Tulsa desde marzo de este año.

—Eso dice ella al menos —dije.

—Pero si es una tontorrón. Si la conociese, solo la consideraría sospechosa de mojar la punta del lápiz cada vez que tiene que escribir su nombre.

—Bueno, pues alguien quiere desacreditarle —dije.

—¿Y por qué cree que es a mí? ¿Por qué no a usted?

—Porque nadie podía saber que me encargarían a mí el trabajo. Las reclamaciones por incendios se encargan casi al azar, según el personal disponible. Si fueran tras de mí, lo habrían hecho de otro modo. No creo que incendiaran el almacén confiando en la remota posibilidad de que me encargasen a mí la investigación.

—En efecto, no parece probable —dijo.

—Siga hablándome de usted. ¿Pasa algo sospechoso en su vida, al margen del divorcio?

Cogió un lápiz y se puso a voltearlo entre los dedos, como si fuera un bastón en miniatura. Lo miró con atención ir de un extremo a otro de la mano y luego me dirigió una mirada misteriosa.

—Una hermana mía llegó de París hace tres meses. Se dice por ahí que quiere hacerse con la fábrica.

—¿Se refiere a Ebony?

Pareció sorprenderse.

—¿La conoce?

—Casi nada, pero sé quién es.

—No le gusta mi manera de dirigir los negocios.

—¿Cree que eso es suficiente?

Me miró de hito en hito durante unos instantes y estiró la mano hacia el teléfono.

—Será mejor que llame a mi abogado —dijo.

—Y yo también —dije.

Salí del despacho y volví a la ciudad.

Que yo supiera, ni se había informado al fiscal del distrito ni se había presentado acusación alguna. Para poder cursar una orden de detención, la acusación tenía que apoyarse en hechos que demostraran, primero, que se había cometido un delito y, segundo, que quien formulaba la acusación era persona de fiar. Hasta el momento, Mac solo contaba con una llamada anónima y unas cuantas pruebas circunstanciales. Tendría que tomar medidas. Si era verdad lo que se me imputaba, haría lo posible por proteger a LFC. Probablemente revisaría uno por uno los casos en que yo había trabajado para ver si en mi itinerario profesional

había algún indicio de corrupción. Puede que además contratase a un detective privado que investigara la situación de Wood/Warren, la de Lance Wood y quizá también la mía; una idea original. Me pregunté hasta qué punto saldría bien parada si me sometieran a una investigación profesional. Estaba claro que los cinco de los grandes iban a salir a la luz. La verdad es que no sabía qué hacer al respecto. El ingreso era incriminador de por sí, pero si retiraba el dinero iba a ser peor.

El resto del día lo recuerdo fragmentariamente. Hablé con Lonnie Kingman, un abogado criminalista para el que había hecho algún trabajo en otra época. Tiene poco más de cuarenta años y una cara que parece la de un bóxer; cejas espesas y en relieve, nariz rota. Lleva el pelo alborotado y los trajes que se pone le suelen apretar en las axilas. Mide 1,62 y seguramente pesa 100 kilos. Levanta pesas en el mismo gimnasio que yo y a veces lo veo agachado y tratando de levantar 300 kilos de discos que tiemblan y se bambolean a ambos extremos de la barra como si fuesen cubos de agua. Se doctoró *summa cum laude* por la Facultad de Derecho de Stanford y viste camisas de seda con su monograma bordado en los puños.

Los abogados saben decir con la mayor dulzura cosas capaces de hacer que el interlocutor se ponga a chillar y a arrancarse la ropa. Al igual que los médicos, parecen sentirse obligados a detallar todos los horrores que aguardan al usuario si este sigue ese tipo de vida. Cuando le expliqué lo que me había pasado, me dijo que, estafas aparte, seguramente me acusarían de otras dos cosas: de connivencia con Lance Wood y de complicidad pirómana según los hechos. Fue lo primero que se le ocurrió, y eso que no llevaba sombrero.

Noté que me ponía pálida.

—Eso es inconcebible —exclamé.

Se encogió de hombros.

—Es lo que yo haría si fuese fiscal del distrito —dijo con brusquedad—. Y seguramente añadiría algunos alegatos en cuanto conociera todos los hechos.

—Hechos, hechos, bah. Yo no había visto a Lance Wood en toda mi vida.

—Tal vez sea cierto, pero ¿puedes demostrarlo?

—¡Pues claro que no! ¿Cómo voy a demostrar una cosa así?

Suspiró como si me estuviera viendo ya con uno de esos uniformes de presidiaria sin forma definida.

—Maldita sea, Lonnie, ¿por qué la ley se las apaña siempre para beneficiar a los malos? Te lo juro, es que mire donde mire, los malos son los que ganan y los desgraciados los que apenas cogen tajada. ¿Qué crees que debo hacer?

Sonrió.

—No es para tanto —dijo—. Yo te aconsejaría que te mantuvieras apartada de Lance Wood.

—¿Y cómo? No voy a sentarme en la última fila y esperar pasivamente a ver

qué ocurre. Quiero saber quién me la ha jugado.

—Yo no he dicho que no lo hagas. Eres investigadora. Investiga, pues. Pero yo tendría cuidado, si estuviera en tu pellejo. Estafar a una compañía de seguros es muy serio. Pero ojo, no te vayan a acusar de algo peor.

Tuve miedo de preguntarle a qué se refería.

Cuando llegué a casa saqué del coche las cajas donde había metido los expedientes. Tardé unos minutos en cambiar el saludo y el mensaje inicial del contestador automático que tengo en casa. Llamé a Jonah Robb, que trabaja en la Policía, en Personas Desaparecidas. No suelo llamar a los hombres cuando estoy en apuros. Me inculcaron la idea de que en la actualidad una mujer ha de valerse por sí misma; y era lo que estaba deseando hacer, pero no sabía por dónde empezar.

Había conocido a Jonah hacía seis meses, mientras trabajaba en un caso. Desde entonces, nuestros caminos se habían cruzado en varias ocasiones, la última vez en mi cama. Tiene treinta y nueve años, es torpe, estimulante, divertido y está un poco en las nubes; es, en suma, un hombre atormentado, de ojos azules y pelo negro, y que está casado con una mujer llamada Camilla que cada dos por tres se va de casa con las dos hijas que tienen y de cuyos nombres nunca consigo acordarme. Durante mucho tiempo había hecho caso omiso de la química que nos unía, ya que la prudencia (decía yo) me aconsejaba no liarme con un casado. Pero cierta noche de lluvia me lo había encontrado cuando volvía a casa después de una entrevista deprimente con un personaje hostil. Nos habíamos puesto a tomar cócteles de tequila en un bar cercano a la playa. Habíamos bailado mientras oíamos canciones antiguas de Johnny Mathis; charlamos, bailamos otra vez, pedimos más cócteles. Creo que fue mientras oía *The Twelfth of Never* cuando me olvidé por completo de mi resolución y me lo llevé a casa. Nunca he podido resistirme a la letra de esa canción.

Estábamos pues en esa etapa inicial en que ambas partes tantean, se niegan a dar nada por sentado, saltan a la primera y quieren conocer y que se las conozca mientras los puntos caracterológicamente débiles se ponen a buen recaudo. El peligro me entusiasmaba y también la química resultante. Cada vez que pensaba en él sonreía de oreja a oreja, y en ocasiones incluso me echaba a reír, pero había un sentimiento subterráneo que impedía que el programa fuera completo. He estado casada dos veces y he cometido más desaguisados de los que estoy dispuesta a admitir. Ya no soy tan confiada como antaño y por buenas razones. Jonah, mientras tanto, estaba trastornado por los cambios de humor de Camilla. Últimamente le había dado por decir que quería un matrimonio «abierto», pero según Jonah se trataba de una apertura que solo ella tenía derecho a disfrutar.

—Personas Desaparecidas. Sargento Schiffman.

No supe qué decir durante unos segundos.

—¿Rudy? Soy Kinsey. ¿Dónde está Jonah?

—Ah, hola, Kinsey. Está de vacaciones, fuera de la ciudad. Se fue a esquiar con la familia, no sé dónde. Fue bastante repentino, pero me parece que dijo que te avisaría. ¿No te ha llamado?

—No, que yo sepa —dije—. ¿Sabes cuándo se espera que vuelva?

—Un momento, voy a mirar —me tuvo esperando mientras al fondo oía *Hark, the Herald Angels Sing*, interpretado por el Norman Luboff Choir. La Navidad ya había pasado. ¿Es que nadie se había enterado? Rudy se puso a hablar otra vez—. Creo que el 3 de enero. ¿Quieres que le diga algo?

—Sí, que me he ahorcado —dije y colgué.

Confieso que se me saltaron las lágrimas y que lloré de rabia durante seis minutos exactos. Luego me dediqué a trabajar.

La única táctica que se me ocurría era ponerme en contacto con Ash Wood. No hablaba con ella desde que íbamos juntas a clase, es decir, desde hacía casi catorce años. Consulté la guía telefónica. Figuraba la madre, Helen Wood, y también Lance, pero no había el menor rastro de Ash, lo que sin duda significaba que se había mudado o que había contraído matrimonio. Llamé a la casa de la familia. Se puso una mujer. Me identifiqué y le dije que quería hablar con Ash. Suelo decir mentiras en situaciones así, pero en el presente caso me pareció más práctico decir la verdad.

—Kinsey, ¿eres tú? Soy Ash. ¿Qué es de tu vida? —dijo.

Todas las hijas de Helen Wood tenían la misma voz: baja, ronca y reforzada por un acento casi sureño. Pronunciaban con claridad, sin arrastrar las vocales, pero con indolencia. Su madre era de Alabama, si no me falla la memoria.

—No puedo creer mi suerte —dije—. ¿Cómo estás?

—Pues mira, tirando, como todos —dijo—. Me alegro de que hayas llamado. Lance dijo que estuviste el viernes en la fábrica. ¿Te has enterado de lo ocurrido?

—Precisamente te llamaba para preguntártelo.

—Ay, Señor, pues te puedo poner al corriente cuando quieras. ¿Tienes algún compromiso para comer?

—Por ti los dejaría todos —dije.

Sugirió el Edgewater Hotel a las doce y media, y dije que de acuerdo. Antes tendría que cambiarme de ropa. Mi indumentaria cotidiana consiste en un par de botas o unas bambas, unos tejanos ajustados y, según la estación, una camiseta sin mangas o un suéter de cuello de cisne. A veces me pongo un anorak o un chaleco de algodón y voy a todas partes con un bolso grande de piel, de los que se llevan en bandolera, donde de tarde en tarde meto mi automática del calibre 32. Estaba casi segura de que Ashley no se presentaría en público de este modo. En consecuencia, saqué el vestido multiuso, los pantis y los zapatos de tacón bajo. Tendría que comprarme un poco más de ropa.

El Edgewater Hotel se alza en un complejo costero de nueve hectáreas con cuadros de césped que descienden hasta la misma orilla del mar. La carretera de acceso discurre a menos de tres metros del agua, flanqueada por un dique construido con piedra arenisca de la zona. La arquitectura del edificio principal es de estilo colonial español, de paredes macizas y blanqueadas, vanos rematados en arco y ventanas muy hundidas. La techumbre está limitada por filas horizontales de tejas rojas. Ante la fachada principal hay una terraza rodeada de paneles de vidrio y en todas las mesas hay sombrillas blancas que protegen a los huéspedes y clientes del sol y el viento racheado del mar. En los jardines abundan los enebros y las palmeras, los hibiscos, los arbustos esterculiáceos y los helechos, así como los macizos de plantas perennes que dan todo el año flores muy vistosas, de color rosa subido, morado y oro. Hacía frío y el cielo encapotado parecía una costra de hielo. Las estribaciones de un frente lluvioso que nos había rozado por el norte agitaban las olas, teñidas de un verde oliva monótono.

El uniformado mozo del aparcamiento era demasiado discreto para hacer comentarios, incluso con la mirada, a propósito de las abolladuras que decoraban mi veterano vehículo. Me adentré en el vestíbulo y giré por un pasillo ancho y flanqueado por sofás muy mullidos y separados entre sí por macetones de ficus. El techo estaba cruzado por vigas de madera, las paredes cubiertas de baldosas hasta media altura y la gruesa alfombra, decorada con flores grandes como platos, amortiguaba todos los ruidos.

Ash había reservado una mesa en el comedor principal. Había llegado antes que yo y, cuando aparecí, se volvió para mirarme con cara de alegría. Tenía prácticamente el mismo aspecto que cuando íbamos al instituto: el pelo de un rojo claro y ojos azules en una cara ancha y cordial, salpicada de pecas. Tenía los dientes muy blancos y simétricos y una sonrisa muy contagiosa. Había olvidado que le gustaba vestir de un modo informal. Llevaba un conjunto de lana azul, de aire militar, y un abultado chaleco blanco, de piel de carnero. Pensé con dolor de corazón en mis tejanos y mi suéter de cuello de cisne.

Le sobraban alrededor de diez kilos y cuando llegué a la mesa se levantó para abrazarme con el entusiasmo de una perrita torpe. Desde siempre se había caracterizado por su franqueza y naturalidad. Pese a ser de familia adinerada, nunca se había comportado con esnobismo o afectación. Mientras que Olive había sido una chica reservada y Ebony una joven asustadiza, Ash había destacado por su carácter abierto y extrovertido, y había sido la típica adolescente que cae bien a todo el mundo. Habíamos compartido el mismo pupitre en segundo de bachillerato y nos habíamos hecho bastantes confianzas durante ese preámbulo que se crea antes de que comience la clase. Ninguna de las dos había sido favorita en las competiciones, ni estudiante distinguida ni candidata a reina de los bailes de final de curso. La amistad que nos había unido, aunque auténtica, había durado poco. Yo había conocido a su familia, ella había conocido a mi tía. Yo había ido a su casa, y a partir de aquel instante Ash había interrumpido sus visitas a la mía. Aunque los Wood me trataron siempre con amabilidad, era evidente que Ash se movía en la cima de la pirámide social y yo en la base. Esta diferencia acabó por sentarme mal y comencé a espaciar nuestros encuentros. Si Ash se sentía ofendida por mi distanciamiento, lo disimuló muy bien. De todos modos, me sentí culpable y también más tranquila cuando al año siguiente la cambiaron de pupitre.

—Kinsey, tienes un aspecto magnífico. Me dio mucha alegría que me llamaras. He pedido una botella de Chardonnay. Espero que estés de acuerdo.

—Estupendo —dije sonriendo—. Veo que no has cambiado, eres la misma de siempre.

—O sea que te sigo pareciendo una foca —dijo con una carcajada—. Y tú estás igual de flaca que entonces, solo que medio esperaba que te presentases con tejanos. No recuerdo haberte visto alguna vez con un vestido.

—Es para dar más categoría al encuentro —dije—. ¿Qué tal te va? Al no verte en la guía telefónica, pensé que te habías ido de la ciudad o que te habías casado.

—Bueno, he estado fuera diez años y he vuelto hace muy poco. ¿Y tú? No puedo creer que seas detective. Siempre pensé que acabarías entre rejas. En aquella época eras muy rebelde.

Me eché a reír. De estudiante era una inadaptada y me relacionaba con los «aguantaparedes», unos chicos a quienes llamaban así porque siempre estaban junto a la pared que había al fondo del patio del colegio.

—¿Te acuerdas de Donan, el chico del diente de oro que se sentaba delante de ti? Sigue en Santa Teresa y es ginecólogo. Se arregló la dentadura e ingresó en la Facultad de Medicina.

Lanzó un gemido sin dejar de reír.

—Dios mío, lo que le gustaba levantar las faldas a las chicas. ¿Y qué fue de aquel moreno que tenías al lado? Era un chico gracioso. Me caía bien.

—Por ahí anda. Se ha quedado calvo y se ha puesto como un tonel. Tiene un establecimiento de licores en la montaña. ¿Y aquella amiga tuya que robaba en las tiendas? Francesca no sé qué.

—Palmer. Vive con un tipo de Santa Fe que diseña muebles. La vi cuando pasé por allí, hace cosa de un año. Sigue siendo una cleptómana. ¿Estás casada?

—Estuve.

Le enseñé dos dedos para indicarle cuántos maridos habían entrado y salido de mi vida.

—¿Hijos? —preguntó.

—No, por favor. No es lo mío. ¿Y tú?

—A veces me han entrado ganas de tener alguno.

Me contemplaba con ojos radiantes y de alguna manera supe que cualquier cosa que yo dijera le parecería bien.

—¿Cuándo nos vimos por última vez? —dije—. Hace años, ¿verdad?

Asintió.

—En la fiesta que celebró Bass en el club de campo cuando cumplió los veintiuno. Ibas con el chico más guapo que he visto en mi vida.

—Daniel —dije—. Mi marido número dos.

—¿Y el número uno? ¿Cómo era?

—Será mejor que bebamos algo primero.

Apareció el camarero con el vino y antes de descorchar la botella le enseñó la etiqueta a Ash. Ella soslayó con un ademán el rito de olisquear el corcho y dejó que el camarero la abriera y nos sirviese. Advertí que el camarero sonreía para sí, complacido sin duda, como la mayoría de la gente, por la actitud desenvuelta de Ash y su indiferencia ante las formalidades. Era alto y delgado, le eché veintiséis años y nos detalló los platos del día como si pudiera antojársenos tomar nota de sus explicaciones.

—Hoy tenemos perca al *beurre blanc*, con pimientos verdes; se cuece primero con tomate natural, cilantro, limón y vino blanco, y se le añaden los pimientos jalapeños; se sirve con una guarnición de arroz hervido en el mismo caldo. Tenemos también filete de salmón...

Mientras le escuchaba, Ash emitía murmullos y ligeras exclamaciones y le interrumpía a veces para que le aclarase tal o cual detalle culinario.

Dejé que fuera ella quien pidiera por las dos. Conocía a todos los camareros por su nombre y al final se enfrascó con el nuestro en una conversación interminable acerca de lo que íbamos a comer. Por fin pidió almejas al vapor en un caldo al Pernod y una ensalada verde muy poco aliñada; añadió que, si éramos buenas chicas y nos lo acabábamos todo, ya pensaríamos en el postre.

Le conté mientras comíamos cómo me había puesto en contacto con Wood/Warren y las irregularidades descubiertas a última hora.

—No sabes cuánto lo siento, Kinsey. Espero que Lance no sea responsable del

lio en que estás.

—Yo también lo espero, de verdad. ¿Cómo es Lance? ¿Es de los que prenderían fuego al almacén de la familia?

Al contrario de lo que me había figurado, no saltó irracionalmente en su defensa.

—Si lo hiciera, no creo que se delatase a sí mismo —repuso.

—Bien pensado. ¿Se te ocurre quién puede andar tras él?

—La verdad es que no. La situación económica de la familia se complicó mucho al morir mi padre. Estaba loco por sus hijos, pero Bass era un diletante y Lance siempre metía bulla.

—Sí, algo de eso me parece recordar. Tu padre debió de haber tenido ataques de nervios.

—Oh, los tenía. Ya sabes lo estricto que era. Tenía ideas muy firmes y tajantes acerca de la relación entre padres e hijos, aunque casi todas equivocadas. En cualquier caso, no sabía cómo aplicarlas. Le gustaba mandar, dominar y meter en vereda a todo el mundo, pero ni esto sabía hacer. Ningún hijo se comporta como el empleado de una empresa. Papá creía que en casa iba a tener más autoridad, pero la verdad es que tenía menos. Tanto Lance como Bass estaban empeñados en llevarle la contraria. Bass nunca cambió, sigue sin enmendarse.

—¿Vive en Nueva York todavía?

—Bueno, va y viene, estuvo en casa una semana, para el día de Acción de Gracias, pero casi siempre está fuera. Nueva York, Boston, Londres. Estuvo un año en Italia y ha jurado que volverá. Aunque le quiero mucho, pienso que es un caso perdido. Creo que nunca hará nada a derechas. Lance también fue así durante años. Los dos eran muy inteligentes, pero la vida alegre les gustaba demasiado y Lance tuvo algunos roces con la ley. Eso hizo que papá se subiera por las paredes.

Llegaron las almejas. Nos sirvieron sendas cazuelas, envueltas en un paño para que el caldo no se enfriara, y llenas de chirulas pequeñas y perfectas. Ash extrajo la carne tierna de un molusco, se la puso en la lengua y al tragarla cerró los ojos como si estuviera en éxtasis. Vi que untaba con mantequilla una rebanada de pan y la metía en la cazuela, para mojarla en el caldo. Al morderla el pan emitió uno de esos gemidos guturales que suelen oírse en los vídeos porno.

—¿Está bueno? —le pregunté con sequedad.

—Delicioso —dijo—. Exquisito —se dio cuenta entonces de que quería tomarle el pelo y las mejillas empezaron a colorearse—. En cierta ocasión me preguntaron qué prefería: sexo o una buena tarta de chocolate. Sigo sin decidirme.

—Elige las tartas. Siempre las puedes hacer tú misma.

Se llevó la servilleta a los labios y tomó un sorbo de vino.

—El caso es que desde hace seis o siete años Lance se ha moderado mucho. Empezó a mostrarse interesado por la empresa y papá se puso contentísimo. Wood/Warren lo era todo para mi padre. Nos quería, pero llevaba mejor el timón de la empresa que el de la familia. Bass acabó también por incorporarse, fue el último en hacerlo, pero por entonces papá había renunciado ya a toda esperanza de encontrar un sucesor en la familia.

—¿Y Ebony?

—Bueno, le interesó la empresa desde pequeña, pero nunca creyó que papá la dejara intervenir. Estaba chapado a la antigua. Según él, un hombre ha de legar sus bienes al hijo mayor. Y punto. Él sabía que Ebony era inteligente, pero pensaba que no era una persona curtida y que no soportaría el trabajo. Las mujeres estaban hechas para casarse, tener hijos y gastar dinero. Es lo que él decía. Se hacían socias del club de campo para jugar al tenis y al golf. Pero no estaban a la altura de los ingenieros químicos y los analistas financieros. Ebony llegó a matricularse en Cal Poly para licenciarse en ingeniería, pero papá le dijo muy claramente que no iba a servirle de nada; entonces se fue a Europa y se casó.

—Con lo que se cumplió su profecía —dije.

—Cierto. Pero papá cambió radicalmente de opinión y juró que le dejaría la empresa en herencia si ella aguantaba al pie del cañón hasta el final. Ebony le cogió manía, y no se lo reprocho. Él era un auténtico cabrón a veces.

—Ebony está aquí ahora, ¿no?

—En efecto. Volvió en agosto, sin Julian, lo que no es de lamentar. Es un fracasado donde los haya. Un pelmazo de verdad. No sé cómo se relacionó con él.

—Lance dice que Ebony quiere dirigir la empresa.

—Eso he oído yo también, pero Ebony no me habla de esas cosas. Nos llevamos bien, pero no hay auténtica intimidad entre las dos.

—¿Y Olive? ¿Está interesada?

—De un modo periférico, supongo. Se casó con un ingeniero químico que trabajaba para papá. Ahora es vicepresidente, pero cuando se conocieron a él acababan de contratarle y ella todavía iba a la facultad.

—¿Te refieres a Terry Kohler?

Asintió con la cabeza.

—¿Lo conoces?

—Me lo presentaron en la fábrica. ¿Qué tal es?

—No sé, inteligente, con cambios bruscos de humor, vehemente. Bastante agradable, pero sin gracia. Es bueno en el oficio. Debo reconocer que está loco por Olive, besa el suelo que ella pisa. La trata de un modo... «servil», esa es la palabra.

—Una mujer con suerte. ¿Es ambicioso?

—Antes sí. Quería independizarse y fundar su propia empresa, pero creo que no resultó. Después de aquello se desanimó bastante y, bueno, no sé, estar casado con la hija del jefe tiene que quitarle toda la emoción al asunto.

—¿Cómo se lleva con Lance?

—Tienen roces de vez en cuando. Terry es un hombre que se ofende con facilidad. Ya sabes cómo es esta gente. Se irrita por menos de nada.

—¿Y John Salkowitz?

—Es un encanto. Es lo que papá quería que Lance fuera.

—Antes dijiste que Lance tuvo un par de tropiezos con la ley. ¿A qué te referías?

—Robó ciertos objetos de la fábrica.

—No me digas. ¿Cuándo?

—Cuando estaba en segunda enseñanza. Se le ocurrió un plan para ganar dinero, pero fue un fracaso. Tenía que ver con un curso de economía y creo que su aprobado dependía del resultado que obtuviese. Cuando comprendió que su plan había fallado, robó cierto material, poca cosa, pero cometió el error de querer vendérselo a un perista. El tipo se puso nervioso y llamó a los polis.

—Qué cabeza.

—Sospecho que fue aquello lo que puso a papá fuera de sí.

—¿Denunció el robo?

—¿Bromeas? Por supuesto que sí. Dijo que era la única manera de que Lance aprendiese.

—¿Y aprendió?

—Bueno, volvió a meterse en líos, si te refieres a eso. Muchas veces. Papá acabó por tomar cartas en el asunto y lo metió interno en un colegio.

La conversación empezó a languidecer. Al acabar la comida charlamos de otras cosas. A las dos consultó la hora.

—¡Dios mío, tengo que irme! He prometido a mi madre llevarla de compras esta tarde. Puedes venir con nosotras, si quieres. Le alegrará mucho verte.

Hizo señas al camarero para que le llevara la cuenta.

—Tengo un par de cosas que hacer, pero me gustaría hablar con ella.

—Llámanos y vente a casa.

—¿Vives allí ahora?

—Por el momento. Acabo de comprar un piso y he de hacer algunas reformas. Estaré con mi madre otras seis semanas.

Cuando llegó la cuenta, fui a coger el bolso, pero Ash me hizo desistir con un ademán.

—Deja, yo pago. Diré que es una comida de trabajo y se la facturará a la empresa. Es lo menos que puedo hacer, dado el lío en que te hemos metido.

—Gracias —dije.

Le pedí el teléfono particular de Ebony y salimos juntas. Sentí que me

quitaban un peso de encima cuando el mozo del aparcamiento sacó su coche primero. La vi alejarse con el pequeño Alfa-Romeo rojo. Llegó mi coche. Le di al mozo una propina más generosa de lo normal, subí al vehículo con cuidado y me dejé caer en el asiento para no hacerme una carrera en la corva. El mozo cerró de un portazo y giré la llave de contacto. Gracias a Dios arrancó a la primera y me sentí llena de orgullo. El maldito trasto está totalmente pagado y ahora solo me cuesta diez dólares semanales en gasolina.

Fui a casa y crucé la puerta sin querer pensar en la soledad manifiesta que la envolvía. Las plantas trepadoras parecían cubiertas por una capa de suciedad y se habían marchitado más zinnias y caléndulas. La casa de Henry estaba sumida en el silencio y su puerta trasera parecía carente de vida. El patio de mi casa suele estar perfumado por un fuerte olor a levadura y a canela. Henry es un panadero jubilado que no puede renunciar a su pasión por amasar y experimentar con el pan. Cuando no está en la cocina, me lo suelo encontrar en el patio, escardando los bancales o recostado en una tumbona e ideando crucigramas llenos de juegos de palabras complicados.

Entré en mi apartamento, me quité el vestido, me puse los tejanos y todo mi cuerpo suspiró aliviado. Fui al cobertizo de las herramientas, saqué la cortadora de césped, hice un recorrido por el patio, luego me puse a gatas y me dediqué a arrancar las flores marchitas de los bancales. Era muy aburrido. Puse en su sitio la cortadora de césped. Volví a entrar y pasé a máquina las notas que había tomado. Quería hacer las cosas bien, dado que la investigación que llevaba a cabo era por cuenta propia. Pero también era muy aburrido.

Como el local de Rosie estaba cerrado, preferí cenar en casa y me preparé un bocadillo de queso con encurtidos, que me entretuvo y divertió infinitamente.

Había terminado ya la novela de Len Deighton y como en casa no tenía nada más para leer, encendí la televisión portátil.

A veces me pregunto si no se me estarán acabando los recursos personales.

El martes, a las seis de la mañana estaba ya en el gimnasio. Puesto que me había quedado sin oficina, podía haber ido más tarde, pero me gusta el ambiente que hay a esa hora. Está silencioso y medio vacío y, en consecuencia, no nos peleamos por el equipo. Los discos y las pesas están en su sitio. Los espejos están limpios y el aire no huele a los calcetines de la víspera. Las poleas constituyen un fenómeno curioso, ya que en realidad son máquinas ideadas para imitar el trabajo de negros del que nos libró la revolución industrial. Levantar pesas es como una sesión de meditación trascendental: hay momentos de actividad concentrada y momentos de descanso. Es una buena ocasión para pensar, ya que nada más puede hacerse. En primer lugar hice abdominales: treinta y cinco, luego treinta y finalmente veinticinco. Me senté en el banco de un Nautilus, me enganché a las poleas y me puse a hacer ejercicios de brazos, tres series de diez movimientos, con dos discos. Los hombres levantan entre diez y veinte discos como si nada, pero yo, con menos peso, me canso igual y en el fondo no se trata de prepararse para el campeonato regional de culturismo. Me puse a pensar en los detalles de la trampa que me habían tendido... Una encerrona astuta, basada en la combinación cronológica de los acontecimientos. El informador anónimo de Mac tenía que ser Ava Daughert, pero ¿por orden de quién? Estaba claro que no había maquinado aquel embrollo ella sola. Alguien había metido la mano en el expediente Wood/Warren; cabía la posibilidad de que las llaves del despacho me las hubieran cogido del bolso; pero ¿quién de Wood/Warren sabía lo suficiente para falsificar un informe del cuerpo de bomberos? Tenía que haber sido una persona que estuviera al tanto de los procedimientos habituales de La Fidelidad de California. Las investigaciones de las compañías de seguros suelen seguir una pauta. Era imposible que una persona ajena a estos trámites supiera que podía cambiarlos en un momento concreto. Darcy podía haberlo hecho. Y, puestos a pensar en posibilidades, Andy también; incluso Mac. Pero ¿por qué?

Seguí trabajando los bíceps y los tríceps. Puesto que corro seis días a la semana, voy al gimnasio sobre todo para fortalecer el ABC—abdomen, brazos y culo— en una serie de ejercicios en los que invierto cuarenta y cinco minutos

tres veces a la semana. Hacia las siete y cuarto había terminado. Fui a casa a ducharme y volví a salir, esta vez con los tejanos, el suéter de cuello de cisne y las botas. Darcy entraba a trabajar a las nueve, pero a esa hora, día sí y día no, me la encontraba tomando un café con un bollo de hojaldre relleno en la cafetería que había al cruzar la calle. Aprovechaba la ocasión para chismorrear, leer el periódico y pintarse las uñas.

No había la menor señal de ella cuando entré en la cafetería a las ocho en punto. Compré un periódico y me senté en el reservado del fondo donde normalmente se instala. Se me acercó Claudine y le pedí algo para desayunar. A las ocho y doce minutos entró Darcy con un abrigo ligero de lana. Se detuvo en seco al verme, modificó el rumbo y se introdujo en un reservado vacío. Cogí mi café y me acerqué a ella; me encantó la cara de vinagre que puso al percatarse de mis intenciones.

—¿Te molesta que me sienta contigo? —pregunté.

—Bueno, la verdad es que preferiría estar sola —dijo, evitando mi mirada.

Llegó Claudine con el beicon y los huevos revueltos, humeantes todavía, y los puso delante de mí. Claudine es una cincuentona con voz de trueno y las pantorrillas surcadas de varices.

—Buenos días, Darcy. ¿Qué va a ser hoy? Se nos han acabado los hojaldres rellenos de queso, pero te puedo traer uno de cereza, si te apetece.

—Sí, está bien. Y un zumo de naranja pequeño.

Claudine apuntó el pedido y se guardó el cuaderno en el bolsillo del delantal.

—Enseguida te traigo el café.

Desapareció antes de que Darcy pudiera protestar. Vi que miraba a todas partes, en busca de un asiento vacío. La cafetería se llenaba con rapidez y parecía sentirse acorralada.

Mientras desayunaba la observé de un modo que quería ser molesto. Se quitó el abrigo y por lo menos estuvo un año de pie para doblarlo tal como ella quería. Es una de esas mujeres cuya «remodelación» constituiría un desafío para las expertas en el «házte-lo-tú-misma» de las revistas de modas. Tiene un pelo, fino como el de una niña, que se niega a aceptar las permanentes, ojos azul claro y una frente alta y protuberante. Su piel es lechosa y transparente, y a través de la misma se ve un encaje de venas que recuerda las etiquetas de las lavanderías. Me habían contado que su novio era cartero y que trapicheaba con drogas, y me pregunté si repartiría las papelines al mismo tiempo que el papelorio. Lo cierto es que a ella le estaba jodiendo el día y saberlo me abrió el apetito.

—Supongo que ya sabes que estoy metida en un lío.

—Lo difícil sería no enterarse —dijo.

Abrí una porción individual de jalea de uva y vertí la mitad en media tostada triangular de pan integral de trigo.

—¿Se te ocurre quién puede haber sido?

Volvió Claudine con la cafetera, una taza y un platito. Darcy, con gran prudencia, se abstuvo de todo comentario mientras le llenaban la taza y rellenaban la mía. Cuando Claudine se hubo ido, la cara se le estiró y el color de la tez le cambió del tono lástima al matiz melancolía. Dicha mutación, en el fondo, no carecía de atractivo. Le encantan las tonalidades pastel, sin duda porque imagina que los colores desteñidos le sientan mejor que los sólidos. Por ejemplo, llevaba un suéter del mismo color amarillo que las muestras de orina de los enfermos de diagnóstico dudoso. El rubor, sin embargo, le devolvió un poco de sana vitalidad.

—Yo no te he hecho nada —dijo adelantando el tórax.

—Genial. Podrías echarme una mano entonces.

—Mac nos ha dicho que no te dirijamos la palabra.

—¿Por qué?

—Pues está claro, no quiere que te contemos cosas que no tienes por qué saber.

—¿Por ejemplo?

—No quiero discutir contigo.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo en tono amistoso. Medio esperaba que se taponara los oídos con los dedos y se pusiera a canturrear para no oírme, pero me di cuenta de que hasta cierto punto le picaba la curiosidad y me aferré a ello —. Yo creo que es Andy quien está detrás de todo esto. No sé qué busca, pero seguro que tiene que ver con el dinero. Puede que se lo hayan propuesto o que le hayan obligado. También me ha pasado por la cabeza que podrías ser tú, pero ahora pienso que no. Si hubieras sido tú estarías muy simpática conmigo, aunque solo fuera para convencerme de tu inocencia.

Abrió un sobre de azúcar, llenó media cucharilla y lo echó en el café. Seguí hablando, como si Darcy fuera amiga mía de toda la vida y tuviera intención de ayudarme.

—LFC suele recurrir a investigadores que no son de la casa, de manera que me imagino que cualquiera de nosotros podría haber sido implicado. La mala suerte ha querido que me tocara a mí. Lo que no impide que Andy obtenga una cierta satisfacción. Nunca le he caído bien y siempre le ha sentado como un tiro que Mac me deje estar en uno de los despachos de la empresa. Lo que Andy quiere es derribar la pared para quedarse él con mi espacio. Sea como fuere, pienso que el complot gira alrededor de Lance Wood, aunque aún no sé por qué. Creo que voy a indagar por ambos lados para ver dónde se cruzan los hilos. Tiene que ser divertido. Nunca había trabajado para mí y estoy deseando hacerlo. Además, ser clienta de una misma ahorra muchos trámites.

Esperé a ver cómo reaccionaba. Sus ojos claros estaban fijos en los míos y comprendí que su engranaje mental estaba funcionando.

—Vamos, Darcy —la insté—, échame una mano. ¿Qué puedes perder?

—Ni siquiera me caes simpática.

—Tampoco tú me caes simpática a mí. Pero esa es otra historia. Las dos detestamos a Andy. Eso es lo importante. Ese tío es una almorana, una esponja culera.

—En realidad lo es.

—Mac nada ha tenido que ver con esto, ¿verdad que no?

—Creo que no.

—¿Quién, entonces?

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Andy se ha dedicado últimamente a rondar mi mesa.

Lo dijo en voz tan baja que tuve que acercar el oído.

—Sigue.

—Empezó el día en que Jewel se fue de vacaciones y Mac le dijo que continuara lo que ella estaba haciendo. Fue Andy quien te propuso para que investigaras la reclamación de Wood/Warren.

—Seguramente pensó que sería más fácil engañarme a mí.

Claudine se acercó con el zumo de naranja y el hojaldre relleno de cereza. Darcy troceó el hojaldre y fue untando los pedazos con mantequilla y metiéndoselos en la boca. Jesús, quizá me convidara a un trozo.

Al parecer le estaba cogiendo gusto a lo de meterse con Andy Motycka, que por lo visto la tenía tomada con las dos.

—Lo que me fastidia —dijo— es que tuve problemas con Mac porque Andy le dijo que el expediente había estado en mi mesa muriéndose de risa durante tres días. Y, ¿sabes?, mentira cochina. Andy se lo llevó a su casa. Vi que lo metía en su maletín el martes, cuando llegó el informe del cuerpo de bomberos.

—¿Se lo contaste a Mac?

—Pues no. ¿Para qué? ¿Para que crea que me lavo las manos y que quiero colgarle el mochuelo a Andy?

—Tienes razón. Yo me vi en un brete parecido —dije—. Mira, si Andy falsificó el informe del cuerpo de bomberos, seguramente hizo el trabajo sucio en casa, ¿no crees?

—Es muy probable.

—Tal vez encontremos alguna prueba si echamos un vistazo. Si tú te encargas de su despacho, y o husmearé en su casa.

—Se ha mudado. Ya no vive en la casa. Se está separando de Janice.

—¿Va a divorciarse formalmente?

—Sí, hace meses que lo prepara. Ella también le jalea por su parte, no creas.

—No me digas. Qué interesante. ¿Y dónde vive ahora?

—En una de esas comunidades de propietarios que hay cerca de Sand Castle.

Conocía el complejo residencial de que hablaba: 160 viviendas enfrente de un campo público de golf llamado Sand Castle y situado en el pequeño municipio de

Elton, nada más pasar Colgate.

—¿Y su oficina? ¿La puedes registrar o hay algún inconveniente?

Sonrió por primera vez.

—No te preocupes. Lo haré. Se lo merece.

Me dio su teléfono y le dije que ya la llamaría. Pagué la cuenta de las dos y me fui porque no me pareció prudente que nos vieran salir juntas. Ya que estaba en el centro, me dejé caer por la oficina de crédito bancario y cambié unas palabras confidenciales con una amiga que está a cargo de una máquina codificadora. Hacía unos años me había encargado que investigase los antecedentes de un amigo de lo ajeno que quería limpiarle ciertos chorrillos. Había echado mano del bolso para pagarme, pero se me ocurrió que las dos saldríamos ganando si hacíamos un truke; «cortesías profesionales», como suele decirse. En la actualidad, me dedico a investigar a cada nuevo novio que tiene, y ella a cambio me fotocopia algunos listados. Hay un inconveniente, y es que tengo que esperar a que el banco central de datos se ponga al día, cosa que suele ocurrir una vez por semana. Le pedí que me facilitara toda la información que tuviera sobre Lance Wood y me dijo que le diese un plazo de 24 horas. Movida por un impulso, y ya que estaba en ello, le pedí también que mirase todo lo que hubiera sobre Andy Motycka. Para conseguir información financiera sobre Wood/Warren tendría que recurrir a los colegas locales Dun & Bradstreet. Mi principal fuente de información iba a ser, sin embargo, la misma Fidelidad de California, dado que Lance Wood había tenido que rellenar un sinfín de impresos al solicitar el seguro. Esperaba contar con la ayuda de Darcy para este cometido. Incluso yo estaba asombrada de lo bien que me caía ahora que estaba en mi equipo. Fui en busca del coche.

Justo en el momento en que salía del aparcamiento que hay detrás del edificio, vi que el coche de Andy se detenía junto a la máquina de la entrada y que su propietario cogía el ticket que salió por la ranura. Hizo como que no me veía.

Volví a casa. Nunca me había detenido a pensar en lo mucho que significaba para mí aquel despacho. El cuarenta por ciento del trabajo lo hago sentada en la silla giratoria, con el auricular del teléfono clavado en el cuello y los ficheros y archivadores a mano. El sesenta por ciento del tiempo suelo pasarlo al volante, pero no me gusta sentirme desconectada de mi base de operaciones. Me sitúa en una posición un tanto desventajosa.

No eran más que las diez y cinco, o sea que tenía todo el día por delante. Por costumbre, cogí la Smith-Corona portátil y puse en limpio las notas que había tomado. Cogí luego unos impresos y preparé la minuta de un par de clientes que aún no me habían pagado, hecho lo cual limpié y ordené la mesa. Detesto quedarme con los brazos cruzados. En particular cuando podría estar buscándome la vida por ahí. Llamé a Darcy, a LFC, y me proporcionó la nueva

dirección y el nuevo teléfono de Andy. Me confirmó que nuestro hombre se encontraba en su despacho en aquellos momentos.

Llamé a su casa de todos modos y me quedé más tranquila al oír que respondía el contestador automático. Me puse unos pantalones de color azul grisáceo con una franja blanquecina a lo largo de la costura y una camisa azul celeste con el emblema de los Southern California Services cosido en una manga. Me calcé unos zapatos negros que conservaba de la época en que había estado en el servicio de tráfico de la Policía de Santa Teresa, desenterré un llavero de macarra dotado de una larga cadena, cogí un cartapacio, las ganzúas y un juego de llaves maestras. Me miré en el espejo. Tenía toda la pinta de una funcionaria de uniforme que está a punto de realizar una inspección rutinaria... pero que no me pregunten sobre qué. Se me notaba en la cara que sabía leer contadores y tomar notas importantes. Que sabía comprobar instalaciones subterráneas y movilizar equipos de reparación a través del teléfono portátil de mi vehículo de mantenimiento propiedad del condado. Subí al Cucaracha y puse rumbo a la comunidad de propietarios donde vivía Andy, en busca de un poco de emoción y aventura.

The Copse at Hurstbourne, tal era el fabuloso nombre que se había dado a una urbanización reciente de pisos en propiedad que se encontraba en las afueras. *Copse* significa «espesura, boscaje, floresta». *Hurst* quiere decir «altozano, loma, montículo». Y *bourne* es «riachuelo o torrente». Todas las maravillas botánicas y geológicas mencionadas se daban cita, al parecer, en las 20 parcelas de la urbanización, pero no acababa de comprender por qué esta no se llamaba sencillamente Tierras Sombreadas, dado que no era otra cosa. Por lo visto, la gente no estaba dispuesta a pagar 150 000 dólares por una casa que no afirmara su raigambre anglosajona. Estas viviendas, a menudo totalmente utilitarias, jamás se bautizan con un nombre judío o mexicano. Quien quiera perder su inversión en un abrir y cerrar de ojos, que trate de vender un Rancho Feinstein. O un Paco Sánchez Park. Los estadounidenses de clase media quieren tener postín, es decir, equipararse, ridículamente, a los caballeros y hacendados británicos. Sin ir más lejos, acababa de dejar atrás el Cerro de Essex, el Monte Stratford y la Serranía de Hampton.

The Copse at Hurstbourne estaba rodeada por un elevado muro de mampostería y contaba con un portalón de acción electrónica para mantener a distancia a los plebeyos. El nombre de los vecinos podía verse en un panel que había junto a un portero automático dotado de interfono, muchos botones y auricular tipo góndola. Cada vecino tenía un código particular de acceso, que había que saber para poder entrar. Lo sé porque probé distintas combinaciones al azar y la puerta no se abrió. Me quedé a un lado del camino y esperé hasta que apareció otro coche. El conductor marcó su código. Cuando la puerta se abrió oscilando hacia atrás, pegué mi coche al suyo y entré. No se disparó alarma alguna. No se me echaron perros encima. Las medidas de seguridad de la urbanización, al igual que su pedigrí, estaban sobre todo en la imaginación de la división de ventas de la inmobiliaria.

Habría en total unos veinte edificios, cada uno con ocho viviendas, almacén de madera gris con cenefas blancas estilo Cape Cod, ángulos por todas partes, ventanas maineladas y balcones de madera. Aún quedaban sicómoros y

eucaliptos para adornar el terreno. Había dos caminos serpenteantes que discurrían en direcciones opuestas, pero saltaba a la vista que iban a parar a un mismo aparcamiento, situado en la parte trasera y bordeado de colgadizos. Ví una plaza libre, aparqué en ella y consulté el directorio del edificio, en el que figuraba también un plano detallado de las viviendas.

La de Andy Motycka era la número 364 y por suerte se encontraba en el punto más alejado de la urbanización. Cogí el cartapacio y una linterna, y adopté el porte más administrativo que pude. Pasé ante las instalaciones deportivas, el balneario, la lavandería, el gimnasio y la oficina de ventas. No había señales de niños. A juzgar por las plazas vacías del aparcamiento, supuse que muchos inquilinos trabajarían en la ciudad. Fenómeno. Cualquier banda de rateros podía colarse y limpiar la urbanización en cosa de medio día.

Esquivé una serie de cubos de basura estilo Cape Cod y subí por la escalera exterior a la primera planta del edificio número 18. El descansillo de la vivienda contigua a la de Andy estaba atractivamente decorado con macetas de ficus y otras plantas que llegaban hasta el hombro. El de Andy estaba vacío. Por no haber, no había ni felpudo. Las persianas estaban subidas y no había ninguna luz encendida en el interior. No se oía ningún televisor, ni equipo de música, ni cisterna del lavabo. Pulsé el timbre. Esperé un rato prudencial y retrocedí un poco para no perder de vista la puerta de los vecinos. Ni el menor indicio de actividad. Al parecer estaba sola en todo el edificio.

La cerradura de la puerta era una Weiss. Miré las ganzúas que llevaba y probé un par, pero no hubo suerte. Se tarda la hostia en forzar una cerradura y no tenía ganas de estar allí fuera todo el día. Podía pasar alguien y preguntarse por qué hurgaba en el ojo de la cerradura con una varilla metálica mientras lanzaba tacos en voz baja. Movida por un impulso, me alcé de puntillas y pasé la mano por la parte superior del dintel. Andy me había dejado allí la llave. Abrí y entré.

Me chifla estar donde no debo. Sé identificarme con los cacos, los ladrones y los desvalijadores, y experimentar, como me han contado que les pasa a algunos, una subida de adrenalina capaz de tensar al máximo las cuerdas sexuales. El corazón me iba a cien por hora y me sentía extraordinariamente alerta.

Hice una rápida inspección general y eché un vistazo a los dos dormitorios, a los armarios y los dos cuartos de baño para convencerme de que no había nadie más registrando el piso. Volví al dormitorio principal, abrí la puerta corredera y el cancel y salí al balcón, que comunicaba ambos dormitorios, para preparar una salida de urgencia en caso de que Andy se presentara de pronto. Pegada al muro, al doblar la esquina de la derecha, había una reja ornamental de madera a cuyos pies hacía poco habían plantado una buganvilla. Si me veía apurada, bajaría por allí como una orangutana y pondría pies en polvorosa.

Volví al interior y empecé el registro. El suelo del dormitorio de Andy estaba alfombrado por una gruesa capa de ropa sucia, aunque se había abierto un

estrecho sendero. Avancé entre calcetines, camisas y calzoncillos con estampados vulgares. En vez de guardar la ropa limpia en una cómoda, la había metido en una torre formada por cuatro cajas de plástico azul marino, de las que sirven para envasar la fruta. Por lo visto, la soltería recién conquistada le había hecho volver a su época de estudiante. No encontré nada de interés en las cajas. Malgasté quince minutos metiendo la mano en los bolsillos de todas las chaquetas, pero solo encontré borra, un pañuelo lleno de mocos secos y un resguardo de tintorería por una cantidad de ropa que aún no se había recogido. El otro dormitorio era más pequeño. Apoyada en la pared estaba la bicicleta de Andy, con un neumático deshinchado. Vi también un aparato gimnástico para remar y ocho cajas de cartón, de las que se utilizan en las mudanzas, sin ninguna etiqueta y todavía cerradas con cinta adhesiva. Me pregunté cuánto tiempo llevaba separado.

Había visto a Janice, la mujer de Andy, en un par de fiestas organizadas por el personal de La Fidelidad de California, pero no había vuelto a acordarme de que existía hasta que vi que había dejado a Andy prácticamente con lo puesto. La buena señora le había sacado hasta las entretelas. Andy se había quejado siempre de su extravagancia, pero para que todos supiéramos que compraba en las mejores tiendas de la ciudad. Que la mujer gastase a manos llenas era, por supuesto, una prueba del éxito social del marido. En ese momento estaba claro que Janice había ido por todas. Andy solo se había quedado con una mesa camilla, cuatro sillas metálicas de asiento de lona, un colchón y unos cuantos cubiertos y cacharros con lo que antaño tuvo que ser el monograma de la madre. Janice, por lo visto, los había tenido dentro del lavaplatos durante lustros enteros porque los cubiertos habían perdido el brillo y a las asas de los cacharros se les había ido el baño de plata.

En los armarios de la cocina había platos de cartón y vasos de plástico, amén de un surtido lacrimógeno de latas de comestibles. Aquel tío comía peor que yo. Como la urbanización era de construcción reciente, los electrodomésticos eran modernos y estaban superlimpios: cocina antiadherente, frigorífico gigante (totalmente vacío, exceptuando dos paquetes de seis botellas de cerveza sin marca) con congelador aparte, lavaplatos, microondas, compactador de basura y eliminador de desperdicios. El congelador estaba abarrotado de envases de comidas de régimen. A Andy le gustaban los espaguetis y el pollo a la cazadora. También vi una botella de aguardiente escandinavo y una bolsa de barritas congeladas de Milky Way, duras como las piedras, y que eran una invitación a romperse un diente.

El comedor era una prolongación de la reducida sala de estar y se hallaba separado de la cocina por un ventanuco de portezuelas plegables pintadas de blanco. En cuanto a muebles, era bien poco lo que había. La mesa camilla parecía hacer las veces de mesa de comedor y escritorio doméstico. Allí estaba

el teléfono, conectado al contestador automático, que no delataba la presencia de ningún mensaje registrado. Estaba llena de accesorios mecanográficos, pero no había ninguna máquina de escribir a la vista. El frasco de líquido corrector se estaba quedando tan seco como un esmalte de uñas al cabo de un mes. La papelera estaba vacía.

Volví a la cocina y abrí la tapa del compactador de basura, que, aunque poco compacta, llegaba hasta el borde. Me puse a escarbar con una mueca de repugnancia y en el tercer estrato di con unos papeles arrugados. Quité la bolsa y puse otra nueva. Andy no recordaría si había tirado la basura o no. Seguramente se había acostumbrado a que de casado se lo hicieran todo y supuse que daría por hechas las faenas domésticas, como si por la noche se le colara en casa un pelotón de hadas y duendes para limpiar las salpicaduras de orina del borde de la taza si no las limpiaba él. Consulté el reloj. Llevaba ya treinta minutos allí y no quería desafiar a la suerte.

Cerré y eché el pestillo de la puerta corredera, hice una inspección final por si se me olvidaba algo y salí por la puerta principal con la basura en la mano.

Hacia mediodía estaba otra vez en casa, en el patio de Henry y rodeada de la basura de Andy como en una merienda campestre de mendigo. En realidad no tenía tan mal aspecto y no creí necesario vacunarme contra el tétanos para revolverla. Al parecer compraba cantidades industriales de encurtidos, aceitunas, anchoas, pimientos jalapeños y otras conservas en que era imposible que sobrevivieran los microbios. No había posos de café ni mondaduras de naranja. Ningún indicio, en suma, de que Andy comiera productos frescos y naturales. Latas de cerveza en abundancia. Seis bolsas de plástico de congelados de régimen, montones de correo comercial, seis reclamaciones de pago con los márgenes de color rojo o rosa, un folleto informativo de un establecimiento local a propósito de un tostador Toastmaster, un anuncio de un lavacoches y una carta de Janice que había debido de ponerle muy furioso porque la había arrugado hasta formar una bolita y encima le había propinado un mordisco. El papel estaba húmedo y se notaba la huella de los dientes. Janice le importunaba a propósito de un cheque en concepto de manutención que *otra vez* se retrasaba; el adverbio estaba subrayado dos veces y comentado con varios signos de admiración entre paréntesis.

En el fondo de la bolsa vi las guardas de un talonario de cheques con el nombre del banco y el número de cuenta impresos con claridad y, sujeto con un clip, un fajo de hojas de ingreso. Me lo quedé para una consulta futura. Había puesto a un lado los papeles arrugados que había encontrado en mitad de la bolsa. Me dediqué a alisarlos; se trataba de seis versiones distintas de una misma carta dirigida a una persona a la que Andy calificaba de «ángel», «amada mía», «luz de mi vida», «querida» y «queridísima». Por lo visto se acordaba de la anatomía de la destinataria con un detallismo encantador que pasaba por alto

cualquier referencia a su intelecto. La vehemencia sexual de la susodicha le inflamaba todavía y al parecer le impedía escribir bien a máquina, ya que había montones de tachaduras en los párrafos en que Andy rememoraba su « tiempo juntos », que inferi había sido en Nochebuena o alrededor de este día. Al evocar la experiencia no parecía tener adjetivos suficientes en el tintero, aunque los verbos hablaban por sí solos.

—Andy, viejo pícaro —murmuré.

Decía que tenía unas ganas locas de que ella le mamara la no sé qué de su xxxxxxxx..., todo tachado. Deduje que había querido hacer una metáfora floral y que no había encontrado el término botánico apropiado. O eso o que la idea en cuestión le había provocado una dislexia repentina. Además, no acababa de decidirse en cuanto al estilo. Oscilaba entre lo rastrero y lo reverencial. Acerca de los pechos de ella decía unas cosas que me hicieron reflexionar sobre la conveniencia de que se sometiera a una operación para reducirlos. Fue una lectura embarazosa, pero me esforcé por no olvidarme de mis responsabilidades.

Al terminar, junté todos los papeles. Los pondría en una carpeta aparte hasta que viera si me eran útiles o no. Volví a meter la basura en la bolsa y eché esta en el cubo de Henry. Entré en casa y rebobiné la cinta del contestador automático. Había un recado.

« Hola, Kinsey. Soy Ash. Hablé ayer con mi madre sobre el asunto de Lance y me dijo que le gustaría charlar contigo, si te parece bien. Cuando llegues, me das un toque y quedamos. Hoy mismo por la tarde, si no tienes inconveniente. Gracias y hasta pronto ».

Llamé a la casa de la familia, pero comunicaba. Me puse los tejanos y me preparé algo para comer.

Cuando conseguí hablar con Ash, la madre descansaba y no se la podía molestar, pero me invitaron a tomar un té a las cuatro.

Me entraron ganas de subir al desfiladero, al campo de tiro, para practicar con la pequeña 32 que guardo en el cajón superior de la mesa, dentro de un calcetín viejo. Metí la pistola, el cargador y una caja de 50 cartuchos en una bolsa de deportes que puse a su vez en el maletero del coche. Me detuve en una gasolinera para repostar y a continuación me dirigí al norte por la 101, hasta el empalme con la 154, y subí la falda de la montaña por la empinada carretera que ascendía en zigzag. Hacía frío. Había llovido inesperadamente durante varios días y la vegetación se había puesto de un verde oscuro que a lo lejos se fundía con un azul marino intenso. Las nubes que surcaban el cielo eran masas de algodón de las que colgaban carámbanos informes y semejantes a los jirones de las fundas de los antiguos colchones de muelles. Según subía la carretera, la niebla se condensaba y dispersaba y el tráfico disminuía la velocidad para adaptarse a la visibilidad fluctuante. Reduje dos veces la marcha y puse la calefacción.

Al llegar a la cima giré a la izquierda por una carretera secundaria que apenas tenía dos carriles de anchura y que, siempre en sentido ascendente, zigzagueaba a lo largo de un kilómetro atravesando un bosque. Rocas enormes recubiertas de musgo flanqueaban la carretera, y los árboles de ramas bajas impedían el paso de la luz del sol. El tronco de los robles virginianos estaba forrado de líquenes que tenían el mismo color que el cardenillo de los techos de cobre. Percibía el aroma del brezo y el laurel y la suave fragancia de la leña que ardía en las cabañas empotradas en la falda de la montaña. Por el flanco de la carretera que se abría al abismo veía los desfiladeros anegados en niebla blanca. El ancho portalón del club de tiro estaba abierto, recorrí los últimos setecientos metros y me detuve en el aparcamiento alfombrado de grava, donde no había más que un cinco puertas solitario. Aparte del encargado y yo, no había absolutamente nadie.

Aboné los 4 dólares y seguí al encargado hasta el cobertizo de piedra artificial donde estaban los servicios. Abrió el candado del almacén y sacó un rectángulo de cartón adosado verticalmente a un bastidor de listones y que ostentaba una diana.

—No se ve muy bien con esta niebla —me advirtió.

—Me arriesgaré —dije.

Me miró con recelo, pero acabó por entregarme la diana, una grapadora y dos dianas de recambio.

Hacia meses que no practicaba y era una delicia tener el campo de tiro para mí sola. El viento volvía a soplar y la niebla avanzaba por entre las paredes de hormigón de las galerías subterráneas, como en las películas de miedo. Coloqué la diana a unos veinte metros. Me introduje unos tapones de plástico blando en los oídos y a continuación me puse los auriculares de protección. Todos los ruidos exteriores quedaron reducidos a un susurro lejano y oía mi propia respiración dentro de la cabeza como si estuviera debajo del agua. Metí ocho cartuchos en el cargador de mi 32 y empecé a disparar. Los tiros sonaban como globos que estallaran por allí cerca, acompañados por ese rebufo característico cuyo olor a pólvora me gusta tanto.

Me acerqué a la diana para ver dónde le había dado. Arriba y a la izquierda. Señalé los ocho agujeros con rotulador fosforescente, volví a la línea de tiro y cargué el arma otra vez. A mis espaldas había un rótulo que decía: « Las armas sirven aquí para solaz y entretenimiento, pero el más leve descuido o imprudencia puede desembocar en tragedia ». « Amén », pensé.

El terreno apisonado que discurría ante mí estaba sembrado de casquillos como un campo de batalla. Como por mi parte no quería tirar el dinero, recogía las vainas tras cada serie de disparos y las introducía en el ladrillo de poliestireno que se destinaba a este fin.

Hacia las tres y cuarto sentí frío y había gastado la mayor parte de mi

munición. No puedo afirmar que mi pequeña semiautomática sea infalible a 25 metros, pero por lo menos había vuelto a familiarizarme con su uso.

A las cuatro menos cinco entraba en el camino circular de la casa de los Wood, que se alza en una finca de dos hectáreas y media en los cerros que dan al Pacífico. Su fortuna había ido en aumento y habían cambiado de domicilio desde la última vez que les había visitado. La casa que tenía ante mí era enorme y se había construido según la modalidad del barroco francés, con un cuerpo central de dos plantas y dos alas rematadas por sendas torres de altura notable. El enlucido exterior era tan agradable y tan blanco como el azúcar glaseado de las tartas de bodas, y los aleros y ventanas estaban bordeados de guirnaldas de yeso, rosetones y veneras que parecían hechos con una manga. Un sendero de ladrillo unía el camino de entrada con la fachada principal, orientada hacia el océano, y con los dos peldaños que daban acceso a una galería de ladrillo, amplia y descubierta. Una sucesión de puertaventanas en forma de arco recorría toda la fachada, que se curvaba hacia fuera para abrazar el invernadero que había en una punta y el mirador que había en la otra. Me abrió una negra gorda con uniforme blanco. La seguí, como una perrita extraviada, por un vestíbulo embaldosado con mármoles blancos y negros.

—La señora Wood me indicó que la hiciera pasar al gabinete matutino —dijo la criada sin detenerse para ver qué respondía y o.

Llevaba un calzado de suela gruesa de crepé que no hacía el menor ruido en los pulimentados suelos de taracea.

«Lógico y natural», pensé. «Justo donde yo me instalo todas las mañanas al levantarme, en el gabinete matutino, ¿dónde, si no?».

Las paredes eran de color albaricoque, el techo formaba una elevada cúpula blanca. Entre las altas ventanas curvas por las que entraba la luz a raudales había maceteros con helechos gigantes. Los muebles eran de estilo rústico francés; una mesa redonda, seis sillas de respaldo de caña. La alfombra persa circular combinaba el verde claro con el tono melocotón. Me instalé junto a una ventana y me puse a contemplar el paisaje de superficie ondulada (lo que la gente con dinero suele llamar su jardincito). La forma arqueada del gabinete permitía ver el océano por el punto más bajo y las montañas por el más alto, por lo que las

ventanas formaban una especie de ciclorama. Cielo y mar, pinos, un fragmento de ciudad, una crin de nubes en la lejana ladera montañosa..., todo ello perfectamente enmarcado, las revoloteantes gaviotas blancas identificables sobre el fondo oscuro de los montes del norte.

Lo que me encanta de los ricos es el silencio en que viven, la amplitud de todo lo que les rodea. Con dinero se pueden comprar luz y techos altos, y seis ventanas junto a las que sentirse realmente a gusto. Allí no había polvo, ni vidrios resquebrajados, ni rozaduras en las finas patas arqueadas del juego de sillas de estilo rústico francés. Oí un murmullo y reapareció la doncella con una mesita de servicio con ruedas, con el juego de té, una bandeja de emparedados surtidos y pastas que la cocinera había preparado sin duda aquel mismo día.

—La señora Wood vendrá inmediatamente —dijo.

—Gracias —respondí—. Ejem, ¿hay por aquí algún lavabo?

«Cuarto de baño» me pareció un término demasiado vulgar.

—Sí, señora. La primera puerta a la izquierda nada más entrar en el vestíbulo.

Entré en el meadero de puntillas y me observé en el espejo con espíritu intransigente. Como era de esperar, iba mal vestida. Nunca doy una en lo tocante a la ropa. Me había puesto mi vestido más presentable para comer con Ashley en el Edgewater Hotel y Ashley se había presentado con el uniforme de robar gallinas. En ese momento, para no ser menos, iba yo y me disfrazaba de vagabunda. ¿Dónde tenía la cabeza? Sabía que los Wood tenían dinero. Muchísimo, había olvidado cuánto.

Mi problema radica en que carezco de clase. Me crié en una planta baja de dos dormitorios, en una vivienda que tenía en total 80 metros cuadrados, contando la galería cerrada, que servía de cuarto trastero. El jardín era un felpudo de hierbajos secos, rodeado por esas vallas de listones que se compran por metros y que se clavan en el suelo donde más interesa. El concepto que tenía mi tía de lo exquisito se materializó en un flamenco de plástico rosa, apoyado en una sola pata, que consideré digno de una princesa hasta que cumplí los doce años.

Cerré los ojos, pero no sin entrever antes el mármol, la porcelana azul claro y el baño dorado de los apliques. En una especie de bandeja había seis jabones ovales del tamaño de un huevo de petirrojo que jamás habían tocado manos humanas. Terminé de mear, puse las manos bajo el grifo y las sacudí en el aire porque no me atrevía a manchar nada. Las toallas de manos estaban tan nuevas que parecía que acabaran de quitarles la etiqueta del precio. Junto al lavabo había cuatro toallas para invitados parecidas a las servilletas grandes de adorno. Pero yo era demasiado lista para caer en la trampa. Porque, si utilizaba una, ¿dónde la tiraría después? ¿En la basura? Los ricos no tienen basura. Me sequé en la parte trasera de los tejanos y volví al gabinete matutino con las nalgas húmedas. No me atreví a sentarme.

En aquel momento apareció Ash con la señora Wood cogida de su brazo.

Avanzaba muy despacio, con un andar vacilante, como si estuviera acostumbrada a pasear con aletas de natación y no con zapatos. Me sorprendió comprobar que tenía alrededor de setenta años, lo que significaba que había sido madre en fecha más bien tardía. Setenta años no son demasiados en esta zona. Los californianos parecen envejecer más despacio que los demás estadounidenses. Puede que se deba a su gusto por la alimentación sana y el ejercicio; o a que todo el mundo se hace la cirugía estética. O a lo mejor es que nos da tanto miedo envejecer que detenemos el proceso a fuerza de concentración psíquica. La señora Wood, por lo visto, no había aprendido el truco. Los años se habían ensañado con ella, debilitándole sobre todo las rodillas y dejándole un temblor continuo en las manos que parecía despertarle un sentido amargo del humor. Contemplaba su propio avance como si se hubiese descorporeizado en el curso de una sesión espiritista.

—Hola, Kinsey. Ha pasado mucho tiempo —dijo.

Solo entonces alzó la cara para mirarme con ojos sombríos y llenos de irritación. La energía que parecía habersele ido de los miembros se le había concentrado en los ojos. Tenía pómulos altos y mandíbula fuerte. La piel, llena de arrugas, le colgaba como papel mojado y se le había puesto amarilla con el paso del tiempo como los guantes de una damisela decimonónica. Era mujer gruesa, al igual que Ashley: ancha de hombros y gorda de cintura. Puede que, también, al igual que Ash, hubiera sido pelirroja de joven. Lo que entonces le cubría la cabeza era una pelusa blanca recogida en un moño rodeado de peinetas. La ropa que llevaba era de corte exquisito: un quimono de seda azul marino y debajo un vestido de seda granate. Ashley la ayudó a sentarse y le acercó la mesita de servicio para que pudiera controlar las operaciones.

—¿Prefieres jerez? —dijo Ash, mirándome—. El té es Earl Grey.

—Me quedo con el té.

Llenó tres tazas mientras Helen iba poniendo emparedados y pastas en una bandeja pequeña. Pan blanco con mantequilla y una pizca de berro. Pan de trigo con ensalada de pollo al curry. Pan de centeno untado con queso graso de hierbas y lonchas de salmón ahumado. Había una especie de atención ritual por el detalle que me hizo caer en la cuenta de que a ninguna de las dos le preocupaba la ropa que me había puesto o si mi posición social estaba por encima o por debajo de la suya.

Ashley me dedicó una sonrisa al pasarme el té.

—Mamá y yo nos desvivimos por estas cosas —dijo y se le formaron algunos hoyuelos.

—Es verdad —dijo Helen con una sonrisa—. Comer es el único vicio importante que me queda, y no pienso dejar de pecar mientras el paladar aguante.

Comimos, bebimos, soltamos ocurrencias y hablamos de los viejos tiempos.

Helen me contó que tanto ella como Woody procedían de familias normales y corrientes. El padre de él había tenido una ferretería en la ciudad durante muchos años. El padre de ella había sido albañil. Los dos habían heredado un pequeño capital y lo habían invertido para fundar Wood/Warren en los años cuarenta. Ninguno de los dos se había tomado muy en serio la fortuna conseguida. Lo que Woody sí se había tomado en serio era la dirección de la compañía, pero los beneficios le habían parecido siempre una casualidad afortunada. Helen me contó que Woody había suscrito un seguro de vida de casi dos millones de dólares en un alarde de humor negro, ya que según él se trataba de la única inversión con retribución asegurada.

A las cinco, Ash murmuró una disculpa y nos dejó solas.

Helen pareció reanimarse.

—Ahora cuéntame ese asunto de Lance.

La puse al corriente. Ash, por lo visto, ya la había informado, pero Helen quiso que volviera a contárselo.

—Quiero que trabajes para mí —dijo en un pronto cuando hube terminado.

—No puede ser, Helen. Mi abogado no querrá que me acerque a Lance y menos todavía que acepte una oferta de trabajo de la familia Wood. El solo hecho de venir aquí podría interpretarse ya como un soborno.

—Quiero saber quién está detrás de esto —dijo.

—Y yo. Pero imagínese que es un miembro de la familia. Discúlpeme, pero no puedo descartar la posibilidad.

—Si es así, le pararíamos los pies como fuese. No me gustan los tejemanejes, en particular cuando redundan en perjuicio de personas ajenas a la empresa. ¿Me tendrás informada?

—Por supuesto, siempre que sea útil. No tengo intención de ocultar lo que averigüe. Por una vez, no tengo que proteger a ningún cliente.

—¿Cómo podría ayudarte?

—Cuénteme los detalles del testamento de Woody, si no es demasiado personal. ¿Cómo se repartieron sus bienes? ¿Quién controla la empresa?

Se le dibujó en la cara un asomo de crispación.

—Fue por eso por lo único que discutimos. Quería dejar la empresa a Lance, y a mí, en teoría, no me disgustaba la idea. Lance parecía el más indicado para dirigirla cuando faltara su padre. Pero a mi juicio habría tenido que darle plenos poderes. Woody no quiso hacerlo. Se negó en redondo a darle el control absoluto.

—¿En qué consistía el control absoluto?

—En poseer el cincuenta y uno por ciento de las acciones. Le dije: «¿Por qué le das el cargo y le niegas el poder para ejercerlo? Deja que la dirija a su aire, viejo chivo». Pero no quiso escucharme. Ni siquiera quiso plantearse la posibilidad. Yo me puse negra, pero el muy tonto no cedió. Cuando se le metía algo entre ceja y ceja no había quién le hiciera cambiar de opinión.

—¿Qué era lo que le preocupaba tanto?

—Tenía miedo de que la empresa fuera a la bancarrota. Lance no siempre piensa correctamente. Soy la primera en admitirlo. Por lo visto no tiene la intuición comercial que tenía Woody. No sabe desenvolverse con los proveedores ni con los clientes, y no digamos con el personal de la casa. Es muy impetuoso y concibe planes ambiciosos que nunca cuajan. Ahora está mejor, pero durante los últimos años de Woody se obsesionaba por lo primero que se le ocurría y saltaba por cualquier cosa. Woody pudo sujetarlo mientras vivió, pero le aterraba la posibilidad de que cometiera un error irreparable.

—¿Por qué le quería dejar entonces la empresa? ¿Por qué no puso al frente de la misma a alguien de su confianza?

—Eso mismo le pregunté yo, pero no quiso ni oírlo. Tenía que ser uno de los chicos y Lance era el más indicado. Bass era..., bueno, ya le conoces. No quería seguir los pasos de su padre, salvo para ir a cobrar al banco.

—¿Y Ebony? Ash me dijo que a ella sí le interesaba la empresa.

—Eso parece, pero cuando Woody hizo testamento estaba en Europa y no manifestaba el menor deseo de volver.

—¿Cómo se repartieron las acciones?

—Lance tiene el cuarenta y ocho por ciento. Yo tengo el nueve, nuestro abogado el tres, y Ebony, Olive, Ash y Bass un diez por ciento cada uno.

—Un reparto extraño, ¿no?

—Para que Lance no pudiera actuar por su cuenta. Para obtener la mayoría tiene que convencer como mínimo a uno de nosotros de que lo que se propone es beneficioso para la empresa. En términos generales hace lo que quiere, pero si se presentase una situación delicada tenemos poder suficiente para formar frente común y derrotarle.

—Eso le tiene que sacar de quicio.

—No le gusta en absoluto, pero debo confesarte que empiezo a comprender el punto de vista de Woody. Lance es joven aún y no tiene mucha experiencia. Yo creo que con unos años de rodaje se arreglarán las cosas.

—¿La situación podría cambiar entonces?

—Bueno, sí, todo depende de a quién legue yo mis acciones. Woody me dio libertad absoluta en ese sentido. Bastaría con que legase un tres por ciento a Lance. De ese modo se convertiría en accionista mayoritario. Nadie le chistaría.

—Parece el argumento de un culebrón.

—Llegado el caso, yo sabría ejercer el poder igual que un hombre. Aparte de comer, es lo que más me gusta —consultó el reloj que llevaba prendido en la pechera, se inclinó hacia la pared y pulsó un botón, al parecer para llamar a la doncella—. Es la hora del baño. ¿Te apetece nadar? Tenemos bañadores de sobra y me gusta tu compañía. Aún puedo hacerme kilómetro y medio, pero me aburro como una ostra.

—En otra ocasión quizá. Soy más bien animal terrestre, lo llevo en la sangre —me puse de pie y le di la mano—. El té estaba delicioso. Gracias por la velada.

—Vuelve cuando quieras. Hablaré con Ebony y Olive para que te proporcionen la información que necesitas.

—Se lo agradecería. Ya conozco la salida.

Al dirigirme al vestíbulo vi a la doncella, que volvía con una silla de ruedas plegable. En aquel momento se abrió la puerta principal y entró Ebony.

No la veía desde mis diecisiete años. Ella debía de tener veinticinco por entonces, edad que a la sazón se me antojaba el no va más de la madurez y la mundanidad. Aún me intimidaba. Era alta, delgada como un palillo, de pómulos altos, y llevaba los labios pintados de granate. Tenía el pelo negro como el azabache, lo llevaba echado hacia atrás con mucho aparato y se lo había adornado con un lazo a la altura de la nuca. Al principio se había ido a Europa para trabajar de modelo y aún andaba como si desfilara por la pasarela. Había estudiado dos años en Cal Poly, lo había dejado y había probado la fotografía, la danza, el diseño y el periodismo independiente antes de dedicarse a los desfiles de modas. Hacía unos seis años había contraído matrimonio con un hombre al que recientemente se había relacionado con la princesa Carolina de Mónaco. No tenía hijos, que yo supiera, y a sus cuarenta años no parecía probable que fuese a tenerlos en el futuro.

Se detuvo al verme y durante un instante no supe si me había reconocido o no. Me dedicó una sonrisa glacial y reanudó la marcha hacia las escaleras.

—Qué hay, Kinsey. Sube. Tenemos que hablar.

Fui tras ella. Llevaba un traje chaqueta negro con hombreras, muy ceñido y con frunces en la cintura, una blusa blanca como la leche, y botas negras y relucientes que le llegaban hasta la rodilla y con unos tacones lo suficientemente puntiagudos para agujerear una alfombra barata. Olía a perfume de superhembra, intenso, perverso y algo desagradable de cerca. El tufo que dejaba tras de sí me daba en la cara como si fuera el tubo de escape de un camión. Madre mía, el dolor de cabeza que me iba a provocar. Su actitud marimandona, por no decir algo peor, me había fastidiado.

El suelo de la primera planta estaba cubierto por una alfombra de color beige claro, tan gruesa y de pelo tan denso que me dio la sensación de andar por la playa con la arena hasta los tobillos. El pasillo era tan ancho que habían instalado en él un tresillo y una cómoda enorme, de las de antes de la guerra. Hasta cierto punto me sorprendía que Ebony viviera en la casa familiar. Puede que, como Ash, se hospedara allí hasta que encontrara un alojamiento permanente en otro sitio.

Abrió la puerta de un dormitorio y dio un paso atrás para que yo pasara primero. «Tendría que haber sido directora de colegio», pensé. «Solo con chasquear los dedos se habría puesto firme todo el mundo». Nada más cruzar el

umbral, cerró la puerta y se quedó apoyada en ella con el tirador clavado en los riñones. Tenía la piel delicada, con un acabado mate en la cara, gracias a los polvos, que le habían quedado como una película de escarcha.

A la izquierda había un amplio recodo que se había habilitado como sala de estar y amueblado con una mesita de servicio y dos sillones.

—Siéntate —dijo.

—Dime de una vez lo que quieres y podremos discutirlo.

Se encogió de hombros, se acercó a la mesita de servicio y cogió un cigarrillo de la caja de cristal que había encima. Se sentó en un sillón. Encendió el cigarrillo. Expulsó el humo. Ejecutaba los movimientos sin continuidad, por tiempos, con premeditación, para concentrar la máxima atención sobre sí.

Me dirigí a la puerta y la abrí.

—Gracias por enseñarme la habitación. Es estupenda —dije e hice ademán de salir.

—Kinsey, por favor, espera.

Me detuve con la cabeza vuelta hacia ella.

—Lo siento —añadió—. Te pido perdón. Sé que soy brusca.

—No me importa que seas brusca, Ebony. Lo que quiero es que te des prisa.

Tenia la sonrisa helada.

—Por favor, toma asiento.

Me senté.

—¿Te apetece un Martini?

Dejó el cigarrillo en el cenicero y abrió la nevera portátil que hacía juego con la mesita de servicio. Sacó un par de copas heladas, un tarro de aceitunas sin hueso y una botella de ginebra. No vi el vermú por ninguna parte. Llevaba las uñas tan largas que tenían que ser postizas, pero gracias a ellas pudo coger las aceitunas sin mojarse los dedos. Lo hizo pinchándolas con la punta y sacándolas una a una. Vi que servía la ginebra con un brillo en la mirada que me hizo pensar que sentía la sed en lo más hondo.

Me extendió una copa.

—¿Qué ha pasado entre tú y Lance?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque siento mucha curiosidad. Todo lo que le afecte a él afecta a la

empresa. Quiero saber qué sucede.

Recuperó el cigarrillo y aspiró una profunda bocanada de humo. La nicotina y el alcohol la ayudaban a mitigar un nerviosismo oculto.

—El sabe tanto como yo. ¿Por qué no se lo preguntas a él?

—Pensé que podías decírmelo tú, ya que estabas aquí.

—No creo que sea conveniente. Por lo visto, Lance piensa que tienes algo que ver.

Volvió a esbozar una sonrisa, pero sin la menor alegría.

—En lo que se refiere a esta familia, nada tengo que ver. Y me gustaría.

Volví a sentir que me acicateaba la impaciencia.

—Venga, déjate de rodeos. No me gusta hablar como lo estamos haciendo. Lo que ocurre es lo siguiente. Alguien me ha metido en un lío y no me hace ni pizca de gracia. No sé por qué ni me importa, pero voy a averiguar quién es el responsable. De momento soy mi propia clienta y por lo tanto solo tengo que rendir cuentas a mí misma. Si quieres información, contrata a un detective privado. Yo no estoy disponible.

La expresión se le endureció como el cemento rápido y se puso blanca como la cal. Se me ocurrió que si le tocaba la cara notaría en los dedos el calor de la catálisis que produciría el contacto.

—Creí que serías más razonable.

—¿Y por qué he de serlo? No sé lo que pasa y lo que he visto hasta ahora no me gusta. Por lo que sé, estás metida en el ajo o sabes quién lo está.

—No te andas con rodeos, ¿eh?

—No tengo por qué andarme con rodeos. No trabajo para ti.

—Yo solo te he hecho una pregunta. Pero si prefieres ofenderte...

Apagó el cigarrillo aunque solo había consumido la mitad.

Ebony tenía razón. Me había acalorado y no sabía por qué. Tragué una bocanada de aire y procuré calmarme. No por ella, sino por mí. Lo intenté de nuevo.

—Es verdad, estoy alterada. Pensé que no me había afectado, pero está claro que sí. Me he metido en vuestros líos familiares y eso no me gusta nada.

—¿Por qué estás tan convencida de que se trata de nuestros líos familiares? ¿Y si ha sido alguien ajeno a la empresa?

—¿Quién, por ejemplo?

—Tenemos tantos competidores como cualquiera.

Tomó un sorbo de ginebra y vi que paladeaba el líquido helado mientras se le deslizaba hacia la garganta. Tenía la cara angosta, de rasgos delicados. La piel, imaculada y sin arrugas, le daba ese aire inexpresivo de las muñecas *Madame Alexander*. O se había hecho ya la cirugía o había aprendido a contener las emociones que dejan señales delatorias. Costaba creer que fuera hermana de Ash. Esta era práctica y abierta, de carácter alegre, generosa, afable, cordial y

tranquila. Ebony era enjuta como un látigo, puro filo: intransigente, distante, autocontrolada, presuntuosa. Puede que la diferencia entre ambas estuviese relacionada hasta cierto punto con la posición relativa que ocupaban en la constelación familiar. Ebony era la hija mayor, Ash la menor. Es probable que Woody y Helen esperaran que fuese un dechado de perfecciones. Cuando tuvieron a Ash y más tarde a Bass, seguramente habían renunciado ya a toda esperanza.

Rozó la aceituna que flotaba en su copa y le dio la vuelta. Introdujo la punta de la uña en el agujero, sacó la aceituna y se la puso sobre la lengua. Cerró los labios alrededor del dedo y emitió un chasquido de succión. El ademán tenía una denotación obscena y pensé de pronto que a lo mejor quería seducirme.

—Supongo que tampoco querrás decirme qué quería mamá, ¿no?

Volví a sentir un brote de impaciencia.

—Pero ¿es que no habláis entre vosotros? Me invitó a tomar el té y hemos estado charlando de los viejos tiempos. No tenía intención de subir corriendo para cotilleártelo todo. Si quieres saber de qué hemos hablado, pregúntaselo a ella. Cuando me entere de lo que pasa, con mucho gusto te lo explicaré con pelos y señales. Mientras tanto, la prudencia me aconseja no abrir demasiado la boca.

Por lo visto se lo estaba pasando en grande. Ví que se le dilataban las comisuras de la boca. Cambié de tercio y añadí:

—¿Tienes algún problema al respecto?

Se echó a reír.

—Disculpa. No quería ofenderte, pero es que veo que no has cambiado. Siempre fuiste así, llena de energía. Impetuosa y a la defensiva.

La miré fijamente, sin saber qué decir.

—Eres una profesional y lo entiendo —añadió con actitud cordial—. No te pido que divulgues secretos, pero es mi familia y estoy preocupada. Eso es todo, no hay más. Si puedo serte útil, solo tienes que decirme cómo. Y si descubrieras algo que tuviese que ver conmigo, me gustaría enterarme. ¿Tan descabellado es lo que te pido?

—Naturalmente que no. Disculpa —dije. Reanudé el hilo de la conversación volviendo sobre algo que Ebony había dicho de pasada—. Antes comentaste que el responsable podía ser alguien ajeno a la empresa. ¿Hablabas en términos generales o te referías a alguien en concreto?

Se encogió levemente de hombros.

—En términos generales, aunque conozco a una persona que nos odia con el mayor entusiasmo —hizo una pausa como si buscase la manera idónea de contextualizar la explicación—. Hubo un ingeniero que trabajó para nosotros durante varios años. Un tipo llamado Hugh Case. Hace dos años, bueno, para el caso, un par de meses antes de que mi padre falleciera, este individuo..., en fin, se suicidó.

—¿Hubo alguna relación?

Pareció asustarse un poco.

—¿Con la muerte de papá? No, no, seguro que no, pero por lo que me han dicho, la mujer de Hugh pensaba que la culpa la tuvo Lance.

—¿Cómo fue?

—De los detalles tendrás que enterarte por otro sitio. Yo estaba entonces en Europa y solo sé que Hugh se encerró en el garaje de su casa, encendió el motor del coche y murió intoxicado por el monóxido de carbono.

Se detuvo para encender otro pitillo, dio unas cuantas caladas y se sirvió de la cerilla utilizada para desmocharle la ceniza, que cayó con limpieza en el cenicero.

—¿Y su mujer creía que le incitó Lance?

—No exactamente —contestó—. Sospechaba que Lance lo había matado.

—¡Vamos, mujer!

—Bueno, fue el único que se benefició con su muerte. Corría el rumor de que Hugh Case quería dejar Wood/Warren para fundar por su cuenta una empresa rival. Se encargaba de Investigación y Fomento, y al parecer estaba a punto de hacer un descubrimiento revolucionario en relación con una nueva tecnología. Su desertión nos habría causado un perjuicio grave. A escala nacional solo hay una quincena de empresas que trabajen en lo mismo que nosotros, y su marcha nos habría puesto en la cola.

—Pero eso es ridículo. No se mata a una persona porque quiera cambiar de empleo.

Arqueó ligeramente una ceja.

—A menos que suponga un descalabro económico para la empresa que abandona.

—Lo siento, Ebony, pero no lo creo. ¿Cómo puedes decirme esas cosas de tu propio hermano y quedarte tan tranquila?

—Kinsey, me limito a decirte lo que me han contado. Yo no te he dicho que lo crea, solo que ella lo creía.

—Tuvo que haber una investigación. ¿Descubrió algo la policía?

—No lo sé. Tendrás que preguntar a tus colegas.

—Pienso hacerlo, no te quepa la menor duda. Puede que no haya la menor relación, pero yo creo que merece la pena comprobarlo. ¿Y la señora Case? ¿Dónde está actualmente?

—Me dijeron que se fue de la ciudad, pero puede que no sea cierto. Trabajaba en la barra, lo que son las cosas, de ese salón-bar que hay en el aeropuerto. Puede que allí sepan adónde fue. Se llama Lyda Case. No sé si podrás seguirle la pista, puede haberse casado otra vez o utilizar actualmente su apellido de soltera.

—¿Hay alguna otra persona que según tú pueda querer jugársela a Lance?

—Pues no.

—¿Qué me dices de ti? Me han contado que la empresa te interesó en cierto momento. ¿No es por eso por lo que has regresado?

—En parte. Lance ha cometido algunas tonterías gordas desde que cogió las riendas. Pensé que había llegado el momento de volver a casa y de hacer lo que estuviera en mi mano por defender mis intereses.

—¿Y eso qué significa?

—Ni más ni menos que lo que he dicho. Lance es un peligro. Preferiría que no estuviera en la empresa.

—O sea que no te morirías de pena si le acusaran oficialmente de estafa.

—Si es culpable, no. Se lo tendría merecido. Quiero su puesto. No lo oculto, pero tampoco tengo necesidad de jugar sucio, si es a eso a lo que quieres llegar —dijo, casi de buen humor.

—Agradezco tu sinceridad —dije, aunque su actitud me irritaba.

Había esperado que se pusiese a la defensiva. Por el contrario, se estaba divirtiendo. Hasta cierto punto, lo que me molestaba de ella era el retintín de superioridad con que decía y hacía las cosas. Ash me había dicho que a Ebony la habían considerado siempre una lanzada. En el instituto se había caracterizado por su brillantez y su osadía, una fresca, vamos, una de esas chicas que lo quieren hacer todo ya. A la edad en que todos se esfuerzan por adaptarse, Ebony había hecho lo que le daba la gana. «Fumaba, era respondona y jorobaba a todo el mundo», así la retrataba Ash. A los diecisiete años había aprendido a no perder el sueño por nada y en ese momento parecía tener el desprecio grabado en la frente. Su fuerza radicaba en que no hacía nada por complacer a los demás y en que poco le importaba lo que se pensara de ella. Estar con ella resultaba agotador y de súbito me sentí demasiado cansada para interrogarla sobre la sonrisita que le bailoteaba en los labios.

Eran las seis y cuarto. El té de clase alta no había saciado en absoluto mi voracidad plebeya. De pronto me había entrado un hambre de lobo. En cualquier caso, los Martinis me dan dolor de cabeza y sabía queapestaba a tabaco ajeno.

Me despedí, me fui a casa y de camino entré en un McDonald's para devorar una hamburguesa con queso, una ración doble de patatas fritas y una Coca-Cola. No era el momento más apropiado para torturarme con una buena nutrición. De postre tomé uno de esos pastelitos fritos y rellenos de pegamento caliente que queman la maldita boca. Una delicia.

Al llegar a casa se apoderó de mí la misma melancolía confusa que me había dominado a intervalos desde que Henry tomara el avión a Michigan. No voy de solitaria ni me da por lamentar mi independencia ni siquiera un instante. Me gusta estar soltera. Me gusta vivir sola. La soledad me parece saludable y sé divertirme de muchas maneras. Lo malo es que no se me ocurría ninguna. No diré que estuviera deprimida, pero a las ocho me había acostado... nada fabuloso para

una curtida detective privada que libra una guerra particular contra los malhechores del planeta.

A la una de la tarde del día siguiente había localizado a Lyda Case por teléfono en el salón-bar del aeropuerto de Dallas/Fort Worth, lugar desde donde, al tiempo que atendía a un cliente, me colgó con tal violencia que pensé seriamente en acudir a un otorrino. En mayo me había visto obligada a disparar sobre un individuo desde el interior de un cubo de basura y desde entonces me silban los oídos. Lyda no me los curó, en particular porque antes de colgar me soltó una palabrota realmente grosera. Tenía un cabreo fenomenal. Me había costado Dios y ayuda localizarla y encima me colgaba.

Había empezado llamando a las diez de la mañana a la Filial 498 del Sindicato de Cocineros y Camareros, donde se negaron a proporcionarme el menor dato. He advertido que últimamente las organizaciones se ponen maleducadas cuando se trata de estas cosas. Antes se llamaba directamente, se contaba un cuento convincente y se obtenía la información deseada en un par de minutos. Ahora no dan ni nombres ni direcciones ni teléfonos. Ya no hay manera de obtener antecedentes laborales, saldos bancarios o la corroboración de un empleo. La mitad de las veces ni siquiera conseguimos que se nos confirme lo que ya sabemos. Llamar a las escuelas nacionales, a la Seguridad Social o a la cárcel es perder el tiempo. No quieren decir palabra.

« Eso es confidencial », dicen. « Lo sentimos, pero eso es violar la intimidad de nuestro cliente » .

Me revienta el tono oficial que adoptan los funcionarios y las secretarías. Les encanta no dar la información que se les pide. Y han espabilado. Hace un par de años se les contaba la historia de siempre y colaba. Es demasiado cabreante para decirlo con palabras.

Volví al trabajo. Cuando todo falla, siempre queda el registro de la propiedad, la biblioteca municipal o la Dirección General de Tráfico. Aquí sí que hay voluntad de servicio. A veces hay que desprenderse de algún billete, pero ¿qué más da?

Me dirigí a la biblioteca y consulté las últimas guías telefónicas, retrocediendo año por año, hasta que di con Hugh y Lyda Case. Apunté la dirección, consulté el

callejero y averigüé quiénes habían sido vecinos suyos hacía dos años. Los fui llamando uno por uno con el primer pretexto que me vino a la cabeza. Al final di con uno que incluso reconoció que sabía cómo había muerto Hugh y que creía que la viuda se había mudado a Dallas.

Durante un minuto me preocupó la posibilidad de que Lyda Case no figurara en la guía, pero resolví la incógnita llamando a Información de Dallas, donde me dieron su teléfono inmediatamente. Aquello funcionaba. Llamé al número en cuestión y respondieron al tercer timbrazo.

—Diga.

—Por favor, ¿podría hablar con Lyda Case?

—Yo misma.

—¿De verdad? —pregunté, asombrada ante mi habilidad.

—¿Quién es?

Hablaba sin inflexiones.

Como en el fondo no esperaba dar con ella, no me había preparado una excusa verosímil y no tuve más remedio que decirle la verdad. Craso error.

—Soy Kinsey Millhone, detective privada de Santa Teresa, California...

Bang. Dejé de oír bien a diez metros. Volví a llamar, pero no quiso responder.

A estas alturas necesitaba saber dónde trabajaba, pero no me podía permitir el lujo de llamar a todos los bares de la zona de Dallas/Fort Worth, si es que seguía trabajando en lo mismo. Volví a llamar a Información y me dieron el número de la Filial 353, con sede en Dallas, del Sindicato de Hostelería y Restauración. Tenía ya el índice en el disco del teléfono cuando me di cuenta de que debía inventarme algo.

Medité un momento. Me sería útil saber el número de la Seguridad Social de Lyda Case, ya que daría verosimilitud a la pesquisa. Pero que a nadie se le ocurra preguntar algo así en la Seguridad Social misma. A los funcionarios de esta entidad les encanta tanto frustrar a la gente que casi compiten con los bancos. Tendría que averiguarlo por algún registro público.

Cogí el bolso, la cazadora y las llaves del coche y me fui a los juzgados. La Oficina del Censo Electoral se encuentra en el sótano, al que se llega por una escalera de peldaños anchos de baldosas rojas y con un pasamano confeccionado con una sogá histórica, gruesa como una boa.

Seguí la indicación de los rótulos, que me condujeron por un pasillo corto que había a la derecha, y entré en las oficinas por una puerta de vidrio. Detrás del mostrador había dos funcionarios trabajando, pero ninguno me prestó la menor atención. En el mostrador había una terminal de ordenador y tecleé el nombre de Lyda Case. Cerré los ojos y durante unos segundos recé a los dioses tutelares de la burocracia. Si Lyda se había inscrito en el censo electoral durante los últimos seis años, su número de cartilla de la Seguridad Social no figuraría, dado que ese requisito se había suprimido en 1976.

Apareció el nombre en una sucesión de líneas de caracteres verdosos. Lyda Case se había inscrito en el censo el 14 de octubre de 1974. El número de la declaración jurada figuraba en la última línea. Lo apunté y se lo entregué a la funcionaria que se había acercado al ver que necesitaba ayuda.

Se perdió en un pasillo del fondo, donde estaban los archivos antiguos. Volvió a los pocos minutos con la declaración jurada en la mano. El número de la cartilla de la Seguridad Social de Lyda Case figuraba allí con toda claridad. Copié también la fecha de nacimiento, como propina. Me eché a reír. La funcionaria sonrió y por la mirada que cambiamos supe que pensaba igual que yo a propósito de ciertos temas. Me encanta enterarme de todo. A veces me creo una arqueóloga que se pone a excavar con su ingenio y su bolígrafo para desenterrar datos y hechos ocultos. Seguí tomando notas mientras canturreaba por lo bajo.

Por fin estaba en situación de trabajar en serio.

Regresé a casa, cogí el teléfono y volví a llamar al Sindicato de Camareros de Santa Teresa.

—Filial cuatro noventa y ocho —dijo la mujer.

—Ah, hola —dije—. ¿Con quién hablo, por favor?

—Soy la auxiliar administrativa —dijo con toda seriedad—. ¿Tendría usted la bondad de identificarse?

—Disculpe, claro que sí. Soy Vicky, de la Cámara de Comercio. Estoy mandando las invitaciones para la cena anual de la junta de Inspección y llamaba para que me diera usted su nombre, si es tan amable.

Hubo una pausa de buena educación.

—Rowena Feldstaff —dijo, y a continuación lo deletreó.

—Gracias.

Llamé otra vez a Texas. Sonó cuatro veces el timbre al otro extremo del hilo mientras escuchaba de fondo la conversación que sostenían dos jovencitas que comentaban entre risas cristalinas el ambiente del Inky Void. Cogieron el teléfono.

—Filial tres cinco tres del Sindicato de Hostelería y Restauración. Soy Mary Jane. Dígame.

Tenía la voz dulce y un poco de acento tejano. Le eché unos veinte años.

—Hola, Mary Jane —dije—. Soy Rowena Feldstaff, de Santa Teresa, California. Auxiliar administrativa de la Filial cuatro noventa y ocho de Camareros y estoy actualizando los datos de Lyda Case. C-A-S-E...

Le canturreé la fecha de nacimiento y el número de cartilla de la Seguridad Social como si tuviera delante su expediente.

—Dame tu teléfono y te llamo dentro de un rato —dijo la superprudente Mary Jane.

—De acuerdo —dije y le di el teléfono de mi casa.

Me llamó al cabo de unos minutos. Descolgué diciendo que era la Filial 498

de Camareros y Mary Jane, con toda amabilidad, me dijo dónde trabajaba actualmente Lyda Case, la dirección y el teléfono. Estaba en una de las cafeterías del aeropuerto de Dallas/Fort Worth.

Llamé a la cafetería y una camarera me dijo que Lyda llegaría a las tres, hora de Dallas, es decir, a la una, hora de Santa Teresa.

Volví a llamar a la una y fue entonces cuando perdí más decibelios de capacidad auditiva. ¡Jo, qué mujer! A este paso iba a tener que llevar una corneta pegada a la oreja.

Si trabajase en una empresa y esta corriera con mis gastos, me habría contratado a mí misma en el aeropuerto de Santa Teresa y habría cogido el avión de Dallas. No tengo empacho en ser manirrota con el dinero ajeno, pero con el mío tengo que pensarlo dos veces porque soy una tacaña de cuidado.

Subí al coche y me dirigí a jefatura. Jonah Robb, mi fuente habitual de información extraoficial, estaba fuera. Le suplía el sargento Schiffman, pero era hombre lento y en el fondo le disgustaba ir contra las ordenanzas, por lo que opté por prescindir de él y llamé directamente a Emerald, la funcionaria negra de Archivos e Identificación. En teoría no me podía proporcionar la información que me hacía falta, pero suele mostrarse servicial cuando nadie la vigila.

Me acodé en el mostrador y esperé a que terminase de mecanografiar un memorando. Tardó un rato en atenderme, intuyendo sin duda que iba a proponerle algo turbio. Es cuarentona y tiene la piel más o menos del color de los cigarros puros. Lleva el pelo muy corto, que es de un negro brillante, tanto que parece húmedo, con rizos grises en las puntas. Le sobran veinticinco kilos, que se le han concentrado para toda la eternidad en la cintura, el estómago y las nalgas.

—Hola —dijo cuando me puse ante ella. Dado su volumen, tenía una voz insólitamente aguda y con un dejo nasal y un ligerísimo asomo de ceceo—. ¿Qué quieres? Casi me da miedo preguntártelo.

Vestía el uniforme prescrito por las ordenanzas, falda azul marino y una blusa blanca de manga corta cuya sobriedad y pulcritud destacaban sobre el color tabaco de los brazos. La insignia de la manga decía Jefatura de Policía de Santa Teresa, aunque en realidad es funcionaria civil.

—Hola, Emerald. ¿Cómo te va la vida?

—Con mucho trabajo. Ahórrate saliva y dime qué quieres.

—Quisiera que consultaras unos datos.

—¿Otra vez? El día menos pensado me van a echar por tu culpa. ¿De qué se trata?

La suave sonrisa que le formaba sendos hoyuelos en las mejillas desmentía la seriedad de su tono.

—De un suicidio, hace dos años —dije—. Se llamaba Hugh Case.

Se quedó mirándome fijamente.

« ¡Huyuyuy! », pensé.

—¿Conoces el caso? —añadí.

—Pues claro. Lo raro es que no lo conozcas tú.

—No entiendo. ¿Quieres decir que no fue un caso normal?

Se echó a reír.

—No, querida, noooo lo fue. El teniente Dolan aún da un respingo cada vez que oye el nombre.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque desaparecieron las pruebas, por eso. Incluso expulsaron a dos empleados del St. Terry por este asunto.

El St. Terry es el hospital Clínico de Santa Teresa; allí está el depósito de cadáveres.

—¿Qué pruebas desaparecieron? —pregunté.

—Las muestras de orina, de sangre, de piel, todo. Y no solo las de Case. Las recogió el mensajero para llevárselas al juez de instrucción y nunca más se supo de ellas.

—Jesús. ¿Y el cadáver? ¿Por qué no se volvieron a tomar las muestras?

Emerald sacudió la cabeza.

—Ya se había incinerado al señor Case cuando se descubrió que habían desaparecido. La señora Case hizo que tiraran las cenizas al mar.

—Oh, mierda, ¿bromeas?

—No, señora. El doctor Yee, que se encargó de la autopsia, ya había enviado el cadáver a la funeraria. La señora Case no quiso que hubiera entierro y mandó incinerarlo. Desapareció del mapa. Empezaron los cabreos, las broncas y los ataques de nervios. El doctor Yee puso el St. Terry patas arriba. No reapareció ni una sola muestra. El teniente Dolan estaba que mordía a todo el mundo. Por eso dicen que cambiaron las normas sobre seguridad. Ahora está todo supercontrolado.

—Pero ¿qué se cree que pasó? ¿Que se las llevaron deliberadamente? ¿Qué fue un robo?

—A mí no me preguntes. Ya te he dicho que desaparecieron más cosas al mismo tiempo y en el hospital no supieron aclararse. A lo mejor fue una equivocación. A lo mejor las tiró un empleado sin darse cuenta y no se atrevió a decirlo.

—¿Por qué se había encargado Dolan del caso? Fue un suicidio, ¿no?

—Sabes muy bien que la causa y el modo de un fallecimiento no se determinan hasta que se tienen los informes.

—Sí, ya —dije—. Lo pregunto por si el teniente tenía dudas de entrada.

—El teniente siempre tiene dudas. Y tendrá muchas más si te pillas metiendo las narices en el asunto. Ahora discúlpame pero tengo trabajo. Y no cuentes lo que te he dicho...

Me dirigí al Departamento de Patología del St. Terry, donde estuve unos

minutos hablando con una técnica del laboratorio con la que había tratado en otra ocasión. Me confirmó lo que me había contado Emerald y me proporcionó algunos detalles sobre la mecánica del incidente. Según dijo, el mensajero había salido del juzgado con un vehículo de seguridad para hacer un recorrido rutinario por los laboratorios y dependencias de Interior y Justicia. Las muestras que tenía que recoger se precintaban, se etiquetaban y se metían en cajas frigoríficas esterilizadas, como las provisiones cuando la gente se va a merendar al campo. Estas «fiambreras» se guardaban en la cámara frigorífica del laboratorio hasta que se presentaba el mensajero. La encargada del laboratorio cogía entonces tal o cual fiambarrera. El mensajero firmaba la hoja de entrega y se iba. El «material» de Hugh Case, que así se le llamaba con no poca cursilería, no volvió a verse una vez salido del laboratorio. Se ignoraba si había desaparecido por el camino o después de entregarse en el juzgado. La empleada del St. Terry juró que se lo había entregado al mensajero, y para demostrarlo enseñó la hoja de entrega firmada por este. Según ella, la fiambarrera había llegado a su punto de destino, tal como venía ocurriendo diariamente desde hacía años. El mensajero recordaba haberla metido en el vehículo y supuso que estaría entre el material entregado al final del recorrido. Se descubrió que había desaparecido al cabo de unos días, cuando el doctor Yee se quejó de que se retrasaban los resultados de los análisis toxicológicos. Por entonces, irremediamente, tal como había señalado Emerald, los restos de Hugh Case se habían reducido a cenizas y el viento los habría llevado muy lejos.

Fui a uno de los teléfonos públicos que había en el vestíbulo del hospital y llamé a mi agencia de viajes para preguntar por el primer avión que salía para Dallas. Quedaba una plaza libre en el vuelo de las tres, de Santa Teresa a Los Ángeles, que llegaría al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles a las 3.35. Dos horas después podía coger un avión de United Airlines que me dejaría en Dallas a las 10.35 de la noche, hora local. Si Lyda fichaba a las tres y hacía jornada de ocho horas, saldría a eso de las once. Un retraso en cualquier punto del camino me impediría llegar con tiempo suficiente para abordarla. De todos modos no podría volver a Santa Teresa hasta la mañana siguiente porque el aeropuerto de aquí se cierra a las once de la noche. Iba a terminar pasando una noche en Dallas. El pasaje de avión costaba casi doscientos dólares y solo de pensar que encima tendría que pagar el hotel casi me hacía temblar de inquietud. Como es lógico, siempre podía dormir hecha un ocho en las sillas de plástico del aeropuerto, pero la perspectiva me ponía aún peor. Por otra parte, no sabía muy bien cómo me las apañaría para comer con los 10 dólares en metálico que me sobrarían. Seguramente no tendría ni para sacar el Cucaracha del garaje cuando volviera.

Lupe, la encargada de la agencia de viajes, resoplaba en mi oído con paciencia mientras yo hacía los cálculos que acabo de mencionar.

—Millhone, no quiero meterle prisa, pero hace ya seis minutos que no dice usted ni que sí ni que no.

Consulté la hora. Eran las dos y diecisiete.

—Maldita sea —dije—, de acuerdo, adelante.

—Perfecto —dijo.

Me hizo las reservas. Aboné el importe con la tarjeta United, cuya cuenta había saldado hacía muy poco. « Hay que joderse », pensé, « pero no me queda más remedio ». Lupe me dijo que al llegar al aeropuerto recogiera los billetes en el mostrador de la compañía. Colgué, abandoné el hospital y me dirigí al aeropuerto.

Para viajar aquel día me había puesto un atuendo precioso, a saber, unos tejanos raídos, las botas de siempre y un suéter azul marino de algodón con las mangas demasiado grandes. En el asiento trasero del coche llevaba un anorak viejo. Por suerte hacía tiempo que no lo utilizaba para limpiar el parabrisas. En dicho asiento trasero llevo también una bolsa de viaje con un cepillo de dientes y unas bragas limpias.

Subí al avión cuando faltaban doce minutos para despegar y metí la bolsa de viaje debajo del asiento que tenía delante. El avión era pequeño y estaban ocupadas las 15 plazas de que disponía. Una cortina separaba a los pasajeros del piloto. Como me encontraba a dos asientos de la cortina, veía todo el tablero de instrumentos, que no me pareció más complicado que el cuadro de mandos de los nuevos Peugeot. La azafata me pilló fisgando y corrió del todo la cortina, como si el piloto y el copiloto estuvieran haciendo algo de lo que más valía no enterarse.

Los motores zumbaron igual que cortadoras de césped y me acordé de los sábados de mi adolescencia, cuando me levantaba tarde y oía a mi tía cortar la hierba. Los altavoces resultaron inútiles a causa del ruido. No entendí ni palabra de lo que dijo el comandante, aunque sospecho que nos recitó la alarmante letanía de instrucciones a seguir en el caso « improbable » de que cayéramos al agua. Casi todos los aviones se dan el castañazo en tierra firme. Ya tenía otra cosa de que preocuparme. Además, aquello de que el cojín del asiento se hinchaba y se convertía en chaleco salvavidas era puro cuento. Yo lo tenía debajo de las posaderas y ni siquiera me protegía del refuerzo metálico del asiento. Mientras el comandante seguía con su cantinela eché una ojeada al vistoso plano del avión que había en una tarjeta de plástico. Un gracioso había trazado dos equis en el diagrama. Una decía: « Usted está aquí ». La otra, en la punta del ala, decía: « El lavabo está aquí ».

Como el vuelo duró solo 35 minutos, la azafata, que vestía algo que parecía un uniforme de *girl scout*, no tuvo tiempo de servirnos las bebidas gratis de rigor. Pese a todo tuvo el detalle de recorrer el pasillo a toda velocidad ofreciendo chicles a los pasajeros. Me pasé todo el viaje tratando de destaparme los oídos;

cualquiera que me viese pensaría sin duda que tenía un tic en la mandíbula.

El avión de United despegó a su hora. Ocupé mi plaza en la sección de no fumadores acariciada por los trinos de un berreante dúo infantil. La cena consistió en un trozo de pechuga de pollo y una cucharada de arroz, todo ello cubierto por una capa de una sustancia parecida al engrudo. De postre nos dieron una porción de tarta bañada en un azúcar quemado que olía a amianto. Me lo comí todo y me guardé la bolsa de galletas en el bolso. Dios sabe cuándo lograría comer otra vez.

Cuando aterrizamos en Dallas, cogí mis bultos, me puse en la cola, y me apresuré hacia la parte delantera del avión en espera de que la escalerilla se pegase a la puerta. La azafata nos dejó ir como si fuéramos colegiales alborotadores y desfilé hacia la salida. Cuando llegué a la terminal eran ya las once menos cinco. La cafetería que me interesaba se encontraba en otro vestíbulo, todo lo lejos que alguien se pueda imaginar. Eché a correr mientras bendecía la constancia cotidiana que me mantenía en forma. Llegué a la cafetería a las once y dos minutos. Lyda Case se había marchado. La había perdido por cinco minutos y no tenía que volver hasta el fin de semana. No quiero repetir lo que dije.

Hice que la llamaran por los altavoces. Había pasado ante una oficina del Servicio de Viajeros, un escritorio en forma de ele donde estaba instalado el equivalente para aeropuertos de un cilindro giratorio de confitería. Tras él había una cincuentona con una cara asombrosamente fea, demacrada, sin barbilla y un ojo torcido. Vestía el uniforme del Ejército de Salvación con sus botones metálicos y charreteras. Ignoraba para qué estaba allí. Puede que las madres consternadas de los niños extraviados y los extranjeros necesitados de Kaopectate acudieran allí en busca de consuelo espiritual y ayuda práctica. Estaba cerrando ya la oficina y al principio no pareció hacerle gracia que solicitase sus servicios.

—Escuche —dije—, acabo de llegar de California para hablar con una mujer que está abandonando la terminal en estos momentos. Necesito ponerme en contacto con ella antes de que llegue al aparcamiento y no sé por qué puerta va a salir. ¿Hay alguna manera de llamarla?

Me clavó un ojo mientras con el otro miraba la hoja del directorio que tenía encima de la mesa pegada con cinta adhesiva. Sin decir palabra, cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Cómo se llama?—me preguntó.

—Lyda Case.

Murmuró el nombre por el auricular y al cabo de unos instantes oí que avisaban a Lyda Case por los altavoces para que se personase en la oficina del Servicio de Viajeros de la Terminal 2. Le di un millón de gracias, pero por lo visto le traía sin cuidado el agradecimiento de los demás. Terminó de cerrar, se despidió con una palabra y se fue.

No sabía si Lyda Case iba a aparecer o no. Podía haber abandonado la terminal antes de que la llamaran. O a lo mejor estaba demasiado cansada y derrengada para hacer caso del aviso. Moviada por un impulso, rodeé la mesa y tomé asiento en la silla. Pasó un hombre con una maleta de ruedas que tenía tantas ganas de ir tras él como un perro camino del veterinario. Consulté la hora. Habían transcurrido ya doce minutos. Abrí el cajón superior de la mesa. Lápices,

cuadernos de notas, tubos de aspirinas, Kleenex, un diccionario inglés-español. Leí las expresiones de primera necesidad que figuraban en la parte interior de la cubierta trasera. «*Buenas tardes*», murmuré. «*Buenas noches. Buenas noches*»^[1], repetí agotada. Me moría de hambre.

—¿Me han llamado? Me pareció oír mi nombre por los altavoces —Lyda Case tenía acento tejano. Se había plantado ante mí con la pelvis ladeada y una mano en la cadera. Bajita. Sin maquillaje. Salpicada de pecas y de pelo rizado. Vestía pantalón oscuro y chaleco conjuntado, saltaba a la vista que era uno de esos uniformes universales de camarera que se suelen comprar al por mayor en la fábrica misma. Tenía bordado el nombre encima del pecho izquierdo. Llevaba un reloj con piedras incrustadas y con la mano derecha sostenía un cigarrillo encendido que tiró al suelo y aplastó con el pie—. ¿Qué pasa, nena? ¿He venido al lugar equivocado?

A medio camino entre los treinta y los cuarenta. Cara despierta. Nariz pequeña y recta, y barbilla afilada y arrogante. Tras la sonrisa se le veían los colmillos deformes y los huecos que tenían que haber llenado las primeras muelas. Seguro que sus padres nunca se habían endeudado por llevarla al dentista.

Me puse de pie y le di la mano.

—Buenas noches, señora Case. ¿Cómo está?

Apoyó su mano en la mía durante un par de segundos. Sus ojos eran de ese color azul irreal y obsesivo que suelen tener las lentillas. Tenía la desconfianza pintada en las facciones...

—Ah, ¿nos conocemos?

—La llamé desde California. Usted me colgó dos veces.

Se le fue la sonrisa.

—Creo que le dejé bien claro que no me interesaba. Espero que no haya hecho el viaje por mí.

—La verdad es que sí. Cuando llegué a la cafetería usted acababa de irse. Quisiera que me concediese unos minutos. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

—En mi pueblo esto se llama hablar —me espetó.

—Quiero decir en privado.

—¿De qué?

—Necesito saber algunas cosas relacionadas con la muerte de su marido.

—¿Es usted periodista o algo así?

—Detective.

—Ah, sí. Me lo dijo por teléfono. ¿Para quién trabaja?

—Por ahora para mí. Antes para una compañía de seguros. Investigaba un incendio que se había declarado en un almacén de Wood/Warren y salió a relucir el nombre de Hugh. Pensé que usted podría informarme sobre las circunstancias

de su fallecimiento.

Advertí que, tentada por el tema, se debatía consigo misma. Seguramente se le había convertido en la típica fantasía reiterativa a que recurre la gente cuando no puede conciliar el sueño. Me la imaginé entre las dos y las tres y la madrugada, quejándose sin parar, a propósito siempre de las mismas cosas. Creo que todos tenemos en el cerebro un bichito que despierta a esas horas y por lo general con ganas de charla.

—¿Qué tiene que ver Hugh con eso que usted dice?

—Tal vez nada. No lo sé. Pero me pareció chocante que desaparecieran del laboratorio las muestras que le habían tomado.

—¿Y por qué se interesa usted? Nadie más lo ha hecho.

—Pues ya va siendo hora, ¿no le parece?

Me dirigió una mirada larga y valorativa. Su expresión pasó de la hostilidad a la simple impaciencia.

—Hay un bar aquí cerca. Me esperan en casa y antes tendré que llamar. Treinta minutos. No voy a dedicarle más tiempo. Hoy he trabajado como una negra y quiero poner los pinreles en remojo.

Eché a andar y corrí tras ella para alcanzarla.

Nos sentamos a una mesa junto al ventanal. El cielo nocturno estaba cubierto por nubes bajas y amenazadoras. Me sobresalté al darme cuenta de que llovía. El vidrio del ventanal estaba cruzado por la estela de las gotas que, a causa del viento que soplabá, se estrellaban en diagonal. La gravilla alquitranada brillaba como el hule negro y las luces de las pistas se reflejaban en la superficie pulida del asfalto moteado de gotas. Había tres DC-10 alineados en sendos accesos consecutivos. La zona estaba llena de tractores, vehículos de suministro, camiones con grúa y hombres enfundados en monos amarillos. Una vagoneta motorizada pasó a toda velocidad arrastrando una serie de remolques llenos de equipaje. Justo mientras yo miraba se cayó una bolsa de lona, que quedó en el suelo mojado sin que nadie se diera cuenta. Alguien iba a pasar aquella noche una hora de cabreo rellenando los impresos de reclamación de «Equipajes Extraviados».

Mientras Lyda llamaba por teléfono, pedí un vino blanco con soda para mí y un Bloody Mary para ella, tal como me había indicado. Estuvo hablando un buen rato. La camarera sirvió las bebidas junto con una lata de galletitas saladas Eagle Snack

—Lyda quería algo para picar y traigo esto —dijo.

—¿Le importa si pagamos ahora?

—No, en absoluto. Me llamo Elsie. Si queréis algo más, me dais un grito.

El tráfico terrestre comenzaba a despejarse y vi que retiraban la escalerilla del avión que teníamos más cerca. Por la pista que había más allá arrancó con pesadez un L-1011 con el flanco punteado de ventanillas iluminadas. El bar

comenzaba a vaciarse, pero el humo seguía suspendido en el aire como una mancha en una fotografía. Oí que se acercaba un taconeo y reapareció Lyda. Se quitó el chaleco y se desabrochó la blusa blanca hasta la mitad de los pechos. Los tenía pecosos como un huevo de pájaro y en conjunto parecía que estuviese bronceada.

—Siento haber tardado —dijo—. Tengo a la compañera de piso en medio de una crisis nerviosa, por lo menos es lo que ella dice —se sirvió del tallo de apio para disolver la nube clara de vodka en el zumo de tomate con pimienta. A continuación destapó la lata de las galletitas saladas—. Venga, alarga la mano y come —dijo.

Le tendí la mano abierta y me la llenó de galletitas. Tenían forma de pagoda china y estaban rociadas con sal. Se le había ido la animadversión. Ya había presenciado el fenómeno en otras ocasiones: la desconfianza adopta al principio la forma de agresividad y se opone a una resistencia tan infranqueable como un muro, hasta que de pronto se abre un portillo. En ese momento quería hablar conmigo y le parecía absurdo mostrarse grosera. Además, pagaba yo. Con 10 dólares en el bolsillo me podía permitir treinta minutos de copas, pero más no.

Había sacado una polvera y con la frente fruncida se inspeccionaba el maquillaje.

—Dios, estoy hecha un asco —puso el bolso encima de la mesa y rebuscó en su interior hasta que encontró un estuche de cosmética. Abrió la cremallera y sacó varios productos. Se humedeció la cara con una base líquida y se la extendió para taparse las pecas, las arrugas y las manchas de la piel. Luego cogió el lápiz de ojos, trazó una línea en ambos párpados y a continuación se pasó rímel por las pestañas. Los ojos le quedaron muy saltones, como a punto de salirse de las órbitas. Se embadurnó ambas mejillas con abundante colorete de tono muy subido, se perfiló la boca con lápiz granate y luego se pasó un lápiz de tono más claro por la parte carnosa de los labios. Transcurrieron menos de dos minutos, pero cuando volvió a prestarme atención le habían desaparecido las aristas y rugosidades y resplandecía con todo el encanto de un anuncio de revista—. ¿Qué te parece?

—Impresionante.

—Eres un cielo. Yo te podría transformar en un minuto. Deberías cuidarte un poco más. Tienes una pelambre que parece el culo de un perro.

Me eché a reír.

—Si no me has concedido más que treinta minutos, será mejor que vayamos al grano cuanto antes.

Agitó la mano con despreocupación.

—Olvidalo, he cambiado de idea. Betsy se ha tomado una sobredosis y no me apetece encerrarme en casa todavía.

—¿Se ha tomado una sobredosis tu compañera de piso?

—Lo hace cada dos por tres, pero no escarmienta. Se compró un folleto de la Sociedad de la Cicuta y desde entonces come la mitad de lo que necesita. Luego llevo yo a casa y pago las consecuencias. Estoy harta de ver enfermeros que entran y salen después de medianoche. Todos de veintiséis años y de un pulcro que da náuseas. Suele quedar con ellos para salir. Dice que es la única manera de ligarse a hombres con posibilidades.

Se zampó de un trago la mitad del Bloody Mary.

—Háblame de Hugh —dije.

Sacó una cajita de chicles y me ofreció uno. Le dije que no con la cabeza, quitó el envoltorio del que había reservado para sí, se lo metió doblado en la boca y se puso a masticar. A continuación encendió un cigarrillo. Me esforcé por adivinar a qué sabía la mezcla..., menta y tabaco. La idea me resultaba desagradable, incluso en cuerpo ajeno. Hizo una bolita con el envoltorio del chicle y la puso en el cenicero.

—Yo era una cría cuando nos conocimos. Diecinueve años. Trabajaba en un bar. El día en que cumplí los dieciocho, cogí el Greyhound de California y me matriculé en una academia de camareros de Los Ángeles. La broma me costó seiscientos dólares. Igual me vieron la cara y me cobraron de más. Aprendí a hacer combinados, pero también habría aprendido con un manual. En cualquier caso encontré un empleo en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles y desde entonces trabajo en cafeterías de aeropuerto. No me preguntes por qué. Ha sido así y ya está. Hugh apareció una noche, nos pusimos a charlar y antes de que me diera cuenta me enamoré de él y nos casamos. Yo tenía diecinueve años, él treinta y nueve y estuvimos juntos dieciséis. Lo conocía bien. No se suicidó. No me habría hecho una cosa así.

—¿Por qué estás tan segura?

—¿Por qué estás tú tan segura de que el sol saldrá por el este mañana y todos los días? Lo sabes y ya está, ¿no? Pues del mismo modo en que se confía en esas cosas, yo aprendí a confiar en él.

—¿Crees entonces que lo mataron?

—Desde luego. Fue Lance Wood, tan cierto como que estoy aquí, lo que pasa es que no lo admitirá ni dentro de un millón de años, y su familia tampoco. ¿Has hablado con esa gente?

—Unas palabras —dije—. Yo no sabía nada de la muerte de Hugh hasta que me lo contaron ayer.

—Siempre he creído que sobornaron a los polis para que tuvieran la boca cerrada. Tienen montañas de dinero y conocen a todo el mundo en la ciudad. Fue una cortina de humo.

—Lyda, estás hablando de personas respetables. No transigirían con un asesinato y no encubrirían a Lance si creyeran que tuvo algo que ver.

—Chiquilla, si piensas eso es que eres más tonta que yo. Fue un asesinato y

punto. No habrías venido a Los Ángeles si no lo creyeras tú también.

—No sé qué pensar. Por eso te pregunto.

—Bueno, pues no fue un suicidio. No estaba deprimido. No era de los que se suicidan. ¿Por qué iba a hacerlo? Es una estupidez. Ellos lo conocían. Sabían la clase de hombre que era.

La observé con atención.

—Me han dicho que pensaba dejar la empresa y fundar una propia.

—Sí, eso decía. Decía muchas cosas. Trabajó para Woody durante quince años. Hugh era tan leal como el que más, pero todos sabían que el viejo iba a dejarle la empresa a Lance. A Hugh le parecía una locura. Decía que Lance era un cretino y que no quería quedarse para ver cómo se iba a pique todo.

—¿Discutieron ellos dos?

—No estoy segura. Sé que lo comunicó y que Woody le convenció de que no lo hiciera. La administración iba a concederle una contrata importante y necesitaba a Hugh. Hugh dijo que se quedaría hasta que se supiera con seguridad si Woody la obtenía o no. Dos días después, al volver del trabajo, fui al garaje y me lo encontré allí. Parecía que se hubiera quedado dormido en el coche, pero tenía la piel roja como una cereza. Nunca lo olvidaré.

—¿No hay algo que permita pensar que fue un accidente?

Se echó adelante con vehemencia.

—Te lo he dicho antes y te lo repetiré ahora. Hugh no se suicidó. No tenía motivo y no estaba deprimido.

—¿Cómo sabes que no te ocultaba algo?

—Dicho de ese modo, es imposible saberlo.

—Es que resulta absurdo pensar en un homicidio. Lance ni siquiera estaba entonces al frente de la empresa y no iba a matar a un empleado solo porque quisiera marcharse. Es ridículo —añadí.

Se encogió de hombros, impávida ante mi escepticismo.

—Puede que Lance temiera que, al marcharse, Hugh se llevara consigo a la clientela.

—Bueno, aparte de que aún no se había marchado, eso me parece una exageración.

Se puso un poco tensa.

—Me has preguntado qué pienso y te he dado mi opinión.

—Ya veo que lo crees, pero necesito algo más para convencerme. Si lo mataron, también cabe la posibilidad de que lo hiciera otra persona, ¿no?

—Lógico. Yo creo que fue Lance, pero no puedo *jurarlo*. En cualquier caso no hay evidencias de ello. A veces pienso que no vale la pena seguir dándole vueltas. Ocurrió y ya nada puede hacerse.

Cambié de tema.

—¿Por qué lo mandaste incinerar tan pronto?

Me miró fijamente.

—¿Acaso crees que yo intervino en ello?

—Yo no sé nada. Por eso te hago preguntas.

—Él *pidió* ser incinerado. Ni siquiera fue idea mía. Llevaba muerto cuarenta y ocho horas. El forense envió el cadáver a la funeraria, el dueño me sugirió que cumpliéramos lo estipulado y seguí su consejo. Habla con él, si no me crees —dijo—. Yo creo que lo drogaron. Apostaría cualquier cosa a que fue así como lo consiguieron. Robaron las muestras del laboratorio para que nadie viera el resultado de los análisis.

—Puede que estuviera borracho —le insinué—. A lo mejor entró con el coche en el garaje y se quedó dormido.

Negó con la cabeza.

—No bebía. Había dejado el alcohol.

—¿Había tenido problemas al respecto?

—Durante una época —dijo—. Recuerda que nos conocimos en un bar. A las dos de la tarde de un día laborable. Ni siquiera iba a coger el avión. Decía que le gustaba verlos aterrizar. Habría tenido que darme cuenta entonces, pero cuando te enamoras, ya se sabe. Ves lo que quieres ver. Tardé años en descubrir a qué extremos había llegado. Hasta que le dije que le abandonaría si no se enmendaba. Se apuntó a una organización, no a Alcohólicos Anónimos, sino a una parecida. Se curó y dejó la bebida para siempre.

—¿No cabe la posibilidad de que hubiera vuelto a beber? A veces ocurre.

—Con el tratamiento que seguía, imposible. Habría vomitado hasta la primera papilla.

—¿Estás segura de que no abandonó la medicación?

—Yo misma le administraba los comprimidos de Antabús. Era como un juego. Todas las mañanas, con un vaso de zumo de naranja. Me extendía la mano, le daba los comprimidos y veía cómo se los tragaba. Quería que comprobara personalmente que no me engañaba. El día en que dejó de beber me juró que no volvería a probar ni gota.

—¿Cuántos sabían lo del Antabús?

—No lo sé. Hugh no hablaba mucho al respecto. Si estaba con amigos y estos bebían, él solo decía « No, gracias» .

—¿Qué pasó la semana en que murió?

—Nada de particular. A mí me pareció una semana normal y corriente. Habló con Woody. Dos días después había muerto. Después del entierro hice las maletas, lo metí todo en el coche y volví a casa. Y aquí estoy desde entonces.

—¿Había entre sus pertenencias alguna cosa que permitiera pensar que pasaba algo? ¿Alguna carta? ¿Una nota?

Negó con la cabeza.

—Registré su mesa el día en que murió y no vi nada.

Nada notable me ocurrió durante el viaje de vuelta. Estuve hora y media con Lyda y el resto de la noche lo pasé en la terminal del aeropuerto, con sus alfombras rojas, su elevado techo de vidrio, sus árboles de verdad y un pájaro de carne y hueso que iba y venía sin dejar de piar. Fue como estar en el campo, pero sentada y sin salchichas que poner al fuego. Tomé notas de la conversación que había sostenido con Lyda, que engrosarían mis archivos cuando llegara a casa. Hasta cierto punto yo aceptaba la posibilidad de que Hugh Case hubiera sido asesinado, pero ignoraba cómo, por qué y por quién. También me inclinaba a creer que su muerte estaba relacionada con lo sucedido últimamente en Wood/Warren, pero era incapaz de adivinar cuáles eran los puntos de conexión. Lyda había prometido llamarme si se acordaba de algo digno de interés. En términos generales, no había sido un viaje inútil. Me había suscitado más preguntas que respuestas, pero me bastaba con eso. Mientras haya pistas que seguir, me siento activa. Pero empiezo a sentirme frustrada cuando los hilos se interrumpen de pronto y cuando descubro que los caminos que sigo son callejones sin salida. En lo tocante a Hugh Case, intuía que había dado con una de las piezas angulares del rompecabezas. Ignoraba cómo sería la imagen final de conjunto, pero por lo menos tenía ya un lugar por el que empezar.

Subí al avión a las cuatro y media de la madrugada y llegué al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles a las seis menos cuarto. Tuve que esperar hasta las siete para utilizar el puente aéreo a Santa Teresa y, cuando metí mi pobre culo en casa, estaba más muerta que viva. Llegué, como digo, una hora después, miré si había mensajes en el contestador (ninguno), me quité las botas y, sin desnudarme siquiera, me envolví en los pliegues del edredón.

A eso de las nueve llamaron a la puerta. Me levanté tambaleándome y fui a abrir como una sonámbula, arrastrando conmigo el edredón igual que un vestido de novia. Tenía mal sabor de boca y un pelo tan de punta como el de un punki, solo que más sucio. Escruté por la mirilla, no fuera a ser un ratero matutino que quisiera pillarme desprevenida. Pero quien estaba ante la puerta era mi segundo exmarido, Daniel Wade.

—Mierda —murmuré.

Para convencerme volví a pegar el ojo a la mirilla. Solo podía verle la cara truncada y de perfil, con el pelo rubio y rizado coronándole la testa como una aureola. Daniel Wade es, con toda probabilidad, el hombre más guapo que haya visto en mi vida, lo que de por sí es mala señal. Los hombres guapos suelen ser homosexuales o insoportablemente narcisistas. (Lamento generalizar, amigos, pero es la verdad). Me gustan las caras bonitas, las caras interesantes o las caras con carácter, pero la perfección escultórica de Daniel resultaba empalagosa: nariz recta y proporcionada, pómulos altos, mandíbula fuerte, barbilla orgullosa. Tenía el pelo del color de la paja, los ojos de un azul llamativo y pestañas negras. Tenía la dentadura blanquísima y perfecta y sonreía con cierta picardía. ¿Cogéis el cuadro?

Abrí la puerta.

—¿Sí?

—Hola.

—Hola.

Lo fulminé con la mirada, esperando que desapareciera. Es alto y delgado y, coma lo que coma, no engorda ni a tiros. Llevaba unos tejanos descoloridos y un niqui rojo oscuro con las mangas subidas. Tenía la piel bronceada y curtida, de un tono dorado, y las mejillas algo brillantes. Simplemente otro latoso niño bonito californiano. El vello de los brazos lo tenía blanco de tanto tomar el sol. Llevaba las manos en los bolsillos, cosa bastante normal. Es pianista de jazz y tiene los dedos largos y huesudos. De lo primero que me enamoré fue de sus manos; luego me fijé en otras cosas.

—He estado en Florida.

Y una voz agradable, además, por si sus restantes virtudes no bastaran. Aflautada y suave. Canta como los ángeles y toca seis instrumentos.

—¿Y por qué has vuelto?

—No sé. Nostalgia, quizás. Un amigo venía para aquí y me apunté a la excursión. ¿Te he despertado?

—No, suelo ir por ahí con esta pinta.

Entonces una ligera sonrisa, perfectamente cronometrada. Parecía indeciso y nervioso, cosa infrecuente en él. Me miraba a los ojos, en busca (tal vez) de algún indicio de mi antigua personalidad.

—Me gusta el peinado que llevas —dijo.

—Muy gracioso. A mí también me gusta el tuyo.

—Sospecho que te he cogido en mal momento. Perdona.

—Uf, Daniel, ahorrémonos los chistes. Me he acostado hace una hora y me encuentro fatal.

Saltaba a la vista que había ensayado lo que iba a decir, pero mi reacción, lejos de parecerle grosera, se le antojaba cariñosa.

—Quería que supieras que ya estoy limpio —dijo—. Desde hace un año. Ya no bebo ni tomo drogas. No ha sido fácil, pero me he reformado de verdad.

—Genial. Estoy emocionada. ¿Ahora es la época de la sangre?

—¿Te importaría no ser sarcástica?

—Desde que te fuiste es mi manera normal de expresarme. A los hombres les encanta.

Se balanceó sobre los talones y desvió la mirada hacia el patio.

—Supongo que la gente no logra una segunda oportunidad contigo.

No me molesté en contestarle. Volvió a la carga.

—Me estoy analizando con una psiquiatra que se llama Elise. Es ella quien me ha sugerido que ate los cabos sueltos que he ido dejando a lo largo de mi vida. Cree que también tú podrías salir ganando.

—Oh, eso es estupendo. Dame su dirección y le escribiré una carta de agradecimiento.

—¿Puedo pasar?

—¡Pues claro que no, maldita sea! ¿Es que aún no te has dado cuenta? Hace ocho años que no nos vemos y resulta que no es suficiente.

—¿Por qué te muestras tan hostil después de todo este tiempo? Yo no te guardo rencor.

—¿Por qué tendrías que guardármelo? Yo no te hice nada.

Me di cuenta de que le hacía daño. Su confusión me parecía sincera. Hay personas que primero le toman el pelo a una y luego se quedan sin saber qué hacer, aturridas por el dolor que han causado. Se apoyó en la otra pierna. Al parecer las cosas no salían como se había figurado. Alzó la mano para arrancar una astilla del dintel.

—No sabía que estuvieras resentida. Has cambiado mucho, Kinsey. Lo pasamos fenomenal, fueron unos años estupendos.

—Año. En singular. Once meses y seis días, para ser exactos. Voy a cerrar la puerta, o sea que será mejor que apartes la mano o te la aplastaré.

Apartó la mano.

Cerré de un portazo y volví a la cama.

Al cabo de unos minutos oí chirriar la puerta del jardín.

Estuve un rato dando vueltas en la cama, pero era evidente que no volvería a dormirme. Me levanté, me cepillé los dientes, me duché, me lavé la cabeza y me afeité las piernas. En otra época solía fantasear con su regreso. Me inventaba largos monólogos para desahogar mi rabia y mi tristeza. Pero en los últimos tiempos deseaba que volviese para cantarle las cuarenta. Cuando a una la rechazan se siente jodida. Se le queda dentro una amargura que tiende a desahogar con el primero que encuentra. No solo se siente traicionada, sino que además se vuelve antipática y desagradable. Jonah había sabido comprender mi mal genio. Se había dado cuenta de que nada tenía que ver con él. Era tan obtuso

que no le ofendían las pequeñas brusquedades. Yo creía seriamente que estaba en paz con el pasado hasta que lo había visto en persona.

Llamé a Olive Kohler y quedamos en vernos aquella misma tarde. Me senté a la mesa y escribí a máquina las notas que había tomado. A mediodía salí para hacer unos recados. Vi a Daniel en el coche aparcado detrás del mío. Estaba recostado en el asiento del copiloto, con las botas encima del tablero de mandos y con un sombrero de *cowboy* echado sobre la cara. El coche era un Pinto de hacía diez años, azul oscuro, abollado y oxidado; se le habían caído los cuatro tapacubos. La funda de piel de los asientos parecía de bayeta. Según la pegatina que llevaba en el parachoques lo había alquilado en Rent-A-Ruin.

Daniel tenía que haberme oído salir porque giró la cabeza y se echó atrás el sombrero con indolencia. A veces adopta una actitud de adolescente arrepentido. «Va, venga, tú, ya está bien».

Abrí el coche, subí, puse en marcha el motor y arranqué. No volví a casa en todo el día. Ya no recuerdo ni la mitad de lo que hice. Sobre todo me dediqué a perder el tiempo y a repetir con los dientes apretados que no solo me habían expulsado de un despacho sino que además me prohibían volver a mi propio domicilio.

A las cinco, con la ayuda de un plano, encontré la casa de los Kohler, que estaba en Montebello, en un callejón perdido y lleno de árboles. La propiedad se escondía tras un seto de tres metros de altura, y para entrar había que cruzar una verja de hierro forjado y de apertura controlada electrónicamente. Aparqué en la calle y entré por una puerta de madera, rodeada de arbustos. La casa era de dos plantas, de estilo Tudor, con tejado a dos aguas, muy empinado, buhardillas de madera y ladrillo, y una bonita sucesión de vigas verticales a lo largo de la fachada. La finca la cabeza era grande y la sombreaban sicómoros y eucaliptos tan lisos y grises como columnas de cemento. Por todas partes crecían enredaderas de color verde oscuro. Un jardinero, licenciado por la Facultad de Arquitectura Paisajística Walt Disney, se dedicaba a podar los arbustos, dándoles forma de animales.

El periódico estaba en el felpudo de la puerta. Lo cogí y llamé al timbre. Esperaba que me abriese una doncella, pero lo hizo Olive en persona, enfundada en una bata de raso gris y calzada con unas chinelas, igualmente de raso. La había visto sobre todo en las películas de Joan Crawford y estaba convencida de que para llevarlas había que cogerles el truco. Me imaginé chancleteando por mi casa con unas iguales... Fumando con boquilla larga. Con una cascada de bucles en el pelo. ¿Y por qué no me perfilaba las cejas como una ojiva?

—Hola, Kinsey. Pasa. Terry está al llegar. Me olvidé de decirte que habíamos quedado a las seis con unos amigos.

Se alejó de la puerta y entré en la casa tras ella.

—Si te viene mal podemos hablar en otro momento —dije.

Le di el periódico.

—Gracias. No, es igual. Aún falta una hora y de todos modos no hemos de ir muy lejos. Tengo que terminar de vestirme, pero podemos charlar mientras tanto.

Miró el periódico por encima y lo dejó junto al correo que había en la consola del vestíbulo.

Eché a andar por el pasillo de baldosas oscuras en dirección al dormitorio principal, que estaba en el fondo de la casa. Olive era delgada y tenía una espesa mata de pelo rubio que le llegaba hasta los hombros. A veces me preguntaba si Ash sería la única hermana que no se teñía el pelo. Los ojos de Olive eran de color azul brillante, las pestañas negras y la piel de un tono dorado. Tenía alrededor de treinta y tres años, no era tan intransigente como Ebony, pero carecía de la simpatía de Ash. Mientras andaba giraba la cabeza para hablarme.

—Hace diez años que no nos vemos. ¿Qué es de tu vida?

—Estoy montando una agencia particular —dije.

—¿Estas casada? ¿Tienes hijos?

—No a ambas cosas. ¿Tienes hijos tú?

Se echó a reír.

—Dios no lo permita.

El dormitorio en que entramos era muy grande. Techo de vigas, chimenea de piedra, puertaventanas que daban a un patio interior con terraza, donde había una bañera Yakuzi rodeada de helechos. Una gata de angora blanda yacía enroscada en una tumbona con la cara hundida en el penacho de la cola.

El suelo del dormitorio era de teca pulimentada y había varias alfombras de lana de pelo largo, seguramente de yak. La pared que había tras el respaldo de la cama estaba totalmente cubierta de espejos y me pasó por la cabeza una escena sexual con Terry Kohler como protagonista. ¿Qué miraría Olive mientras Terry se contemplaba en los espejos? Miré al techo por si había algún rótulo como el que tiene mi ginecólogo en el consultorio: « Sonríe y tendrás la cara ocupada en algo ». A mí no me hace la menor gracia.

Me dejé caer en un sillón y observé a Olive, que entró en un vestidor del tamaño de un garaje de dos plazas. Se puso a mirar los vestidos de gala que había en un perchero y vi que descartaba trajes de lentejuelas, vestidos largos de organdí, chaquetillas de abalorios conjuntados con faldas largas. En un anaquel de la pared había una serie de cajas de plástico transparente, todas ellas con zapatos y, al final del perchero, un surtido de abrigos de piel de distintos tamaños y modelos.

Elegió un vestido informal de tirantes y hasta la rodilla y volvió al dormitorio para verse en el espejo. El vestido era de color verde aguacate y le despertaba

reflejos cetrinos en la piel.

—¿Qué te parece? —dijo, con los ojos aún en la imagen que le devolvía el espejo.

—Demasiado verde.

Entornó los ojos para observarse con actitud crítica.

—Tienes razón. Toma. Te lo regalo. La verdad es que nunca me gustó.

Echó el vestido encima de la cama.

—Yo no llevo vestidos así —dije yo con un poco de inquietud.

—Quédatelo. Vamos a dar una fiesta en Nochevieja y podrás ponértelo entonces.

Cogió un vestido negro de tafetán, de escote recto. Se lo puso por los pies y se subió la cremallera de la espalda con un movimiento de ajuste que lo puso todo en su sitio. Era tan delgada que no alcanzaba a comprender cómo podían ser suyos aquellos pechos tan voluminosos. Igual se había sometido a una intervención quirúrgica y le habían injertado un par de pelotas de béisbol. Abrazar a una mujer así tenía que dejar marcas.

Se sentó en la banqueta del tocador, se puso unos pantis negros y acto seguido unos zapatos de igual color y con un tacón de diez centímetros por lo menos. Estaba fabulosa con sus múltiples curvas, su piel inmaculada y aquel pelo pajizo que le acariciaba los hombros desnudos. Rebuscó en el joyero y cogió unos pendientes de clip en forma de ramitas de plata con fruta de diamantes.

Volvió al armario y reapareció con un abrigo blanco de piel, de la misma longitud que el vestido. Se lo puso sobre los hombros. Parecía una exhibicionista engalanada con un zorro blanco.

Esbozó una semisonrisa al ver cómo la miraba.

—Sé lo que piensas, querida, pero ya estaban muertos cuando fui a la peltería. Su suerte no habría cambiado en absoluto aunque no me lo hubiera quedado.

—No se matarían zorros si no hubiera mujeres deseosas de lucir abrigos como el tuyo —dije.

—No digas bobadas. En el bosque, los animales se matan entre sí todos los días. Hay que conservar la belleza, igual que las obras de arte. El mundo es cruel, no tengo por qué fingir que lo ignoro. Y no me llesves la contraria —dijo con resolución—. Has venido para hablar. Habla, pues.

Se quitó el abrigo, lo dejó encima de la cama, se sentó en la banqueta y cruzó las piernas. Se descalzó a medias un zapato y con ayuda de los dedos se dio unos golpecitos en la planta con el talón de aquel.

—¿Hasta qué punto conoces la situación en que se encuentra Wood/Warren?

Hizo un ademán de impaciencia.

—Me aburre la economía. Suelo forrar la cama del gato con la página de finanzas del periódico.

—¿No te preocupa el cisma que hay en tu familia?

—¿Qué cisma? ¿Lo dices por Lance? A mí tanto me da un bando como el otro. Ebony y él no acaban de ponerse de acuerdo y ella quiere que la apoye. Desde su punto de vista voy a salir ganando. A Lance le dará un ataque, pero ¿qué le vamos a hacer? Ya ha tenido su oportunidad.

—¿Vas a apoyar a Ebony?

—No lo sé. Es probable. Ebony es más inteligente que Lance y ya es hora de renovar la dirección. Lance se pasa la mitad del tiempo con la cabeza bajo el grifo.

—No te entiendo.

—Permíteme que te cuente la verdad sobre mi hermano, niña inocente. Es un vendedor nato. Cuando le conviene es capaz de conseguir que te bajas las bragas sin darte cuenta. Es un fanático de todo aquello que le interesa, pero le interesan muy pocas cosas. Las cifras le marean. No quiere saber nada al respecto. No le gustan los despachos y es incapaz de ajustarse a un programa. Tiene ideas e iniciativas, sabe emprender cosas, pero es un desastre para gestionarlas. Fin del mensaje.

—¿Sabes todo esto por experiencia propia o es que Ebony te lo ha dicho?

—Todos los días me entero de lo que sucede en la fábrica. Terry es un obseso del trabajo y casi siempre habla de lo mismo.

—¿Cómo se llevan Terry y Lance?

—Están siempre discutiendo. Terry es de ideas fijas. Le saca de quicio que los demás la caguen, y perdón por el término filosófico. Lance carece de criterio. Lo sabe todo el mundo. Si no me crees, échale un vistazo a la mujer con la que se casó.

—¿Y el resto de la familia? ¿No podéis controlarle entre todos?

—No. Entre todos poseemos solo el cuarenta y nueve por ciento de las acciones. Ebony quiere ponerle entre la espada y la pared, pero no puede obligarle a dimitir. Yo creo que lo que Ebony quiere en el fondo es que salga corriendo.

—Como Bass vive en Nueva York, supongo que estará al margen de esto.

—A veces participa en las reuniones del consejo de administración. Le gusta hacerse el potentado, pero es bastante inofensivo. Se lleva muy bien con Lance.

—¿Y Ash? ¿Por quién tomará partido?

—Por cualquiera de los dos, no está claro aún. Ebony, como es lógico, cree que podrá convencernos a todos.

—¿Qué dice vuestra madre? Es imposible que le guste esta situación.

—Más bien le disgusta. Ella prefiere que Lance siga en su puesto. No porque sea competente, sino porque es menos conflictivo.

—¿Crees que es un hombre honrado?

—¿Lance? ¿Bromeas? En absoluto.

—¿Cómo te llevas con él?

—No le aguanto. Siempre está en tensión y es muuuuuu paranoico. Prefiero estar lejos de él. Me pone nerviosa. Es mi hermano y le quiero, no me malinterpretes. Lo que pasa es que no simpatizo con él —frunció la nariz—. Siempre huele a ajo y a sudor, y a esa colonia apesosa que se pone, Brut. Yo no sé por qué se la ponen los hombres. Dan ganas de salir corriendo.

—¿Has oído algún comentario sobre el incendio del almacén?

—Solo lo que me ha contado Terry. ¿Sabes que Lance pidió un préstamo hace dos años con la empresa como garantía? Ahora no tiene ni un céntimo. Le vendría muy bien medio millón de dólares.

—Sí, es lo primero que me contaron.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Quiso invertir en el ramo editorial, pero por ahí no se va a ninguna parte. Dicen que la manera más rápida de arruinarse es invertir en artes gráficas y en restaurantes. Es una suerte que se le haya incendiado el almacén. ¿O es ese el punto conflictivo?

—¿Por qué no me lo dices tú?

Apoyó el codo en la rodilla y dejó descansar la barbilla en el puño.

—Si buscas respuestas, acaban de agotárseme. Lance me tiene sin cuidado. Para serte sincera, también Wood/Warren me tiene sin cuidado. Las rivalidades familiares me entretienen a veces en las series de la tele, en *Dallas*, en *Dinastía*, pero en la vida real son muy aburridas.

—¿Qué es lo que te interesa entonces?

—El tenis. Los viajes. La ropa. El golf. ¿Hay algo más en la vida?

—Por lo visto, te lo pasas en grande.

—Pues sí. Procuero divertirme. Hago obras de caridad cuando tengo tiempo. Algunos piensan que soy una lagarta consentida y perezosa, pero tengo lo que quiero. No todo el mundo puede decir lo mismo. Son los frustrados e insatisfechos los que se quejan y piden venganza. Yo soy una auténtica reina.

—Mejor para ti.

—Pero como suele decirse, todo tiene un precio, y a mí también se me exige, no te creas.

Comprendí lo agotador que debía de ser.

Oímos la puerta y un rumor de pasos en el pasillo. Cuando Terry Kohler entró en el dormitorio se quitaba ya la chaqueta y la corbata.

—Hola, Kinsey. Olive me dijo que vendrías. Voy a darme una ducha y enseguida estoy contigo —miró a Olive—. Prepáranos una copa, ¿quieres? —añadió en tono apremiante.

Olive no cumplió la orden con diligencia militar precisamente, pero esa es la impresión que me dio. Puede que su papel no fuera tan sencillo como me figuraba. Yo no habría hecho aquello por nadie.

Esperé en la sala de estar mientras Olive se dirigía a la cocina. Era una habitación preciosa: ventanas de paneles biselados, paneles de pacana, chimenea de losas grandes, muebles tradicionales de caoba y tapizados en damasco. Todo era rojo y rosa pálido. La sala olía un poco a especias, a claveles quizá. No podía imaginarme a los dueños de la casa haciendo nada en aquella habitación. Al margen del buen gusto convencional que reinaba en la estancia, no había el menor indicio de que leyeran u oyeran música. Ni la menor prueba de que tuvieran aficiones comunes. En la mesita de servicio estaba el último número de *Architectural Digest*, pero parecía de adorno. No conozco a ningún rico que lea *Popular Mechanics*, *Family Circle* o *Road & Track*. Puestos a pensar en ello, ignoro por completo lo que estas personas hacen por la noche.

Olive volvió al cabo de diez minutos con una bandeja con entremeses y una botella de vino en un cubo de plata con hielo. Su conducta se había transformado desde que Terry cruzara la puerta. Mantenía el porte de dignidad, pero con un no sé qué de servilismo. Dejó la bandeja en la mesita de servicio y distribuyó los posavasos. Había preparado brevas rellenas de queso mascarpone, chipirones troceados y patatas cortadas y cubiertas de crema agria y caviar. ¿Quedarían satisfechas todas mis necesidades nutritivas si cenaba solo aquello?

Olive se dirigió al aparador a paso ligero y sacó varias botellas de licor para que pudiéramos elegir. Como empezaba a hacerse de noche, encendió un par de lámparas de mesa. La falda de tafetán emitía un frufrú cada vez que se movía. Tenía las piernas musculosas y a causa de los tacones se le hinchaban los tendones de la pantorrilla.

Terry apareció entonces en la puerta, recién duchado y vestido, y con la mirada puesta en los preparativos de su mujer. Se dio cuenta de que yo le miraba y me sonrió como para decirme que era el propietario absoluto de cuanto había allí. No parecía hombre fácil de complacer.

—Una casa preciosa —dije.

Olive me miró con una sonrisa radiante.

—Gracias —dijo.

—Siéntate —dijo Terry.

—No quisiera que llegarais tarde por mi culpa.

Terry hizo un ademán desestimativo como si la charla prometida tuviese preferencia. El gesto tuvo el mismo efecto halagador que cuando se dice a la secretaria que no pase ninguna llamada. Pura ostentación, como es lógico; igual no está previsto que llame nadie, pero gracias al detalle la visita se cree importante.

—Cuando se trata de hablar del trabajo, no desaprovecha ocasión —dijo Olive. Extendió el Martini a su marido y posó los ojos en mí—. ¿Qué te apetece?

—Vino blanco, por favor.

Descorchó la botella, me sirvió una copa y llenó otra para ella. Me tendió la mía, se quitó los zapatos y se sentó en el sofá con las piernas encogidas. Parecía más calmada, menos pendiente de sí misma. Le iba el papel de ama de casa, lo cual no dejaba de sorprenderme. No parecía tener otro objetivo en la vida que satisfacer sus caprichos y mimar a «su hombre». Era, en mi opinión, un planteamiento más bien desfasado en un mundo de madrazas y profesionales de sexo femenino.

Terry se sentó en el brazo del sofá y me observó con curiosidad cautelosa. Fue él quien empezó la conversación, cosa a la que debía de haberse acostumbrado. Tenía la cara afilada y los ojos negros le daban un aire meditabundo, pero se conducía con cordialidad. Solo se tocó el bigote una vez. Conozco hombres que no paran de sobarse los pelos de la cara, como si estos fueran el último vestigio, entrañable y tranquilizador, de los pañales que les ponían de pequeños.

—Lance dice que quieren empapelarte —dijo.

Mordisqueó una patata y me pasó la bandeja.

—Eso parece —dije.

Me serví un higo. Manjar de dioses.

—¿Qué podemos hacer por ti?

—Bueno, podríais darme alguna información sobre Ava Daugherty.

—¿Sobre Ava? Desde luego. ¿Qué tiene que ver con este asunto?

—Estaba en la fábrica cuando fui a inspeccionar el incendio. Además, vio que Heather me entregaba el sobre con el inventario, que, por cierto, ha desaparecido.

Desvió la mirada y advertí que preparaba la respuesta antes de abrir la boca.

—Que yo sepa, Ava es honrada a carta cabal. Trabajadora, buena persona y dedicada a la empresa.

—¿Cómo se lleva con Lance?

—Nunca les he oído decirse una palabra más alta que otra. Fue él quien la contrató, de hecho, cuando comprendimos que nos hacía falta alguien que se encargara del personal de la oficina.

—¿Y cuándo fue eso?

—No sé, hace dos años, tres quizá —dijo. Miró a Olive y se sentó junto a ella —. ¿Qué dices tú? ¿Te parece exacto lo que digo?

Olive se encogió de hombros.

—Bueno, yo no diría que está precisamente entusiasmada. Dice que a Lance le gusta perder el tiempo cuando debería ocuparse del trabajo, pero tampoco creo que haya preparado un plan para meterle en un lío.

Me pasó la bandeja de los entremeses. Probar otro se me antojaba un privilegio celestial, así que cogí una patata y me la metí en la boca.

—¿Quién creéis que ha sido? —pregunté mientras me chupeteaba el pulgar manchado de crema.

Estaba genial la mierda de patata. Si se hubieran ausentado de la sala un minuto habría dado cuenta del resto.

Los dos parecían haberse quedado en blanco.

—Vamos. Lance tiene que tener enemigos. Además, se nota que todo esto es fruto de un plan con muchas complicaciones y sutilezas.

—En principio no me viene ningún nombre a la cabeza —dijo Terry—, pero podríamos pensarlo. Tal vez se nos ocurra algo.

—¿Qué sabéis del ingeniero de Wood/Warren que se suicidó?

—Hugh Case —dijo Olive.

Terry parecía sorprendido.

—¿Por qué has pensado en él precisamente? Esta misma tarde me ha llamado su viuda.

—¿De veras? —dije—. ¿Y qué te ha dicho?

—No me afectó tanto lo que dijo cuanto su actitud. Estaba totalmente desquiciada, gritaba a pleno pulmón. Dijo que su marido había muerto por mi culpa.

Olive le miró con incredulidad.

—¿Por tu culpa? Vaya tontería. ¿Por qué habrá dicho una cosa así?

—No tengo ni la menor idea. Parecía borracha. Vociferaba como una loca. Una mujer muy chillona y muy malhablada.

—Sí que es extraño —dije—. ¿Está aquí, en la ciudad?

Terry negó con la cabeza.

—No me lo dijo. Pero por el sonido me pareció una conferencia. ¿Dónde vive?

—En Dallas, creo.

—Pues me dio la impresión de que pensaba venir. ¿Quieres hablar con ella si aparece?

—Sí, me gustaría —dije, guardándome mucho de decir que la había visto la noche anterior.

A mí no me había parecido una paranoica y en ningún momento había

mencionado el nombre de Terry.

Olive se removió en el sofá y cambió de postura.

—Precisamente en Nochevieja. La casa estará llena de gente —miró a Terry—. ¿Te he dicho ya que Bass llega esta noche?

Vi en la cara de Terry un asomo de fastidio.

—Creí que estaba sin blanca. Espero que no le hayas pagado tú el viaje.

—¿Yo? Por supuesto que no. Ebony le manda dinero, pero yo no le doy un dólar ni aunque me maten —remachó Olive. Y a mí, a continuación—. Bass y yo nos peleamos el día de Acción de Gracias y no nos hablamos desde entonces. Tiene la lengua muy larga, sobre todo para meterse en asuntos que no le conciernen. Es un ser despreciable y seguro que él piensa lo mismo de mí.

Terry consultó la hora y lo tomó por una señal.

—Bueno, tenéis que ir a una fiesta —dije— y será mejor que me marche.

—Perdona si no te hemos sido muy útiles —dijo Olive.

—No os preocupéis. Tengo otras fuentes de información. Pero si averiguáis algo de interés, no olvidéis decírmelo.

Les dejé mi tarjeta en la mesita de servicio. Terry me acompañó a la puerta mientras Olive iba a coger el abrigo. Terry la observó hasta que desapareció en el dormitorio.

—No quería comentarlo delante de ella —dijo—, pero Lyda Case me ha metido el miedo en el cuerpo.

—¿Cómo es eso?

—No quiero que Olive se intranquilece, pero esa mujer me ha amenazado. Creo que no tiene nada que ver con Lance, si no, lo habría dicho. Es otra cosa. No sé de qué se trata, pero esa mujer parecía chiflada de veras.

—¿De qué modo te amenazó? —pregunté.

—Sin venir a cuento, me preguntó cuántos años iba a cumplir. Le dije que cuarenta y seis y me replicó que no llegaría a cumplirlos. Y se echó a reír como el mismo diablo. Solo de oírla se me heló la sangre. No puedo creer que hablara en serio, pero ¡Jesús!, qué ocurrencias.

—¿Y no se te ocurre por qué te llamó sin más ni más?

—Hacia años que no hablaba con ella. Desde que murió Hugh, según creo.

—Tengo entendido que hay algunas dudas acerca de cómo murió.

—Eso he oído yo también y no sé qué pensar.

—¿Hasta qué punto conocías a Hugh Case?

—No éramos íntimos precisamente, pero trabajamos juntos..., mmmm, unos cinco años, más o menos. A mí nunca me pareció que fuera el suicida típico. Por supuesto, nunca se sabe a qué extremos puede llegar una persona abrumada.

—¿Abrumada?

—Lyda le había amenazado con abandonarle. Hugh era un buen hombre, pero dependía muchísimo de ella y creo que eso fue lo que le hizo perder la

cabeza.

—¿Y por qué quería dejarle?

—Yo no estaba al tanto de los detalles. Puede que Lance sepa algo.

Reapareció Olive con el abrigo blanco sobre los hombros y el vestido verde en el brazo. Dejamos de hablar de Lyda Case. Terry no hizo el menor comentario cuando Olive me dio el vestido. Puede que regalar ropa formara parte de sus costumbres. Salimos los tres juntos mientras charlábamos de naderías.

Era ya noche cerrada y hacía frío. Encendí la calefacción del coche, busqué una cabina telefónica en Montebello Village y llamé a Darcy. Quería pasar por su casa antes de retirarme a la mía, pero me dijo que Andy había estado trabajando hasta muy tarde y que no había podido registrar su despacho. Al día siguiente pensaba ir al trabajo más temprano que de costumbre y dijo que me llamaría si averiguaba algo.

Colgué y entonces me di cuenta de lo cansada que estaba. Aparte del desfase de horario por culpa del viaje, había dormido mal la noche anterior y la cabezada que había dado al llegar a mi domicilio de nada me había servido. Puse rumbo a casa. Al doblar la esquina y entrar en mi calle, vi que el coche alquilado de Daniel seguía delante de mi puerta. Aparqué y bajé del automóvil. Aunque era de noche, vi que seguía recostado en el asiento delantero, y con los pies en el cuadro de mandos. Nada más abrir la puerta del jardín bajó la ventanilla.

—¿Puedo hablar contigo?

Noté que algo se me encendía en lo más hondo, pero me esforcé por contenerlo. No me gusta putear a la gente y, por más que me pesara, tuve que admitir que Daniel aún sabía inspirar compasión.

—Está bien —dije. Me acerqué al coche y me detuve a dos metros de él—. ¿De qué se trata?

Se desdobló, salió del vehículo y apoyó los codos en la portezuela abierta de su coche. El lejano resplandor de la farola le despertaba brillos en los pómulos y le introducía dardos de plata entre las espigas rubias del pelo.

—Estoy en un pequeño aprieto —dijo.

Tenía la faz tachonada de sombras que mitigaban el azul de aquellos ojos que tanto recordaba. Habían pasado ocho años pero el simple hecho de estar ante él me resultaba doloroso.

Me dije que lo más seguro era repetir lo que él me decía, sin hacer comentarios.

—Estás en un aprieto —murmuré.

Se produjo un breve silencio y deduje que esperaba que le preguntase por el aprieto en cuestión. Apreté los dientes con fuerza y aguardé.

Sonrió con tristeza.

—No te preocupes. Ni voy a pedirte dinero ni tengo intención de meterme en

tu cama.

—No sabes cuánto me tranquiliza oír eso, Daniel. ¿Qué quieres?

Me había vuelto el tono de mala uva, pero es que no podía evitarlo. Nada hay más irritante que un hombre que ha jugado una vez con los sentimientos de una y que quiere volver a hacerlo. Aún recordaba la electricidad que corría entre nosotros al principio de nuestra relación, una electricidad sexual que saturaba incluso el aire que respirábamos. Años había tardado en darme cuenta de que yo había generado la mayor parte de la misma, instigada por mi propio desamparo. Quizás era por eso por lo que, al pensar en el pasado, me ponía tan poco amable. Aún me acusaba de haber sido una tonta de remate.

—Necesito un sitio donde guardar la herramienta —dijo.

—¿Qué herramienta?

Se encogió de hombros.

—Tengo una guitarra acústica de dos mil dólares y no la puedo dejar en el maletero de este coche porque tiene la cerradura estropeada. Y me la robarán si la dejo en el asiento trasero.

—¿Y has venido desde Florida con una guitarra así?

—Pensé que igual me ligaba por aquí algún grupo. No me vendría mal un poco de pasta.

—¿Y qué ha sido de tu amigo? Creía que habías hecho el viaje acompañado. ¿Por qué no la dejas en su casa? ¿O es una mujer? Creo que no te lo pregunté.

—Bueno, no, es un tío —dijo—. La cosa es que no vive en Santa Teresa. Estaba de paso, camino de San Francisco, y no volverá hasta el domingo por la noche. Por eso he tenido que alquilar un coche.

—¿Y dónde te hospedas? ¿No tienes sitio?

—Estoy en eso. Todas las pensiones están llenas por lo de las vacaciones. Mientras, ni siquiera puedo ir a una gasolinera a mear; no voy a entrar con el armatoste a cuestras. Será solo un par de días.

Le miré con fijeza.

—Siempre te pasa lo mismo. Siempre te buscas complicaciones, no sabes qué hacer y esperas que alguien te saque del pozo. Prueba en la Misión. O lígate a una tía. No creo que te resulte difícil. O, si no, vende la guitarra. Pero déjame en paz.

—Pero si no va a molestarte —dijo con dulzura—, si es un favor de lo más tosto. ¿Por qué te pones así?

De pronto me calmé. Aquella misma discusión la habíamos tenido cientos de veces y nunca le había levantado la voz. Puede que me conviniera ahorrar energías. También podía concederle lo que pedía y acabar con ello de una vez. Seguramente no era más que un pretexto retorcido para que siguiéramos en contacto.

—Olvidalo —dije—. No hay problema. Te guardaré la guitarra, pero el

domingo la quiero fuera de aquí.

—Tranquila, no te preocupes. Gracias.

—Pero te lo advierto, Daniel. Como vea una pastilla o un canuto a menos de seis manzanas de mi casa, llamo a la policía.

—Estoy limpio, ya te lo dije. Regístrame si quieres, registra la guitarra.

—Dejémoslo correr —dije.

Lo conocía lo bastante para saber que no iba a engañarme, porque también él me conocía lo bastante para saber que se buscaba la ruina si le pillaba.

Me tomé un par de Tylenoles y me quedé como un tronco, sumida en un sueño profundo y sin imágenes que me calmó los agotados nervios y me devolvió el optimismo. Me levanté a las seis, preparada para correr como todos los días. No vi el coche de Daniel en mi acera. Hice unas flexiones de calentamiento sujetándome a la valla del jardín y me dirigí hacia el bulevar Cabana.

La carrera me sentó de maravilla. El cielo era de color gris perla con franjas rosadas. A mi derecha, las olas gris marengo se lanzaban sobre la arena compacta, dejando a su paso un encaje de rizos blancos como la nieve. El muelle se reflejaba en los charcos resplandecientes que quedaban al retroceder las olas. Se habría dicho que las aguas mandaban callar a los pájaros que chillaban en lo alto. Era el último día del año y corrí con el entusiasmo que infunde siempre el advenimiento de otro. Ya encontraría la manera de solucionarlo todo: Lance, las sospechas de Mac sobre mí, incluso la súbita aparición de Daniel ante mi puerta. Estaba viva, sana y físicamente en forma. El local de Rosie volvería a abrirse el lunes. Seis días después regresaría Henry. Tenía el atrevido vestido verde que me había regalado Olive y, si esta cumplía lo prometido, podía contar con una invitación para la Nochevieja. Hice los cinco kilómetros de costumbre y, para refrescarme, durante el último trecho de vuelta reduje la marcha y seguí a paso normal.

Me duché, me enfundé unos tejanos, como siempre, y me puse a disfrutar de la mañana. Para entonces ya eran las siete, pero aún era demasiado temprano para telefonar. Me tomé un tazón de copos de cereal y leí el *L. A. Times* mientras tomaba un par de tazas de café. En el rincón estaba la guitarra de Daniel, dando mudo testimonio de la reaparición de su propietario en mi vida, aunque apenas le presté atención.

A las siete y treinta y cinco llamó Darcy desde La Fidelidad de California. Había registrado a conciencia el despacho de Andy y no había encontrado nada.

—Mierda —dije—. ¿Ni siquiera una máquina de escribir? En última instancia esperaba que apareciese algo que cotejar con el informe falsificado del cuerpo de bomberos, pero no vi ninguna máquina en su piso.

—A lo mejor la tiene en el maletero del coche.

—Muy bien pensado, oye. Ya encontraré la manera de averiguarlo. Mientras tanto, mantente ojo avizor. Puede que aparezca algo. Andy tiene que estar relacionado de algún modo con esta historia. Interesaría saber a quién conoce en Wood/Warren. ¿Miraste en su Rolodex?

—Será inútil. Conoce a esa gente porque la asignación era suya. Está obligado a tener su teléfono a mano. Echaré un vistazo de todos modos. Puede que me entere de alguna otra cosa.

Y colgó.

A las ocho puse una conferencia a Texas para hablar con Lyda Case. Su compañera de piso me dijo que estaba fuera de la ciudad, tal vez en California, aunque no estaba segura. Le di mi teléfono y le dije que si Lyda la llamaba, que por favor le transmitiera el recado.

Llamé a mi colega de la oficina de crédito bancario, pero no tenía previsto volver hasta el lunes. Me dio la impresión de que el resto del día iba a ser igual. Estábamos en Nochevieja. Al igual que en el día de Nochebuena, las oficinas y comercios hacían solo media jornada y el personal se perdía de vista a mediodía. Olive me llamó a las diez para decirme que trataba de organizar a toda prisa una pequeña fiesta.

—Para la familia y los amigos más íntimos. La mitad de los que he llamado ya tenían plan. ¿Tú estás libre? Nos encantaría que vinieras, si no tienes otro compromiso.

—No, no tengo compromiso —dije—. Estoy deseando ir —me fastidió que se me notara la ansiedad, pero es que estaba realmente deseosa de acudir. No quería estar sola aquella Nochevieja. Nunca se sabe, me podía empezar a picar el gusanillo de Daniel—. ¿Quieres que lleve algo?

—La verdad es que no nos vendría mal que nos echaras una mano —dijo—. El ama de llaves tiene libre el fin de semana y tengo que encargarme de todo. Con mucho gusto aceptaría cualquier ayuda.

—Bueno, no sé cocinar, pero sí picar carne y remover la sopa. ¿A qué hora?

—¿A las cuatro y media te viene bien? Volveré del supermercado a esa hora. Ash dijo que vendría a eso de las cinco, también para echar una mano. Los demás empezarán a llegar hacia las siete. La fiesta durará hasta que se acaben el alcohol y la comida.

—Genial —dije—. ¿Me pongo el vestido verde?

—Más te vale. La fiesta la doy yo, o sea que no quiero verte sin él.

Llamé a Lance. No me apetecía reanudar el contacto con aquel hombre, pero quería oír su versión sobre lo que le había sucedido a Hugh Case. En cuanto se puso al habla le hice un resumen de lo que me habían contado. Se produjo un largo silencio.

—¿Lance?

—Estoy aquí —dijo. Dio un suspiro sonoro—. Maldita sea, no sé cómo resolver esto. ¿Qué diablos pasa? Ya me dijeron en aquella época que esa mujer iba diciendo que yo había tenido algo que ver con la muerte de su marido. No es verdad. Es totalmente falso, pero no lo puedo demostrar. Además, ¿por qué tendría que hacerlo? ¿Y qué podía ganar yo matando a aquel hombre?

—¿No iba a marcharse de la empresa?

—De ningún modo. Habló de marcharse. Dijo que quería fundar una empresa propia. Incluso lo comunicó oficialmente, pero mi padre lo llamó entonces y hablaron largo y tendido. Le ofreció el cargo de vicepresidente y un aumento sustancioso, y el otro se puso más contento que unas pascuas.

—¿Cuándo fue eso?

—No sé. Un par de días antes de su muerte.

—¿Y no le pareció raro?

—Desde luego que sí. La viuda juró que el marido no se había suicidado y yo la creí. No era de los que se deprimen y tenía un montón de proyectos. Pero no sé por qué, a ella se le metió en la cabeza que lo había matado yo. Yo no haría daño a nadie. Tiene usted que creerme. Esto es obra de alguien que se ha propuesto quitarme de en medio.

—Por cierto, ¿ha tenido noticias de La Fidelidad de California?

Le cambió el tono.

—Sí, ayer. Han presentado una denuncia.

Noté que se me encogía el estómago.

—¿En serio? ¿Acaso tienen pruebas suficientes?

—No lo sé. Espero que no. Oiga, tengo que hablar con usted en privado, pero no aquí. Es importante. ¿Se le ocurre dónde nos podemos encontrar?

Le dije que a partir de media tarde estaría en casa de Olive y quedamos en vernos allí, aprovechando la circunstancia. No me apetecía que me vieran con él, pero me había parecido preocupado y, tal como se hallaban las cosas, no creí que pudieran empeorar. Yo no estaba confabulada con nadie y me sentía cansada de comportarme como si participase en una conspiración. La inquietud me oprimía el pecho con fuerza y tenía que moverme para despejarme.

Salí a comprar unos zapatos de tacón alto y a medida que avanzaba el día el nerviosismo se me trocaba en ansiedad. El aislamiento de aquella semana me había hecho tomar conciencia de mis instintos gregarios: son pocos, mal alimentados y están enterrados bajo una montaña de cautela, pero forman parte de mí. Era como vestirme de largo para estar con los chicos más crecidos y pensaba en la ocasión con entusiasmo. Había empezado a sentir mucha simpatía por Olive, cuyo estilo de vida se me había antojado superficial y caprichoso hacía apenas veinticuatro horas. ¿Quién era yo para juzgar? Su manera de conciliarse con el mundo no era asunto mío. Su vida consistía en jugar al tenis e ir de compras, pero de tarde en tarde se acordaba de hacer obras de caridad, y eso

era más de lo que yo podía decir de mí. Olive tenía razón en una cosa: los que hacen el mal en este mundo son los que se sienten maltratados y privados de sus derechos. Las personas satisfechas (en general) no falsifican cheques, ni atracan bancos, ni matan a sus conciudadanos.

Pensé en ir al gimnasio, pero deseché la idea. No había hecho ejercicio desde el martes, pero me daba igual. A mediodía hice un par de recados y dormí la siesta.

A las tres me di un largo baño de sales..., bueno, utilicé jabón del lavavajillas, pero produjo suficiente espuma. Me lavé la cabeza y me peiné, para variar. Me puse una crema en la cara que a mi juicio podía pasar por maquillaje. El vestido era soberbio y me quedaba genial, incluso producía un frufú como el que se había puesto Olive la noche anterior. La verdad es que en aquel capítulo de la vida femenina jamás había tenido a quién imitar. Mis padres murieron cuando tenía cinco años y me había educado una tía soltera que no tenía experiencia en cosas femeninas. Había pasado la infancia entre libros y pistolas de traca, aprendiendo a valerme por mí misma, cosa que para ella era de capital importancia. Al empezar el bachillerato elemental era una inadapta total, y cuando comencé el instituto ya estaba en una banda de chicos con mala pinta que soltaban tacos y fumaban hierba, dos impulsos que aprendí a dominar desde muy joven. A pesar de que en lo tocante a la vida social soy un cardo borriquero, mi tía me inculcó la sólida serie de valores que aún rige mi vida. Me enmendé cuando me gradué, y ahora soy una ciudadana modelo que respeta el Código Civil, artículo más, artículo menos. En el fondo siempre he sido una moralista cursilona. La investigación privada no es más que mi manera de ponerlo en práctica.

A las cuatro y media estaba ante la casa de los Kohler, escuchando el eco del carillón de la puerta. Daba la sensación de que no había nadie. El buzón estaba lleno y en el felpudo, junto al periódico, había un paquete envuelto en papel marrón. Escruté por uno de los alargados paños de vidrio que había a ambos lados de la puerta. El vestíbulo estaba a oscuras y no vi ninguna luz al fondo. Lo más seguro era que Olive no hubiese vuelto aún del supermercado. La gata, con su cara aplastada y su abrigo de pelo blanco, apareció por la esquina. Le adjudicaba sexo femenino, pero en el fondo no sabía si era gato o gata. Le dije un par de cosas en el lenguaje de los mininos, pero ni se inmutó.

Oí un claxon. La puerta electrónica osciló hacia atrás y por el sendero de entrada avanzó un Mercedes 380 SL blanco. Olive me saludó con la mano y me dirigí al garaje. Bajó del coche y lo rodeó por detrás con una elegancia realzada por el abrigo blanco de piel.

—Siento llegar tarde. ¿Hace mucho que esperas?

—Cinco minutos.

Abrió el maletero, cogió una bolsa de comestibles y trató de levantar otra.

—Espera, deja que te ayude.

—Gracias. Terry no tardará en llegar con las bebidas.

Cogí la bolsa y, ya que estaba en ello, me apoderé de otra. Quedaban dos más en el maletero y veía otras dos en el asiento delantero.

—Pero ¿a cuánta gente has invitado?

—A unos cuarenta. Lo pasaremos bien. Vamos a entrar esto y que Terry se encargue de lo demás. Tenemos mucho trabajo.

Se dirigió a la puerta principal y fui tras ella.

Oí el típico crujido que producen los neumáticos al pisar la grava y vi que entraba Terry con un Mercedes de color gris plateado. «Tiene que ser fabuloso», pensé. Se cerró la puerta del jardín. Esperé mientras Olive vaciaba el buzón y metía el correo en la bolsa. Recogió el periódico, lo metió asimismo en la bolsa y fue a coger el paquete.

—¿Te ayudo? Puedo llevar más cosas.

—No, ya está.

Puso el paquete en lo alto de la bolsa y lo sujetó con la barbilla mientras buscaba la llave.

La gata avanzaba a paso cansino hacia el camino del garaje con la cola peluda en alto. Oí el tintineo de las botellas cuando Terry dejó las bolsas en el suelo de cemento. Se puso a recoger una manguera que el jardinero había dejado tirada en mitad del camino.

—Tropiezas con esto y te rompes el cuello —dijo.

Olive giró la llave y empujó la puerta. El teléfono empezó a sonar. Me giré y vi que Olive dejaba caer el paquete en la consola del vestíbulo.

Lo que sucedió a continuación fue demasiado rápido para aperebirme de los detalles. Hubo un relámpago, se produjo una explosión ensordecedora que inundó mi radio visual como si hubiera reventado el sol y a continuación una nube tremenda de humo blanco. Del centro de la explosión brotó un chorro de metralla que partió en todas direcciones a la velocidad del rayo. Una bola de fuego recorrió la entrada entre sacudidas, como el agua de una presa cuando revienta un dique, escupiendo lenguas de fuego hacia el césped. Todo lo verde que encontró a su paso se volvió negro. Al mismo tiempo, un trueno demoledor de baja frecuencia me elevó por los aires y me arrojó al jardín de cualquier manera. Me vi sentada, con la espalda apoyada en un árbol, igual que una muñeca de trapo, sin zapatos y con los dedos de los pies apuntando al cielo. Vi que Olive pasaba volando junto a mí como si la hubiera atropellado un tren, trazando una curva grotesca hasta un seto, donde cayó hecha un guiñapo. La vista se me nublaba y aclaraba como en un espectáculo pirotécnico de la retina, contrapunteado por los trepidantes martillazos que me daba el corazón. El cerebro, insensible a causa del asombro, solo fue capaz de percibir el olor fuerte y picante de la pólvora negra.

La explosión me había dejado sorda, pero no sentía miedo ni sorpresa. Las emociones dependen del entendimiento, y yo había registrado los hechos empíricos, pero sin analizarlos ni interpretarlos. Si hubiera muerto entonces, no habría tenido ni tiempo de lamentarlo. Comprendí lo liberadora que puede llegar a ser la muerte repentina. Solo había experimentado sensaciones, sin el menor juicio implícito.

La fachada de la casa había desaparecido y se había abierto un cráter donde estuviera la consola. El techo del vestíbulo había saltado y no quedaban más que coronas periféricas de yeso y madera quemada que ardían alegremente. Escamas gigantes de color azul claro y beige estaban flotando como si fueran copos de nieve. Los comestibles se habían esparcido por todo el jardín, que olía ya a cebollitas en vinagre, encurtidos y whisky. Me había percatado de las imágenes y los sonidos, pero la maquinaria de la valoración no se me había puesto en marcha todavía. No tenía ni la menor idea de lo que había pasado. No recordaba lo que había sucedido segundos antes ni qué relación guardaba lo ocurrido con los acontecimientos precedentes. Personas y cosas habían cambiado de lugar, pero ¿cómo?

Puesto que veía la luz de manera distinta, supuse que me había quedado sin cejas ni pestañas y alcanzaba a percibir que me había chamuscado el pelo y que tenía quemaduras superficiales. Levanté una mano y me asombró comprobar que los miembros me respondían. Sangraba por la nariz, sangraba por los oídos, donde sentía ya un dolor agudo y penetrante. Vi a mi izquierda que Terry movía la boca, pero sin llegar a pronunciar palabra. Había tenido que golpearle de refilón algún objeto porque la sangre le corría por la cara. Parecía retorcerse de dolor, pero la película era muda, como si se hubiera estropeado el decodificador de la banda sonora. Me volví para ver dónde estaba Olive.

Durante un momento de confusión me pareció ver un montón de zorros cuyo pellejo ensangrentado viniera a confirmar lo que Olive había dicho el día anterior. «Es verdad», pensé, «esos animales se destrozan entre sí todos los días». Las chillonas salpicaduras rojas destacaban en la blanca suavidad de la piel de un modo que se me antojó obsceno y fuera de lugar. De pronto comprendí lo que veía. La explosión la había despanzurrado, y le había dejado al descubierto jirones de carne ensangrentada, cuajarones de grasa amarillenta y astillas de hueso en toda la espalda. Cerré los ojos. El olor de la pólvora había quedado eclipsado ya por la hedentina del humo y la fetidez de la carne socarrada. Me puse a hacer un balance cuidadoso de la situación.

Olive tenía que estar muerta, pero Terry parecía indemne, incluso pensé que al cabo de unos instantes se me acercaría para ayudarme a ponerme de pie. «Sin prisas», pensé. «Por el momento estoy cómoda». El árbol me servía de apoyo, lo que no me venía mal porque estaba molida. Me pregunté, aunque sin venir a cuento, dónde habrían ido a parar los zapatos. Oí ruido y cuando volví a

abrir los ojos vi caras perplejas que me observaban. No se me ocurrió qué decir. Había olvidado ya lo que había pasado, salvo que tenía frío.

Tuvo que transcurrir algún tiempo. Hombres con impermeable amarillo apuntaban a la casa con sendas mangueras y vi chorros de agua que surcaban el aire y penetraban entre las llamas. Delante de mí había personas agachadas que movían la boca con cara de preocupación. Qué curioso. Al parecer no se daban cuenta de que no decían palabra. Tan serios, tan agitados, tan preocupados. Labios y dientes se movían con esa intención, pero sin el menor resultado perceptible. De pronto me vi echada de espaldas, mirando hacia las ramas de los árboles que iban de un lado a otro de mi campo visual mientras me transportaban. Cerré los ojos otra vez, deseando que el balanceo del mundo se detuviera antes de que me marease. Temblaba a pesar del fuego.

Poco a poco fui recuperando la audición, las voces que murmuraban en la lejanía se fueron acercando hasta que me di cuenta de que había una persona inclinada sobre mí. Daniel, radiante como un arcángel, apareció en el cielo. No comprendía qué hacía allí y sentí unas ganas locas de llevarme la mano a la frente, como las heroínas de las películas que se recuperan de un desmayo y murmuran: «¿Dónde estoy?». Yo debía de estar muerta. Seguramente el infierno consiste en estar nuevamente con el cónyuge anterior... que de paso se pone a ligar con una enfermera. «He aquí una pista», pensé. Estaba en un hospital. La enfermera se encontraba a la derecha de Daniel con su uniforme blanco de poliéster, toda una vestal con un bacín de inválido en la mano y con la mirada fija en el perfil perfecto de mi exmarido. Había olvidado lo astuto que era este para tales cosas. Aunque fingía estar preocupado por mí, en realidad estaba echando hacia atrás sus redes sexuales para envolverla en una delicada película de feromonas. Moví los labios y Daniel se acercó.

—Creo que ha despertado —dijo.

—Llamaré a la doctora —dijo la enfermera y se fue.

Daniel me acarició el pelo.

—¿Cómo estás, pequeña? ¿Te duele?

Me humedecí los labios.

—Gilipollas —dije, pero las sílabas se me atropellaron y no sé si se enteró.

Entonces me juré que en cuanto me recuperase lo echaría para siempre. Cerré los ojos.

Recordé el relámpago, la explosión ensordecedora. A Olive, que pasaba volando junto a mí como un muñeco. Tenía un aire irreal, los brazos doblados hacia atrás, las piernas retorcidas, tan grotesca como un saco de arena al surcar el aire y aterrizar con un golpe sordo y mojado.

Olive debía de haber muerto. No había manera de reparar los órganos que se le habían salido a causa de la explosión.

Me acordé de Terry con la cara chorreando sangre. ¿También había muerto? Miré a Daniel y con la mirada le pregunté por la gravedad de la situación.

Intuyó la pregunta.

—Estás bien, Kin. No tienes nada roto. Estás en el hospital y Terry también está aquí—dijo. Y tras un segundo de vacilación—. Olive no.

Volví a cerrar los ojos y deseé que se fuera.

Me concentré en las distintas partes de mi anatomía con la esperanza de que me respondieran todas. Tenía el dolor metido en muchos puntos de capital importancia. Al principio creí que se debía al hecho de estar confinada a la cama, pero resulta que se trataba de una combinación paralizante de magulladuras, dislocación de cuello, goteros, calmantes y esfigmomanómetros en las regiones donde había sufrido quemaduras. Pese a haber estado solo a tres metros de Olive, mis heridas eran milagrosamente insignificantes, contusiones, rozaduras, traumatismos leves, quemaduras superficiales en las extremidades. Me habían hospitalizado sobre todo a causa del choque traumático.

Seguía confusa respecto de lo sucedido, aunque no hacía falta tener un cociente intelectual de 160 para adivinar que había habido una explosión de campeonato. Alguna fuga de gas. Una bomba, lo más probable. El ruido y el impacto habían sido típicos de los explosivos deflagrantes. Hoy sé, porque lo he consultado, que estos explosivos de escasa potencia alcanzan velocidades que llegan a un kilómetro por segundo, velocidad muchísimo mayor que la del cuerpo humano cuando se mueve normalmente. El trayecto recorrido entre la puerta de Olive y el árbol había sido la experiencia más cercana al vuelo sin motor que me había tocado vivir.

Llegó la doctora. Era una mujer sencilla, de cara bondadosa y criterio suficiente para decir a Daniel que abandonase la habitación mientras me examinaba. Me cayó bien porque no se quedó estupefacta y boquiabierta al ver a Apolo. La observé con confianza infantil mientras comprobaba mis constantes vitales. Tenía que estar cerca de los cuarenta, pelo alborotado, nada de maquillaje y unos ojos grises que irradiaban simpatía e inteligencia. Me cogió la mano y enlazó sus dedos fríos con los míos.

—¿Cómo se encuentra?

Se me saltaron las lágrimas. Vi la cara de mi madre superpuesta a la suya y volví a tener cuatro años y la garganta al rojo vivo porque acababan de extraerme las amígdalas. Había olvidado el afecto que inspiran los que cuidan de los enfermos. Me inundaba una ternura que no había sentido desde la muerte de mi madre. Pierdo los papeles ante el desamparo. He trabajado duro en la vida para no verme en la miseria, y allí estaba incapaz de hacerme la experimentada o la competente. En cierto modo era un gran alivio sentarme en el barrizal para quedar totalmente a merced de sus cuidados.

Cuando terminó de examinarme me sentía más despierta, deseosa de conocer mi estado. Le pregunté por mi situación, sin saber bien lo que decía.

Me explicó que estaba en una habitación privada del St. Terry, donde me

habían dado de alta la noche anterior después de pasar por Urgencias. Conservaba en la memoria algunos retazos del momento: el aullido de la sirena mientras la ambulancia escorbaba al tomar las curvas, la luz cegadora que pendía sobre mí en la Sala de Urgencias, los murmullos del personal médico encargado de evaluar mis heridas. Recordaba lo dulce que había sido descansar por fin en una cama, limpia, curada, saturada de medicamentos y libre de dolores. Era el primero de enero por la mañana. Aún me sentía agotada y aturrida y me enteré más tarde de que solía quedarme dormida sin darme cuenta.

Cuando volví a despertar me habían quitado los gota a gota y en lugar de la médico vi a una ATS que me ayudó a colocarme el bacín, me lavó otra vez, me cambió el camisión, puso sábanas limpias y le dio a la manivela reguladora para que viera el mundo sentada. Eran casi las doce. Tenía un hambre de lobo y devoré un yogur con sabor a cerezas que la ATS birló de no sé dónde. Me dio fuerzas hasta que los carritos de la comida llegaron a aquella planta. Daniel había bajado a la cafetería a almorzar y cuando volvió se encontró con el cartel de NO SE ADMITEN VISITAS, colgado en la puerta a petición mía.

La prohibición por lo visto no afectaba al teniente Dolan, porque cuando abrí los ojos lo vi sentado en una silla hojeando una revista. Es un cincuentón robusto que anda arrastrando los pies, lleva unos zapatos de suela gastadísima y un traje beige muy ligero. A juzgar por las arrugas que le surcaban la cara desde la frente hasta la papada, fofa y mal afeitada, tenía que estar muerto de cansancio. El poco pelo que le quedaba se le veía aplastado. Tenía ojeras y un color de cara preocupante. Supuse que se había acostado tarde la noche anterior, tal vez con la esperanza de dedicar el día de Año Nuevo a ver los deportes de la tele y no a interrogarme.

Alzó los ojos y vio que estaba despierta. Hace unos cinco años que le conozco y, aunque nos respetamos, no nos tratamos precisamente con cordialidad. Es uno de los jefes del Grupo de Homicidios de la Jefatura de Policía de Santa Teresa y nos hemos enfrentado más de una vez. Le caen mal los detectives privados y a mí me revienta tener que defender la solvencia de mi oficio. Si yo supiera evitar los casos de homicidio, los evitaría; lo digo muy en serio.

—¿Ya estás despierta? —dijo.

—Más o menos.

Puso a un lado la revista y se levantó, al acercarse a la cama metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. El descaro que me caracteriza me había desaparecido como por ensalmo. El teniente Dolan no sabía cómo tratarme al verme tan dócil.

—¿Te sientes bien para hablar de lo de anoche?

—Creo que sí.

—¿Recuerdas lo que pasó?

—Un poco. Se produjo una explosión y Olive resultó muerta.

Se le contrajo la boca.

—Murió instantáneamente. Su marido está vivo, pero ha perdido la memoria. El médico dice que la recuperará en un par de días. Saliste bien parada, a pesar de que te explotó en las narices.

—¿Era una bomba?

—Un paquete bomba. Creemos que de pólvora negra. Los técnicos están ya clasificando los restos. ¿Qué sabes del paquete? ¿Lo viste?

—Cuando llegué a la casa, había un paquete junto a la puerta.

—¿A qué hora llegaste?

—A las cuatro y media. Tal vez un poco antes. Los Kohler daban una fiesta y me dijeron que les echara una mano.

Le puse al tanto de las circunstancias de la reunión. Me sentía reanimada, las ideas se me hacían más lógicas poco a poco.

—Dime lo que recuerdes del paquete.

—No es mucho. Solo lo miré una vez. Envoltorio marrón. Sin cuerdas. Señas con letra de molde, creo que con rotulador. Estaba al revés.

—La dirección mirando hacia la puerta —dijo.

Sacó un cuadernito de espiral y un bolígrafo.

—Sí, eso.

—¿A quién iba dirigido?

—Creo que a Terry. No a los « Señores de », porque la etiqueta era pequeña. Incluso boca abajo me habría fijado en la « O » de Olive.

Apuntó los datos.

—¿Remite?

—No. Tampoco recuerdo haber visto los sellos. Puede que llevara algún número de Paquete Express, pero no lo vi.

—Excelente, excelente —dijo—. El cartero dice que ayer solo dejó cartas en el buzón y en Paquete Express no consta que se dejara bulto alguno en aquella dirección. Ni siquiera tienen furgoneta de reparto en la zona. ¿No viste a alguien por los alrededores?

Me esforcé por recordar, pero nada saqué en claro.

—Siento defraudarle en este punto. No recuerdo haber visto ningún peatón. Puede que pasara algún vehículo, pero ninguno me viene a la cabeza.

Cerré los ojos y volví a ver el porche. A lo largo de la fachada había una serie de macetones con begonias de color salmón.

—Ah, sí. El periódico, estaba sobre el felpudo. No sé cuánto se acerca a la puerta el repartidor, pero puede que viera el paquete al pasar por allí.

Hizo otra anotación.

—Lo comprobaremos. ¿Recuerdas el tamaño?

Me encogí ligeramente de hombros.

—El de una caja de camisas. Mayor que un libro. Veinte por treinta por ocho.

¿Ha quedado algo de él?

—Más de lo que te imaginas. Creemos que debajo del envoltorio marrón había papel de regalo. Azul.

—Claro —dije con un sobresalto—. Recuerdo que vi copos marrones y azules. Pensé que era nieve, pero tenían que ser trocitos de papel —me acordé de lo que Terry me había contado—. Hay algo más —dije—. A Terry lo amenazaron. Me lo dijo cuando estuve en la casa la noche anterior. Se encontraba en la fábrica y lo llamó por teléfono una mujer que se llama Lyda Case. Le preguntó por su cumpleaños y cuando Terry le dijo la fecha, ella le dijo que no llegaría a celebrarlo.

Le conté todo lo demás, detallándole la secuencia de los hechos desde el principio. Por una vez me alegré de pasarle toda la información. Fue un momento excepcional..., dos campeones codo con codo..., no cabía en mí de la emoción. Cuando llegamos al capítulo de las bombas, ya me había encaramado al podio. El teniente Dolan garabateaba a toda velocidad con esa expresión estudiada de neutralidad que todos los policías adoptan como una máscara cuya función consiste en sonsacar todo lo que pueden sin dar nada a cambio. Me habló como si estuviese ya en el estrado de los testigos.

—Así pues, cabe la posibilidad de que esta mujer se encuentre en Santa Teresa. ¿Es eso lo que quieres decir?

—No lo sé. Me parece que Terry temía que se presentara, pero no fue muy concreto en ese sentido. Está aquí también, ¿verdad? —pregunté.

—En esta misma planta. En la otra punta del pasillo.

—¿Le importa si hablo con él?

—No, en absoluto. Puede que le ayude a recuperar la memoria.

Cuando se hubo ido el teniente Dolan, me senté al borde de la cama, con los pies colgando. A causa del esfuerzo tenía la cabeza como un bombo. Aguardé hasta que se apagó la pirotecnia que tenía dentro del cráneo. Me observé el cuerpo hasta donde pude.

Las piernas tenían un aspecto frágil bajo el ligero algodón de la bata, que se abrochaba por detrás y era muy ventilada. Tenía tantas moraduras en el pecho que era como si me hubieran aplicado colorete morado con la borla de una polvera. Tenía las manos vendadas y distinguí manchas rojas de inflamación en la periferia de las quemaduras que me cubrían la cara interna de los brazos. Me sujeté a las guardas de la cabecera y bajé de la cama, al tiempo que me apoyaba en la mesita de noche. Me temblaban las piernas. Habría apostado cualquier cosa a que era la manera menos indicada de levantarme. Cuanto más lo pensaba, menos me entusiasmaba lo que hacía. Las náuseas y el sudor frío se confabularon con el martilleo de la cabeza y la negrura chisporroteante que se me iba formando alrededor del campo visual. Como no me iban a dar un premio por la proeza, volví a sentarme.

Oí un golpecito en la puerta y entró la enfermera.

—Su marido está aquí. Dice que tiene que marcharse y que le gustaría verla antes de irse.

—No es mi marido —dije automáticamente.

Se metió las manos en los bolsillos del uniforme: pantalón blanco, bata, sin cofia. Sabía que era enfermera y no ATS porque lo ponía en su placa de identificación, donde también decía que se llamaba Sharie Wright. La observé con discreción, ya que sabía que a Daniel le encantaban las mozas que se llamaban así. Debbie, Tammie, Cindie. Candie figuraba igualmente entre sus preferidos. Creo que Kinsey también, ahora que lo pienso. «Kinsie». La infidelidad reduce y amortigua y no deja nada donde antaño hubo un sentido de la autovaloración.

—Está muy preocupado —dijo—. Sé que no es de mi incumbencia, pero ha pasado aquí toda la noche. Pensé que debería usted saberlo.

Vio que trataba de instalarme en la cama y me ayudó. Le eché unos veintiséis años. Yo tenía veintidós cuando me casé con Daniel y veinticuatro cuando me abandonó. Sin explicaciones, sin diálogo. El divorcio, sin parte culpable, se solucionó por la vía rápida.

—¿No podrían traerme una silla de ruedas? Quisiera ver a una persona que está al final del pasillo. El hombre al que ingresaron al mismo tiempo que a mí.

—El señor Kohler. Está en la tres-cero-seis, al final del pasillo.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien. Le dan de alta esta misma tarde.

—El policía que estaba aquí hace unos momentos quiere que hable con él.

—¿Y qué hago con su marido? Ha dicho que solo será un par de minutos.

—No es mi marido —repetí como un loro—, pero está bien. Que pase. ¿Me traerá una silla de ruedas cuando se vaya? Si voy andando, me partiré la crisma y presentaré una demanda contra este hospital.

Se lo tomó en serio y no le hizo gracia que sacase a colación los tribunales. Salió sin decir palabra. «Mi marido», pensé. «Si al menos me hubiera enterado de lo que era...».

Parecía cansado. «Un síntoma de mejoría», pensé. Se sentó a los pies de la cama y vi reflejados en todos sus poros los cuarenta y dos años que tenía.

—Lo que voy a decirte no te va a hacer la menor gracia —dijo—, pero la doctora no te dará el alta mientras no cuentes con alguien que te cuide.

Algo muy parecido al pánico me formó una pelota en el pecho.

—Mañana estaré como nueva. No hace falta que me cuiden. No lo soportaría.

—Eso pensé yo, pero es lo que ella me ha dicho.

—Pues a mí no me lo ha mencionado.

—No ha tenido ocasión. Estabas medio grogui. Me ha dicho que hablaría contigo cuando te tocara la siguiente visita.

—No pueden retenerme aquí. Es indignante. Me volvería loca.

—Ya se lo dije. Solo quería que supieras que puedes contar conmigo. Si firmo, podría sacarte de aquí y llevarte a casa. No haría falta que me quedase. Además, tu casa parece más bien pequeña y no creo que haya sitio para más de uno. Pero podría visitarte un par de veces al día para hacer los recados que necesites.

—Déjame pensarlo —dije a regañadientes.

Menudo lío. Henry en otro estado, Rosie de vacaciones, Jonah fuera de la ciudad y yo más sola que la una. La verdad es que estaba para el arrastre. El cuerpo no me obedecía ni a tiros. Los ancianos, los paralíticos y los minusválidos tienen que sentir la misma exasperación, la misma perplejidad. Por una vez, mi determinación funcionaba al margen de mi capacidad. El solo hecho de incorporarme me agotaba y sabía muy bien que no llegaría a tanto en casa. Quedarme en el hospital me resultaba inconcebible. Los hospitales son peligrosos. Hay equivocaciones. Sangre de otro grupo, medicamentos que no corresponden, operaciones por error, análisis defectuosos. Tenía que largarme de allí «por piernas».

Daniel me pasó la mano por la cabeza.

—Haz lo que quieras. Volveré más tarde.

Se fue antes de que pudiera protestar.

Llamé a la sección de enfermeras por el interfono.

Respondió una voz sepulcral.

—¿Sí?

—¿Puede recibir visitas el señor Kohler, habitación tres-cero-seis?

—Que yo sepa, sí.

Me dio la sensación de que me hablaba con una lata vieja en la boca, y había toses y rumores de fondo.

—¿Me pueden traer una silla de ruedas? Me gustaría ir a verle.

Tardaron veinte minutos en encontrarme una. Mientras esperaba me di cuenta de que la muerte de Olive me había producido una depresión que se iba apoderando de mí. No nos habíamos tratado mucho ni en profundidad, pero era una persona que durante muchos años había estado en la periferia de mi vida. La había conocido en el instituto, al mismo tiempo que a Ash, pero se había marchado poco antes de que comenzara uno de los últimos cursos. A partir de entonces, más que una persona de carne y hueso, había sido una entidad envuelta en rumores..., la hermana que siempre estaba en otra parte: en un pensionado, en Suiza, esquiendo en Utah con amigos. Creo que hasta la víspera de su muerte solo habíamos hablado de cosas sin importancia, pero había bastado aquel breve encuentro para que la opinión que tenía de ella empezara a modificarse. La muerte la había aplastado como a un insecto, de un manotazo tan brusco como el que acaba con una mosca en el alféizar de la ventana. Me había producido un efecto desolador y aún no me había recuperado del golpe emocional. Sin darme cuenta me puse a barajar imágenes en la cabeza para comprender el sentido de tanta desgracia. No me habían consultado al respecto y estaba en contra de lo sucedido. La muerte es agresiva y desdenosa y me resentía de su aparición inesperada igual que cuando nos visita sin avisar un familiar pesado y latoso. Sospechaba que el nudo que tenía en el pecho seguiría allí durante mucho tiempo; no el dolor en cuanto tal, sino la garra inflexible de las lamentaciones.

Recorrí el pasillo con la silla de ruedas hasta llegar a la habitación 306. La puerta estaba cerrada y Bass se encontraba en el pasillo. Se volvió con indiferencia al oír que me acercaba. Tenía tan buen aspecto y un porte tan sereno como un retrato del siglo XVIII. De rostro ovalado e infantil, no tenía arrugas en la frente y sus ojos eran de un castaño apagado. La boca era sensual, el porte aristocrático. Con chaleco de raso, chaquetilla, calzón corto y polainas habría sido *The Blue Boy* (*El muchacho de azul*), ya un poco en decadencia. Tenía el pelo negro y fino, con entradas en las sienes, un poco largo y ligeramente estropajoso en el punto en que la línea del pelo se adentra en la frente. Solo le faltaba un afgano junto a sí, un animal de orejas aterciopeladas y hocico largo y elegante.

—Hola, Bass. Soy Kinsey Millhone. ¿Te acuerdas de mí?

—Desde luego —dijo.

Me hizo una ligera reverencia y me dio en la mejilla el consabido beso de saludo, con más ruido que contacto. Tenía la desolación pintada en la cara. Se produjo un tiempo muerto, uno de esos momentos incómodos que se prolongan sin que a ninguno de los interlocutores se les ocurra qué decir. Su hermana había muerto. No era el momento más indicado para mostrarnos efusivos, pero la torpeza del encuentro me resultó desconcertante.

—¿Dónde está Terry?

Miró hacia la puerta.

—Le están cambiando el vendaje. Ya deberían haber terminado. Se irá a casa en cuanto el médico firme los papeles. ¿Cómo te encuentras? Me dijeron que estabas en este mismo pasillo.

—Estoy bien. Siento lo de Olive —dije, y era verdad que lo sentía.

—No sé qué habrá pasado, pero ha sido realmente lamentable.

—¿Cómo le ha sentado a vuestra madre? ¿Ha sabido encajarlo?

—No tardará en recuperarse. Es gata vieja. Ha sido un golpe muy duro, pero tiene el espinazo de hierro. Ash está destrozada. Se derrumbó totalmente cuando se lo dijeron. Ella y Olive eran carne y uña —dijo—. ¿Y tú? Parece que te hubieran dado una paliza.

—Estoy bien. Pero es la primera vez que me levanto y me siento mareada.

—Por lo que me han contado, es una suerte que estés con vida.

—La suerte me ha ayudado, es verdad. Iba a recoger el paquete y yo misma cuando llegó Olive con el coche y fui a ayudarla con las bolsas de la compra. ¿Te hospedas en casa de tu madre?

Asintió con la cabeza.

—Llegué el jueves por la noche, Olive me llamó ayer y me dijo que iba a dar una fiesta. Es como si hubieran pasado años desde entonces. Antes de vestirme estuve nadando un rato, entonces apareció Ebony y se detuvo al borde de la piscina. No acababa de entender qué le pasaba. Ya sabes cómo es Eb. Siempre tan metódica, ni un cabello fuera de su sitio. Bueno, parecía una salvaje. Salí de la piscina, me senté en el borde y me dijo que había estallado una bomba en casa de Olive y que nuestra hermana había muerto. Pensé que era una broma, que se lo había inventado, y me eché a reír. Me pareció tan traído por los pelos que no pude evitarlo. Me hizo callar de una bofetada y entonces me di cuenta de que hablaba en serio. ¿Qué ocurrió? Terry no se acuerda de nada y la Policía no creo que nos diga gran cosa.

Le conté hasta donde pude, pasando por alto los espantosos detalles relativos a las heridas de Olive. El simple hecho de contárselo me produjo escalofríos. Cerré la boca y apreté los dientes con fuerza para calmarme.

—Perdona —dije.

—La culpa es mía. No debería habértelo preguntado —dijo—. No era mi intención obligarte a revivir aquellos momentos.

Negué con la cabeza.

—No te preocupes. Estoy bien. La verdad es que tampoco a mí me han contado gran cosa. Sinceramente, creo que es mejor así. La amnesia es desesperante.

En mi interior buscaba un esquema cronológico para ir encajando los fragmentos. Nada recordaba de aquella noche. Todo lo ocurrido después de las cuatro y media se había borrado de mi memoria.

Titubeé un segundo y siguió contándome lo que había sucedido a continuación. Ash no estaba. Iba camino de la casa de Olive para ayudarla a preparar la fiesta. En cuanto Bass oyó lo de la explosión, se vistió a todo correr y subió al coche con Ebony. Cuando llegaron, metían a Terry en la ambulancia. En aquellos momentos, yo estaba semiinconsciente y me colocaban en una camilla. Olive se encontraba aún al pie del seto, tapada por una manta.

El recuento de Bass fue tan impersonal como una crónica periodística. Estaba tranquilo y se expresaba con monotonía. No me miró a los ojos. Yo miraba hacia el fondo del pasillo, donde un médico de cara sombría hablaba con una pareja de ancianos que estaba sentada en un banco. Tuvo que haberles dado una mala noticia, porque la mujer se puso a manosear el bolso que tenía en el regazo.

Me acordé entonces de que había visto a Bass, aunque solo había sido una de las muchas caras que me observaban inclinadas sobre mí como sendos globos sujetos por un cordel. Por entonces estaba bajo los efectos de la conmoción y, a pesar de las mantas con que me habían tapado, temblaba de pies a cabeza, sin poder contenerme. De Ebony no me acordaba. Puede que la hubieran retenido junto a la carretera para que no viese la carnicería. La bomba había hecho pedazos a Olive. En algunos setos se habían encontrado jirones de carne que colgaban como carámbanos.

Me entraron ganas de llorar y me llevé una mano a la cara. Bass me palmeó el hombro con desmaña y se puso a murmurar tonterías, acongojado por haberme acongojado y preguntándose seguramente cómo escapar de aquella situación. Se me pasó la emoción y tragué una profunda bocanada de aire para tranquilizarme.

—¿Son graves las heridas de Terry?

—No mucho. Tiene un corte en la frente. La explosión lo lanzó contra el suelo del garaje y se le rompieron dos costillas. Querían que se quedara para que siguiera en observación, pero parece encontrarse perfectamente.

Oí rumor de actividad a nuestras espaldas y vi que se abría la puerta de la habitación de Terry. Salió una enfermera con una jofaina de acero inoxidable, llena de vendas sucias. Parecía rodeada de olores, a alcohol desnaturalizado, a tintura de yodo y al inconfundible que emana del esparadrapo.

—Ya pueden entrar. El doctor ha dicho que el paciente puede irse cuando quiera. Cuando esté preparado, le mandaremos una silla de ruedas.

Bass entró primero. Le seguí con la silla. Una ATS ponía orden en la mesita de noche que había utilizado la enfermera. Terry estaba sentado en el borde de la cama y se abrochaba la camisa. Vi las vendas que tenía en el pecho por entre los faldones de la camisa y aparté la cabeza. Tenía el tórax totalmente blanco y lampiño, un tórax estrecho y sin musculatura. Las enfermedades y las lesiones tienen algo que las hace muy privadas. Yo no quería conocer los detalles de su fragilidad.

Parecía abatido, con una costura negruzca en la frente, donde le habían puesto los puntos. Tenía una muñeca vendada, por los cortes tal vez, o por las quemaduras. Su cara estaba pálida, el bigote de punta y el pelo moreno revuelto. Parecía encogido, como si la muerte de Olive le hubiera deshinchado.

Ebony apareció en la puerta y de un vistazo se percató de lo que ocurría. Titubeó, esperando a que terminara la ATS. La habitación parecía llena hasta los topes. Me hacía falta tomar el aire.

—Vuelvo enseguida —murmuré.

Salí empujando las ruedas. Ebony me siguió hasta la sala de las visitas, una estancia amueblada con un sofá tapizado en tela de mezclilla verde, dos sillones que hacían juego, una palma artificial y un cenicero. Se sentó y buscó el tabaco en el bolso. Encendió un cigarrillo y aspiró el humo como si se tratara de oxígeno. Parecía totalmente serena, pero estaba claro que la atmósfera del hospital la ponía nerviosa. Se quitó una bolita de pelo de la parte delantera de la falda.

—No entiendo nada —dijo con brusquedad—. ¿Quién habrá querido matar a Olive? Jamás le había hecho daño a nadie.

—El blanco no era Olive. Era Terry. El paquete con la bomba iba dirigido a él.

Clavó los ojos en los míos y se quedó mirándome fijamente. En la palidez mortal que le cubría la cara le despuntó un asomo de rubor. La mano que sostenía el cigarrillo sufrió una sacudida, como si estuviera dotada de voluntad propia, y la ceniza le cayó en el regazo. Se levantó con presteza para sacudírsela.

—Eso es absurdo —bramó—. La Policía dice que después de estallar no quedó nada del paquete.

Apagó el cigarrillo.

—Bueno, han quedado restos —dije—. Además, yo lo vi. El nombre que figuraba en él era el de Terry, no el de ella.

—No te creo.

Un rizo de humo ascendió de la colilla aplastada. La cogió y le decapitó la brasa con la punta de los dedos. Se puso a destripar lo que quedaba del cigarrillo. Las hebras de tabaco tenían un aspecto repelente.

—Yo te cuento lo que vi. Puede que el blanco fuera Olive, pero el paquete iba dirigido a él.

—¡Mentira! ¡Ese *cabrón!* No me digas que Olive murió porque cogió el paquete por él.

Los ojos se le inundaron de lágrimas y se esforzó por dominarse. Se puso de pie y se paseó con nerviosismo.

Giré un poco la silla de ruedas para darle la cara.

—¿De qué *cabrón* hablas, Ebony? ¿A quién te refieres?

Se sentó con brusquedad y se apretó el pulpejo de las manos contra los ojos.

—A nadie. Perdona. No lo sabía. Pensé que habían querido matarla a ella, lo que tampoco deja de ser horrible. Pero ¡Dios mío!, morir por equivocación. Por lo menos no sufrió. Dicen que murió instantáneamente.

Lanzó un sollozo. Juntó las manos a modo de tejado y comenzó a jadear con la cara oculta por ellas.

—¿Sabes quién la mató?

—¡Claro que no! ¡Rotundamente no! ¿Acaso crees que soy un monstruo? Mi propia hermana...

Abandonó el tono ofendido y se echó a llorar en serio. Quería creerla, pero no acababa de convencerme. Estaba cansada, demasiado cerca de los acontecimientos para distinguir lo verdadero de lo falso. Alzó la cara y vi que la tenía bañada en lágrimas.

—Olive me dijo que no pensaba apoyarte en la empresa —dije, para ver qué respondía.

—¡Pero qué puta eres! —dijo chillando—. ¿Cómo te atreves? ¡Aléjate de mí!

Bass apareció en el vano de la entrada y me miró con desconcierto. Sujeté una rueda con firmeza para dar la vuelta a la silla y avancé por el corredor, pasando ante una habitación donde una persona pedía ayuda en voz baja y desesperada. Un tubo transparente de plástico salía de entre las sábanas y terminaba en un orinal grande colocado debajo del lecho. El líquido tenía el mismo color que la limonada.

Era Olive quien por lo general recogía el correo. El día de la tragedia había visto que lo dejaba con despreocupación en la consola del vestíbulo. Cabía pues la posibilidad de que la víctima elegida fuera ella, aunque el paquete estuviera dirigido a él. En realidad no recordaba a quién me había dicho que pensaba apoyar en la lucha por el poder que se había entablado entre Ebony y Lance. A lo mejor lo había hecho este para meter en cintura a los demás.

Cuando volví a mi habitación, Darcy me estaba esperando.

—Andy se ha ido —dijo.

Me acomodé en la cama mientras Darcy me ponía al corriente de los detalles. Andy había llegado corriendo a la oficina a eso de las diez de la mañana del día anterior. Mac se había empeñado en que se hiciera la jornada normal hasta las cinco, a pesar de que era el día de Nochevieja. Andy tenía previsto asistir a una comida de trabajo y además a una cita a las dos con un vicepresidente de la casa. Según Darcy, Andy estaba muy asustado. Fue a comunicarle los recados y mensajes telefónicos, pero la interrumpió, entró como una tromba en su despacho y se puso a guardar sus efectos personales, incluido el Rolodex, en un maletín. Cuando Darcy se dio cuenta, Andy había desaparecido.

—No sabría explicártelo, fue algo rarísimo —dijo Darcy—. Nunca había hecho algo similar. ¿Y por qué el Rolodex? Yo ya lo había mirado y no había encontrado nada, pero ¿por qué se le ocurrió a él?

A lo mejor tiene poderes paranormales.

—Eso debe de ser. En cualquier caso, no volvimos a verle en todo el día; al salir por la tarde, cogí el coche y me fui a su casa.

—¿A Elton? También son ganas.

—No me gustó su comportamiento. Parecía que le hubieran metido una mecha en el culo y quería saber qué pasaba. No vi su coche en las proximidades de su casa, me acerqué y eché un vistazo por la ventana. El piso estaba hecho una pocilga y se habían llevado todos los muebles. Creo que en la sala de estar habían dejado una mesa camilla, pero nada más.

—Es que no tiene más muebles —dije—. Janice, por lo visto, le ha sacado hasta las entretelas y clama por más.

—Que clame todo lo que quiera, Kinsey, el tipo se ha esfumado. El vecino de al lado me vio fisgando por la ventana y me preguntó qué quería. Le conté la verdad. Le dije que trabajaba con Andy y que todos estábamos preocupados porque se había ido sin más ni más cuando tenía un par de citas pendientes. El vecino dice que le vio ayer por la mañana arrastrando por las escaleras dos maletas grandes. Alrededor de las nueve y media. Seguramente fue directo a la oficina, recogió sus cosas y se largó. Anoche lo estuve llamando cada dos horas

y esta mañana también. Solo responde el contestador.

Medité aquello.

—¿Ha aparecido en la prensa lo de la muerte de Olive?

—Esta mañana, pero Andy ya se había ido.

Sentí por dentro un brote de energía, mezcla de inquietud y miedo. Aparté las frazadas y me senté en el borde de la cama.

—Tengo que salir de aquí.

—¿Seguro que estás bien?

—Seguro. No hay problema. No sé si Daniel me ha traído ropa o no, mira en el armario, ¿quieres?

El vestido verde había desaparecido, junto con mis bragas baratas, probablemente bajo las tijeras quirúrgicas de quien me atendiera en Urgencias la noche anterior.

—Solo hay esto —dijo Darcy enseñándome el bolso.

—Genial. Bueno, es suficiente. Tengo ahí las llaves y ya cogeré lo que sea al llegar a casa. Espero que hayas venido con el coche.

—¿Puedes irte sin permiso de los médicos?

—Tengo permiso. La doctora le dijo a Daniel que podía irme si él se responsabilizaba de mí y Daniel dijo que de acuerdo.

Me observó con incertidumbre, adivinando sin duda que la mitad de lo que le decía era mentira.

—Vamos, Darcy, deja de preocuparte. Largarse de un hospital no es delito. Estoy aquí voluntariamente, no porque me haya condenado el juez.

—¿Y la factura?

—¿Quieres no ser tan cabezota? El seguro se encarga de todo, yo no les debo un céntimo. Además, tienen mi dirección. Ya me buscarán si lo creen necesario.

Aunque no la había convencido, cosa que saltaba a la vista, se encogió de hombros, me ayudó a instalarme en la silla de ruedas y me condujo por el pasillo hasta los ascensores. Una ATS se quedó mirándonos al pasar, le dije adiós con la mano y creo que quedó convencida de que no necesitaba inmiscuirse.

Al llegar a la planta baja, Darcy me puso su abrigo y me dejó en la entrada mientras iba por el coche. Me quedé a la espera, con el abrigo prestado, las zapatillas y el bolso en el regazo. No habría sabido qué hacer si hubiera pasado la doctora. Los que cruzaban el vestíbulo me miraban por encima, pero nadie me dijo palabra. Estar enferma es asqueroso. Yo tenía cosas que hacer.

A las tres y cuarto entraba por fin en mi casa, que había cogido ya el típico olor mohoso de los lugares deshabitados. Había estado ausente un día, pero parecía que habían sido semanas. Darcy entró detrás de mí y puso cara de culpable cuando vio que temblaba al ponerme de pie. Me instalé en el sofá, bañada de pronto en un sudor frío, y procedí a vestirme.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Acabé de ponerme los tejanos.

—Vamos a la oficina, a ver si Andy se ha dejado algo —dije.

Me puse una camiseta y me dirigí al lavabo para cepillarme los dientes. Me miré en el espejo. Donde antes tuviera las cejas tenía ahora pintada la estupefacción. Y parecía que me hubiera dado una insolación en las mejillas. Vi arañazos y cardenales, pero de escasa importancia. Hasta cierto punto me gustaban los ricitos que me habían hecho delante, donde antes había estado mi pelo. Abrí el botiquín y cogí mis leales tijeras de las uñas. Corté el esparadrapo que me sujetaba el vendaje del brazo derecho, aparté la gasa y miré lo que había debajo. No tenía mal aspecto. Además, las quemaduras se curan mejor al aire libre. Me tomé un calmante por si acaso y di un manotazo en el aire al verme otra vez en el espejo. Me sentía perfectamente.

Cogí la carpeta con los papeles que había sacado de la basura de Andy. Me puse unos calcetines gruesos y unas bambas y al salir cogí una cazadora. En Santa Teresa suele hacer frío cuando se pone el sol y no sabía cuánto tiempo iba a estar fuera.

La temperatura exterior era más propia de agosto que de enero. El cielo estaba despejado y el sol brillaba en las alturas. No soplaban ni una brisa y las aceras se comportaban como las placas solares, absorbían la luz y emitían calor. No vi el menor rastro de Daniel, menos mal. Seguramente me habría reprochado que hubiera salido del hospital de aquel modo. Descubrí mi pequeño VW a dos casas de distancia y me alegré de que alguien se hubiera preocupado de devolvérmelo. No estaba para conducir todavía, pero me tranquilizó saber que el vehículo estaba allí.

Darcy puso en marcha su coche y nos dirigimos a la oficina de Andy. Había muy poco tráfico. El centro estaba vacío, como si hubiera habido una guerra nuclear. El aparcamiento estaba absolutamente vacío, salvo unas botellas de cerveza amontonadas cerca de la caseta del encargado, restos de alguna jarana de Nochevieja.

Subimos por la escalera de atrás.

—¿Sabes? Hay algo que no entiendo —dije mientras subíamos.

Darcy abrió la puerta del edificio.

—¿El qué? —preguntó volviendo la cabeza.

—Supongamos que Andy está metido en la conspiración. No tenemos pruebas, pero es lo más evidente, ¿no?

—Eso parece.

—Bueno, pues no entiendo sus motivos. Hablamos de una estafa por todo lo alto. Pero se trata de su trabajo, de su único medio de subsistencia. ¿Qué gana si lo cogen?

—Le habrán prometido dinero a cambio —dijo Darcy—. Si Janice le ha dejado sin blanca, es lógico que necesite dinero con urgencia.

—Es posible —dije—. Lo cual significa que alguien le conocía muy bien y le consideraba susceptible de corrupción. Andy ha sido siempre un cretino, pero en el fondo no creía que fuese un maleante.

Llegamos ante las puertas de vidrio de La Fidelidad de California.

—No sé adónde quieres ir a parar —dijo Darcy mientras abría y entrábamos.

Encendió las luces generales y dejó el bolso en una silla.

—Yo tampoco. Es que creo que en este embrollo hay algo más. Andy, por el empleo que tiene, está en situación de manipular a su antojo las reclamaciones, pero aun así es grande el riesgo que corre. ¿Y por qué estaba tan asustado? ¿Qué ha salido mal?

—A lo mejor no contaba con la muerte de Olive —contestó—. Alguna explicación ha de haber.

Entramos en el despacho de Andy. Darcy me observó con curiosidad mientras practicaba un registro sistemático. Los archivadores del trabajo parecían estar intactos, pero habían desaparecido todos sus efectos personales: la foto de los niños que tenía en la mesa, la agenda encuadernada en piel, el cuaderno de direcciones, el Rolodex, incluso los premios por sus actividades conseguidos unos años antes y que había hecho enmarcar. Se había dejado un retrato de Janice, una foto en color de 13 × 18 centímetros realizada en un estudio, y en la que aparecía con el pelo rubio ahuecado, con su cara en forma de corazón y su barbilla puntiaguda. Tenía una expresión desdeñosa, incluso sonreía con ironía a la cámara. Andy le había ennegrecido uno de los dientes incisivos y le había pintado unos pelos preciosos que le salían de la nariz. Como además le había ensanchado un poco las aletas, parecía una cerda. El superserbio Andy Motycka nos decía lo que opinaba de su exmujer.

Me senté en su silla giratoria y eché un vistazo general al despacho mientras me preguntaba cómo me las apañaría para echarle el guante. ¿Dónde había ido? ¿Y por qué se había esfumado de aquel modo? ¿Había preparado él la bomba? Darcy estaba en silencio, no deseaba interrumpir mis procesos mentales.

—¿Tienes algún teléfono de Janice? —pregunté.

—Sí, en mi mesa. ¿Quieres que la llame y le pregunte si sabe dónde está Andy?

—Exacto. Invéntate una excusa y no sueltes prenda. Si no sabe que se ha largado, no lo hagamos público por el momento.

—Muy bien —dijo.

Fue a recepción. Cogí la carpeta que había llevado conmigo y saqué todos los papeles. Saltaba a la vista que Andy estaba en serios apuros económicos. Entre la bronca de Janice a propósito del cheque que se había retrasado y las reclamaciones de pago con los márgenes rojos, era lícito pensar que se encontraba entre la espada y la pared. Volví a leer los borradores de la carta de

amor que había escrito a su adorada. Era casi seguro que se habían visto en Nochebuena. A lo mejor se había fugado con ella.

El calendario de mesa seguía encima del borde del papel secante, abierto como un misal y con las hojas de ambos lados sujetas por ganchos curvos para que al pasarlas quedaran planas. Se había llevado la agenda de piel, pero se había dejado el calendario. Por lo visto tenía la costumbre de apuntar las citas en ambos para que la secretaria supiese dónde localizarle en todo momento. Pasé las páginas de la semana anterior. En la hoja del viernes, 24 de diciembre, había trazado una circunferencia alrededor de las «9 noche» y escrito a lápiz la inicial L. ¿Sería su amada? Pasé las páginas de los últimos seis meses. La inicial se repetía a intervalos regulares, pero sin seguir una pauta identificable.

Me fui a recepción con la carpeta y el calendario.

Darcy, a juzgar por lo que oí, charlaba con Janice por teléfono.

—Ya. Bueno, de eso yo no sé nada. No lo conozco hasta ese punto. Ya. ¿Qué te ha dicho el abogado? Sí, puede que sea verdad, pero no sé qué sacas con eso. Oye, Janice, voy a tener que colgar. Hay gente esperando y que también quiere telefonar. Ya, pues te lo agradecería y ya te contaré lo que oiga por aquí. Seguro que se ha ido a pasar fuera el fin de semana y nada más; lo que pasa es que se olvidó de decírnoslo. Muchas gracias. Otro para ti. Hasta luego.

Colgó y exhaló una bocanada de aire.

—Dios mío, ¡cómo habla esta mujer! Suerte que la he cogido en buen momento, porque me lo ha contado todo. Está que muerde. Andy tenía que pasar anoche por su casa para llevarse a los chicos, pero no se presentó. Janice lo tenía todo preparado para irse y ha tenido que cancelar sus planes. No la ha llamado ni para pedirle disculpas. Está convencida de que ha huido de la ciudad y quiere avisar a la Policía.

—Hasta que no pasen setenta y dos horas no le harán caso —dije—. Lo más seguro es que se haya encerrado en cualquier sitio para follar con una amigueta de la que está enamorado.

Le enseñé las cartas que había cogido de la basura de Andy.

Se puso a leerlas con una sonrisa y fue asombroso porque inmediatamente esbozó una mueca de asco.

—Oye, ¿tú dejarías que este tío te comiera el... eso?

—Bueno, si me lo espolvoreo antes con arsénico, ¿por qué no?

Arrugó el entrecejo.

—Y ella tiene que tener unas cantimploras de campeonato. Andy no encontró con qué compararlas.

Miré por encima de su hombro.

—Con balones de rugby, pero lo tachó. Seguramente no le pareció romántico. Guardó los papeles en la carpeta.

—Pues si le pica que se rasque. Uf, encima me salen chistes malos. ¿Y ahora

qué hacemos?

—No sé. Se llevó la agenda, pero he encontrado esto.

Pasé las páginas del calendario de mesa y le enseñé la inicial a lápiz que aparecía de vez en cuando. Me di cuenta de que se ponían en marcha los engranajes mentales de Darcy.

—¿No le habrá llamado aquí alguna vez esta novia? —dijo—. Lo lógico es que lo haya hecho, ¿no te parece?

Abrió el cajón superior de la derecha de su mesa y sacó el cuaderno de las llamadas que se recibían. Era de un modelo especial, sin papel carbón, y consistía en una serie de hojas blancas, perforadas y rasgables, sobre una copia continua de color amarillo. Si llamaban de fuera para hablar con un empleado, Darcy tomaba nota del día, la hora, el nombre de quien llamaba, su teléfono, y ponía una cruz junto a cualquiera de las tres posibilidades que figuraban a la derecha: «Llamar», «Volverá a llamar», «Recado». A continuación se rasgaba la hoja superior y se entregaba al destinatario. Darcy empezó a mirar a partir del 1 de diciembre.

No tardamos en dar con ella. Cotejando las llamadas que había recibido Andy con las páginas de su calendario de mesa, vimos que había una persona que daba un número de teléfono, pero ningún nombre, y cuyas llamadas se producían siempre un par de días antes de las citas consignadas por aquel en el calendario... en el caso de que, efectivamente, fuesen citas.

—¿Tenéis aquí guía telefónica? —pregunté—. Me refiero al tomo ordenado por números.

—Creo que no. Antes sí, pero hace meses que no lo veo.

—Yo tengo el del año pasado en el despacho. Vamos a comprobar a qué abonado pertenece este número. Esperemos que no sea una empresa.

Saqué las llaves del bolso al tiempo que echaba a andar delante de Darcy.

—¿No tenías que haber devuelto las llaves? —dijo en tono de reproche.

—¿De veras? No lo sabía.

Abrí la puerta, me dirigí al archivador y saqué el tomo de los números del cajón de abajo. El número, por lo menos durante el año anterior, estaba a nombre de una persona apellidada Wilding, Lorraine Wilding.

—¿Crees que es ella? —preguntó Darcy.

—Sé cómo averiguarlo —dije.

La calle en que vivía la abonada estaba solo a un par de manzanas de mi casa, hacia la playa.

—¿Seguro que estás bien? En tu estado, no creo que te convenga ir correteando por ahí.

—Tranquila, estoy perfectamente —dije.

No estaba tan radiante, la verdad sea dicha, pero tampoco quería poner a descansar esta cosa redonda que tengo sobre los hombros hasta haber

solucionado unas cuantas incógnitas. Había abierto el grifo de la adrenalina (una fuente de energía nada despreciable) y cuando se me acabara, como es natural, estaría hecha una mierda; pero, mientras tanto, lo mejor era estar en movimiento.

Dije a Darcy que se marchara. Cuando se trata de hablar con la gente, prefiero actuar sola, sobre todo si no sé muy bien con quién voy a vérmelas. Es más fácil entenderse con los demás cuando no hay público delante; queda más espacio para la improvisación y más espacio para negociar.

El edificio era de estilo colonial español y seguramente se remontaba a los años treinta. El tejado de tejas rojas había adquirido el color del óxido y el yeso se había vuelto de un tono cremoso. En la parte delantera había macizos de picudas *Strelitzias*. Un pino enorme, de unos veinte metros de alto, cobijaba el jardín entero con su sombra. Las buganvillas crecían a lo largo de los aleros y sus racimos de flores purpúreas se descolgaban por las cañerías igual que la guajaca. Todas las contraventanas eran de madera pintada de marrón oscuro. Hacía frío en el soportal, que olía a tierra húmeda.

Llamé al apartamento D. Aunque no había visto el coche de Andy en la calle, cabía la posibilidad de que estuviera en la casa. No sabía qué iba a decir si él me abría la puerta. Eran casi las seis, los vecinos ya preparaban la cena y el pasillo olía a cebolla, apio y mantequilla. Se abrió la puerta y me quedé de piedra. La mujer que tenía ante mí era la exesposa de Andy.

—¿Janice? —dije, con incredulidad.

—No, yo soy Lorraine —dijo—. Usted busca a mi hermana.

Nada más abrir la boca empezó a difuminarse el parecido. No tendría menos de cuarenta y cinco años y los encantos comenzaban a marchitarsele. Tenía el pelo rubio de Janice y el mismo mentón puntiagudo, pero sus ojos eran mayores y la boca más generosa. Lo mismo le pasaba al cuerpo. Tenía mi estatura, pero unos cinco kilos más y estaba claro dónde se le habían acumulado. Se había pintado de negro los ojos castaños y se había puesto unas pestañas postizas tan espesas que parecían brochas. Vestía un pantalón corto de sarga muy ceñido y una camiseta corta y ajustada. En otra época había tenido las piernas bonitas, pero los músculos habían adquirido ese aspecto fibroso que produce la falta de ejercicio. Tenía la piel bronceada, pero con esa uniformidad que solo se obtiene en los institutos de belleza: las playas eléctricas.

Andy tenía que estar en la gloria. Hay hombres que se enamoran siempre del mismo tipo de mujer, aunque las similitudes no se vean a simple vista. Lorraine y Janice se parecían como dos gotas de agua. La diferencia estribaba en que todo lo que Lorraine tenía de voluptuoso, la antigua señora de Motycka lo tenía de mezquino, encogido y seco. A juzgar por la carta de Andy, Lorraine manifestaba sus sentimientos con más espontaneidad que Janice. Y encima le hacía cositas que le metían hipo a la sintaxis. Me pregunté si se habría liado con Lorraine antes o después del divorcio. Tanto en un caso como en el otro, las relaciones eran peligrosas. Si Janice las descubría, los culpables lo pagarían con creces. Me pasó por la cabeza la posibilidad de que alguien se hubiera aprovechado de la situación para asegurarse la colaboración de Andy.

—Busco a Andy —dije.

—¿A quién?

—A Andy Motycka, su cuñado. Soy de la compañía de seguros donde trabaja.

—¿Y por qué viene a mi casa? Andy y Janice están divorciados.

—Andy me dio esta dirección por si alguna vez se presentaba una urgencia.

—¿En serio?

—¿Por qué cree que estoy aquí, si no?

Me miró con suspicacia.

—¿Conoce usted mucho a Janice?

Me encogí de hombros.

—En realidad no. La vi algunas veces en las fiestas de la empresa antes de que se separaran. Cuando ha abierto usted la puerta, pensé que era ella, se parecen muchísimo.

Meditó aquello y lo digirió.

—¿Para qué busca a Andy?

—Desapareció ayer y por lo visto nadie sabe dónde está. ¿Le dijo a usted algo?

—No.

—¿Puedo entrar? Quizás entre las dos nos hagamos una idea de lo que ha pasado.

—Está bien —dijo a regañadientes—. Espero que esto no tenga consecuencias. A mí no me ha dicho que le haya dado a alguien esta dirección.

Se hizo a un lado y entré en la casa. El minúsculo recibidor de suelo embaldosado terminaba en dos escalones, por los que se accedía a una sala de estar espaciosa. Todos los muebles de la casa, nuevos, bonitos e impersonales, parecían alquilados. Encima de la mesita de servicio, de vidrio y latón, había un abeto de unos treinta centímetros de altura, adornado con pirulíes y barritas de caramelo; era la única señal de que la Navidad había pasado por aquel piso.

Lorraine apagó el televisor y me indicó que tomara asiento en un sillón. El

tapizado poseía el tacto correoso y duro que dejan los quitamanchas e impermeabilizadores. Ni las lágrimas ni la sangre ni el alcohol que se derrama podían traspasar aquella cota de malla. Al sentarse dio un tirón a la entrepierna de los pantalones para que la costura no se le clavara en las partes íntimas.

—¿Ha dicho usted que trabajaba para Andy?

—Para él exactamente no, pero sí en la misma empresa. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Hace tres días. Hablé con él por teléfono el jueves por la noche. Iba a quedarse con los niños en Nochebuena y no teníamos que vernos hasta mañana por la noche, aunque siempre me llama, quedemos como quedemos. Por eso, como esta mañana no llamó, fui a su casa, pero no estaba allí. ¿Por qué necesita usted verle el día de Año Nuevo?

Me ceñí a la verdad hasta donde pude, le dije que el viernes por la mañana se había marchado sin decir adónde iba.

—Tenemos que consultar un expediente —y añadió—. ¿No le ha hablado de la reclamación que le han asignado? Hace una semana hubo un incendio en Wood/Warren y creo que se encarga de una parte de las gestiones.

Se produjo un silencio inesperado y las barreras volvieron a alzarse.

—¿Perdón?

—¿No se lo ha contado?

—¿Cómo ha dicho que se llama usted?

—Darcy. Soy la recepcionista. Creo que hemos hablado alguna vez por teléfono.

Adoptó una actitud reservada y formal.

—Entiendo. Bien, Darcy. Andy no me habla de su trabajo. Solo sé que se siente muy a gusto en la empresa y que conoce su oficio.

—Totalmente —dije—. Y goza de muchas simpatías, por eso nos quedamos preocupados cuando se fue sin decir palabra. Pensamos que podía tratarse de algún asunto familiar. ¿No le dijo si pensaba estar fuera unos días?

Negó con la cabeza.

Por su manera de comportarse, estaba casi segura de que lo sabía todo. Y estaba igualmente convencida de que no iba a darme el menor indicio que lo corroborase.

—Me gustaría ayudarla —dijo—, pero nunca me cuenta nada. Y si no es molestia, le agradecería que me avisara cuando dé señales de vida. Compréndalo, me ha inquietado usted.

—No se lo reprocho —dije—. Puede llamarme a este teléfono y si me entero de algo se lo comunicaré enseguida.

Garabateé el nombre de Darcy y a continuación el teléfono de mi casa.

—Espero que no haya pasado algo malo.

Era el primer comentario sincero que le oía.

—Pues claro que no —dije.

Habría apostado lo que fuera a que Andy había puesto pies en polvorosa porque estaba muerto de miedo.

Hacía un rato que no dejaba de mirar mi cara quemada y sin cejas.

—No quisiera ser indiscreta, pero ¿ha sufrido usted algún accidente?

—El calentador del agua, que es de gas y me explotó en la cara —dije. Emitió un murmullo compasivo y deseé que la mentira no se volviera contra mí —. Bueno, disculpe por haberla molestado en un día de fiesta, ¿eh? La llamaré si me entero de algo.

Me puse de pie, ella hizo lo mismo y me acompañó hasta la puerta.

Volví a casa andando por calles que acusaban el avance del anochecer, aunque ni siquiera eran las ocho. El sol de invierno se había puesto ya y la temperatura había bajado con él. Estaba agotada y por dentro deseaba volver al hospital para pasar allí la noche. Había algo en las sábanas limpias y blancas que me atraía. Además, estaba hambrienta y por una vez me habría gustado comer algo más nutritivo que las galletas sin sal con crema de cacahuete, que era lo que me esperaba en casa.

El coche de Daniel estaba ante mi puerta. Eché un vistazo al interior, esperando a medias verlo dormido en el asiento trasero. Entré en el jardín, recorrí el flanco del edificio y accedí al patio de Henry. Daniel estaba encaramado en el muro de piedra artificial que separaba la casa de Henry de la del vecino de la derecha. Daniel, con los codos en las rodillas, interpretaba una melodía lenta y quejumbrosa con una armónica tenor. Con las botas de vaquero, los tejanos y la cazadora azul de algodón, era como si estuviese en el campo viviendo al aire libre.

—Ya era hora de que aparecieras —observó.

Se guardó la armónica en el bolsillo y se enderezó.

—Tenía trabajo.

—Siempre trabajando. Deberías cuidarte.

Abrí la puerta de mi casa, entré y encendí la luz. Dejé el bolso en una silla y me dejé caer en el sofá. Daniel se dirigió a la cocina y abrió el frigorífico.

—¿Nunca haces la compra?

—¿Para qué? Nunca estoy en casa.

—Señor.

Sacó la tarrina de la mantequilla, huevos y un pedazo de queso que llevaba allí tantos días que los bordes parecían de plástico negro. Se puso a mirar en todos los armarios y fue reuniendo los productos más heterogéneos. Me recosté, apoyé la cabeza en el respaldo y puse los pies en el escabel. Estaba harta de borderías y ya no podía ni enfadarme. Antaño había estado enamorada de aquel hombre y, aunque había desaparecido la pasión, quedaba cierto sentido de la familiaridad.

—Pero ¿por qué huele a pies esta casa? —dijo por decir algo.

Estaba picando cebollas y no podía tener los dedos quietos. Tocaba el piano igual, con habilidad nerviosa.

—Es el helecho aéreo. Me lo regalaron para que me hiciera compañía.

Cogió por la punta un sobre de beicon y olisqueó el contenido con desconfianza.

—Esto está más seco que la mojama.

—Así durará más —dije.

Se encogió de hombros, cogió las tres lonchas que quedaban en el sobre y las echó en la sartén, donde aterrizaron con un ruidito metálico.

—¿Sabes? Uno de los inconvenientes de desengancharte de las drogas es que la comida te sabe fatal —dijo—. Cuando estás colgado, comas lo que comas te sabe a gloria. Es muy útil cuando estás sin blanca o por ahí, de viaje.

—¿De verdad has dejado las drogas duras?

—Me temo que sí —dijo—. He dejado el tabaco, he dejado el café. De vez en cuando me tomo una cerveza, pero veo que no tienes ninguna. Antes iba cinco veces por semana a las reuniones de Alcohólicos Anónimos, pero esas historias acerca de una fuerza superior al final empezaron a tocarme las narices. No hay fuerza superior a la del caballo, eso te lo puedo asegurar.

Empecé a amodorrarme. Se puso a canturrear una canción que recordaba vagamente y que se mezcló con el aroma de los huevos y el beicon. ¿Hay algo que huela mejor que una cena que prepara otra persona?

Me zarandeó con suavidad y nada más despertarme me puso en el regazo un plato con una tortilla a la francesa. Me incorporé inmediatamente; volvía a tener un hambre de lobo.

Daniel se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Se comió los huevos con un tenedor mientras hablaba.

—¿Quién vive en la casa?

—Mi casero, Henry Pitts. Está en Michigan.

—¿Tienes algún rollete con él?

Dejé de masticar.

—Tiene ochenta y un años.

—¿Y piano?

—Pues creo que sí. Un piano vertical, seguramente desafinado. Lo tocaba su mujer.

—Me gustaría verlo, si es que se puede entrar en la casa. ¿Crees que le importará?

—En absoluto. Es más, tengo la llave. ¿Quieres decir esta noche?

—Mañana. Esta noche tengo que ir a un sitio.

La luz le bañaba la cara de tal modo que le acentuaba las patas de gallo. Había vivido con intensidad y no envejecía bien. Estaba ojeroso y demacrado, y parecía anémico.

—No acabo de creerme que seas detective —dijo—. Me suena raro.

—Pues no es muy diferente de cuando era poli —dije—, solo que ahora no estoy dentro del aparato burocrático. No llevo uniforme y no ficho cuando empiezo a trabajar. Cobro más, pero sin la regularidad de antes.

—También es un poco más peligroso, ¿no? Cuando eras policía, nadie te puso ninguna bomba, que yo recuerde.

—Bueno, pero me agredían de mil maneras distintas. En tráfico, cada vez que paraba un coche me preguntaba si el coche sería robado o si el conductor llevaría una pistola. La violencia doméstica es peor. Gente que bebe, gente que se droga. Gente a la que le es igual darte un navajazo a ti que al vecino. Cuando llamas a una puerta nunca sabes con lo que te vas a encontrar.

—¿Y cómo es que te has complicado ahora con un homicidio?

—Las cosas no empezaron por ahí. Por cierto, tú conoces a la familia —dije.

—¿Yo?

—Los Wood. ¿Te acuerdas de Bass Wood?

Titubeó.

—Vagamente.

—La mujer que murió era su hermana Olive.

Dejó el plato en el suelo.

—¿La tal señora Kohler era su hermana? No tenía ni idea. ¿Qué diablos está pasando?

Le hice un resumen de lo que sabía. Si en aquellos momentos trabajase para un cliente, no habría podido contarle nada, pero en el presente caso no perjudicaba los intereses de nadie. Únicamente los míos. Estuvo bien porque aproveché la oportunidad para esbozar una teoría general con sus más y sus menos. Daniel sabía escuchar y solo me hizo preguntas justificadas. Fue como en los viejos tiempos, los buenos tiempos en que hablábamos durante horas de lo que nos apetecía.

Al final nos quedamos callados. Tenía frío y me sentía en tensión. Tiré del edredón y me tapé los pies.

—¿Por qué me dejaste, Daniel? Nunca lo he entendido.

Evitó la seriedad al contestar.

—No fue por ti, pequeña. No fue algo personal.

—¿Había otra mujer?

Se removió con nerviosismo, tamborileó con el tenedor en el borde del plato. Puso a un lado el tenedor. Estiró las piernas ante sí, se echó hacia atrás y apoyó los codos en el suelo.

—Me gustaría saber responderte, Kinsey. No es que no te quisiera, es que quería algo más, eso es todo.

—¿El qué?

Me observó con atención.

—Cualquier cosa. Todo. Cuanto se me pusiera por delante.

—Tú no tienes conciencia.

Desvió la mirada.

—No. Por eso somos tan incompatibles. Yo no tengo conciencia y tú tienes demasiada.

—No es verdad. Si yo tuviera conciencia, no contaría tantas mentiras.

—Ya. Las mentiras. Lo recuerdo. Era lo único que teníamos en común — dijo.

Volvió a posar los ojos en mí. Sentí un escalofrío al ver la expresión de su mirada, transparente y vacía. Recordé lo que era desearle. Recordé lo que era mirarle y preguntarme si habría en el mundo un hombre más bello. No sé por qué, pero por entonces me habría sorprendido muchísimo que las personas que yo conocía destacaran por su capacidad o sus méritos. Me presentaron a Daniel y lo menosprecié hasta el instante en que le oí tocar. Estaba tan asombrada que no tuve más remedio que fijarme en él seriamente; fue entonces cuando me flechó. Pero se trataba de un callejón sin salida. Daniel estaba casado con su música, con la libertad, con las drogas y, de un modo superficial, también conmigo. En efecto, yo era la cuarta en su lista de prioridades.

Me removí con inquietud. De su piel parecía brotar un efluvio sexual tangible que me acariciaba el rostro como el viento que nos hace oler el humo de la leña que arde a un kilómetro de distancia. Cuando una se acuesta con más de un hombre se produce un fenómeno extraño pero verdadero, y es que cuando una está ante un hombre con el que se acostaba antes, de nada sirven los planteamientos de entonces. Condicionamiento funcional. Daniel había sabido habituarme. Después de ocho años aún era capaz de hacer lo que mejor hacía: seducir. Carraspeé y me esforcé por romper el hechizo.

—¿Qué rollo era ese que me contaste sobre tu analista?

—Ningún rollo. Es psiquiatra. Cree que puede curarme.

—¿Y esto forma parte de la terapia? ¿Reconciliarte conmigo?

—Cada cual tiene sus fijaciones. Ella tiene esta, entre muchas otras.

—¿Está enamorada de ti?

—Lo dudo.

—Porque estáis en los preliminares — dije.

Se le formó el hoyuelo y la cara se le iluminó con una sonrisa, pero carente de alegría, evasiva; tanto que me pregunté si no habría puesto el dedo en alguna de sus llagas. Le salió el espíritu inquieto y se puso a mirar el reloj.

—Tengo que hacer una cosa — dijo de pronto.

Cogió los platos y los cubiertos y los llevó a la cocina. Había fregado mientras cocinaba, una antigua costumbre suya, y no había mucho que hacer. A eso de las nueve se había ido ya. Oí el ronroneo y el rugido del coche cuando lo puso en marcha y arrancó.

El apartamento parecía oscuro. Extraordinariamente silencioso.

Eché el pestillo de la puerta. Me di un baño, procurando que no se me mojaran las quemaduras. Me envolví en los pliegues del edredón y apagué la luz. Al estar con él había reencontrado los fósiles del sufrimiento, las pruebas petrificadas de mi antigua vida emocional. Analicé las sensaciones como lo hacemos con las especies extinguidas, en las que nos fijamos aunque solo sea por curiosidad.

Estar casada con un drogadicto es la experiencia que más se parece a la soledad. Añádase a esto la infidelidad y se obtendrá un sinfín de noches de insomnio. Hay hombres que deambulan de noche en busca de lo que sea, que rondan al acecho y que no reaparecen hasta después de muchas horas. Sola en la cama, te dices que estás preocupada por si se le habrá vuelto a estropear el coche, por si estará borracho o entre rejas. Te dices a ti misma que te preocupa la posibilidad de que le hayan vaciado los bolsillos, de que le atraquen al doblar una esquina, de que le claven una automática, de que se haya inyectado una sobredosis. Pero lo que de verdad te preocupa es que pueda estar con otra mujer. Las horas avanzan con lentitud. De vez en cuando oyes que se acerca un vehículo, pero nunca es el suyo. A las cuatro de la madrugada tienes la cabeza a punto de estallar y solo deseas que vuelva o que te comuniquen que ha fallecido.

Daniel Wade fue la persona que me enseñó a valorar la soledad. Lo que soporto en la actualidad no tiene ni punto de comparación con lo que soporté cuando estaba con él.

Las exequias por el alma de Olive se celebraron el domingo a las dos de la tarde en la Iglesia Unitaria; fue una ceremonia espartana que tuvo lugar en un escenario desprovisto de excesos. Los únicos asistentes fueron la familia y un reducido núcleo de amigos íntimos. Hubo muchísimas flores pero ningún ataúd a la vista. El suelo, frío y reluciente, era de baldosas rojas. Los bancos, sin cojines, eran de madera tallada y pulimentada. La techumbre, muy elevada, daba al templo un aire onírico, pero el lugar estaba curiosamente exento de adornos y por ninguna parte vi imágenes religiosas. Ni siquiera en las ventanas emplomadas, cuyos vidrios de tonalidad cremosa apenas se atrevían a engalanarse con el asomo de enredadera verde que los bordeaba. Los unitarios, por lo visto, no aprobaban la devoción, la piedad, la confesión, la penitencia ni la reparación de las faltas. No se mencionaba a Dios ni a Jesús, ni se pronunciaba la palabra « amén ». Las lecturas y sermones no se inspiraban en la Biblia, sino que se basaban en fragmentos de Bertrand Russell y Kahlil Gibran. Un hombre interpretó con la flauta una serie de melodías clásicas y terminó con una pieza que se parecía sospechosamente a *Send in the Clowns*. No hubo encomio de la difunta, aunque el sacerdote habló de ella de la manera más coloquial, e invitó a los reunidos a ponerse de pie e intervenir para hablar de ella. Nadie se atrevió a hacerlo. Yo estaba sentada en el fondo, con mi vestido multiuso, sin ganas de entrometerme. Advertí que algunos se daban codazos entre sí y se volvían para mirarme, como si el haber saltado por los aires con Olive me confiriese el rango de celebridad. Ebony, Lance y Bass aguantaron el tipo a la perfección. Ash se echó a llorar, lo mismo que su madre. Terry estaba solo en la primera fila, inclinado hacia delante, con las manos en la cara. Los afligidos no rebasaban en total las cinco primeras filas.

Después nos reunimos en el patio ajardinado, donde nos sirvieron Champagne y canapés. Fue un momento que se caracterizó por el comedimiento y la buena educación. La tarde era calurosa. El sol brillaba de un modo cegador. El jardín se veía muy vistoso y abundaban las flores anuales de color oro, naranja, morado y rojo, que combinaban a la perfección con el blanco de las tapias enlucidas que

rodeaban el cementerio. La fuente, de piedra y baldosas, murmuraba con suavidad y el agua salpicaba las losas circundantes cada vez que la brisa sacudía y desviaba el chorro.

Deambulé entre los afligidos, hablando poco y oyendo fragmentos de conversaciones. Algunos hablaban de la bolsa, otros de los viajes que habían efectuado hacía poco, y uno del divorcio de un conocido común que había estado casado veintiséis años. De los que me parecía que hablaban de Olive Wood Kohler, el cincuenta por ciento manifestaba sentimientos convencionales y el otro cincuenta por ciento se decantaba por el chismorreo malicioso.

—... nunca se recuperará del golpe. Ella lo era todo para él

—... siete mil dólares le costó aquel abrigo...

—... aturrido..., no podía creerlo cuando me llamó Ruth...

—... pobrecito. Besaba el suelo que ella pisaba, aunque tampoco puedo jurarlo porque nunca se lo vi hacer...

—... tragedia..., tan joven...

—... bueno, eso es lo que siempre he querido saber, quién de los dos trabajaba, porque no era precisamente una manirrota.

Encontré a Ash sentada en un banco de hormigón que había junto a la puerta de la capilla. Estaba pálida y ojerosa y en el pelo de color rojo claro le destacaban las canas prematuras. Llevaba un vestido holgado, negro, de algodón; como era de manga corta, daba la sensación de que tenía los brazos tan informes como la masa de pan antes de moldearse. Al cabo de unos años tendría ese aspecto de matrona que a veces adquieren las mujeres y entraría en la madurez con ánimo de terminar de una vez por todas. Me senté a su lado. Me dio la mano y nos la cogimos como colegiales que van de excursión al campo. «De dos en dos y sin hablar». La vida es una excursión extraña. A veces me siento como si aún necesitara los consejos de mi madre.

Observé al gentío.

—¿Dónde está Ebony? No la veo.

—Se fue al acabar la misa. Señor, se muestra tan indiferente... Parecía una estatua, no derramó ni una sola lágrima.

—Bass dice que se alteró mucho cuando se enteró de lo ocurrido. Ahora vuelve a tenerlo todo bajo control, a fin de cuentas creo que su vida consiste en eso. ¿Intimaba con Olive?

—Eso creía yo. Ahora no estoy segura.

—Vamos, Ashley. Las personas reaccionan de manera distinta ante el sufrimiento. En el fondo nunca se sabe lo que sienten los demás —dije—. Una vez estuve en un entierro y una mujer se echó a reír de tal modo que se orinó en las bragas. El difunto era su único hijo y había muerto en un accidente de tráfico. Luego sufrió una depresión y la hospitalizaron, pero si la hubieras visto entonces no habrías sabido qué pensar.

—Es posible —paseó la mirada por el jardín—. La mujer aquella ha vuelto a llamar a Terry.

—¿Lyda Case?

—Sí, esa. Bueno, la que le amenazó la otra vez.

—¿Ha avisado a la Policía?

—Lo dudo. Ha sido hace poco, cuando nos disponíamos a salir de casa. No creo que haya tenido ocasión de presentar la denuncia.

Ví que Terry hablaba con el sacerdote. En aquel momento, como si le hubieran hecho una seña, se volvió y me miró con fijeza. Rocé a Ash.

—Enseguida vuelvo —dije.

Terry murmuró algo al sacerdote, se separó de él y avanzó hacia mí. Era como verme en un espejo, las mismas moraduras, la misma expresión asustadiza. Después del trauma que habíamos pasado, estábamos tan unidos como dos amantes. Nadie, por mucho que se esforzara, sabría nunca lo que había sido ver la explosión.

—¿Cómo estás? —dijo en voz baja.

—Ash dice que Lyda Case ha vuelto a llamarte.

Me cogió del brazo y me condujo hacia la entrada del salón de actos.

—Está en Santa Teresa. Quiere verme.

—Mentira. No la creas —murmuré con acritud.

Me miró con intranquilidad.

—Sé que parece una locura, pero dice que puede proporcionarme información de interés.

—Por supuesto... Seguramente metida en una caja que explotará en cuanto la cojas.

—Ya le pregunté al respecto. Me ha jurado que nada ha tenido que ver con la muerte de Olive.

—¿Y tú la has creído?

—Hasta cierto punto, sí.

—Oye, fuiste tú quien me contó lo de la amenaza. Te metió el miedo en el cuerpo y ahora vuelve a dar señales de vida. Si no avisas tú al teniente Dolan, lo haré yo.

Pensé que se opondría, pero se limitó a dar un suspiro.

—Como quieras. Ya sé que es lo único sensato que se puede hacer. Todavía estoy muy aturdido.

—¿Dónde se hospeda?

—No me lo ha dicho. Quiere que nos veamos en el Refugio de los Pájaros a las seis. ¿Quieres acompañarme? Preguntó por ti.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Dijo que fuiste a Texas para hablar con ella. No sé por qué no me lo comentaste cuando hablamos la otra vez.

—Perdona. Supongo que habría debido hacerlo. Fue a principios de semana. Buscaba una pista sobre Hugh Case, quería saber cómo encajaba su muerte en todo esto.

—¿Y?

—Todavía no estoy segura. Mucho me sorprendería que no estuviera relacionada de algún modo. Lo que pasa es que aún no sé de qué manera.

Me miró con escepticismo.

—No está demostrado que fuera un asesinato, ¿verdad?

—No —dije—. Pero es que me resulta rarísimo que desaparecieran las muestras del laboratorio; a no ser que alguien quisiera ocultar las pruebas deliberadamente. Puede que se trate de la misma persona, solo que esta vez por un motivo distinto.

—¿En qué te basas? Nada se parece menos a una bomba que una intoxicación con monóxido de carbono. Si funcionó bien la primera vez, ¿por qué el responsable no ha utilizado el mismo método?

Me encogí de hombros.

—No sé. Si estuviese en su lugar, creo que recurriría al primer método que me pareciese efectivo. Lo que pasa es que en un caso así no podemos fiarnos de nuestro punto de vista.

Vi que la mirada de Terry se fijaba en alguien situado a mis espaldas. Me giré y vi a Bass. Parecía mucho mayor. Todos habíamos envejecido a raíz de la muerte de Olive, pero a él las arrugas y el cansancio le favorecían menos que a los demás: los ojos un tanto hinchados y la boca fruncida en un rictus de fastidio. Tenía una de esas caras infantiles que tan mal se prestan a las emociones intensas. En vez de triste parecía malhumorado.

—Voy a llevar a casa a mamá —dijo.

—Yo iré enseguida —dijo Terry. Bass se alejó y Terry volvió a concentrarse en mí—. ¿Quieres llamar tú al teniente Dolan o lo hago yo?

—Yo lo haré —dije—. Si surge algún problema, te lo comunicaré. Si no, nos veremos en el Refugio de los Pájaros a las seis.

Llegué a casa a las tres y media, pero me costó casi una hora localizar al teniente, que, por supuesto, tenía muchísimo interés en hablar con Lyda Case. Dijo que estaría en el lugar de la cita a las cinco, con un coche particular, por si acaso la cobibia ponerse en contacto con la Policía. Me puse los tejanos, una camiseta y zapatillas de tenis. Estaba agotada, pero el escaso dolor que me producían las lesiones físicas tenían el mismo efecto descompresor que un ligero pinchazo en un neumático. A medida que pasasen las horas me sentiría más aplatanada. Hasta cierto punto pensaba igual que Terry. Me costaba creer que Lyda fuera la responsable del paquete bomba, y no digamos ya de la muerte de su marido, hacía dos años. A pesar de sus acusaciones y de la velada amenaza contra Terry, no me parecía la típica homicida, en el caso de que haya homicidas

típicos. Los asesinos actúan de un modo que me sorprende todos los días, y no quiero generalizar, me limito a decir lo que hay. Puede que Lyda no fuera más que lo que ella misma decía, una persona que podía suministrar información interesante.

Cuando llegué al lugar de la cita, el sol se estaba poniendo. El Refugio de los Pájaros es una reserva natural que hay junto a la playa y que se construyó para proteger a los gansos, los cisnes y otras aves. El parque, de 17 hectáreas, linda con el zoo y consta de una laguna de agua dulce y forma irregular, rodeada por una ancha corona circular de hierba por la que discurre un carril de bicicletas. En un extremo hay un aparcamiento reducido donde padres e hijos se pasean con bolsas de palomitas pasadas y pan duro. La paloma macho hincha el cuello y se pone a perseguir y zurear a la indiferente paloma hembra, que solo en el último segundo se las apaña para eludir la fecundación.

Entré en el aparcamiento, estacioné el coche y bajé. Las gaviotas revoloteaban en el cielo con una coreografía totalmente *sui generis*. Los gansos graznaban a lo largo de la orilla en busca de migajas mientras los patos nadaban en el agua inmóvil, formando pequeñas ondas a su paso. El cielo era de un gris profundo y la inquieta superficie de la laguna plateada acusaba el empuje del viento que se estaba levantando.

Me alegré al ver que el coche del teniente Dolan aparcaba junto al mío. Charlamos un rato hasta que apareció Terry y los tres nos quedamos a la espera. Lyda Case no se presentó. A las ocho y cuarto nos cansamos de esperar. Terry apuntó el teléfono de Dolan y le dijo que le llamaría si tenía noticias de ella. Fue un tanto descorazonador, ya que los tres habíamos esperado que el caso diera un giro imprevisto. Terry parecía satisfecho de la actividad desarrollada, pero intuía que le iba a resultar difícil pasar solo aquella primera noche. El viernes por la noche había estado en el hospital y con su suegra el sábado, mientras los artificieros investigaban el lugar de la explosión y un equipo de trabajadores apuntalaba la fachada del edificio.

La melancolía había vuelto a apoderarse de mí con fuerza. No es sano mezclar los entierros con la celebración del nuevo año. Los calmantes me habían adormecido las funciones cerebrales y me sentía un tanto desconectada de la realidad. Necesitaba compañía. Quería luz, ruido, y una buena cena en cualquier lugar donde pudiera tomarme un vaso de vino y hablar de cualquier cosa menos de muerte. Creía ser un espíritu independiente, pero en ese momento me daba cuenta de la facilidad con que me aferraba al mundo.

Volví a casa con la esperanza de que Daniel reapareciera. Aunque con él nunca se sabía. Cuando, ocho años antes, salió de mi vida, lo hizo sin dejarme ni siquiera una nota. Él no quería saber nada de reproches ni de accesos de cólera. Decía que estar con gente deprimida, triste o alterada le ponía enfermo. Su estrategia consistía en dejar que los demás se las entendieran con lo

desagradable. Le había visto comportarse así con su familia, con viejos amigos, con conocidos que de pronto dejaban de interesarle. Un buen día desaparecía y podía estar un par de años ausente. Para entonces, una ya no recordaba ni por qué se había cabreado tanto.

A veces, por ejemplo en mi caso, quedaba cierto residuo de resentimiento, cosa que a Daniel solía desconcertarle. Ante la frustración es fácil reivindicar las emociones fuertes. Lo expresable con palabras acaba por agotarse. En los viejos tiempos, Daniel estaba casi siempre colocado, y razonar con él era tan productivo como castigar a un gato por mearse en las cortinas. No se enteraba de nada. El enfurecimiento carecía de sentido para él. Era incapaz de percibir la relación entre su conducta y la ira que esta generaba. Lo que sí sabía hacer bien era tocar. Era un espíritu libre, caprichoso, incansable, dulce, lleno de inventiva. El piano de jazz, el sexo, los viajes, las fiestas, en esto sí que era fabuloso... hasta que se aburría, claro, o hasta que la realidad afloraba a la superficie y desaparecía. De pequeña no me enseñaron a tocar y aprendí mucho de él. Pero en el fondo no sé si era necesario tal aprendizaje.

Encontré sitio para aparcar a seis casas de distancia. El coche de Daniel estaba aparcado delante de la mía. Él se hallaba apoyado en el guardabarros. Tenía junto a los pies una bolsa de papel con asas de esparto, de la que sobresalía una barra de pan francés como si fuera un bate de béisbol.

—Creí que te ibas hoy —dije.

—He hablado con mi amigo. Parece que tengo que quedarme otro par de días.

—¿Has encontrado dónde?

—Eso espero. Hay un pequeño motel, en este mismo barrio, que tendrá una habitación libre más tarde. Los que la ocupan han pedido la cuenta.

—Estupendo. ¿Quieres recoger tus cosas?

—En cuanto esté instalado.

—¿Y eso? —dije, señalando la barra de pan.

Siguió el curso de mi mirada y posó los ojos en la bolsa de papel.

—La merienda —dijo—. Me apetece incluso tocar un rato el piano.

—¿Hace mucho que esperas?

—Desde las seis —respondió—. ¿Te encuentras bien? Pareces derrotada.

—Lo estoy. Anda, entra. Espero que hayas comprado vino. Me apetece tomar un trago.

Se despegó del coche y cogió la bolsa en brazos para cruzar la entrada del jardín. Terminamos en casa de Henry, en el suelo de la sala de estar. Daniel había comprado veinticinco velas y las fue colocando por toda la habitación hasta que me dio la sensación de estar en el centro de una tarta de cumpleaños. Tomamos vino, paté, quesos surtidos, pan francés, ensalada fría, frambuesas naturales y tortas de azúcar grandes como boinas. Al terminar me estiré vencida

por el sopor de la digestión mientras Daniel tocaba el piano. Más que interpretar música, la descubría, conjuraba arpeggios, buscaba melodías a lo largo del teclado, las bordaba, las adornaba. Había estudiado piano clásico, de manera que se ejercitaba con Chopin, con Liszt, con las complejidades de Bach, y pasaba a las improvisaciones sin el menor esfuerzo.

Dejó de tocar de repente.

Abrió los ojos y lo miró con fijeza.

Tenía una expresión angustiada. Dejó caer la mano sobre las teclas y produjo un acorde desapacible.

—Se ha ido. Me he quedado sin ella. He dejado de tomar drogas y las drogas se han llevado la música.

Me incorporé.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Tuve que elegir y ya ves los resultados. Puedo vivir sin las drogas, muñeca, pero sin música no. Me han hecho así.

—Lo que tocabas era precioso.

—¿Y tú qué sabes? Todo era técnica. Mecánica pura. Le faltaba espíritu. La música solo me funciona cuando estoy por las nubes, a tope. Esto no es nada. Solo está vivo a medias. Es mejor lo otro, cuando estoy en órbita y me entrego totalmente. No se puede parar. Es o todo o nada.

Empezaba a sentirme rígida.

—Pero ¿qué dices?

Era una pregunta estúpida. Me daba cuenta.

Los ojos le brillaban. Juntó el pulgar y el índice, se los acercó a la boca y aspiró con fuerza. Era un gesto que solía hacer cuando iba a liarse un canuto. Se miró la cara interior del codo y apretó el puño con sonrisa de complacencia.

—No lo hagas —dije.

—¿Por qué no?

—Acabará contigo.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no puedo vivir como me dé la gana? Soy malo, soy el demonio. Deberías saberlo a estas alturas. Soy capaz de hacer cualquier cosa por el solo placer de hacerla..., solo por estar *despierto* joder, me gustaría colocarme, ¿sabes? Quisiera sentirme bien. Te diré algo acerca de ir por el buen camino... Es un maldito arrastrarse. No sé cómo lo aguantas. No sé cómo te las arreglas para no colgarte de una viga.

Estrujé las servilletas de papel y las metí en la bolsa, recogí los platos de plástico, los cubiertos de plástico, la botella de vino vacía, las cajas de cartón. Daniel seguía ante el piano, en la banqueta, con las manos en los muslos. No estaba segura de que llegara a cumplir los cuarenta y tres años.

—¿Por eso has vuelto? —pregunté—. ¿Para vomitarme encima? ¿Qué

bucas? ¿Permiso? ¿Que te dé mi aprobación?

—Sí, no estaría mal.

Empecé a apagar las velas, y la oscuridad, semejante al humo, se fue condensando en los rincones de la estancia. No se puede discutir con los enamorados de la muerte.

—Sal de mi vida, Daniel. Es lo único que te pido.

El lunes me levanté a las seis de la mañana y corrí ocho lentos y dolorosos kilómetros. No estaba en forma y no tenía trabajo, pero no lo podía remediar. Probablemente habían sido las peores Navidades de mi vida y el nuevo año, por lo visto, no presentaba mejor cara. Estábamos ya a 3 de enero y tenía ganas de que mi vida volviera a ser lo que había sido antes. Con un poco de suerte, Rosie reabría el establecimiento aquel mismo día y Jonah regresaría de Idaho. Henry tenía que volver el viernes. Invoqué al cielo mientras corría, sin prestar atención a los dolores corporales, ni al hecho de no tener despacho ni a la nube de sospechas que aún se cernía sobre mí.

El cielo estaba despejado y soplaba una brisa apática. El día era anormalmente cálido, incluso a aquella hora, y me pregunté si no estaríamos sufriendo un clima semejante al de Santa Ana, donde sopla un viento racheado del desierto, tórrido como el de un horno. No estábamos en la estación en que esto ocurre, pero el aire dejaba en la piel la misma sensación seca y polvorienta. El sudor de la cara se me evaporaba casi en el instante mismo de brotar, y la camiseta se me pegaba a la espalda como un trapo de cocina caliente. Cuando volví a mi barrio, la tensión me había desaparecido en parte. Kinsey Millhone, la eterna optimista. Llegué trotando a la puerta de casa e invertí unos minutos en refrescarme y recuperar el aliento moviéndome a paso normal. El coche de Daniel había desaparecido. En su lugar había un automóvil que no había visto en mi vida, un utilitario a juzgar por la forma, anónimo y sin rasgos bajo la funda de algodón azul claro que lo cubría. Los espacios para aparcar están limitados en la zona y no abundan los garajes. Si alguna vez me compro otro coche, me haré con una de estas fundas de protección. Me apoyé en la valla del jardín y estiré los músculos de las pantorrillas, como se debe, antes de meterme en la ducha.

A las ocho me llamó Lance Wood. El ruido que se oía de fondo era esa mezcla hueca que producen el fragor del tráfico y la resonancia propia de las cabinas telefónicas.

—¿Dónde está?—le pregunté en cuanto supe quién era.

—En Colgate, en un cruce de calles. Sospecho que me han pinchado el

teléfono de la oficina.

—¿Ha hecho que lo comprueben?

—Bueno, la verdad es que no sé cómo abordar un problema así y me sentiría como un idiota si solicitara una revisión a la compañía telefónica.

—No hace falta que lo jure —dije—. Sería como pedir a la zorra que cuidara del gallinero. ¿Qué motivos tiene para pensar que se lo han pinchado?

—Pues que pasan cosas raras. Sostengo una charla telefónica y antes de que me dé cuenta ya sabe todo el mundo qué he dicho o he dejado de decir. No me refiero a los típicos chismorreos laborales. Es algo más sutil, por ejemplo comentarios que he hecho a clientes de otro estado y que los de Santa Teresa deberían desconocer.

—¿Y si es alguien que se dedica a escuchar detrás de las puertas? En su empresa hay muchos empleados que pueden acceder a los teléfonos.

—A mi línea privada no. No es que nos dediquemos a traficar con secretos de estado, pero todos decimos cosas que a lo mejor no nos gusta que se difundan. En este asunto hay alguien que me quiere desacreditar. ¿No podría usted hacer alguna averiguación al respecto?

—Puedo intentarlo —dije—. ¿Y si fuera el aparato telefónico? ¿Ha probado a desenroscar el auricular?

—Desde luego, pero no sé qué aspecto tienen por dentro los auriculares sin intervenir. Lo único que sé decirle es que no oigo ruidos raros ni chasquidos.

—Si la intervención se ha hecho bien, no tiene por qué oír ruidos extraños. Un buen pinchazo es prácticamente indetectable. Pero podría tratarse de otra cosa —dije—. A lo mejor le han puesto micrófonos ocultos en el despacho.

—Tanto me da. ¿Sería usted capaz de localizarlos?

—Tal vez, con un poco de suerte. Hay aparatos electrónicos para detectar estas cosas. Veré si puedo comprar uno antes de salir para Colgate. Dentro de un par de horas me reuniré con usted en la fábrica. Ahora tengo que solucionar un par de detalles.

—De acuerdo. Gracias.

Invertí una hora en pasar a máquina las notas que había tomado y recorté lo que decía el periódico sobre la explosión para incluir la noticia en el expediente. Llamé a Texas, al teléfono de Lyda Case, por si acaso su compañera de piso había tenido noticias de ella. Me habría sido muy útil saber la manera de localizarla en Santa Teresa.

A las nueve y diez sonó el teléfono. Era Darcy, me llamaba desde La Fidelidad de California y hablaba como si se protegiera la boca con la mano ahuecada.

—Lío y gordo —dijo.

El corazón me dio un vuelco.

—Cuenta, cuenta.

—Si cambio de tema sin más ni más, será la señal de que Mac ha entrado —murmuró—. Le he oído hablar con Jewel sin que se diera cuenta. Le ha dicho que la Policía ha recibido una llamada anónima acerca del inventario del almacén. Por lo visto, Lance Wood trasladó toda la mercancía antes de que se declarase el incendio. La mercancía por la que quiere que se le indemnice no era en realidad más que un montón de chatarra sin valor.

—Eso es mentira —dije—. Yo misma vi parte del material. Inspeccioné cinco o seis cajas cuando estuve en el almacén.

—Bueno, cabe la posibilidad de que dejase unas cuantas cajas de mercancía auténtica entre las falsas. Van a acusarle oficialmente, Kinsey. De incendio provocado y estafa, y a ti de complicidad. Mac le ha pasado todos los papeles al fiscal del distrito esta misma mañana. Pensé que te gustaría saberlo por si necesitaras consultar con un abogado.

—¿Qué planes tienen? ¿Lo sabes?

—El señor Motycka no está, pero le puedo dejar una nota en la mesa —dijo.

—¿Ha entrado Mac?

—No nos dijo la hora exacta, pero le esperamos hoy. Ya. Entiendo. Así lo haré. Muy bien, gracias —dijo, y colgó.

Llamé a Lonnie Kingman y le conté lo que pasaba. Me dijo que consultaría con la fiscalía del distrito para saber si iba a dictarse alguna orden de detención. Me aconsejó que me presentara voluntariamente a la Policía para evitar la vergüenza y la confusión que producen las detenciones en público.

—No puedo creer que esto me esté ocurriendo a mí —dije.

—Bueno, aún no ha pasado nada. Preocúpate cuando yo te lo diga, no antes —dijo.

Cogí el bolso y las llaves del coche y me dirigí a la puerta. Había vuelto a desenchufar las clavijas de las emociones. Dejarme vencer por la ansiedad carecía de sentido. Subí al coche y me dirigí a un establecimiento de artículos eléctricos que hay en Granita. Sospechaba que mis conocimientos sobre inspección electrónica debían de estar anticuados, ya que se limitaban a cuatro datos aprendidos en un cursillo acelerado que había seguido en la Academia de Policía hacía casi una década. La tecnología a escala liliputiense había tenido que revolucionar el campo desde entonces, pero sospechaba que lo fundamental tenía que basarse en principios idénticos. Micrófono, transmisor y grabadora, sin duda activada oralmente en la actualidad. La instalación la puede realizar cualquier técnico disfrazado de empleado de la compañía telefónica, de empleado de la compañía de gas, de instalador de televisión por cable. La vigilancia electrónica cuesta mucho dinero, es ilegal salvo que la autorice un juez, y es mucho más sencilla en las películas de la tele que en la vida real. Detectar micrófonos es otra historia. Claro que siempre había la posibilidad de que todo fuera fruto de la imaginación de Lance Wood, aunque lo dudaba.

El pequeño receptor que compré en Granita tenía más o menos el tamaño de un transistor. No cogía todas las bandas de frecuencias, pero sí la mayoría de las empleadas para estos menesteres, entre 30 y 50 megahercios y entre 88 y 108 megahercios. Si el micrófono oculto estaba conectado a un cable, tendría que dar con el cable por mis propios medios, pero si era inalámbrico, el receptor emitiría un pitido en cuanto se pusiera a su alcance.

Puse rumbo a Colgate con las ventanillas bajadas; el aire tórrido entraba a raudales y caldeaba el interior del VW como si fuese un horno de convección. El hombre del tiempo que hablaba por la radio del coche parecía tan aplatanado como yo. El asfalto brillaba y temblaba a causa del calor, igual que si estuviéramos en agosto. En Santa Teresa, el mejor mes suele ser enero. Todo reverdece y florece, y la temperatura, suave y agradable, baja a veintitantos grados. El rótulo del banco que indicaba la hora y la temperatura decía que estábamos a 31 grados centígrados, y eso que aún no era mediodía.

Aparqué delante de Wood/Warren y entré en la fábrica. Lance salió de su despacho; vestía una camisa vieja y se había subido las mangas.

—¿Tenemos que ir con cuidado con lo que digamos al entrar? —me preguntó, señalándome la puerta del despacho.

—No hace falta. Es mejor que sepan que estamos al tanto de sus maniobras. A lo mejor se desconciertan y todo.

Antes de poner manos a la obra, hice una rápida inspección de las paredes del despacho y el antedespacho por si acaso se había instalado un micrófono inalámbrico entre los paños de la pared o en el interior de alguna puerta hueca cuyo panel hiciera las veces de diafragma transmisor del sonido. El despacho de Lance estaba situado en el extremo derecho del edificio, formando ángulo con la fachada. Las dos paredes que lindaban con el exterior eran de piedra y hormigón; habría sido difícil ocultar allí un micrófono, ya que habrían tenido que perforar la piedra con un taladro. Uno de los tabiques interiores lindaba con recepción, donde no habría sido fácil esconder un micro. La cuarta pared estaba limpia.

Los empleados nos miraban con indiferencia mientras llevábamos a cabo la etapa preliminar de rastreo. Ninguno parecía inquieto por la presencia manifiesta del detector de micrófonos.

Entramos en el despacho. Inspeccioné primero el teléfono: quité la lámina de la parte inferior y desenrosqué los dos extremos del auricular. A juzgar por lo que vi, nada sospechoso había en el aparato.

—No está en el teléfono, ¿verdad? —dijo Lance.

—Nunca se sabe. Podría encontrarse en cualquier punto de la línea —dije—. Igual hay una conexión directa en el tendido, pero no sé la manera de comprobarlo. Tenemos que partir de la base de que el micrófono se encuentra en el despacho. La cuestión es dar con él.

—Pero ¿qué buscamos exactamente? —preguntó Lance.

Me encogí de hombros.

—Un micrófono, un transmisor. Si quien le espía es el FBI o la CIA, lo más seguro es que no encontremos nada. Tienen un personal muy eficaz. Pero si quien le vigila es un aficionado, cabe la posibilidad de que el aparato sea rudimentario.

—¿Qué trasto es ese?

—Un receptor manual —dije—. Detectará cualquier sonido que produzca el micrófono y emitirá un pitido. Primero lo buscaremos con el receptor y, si no lo encontramos, desmontaremos el despacho pieza por pieza.

Encendí el receptor y fui sintonizando las frecuencias habituales mientras me movía por la estancia igual que un zahorí. Nada.

Metí el receptor en el bolsillo exterior del bolso y me puse a buscar con rapidez, siguiendo la periferia del despacho y avanzando a continuación hacia el centro para peinar la estancia con un recorrido reticular que no pasara por alto ni un solo centímetro cuadrado.

Nada.

Me detuve unos instantes, llena de confusión, mientras recorría con los ojos el techo, las paredes y el suelo. ¿Dónde estaría aquel cacharro? Me quedé mirando un enchufe telefónico que había a la derecha de la puerta.

—¿Qué es eso?

—El qué? Ah. Hice cambios en el despacho y trasladé el teléfono a otro sitio. Estaba ahí antes.

Me arrodillé e inspeccioné el enchufe. Parecía del todo normal. Cogí el destornillador y levanté la tapa. Faltaba un fragmento de zócalo. Empotrada en el hueco había una grabadora del tamaño de una baraja.

—Ajajá —dije.

La cinta avanzó medio carrete y se detuvo. Desconecté el microsensor auditivo y puse la grabadora encima del escritorio. Lance se dejó caer en la silla giratoria. Intercambiamos una larga mirada.

—¿Por qué? —dijo con abatimiento.

—No tengo ni idea. Dígame usted.

Sacudí la cabeza.

—No sé ni qué decir. Que yo sepa, no tengo enemigos.

—Pues parece que sí los tiene. Y no solo usted. Hugh Case está muerto y Terry también lo estaría de haber sido él quien cogiera el paquete y no Olive. ¿Hay algo que tengan los tres en común?

—Nada. Se lo juro. Los tres estamos relacionados con Wood/Warren, pero ni siquiera desempeñamos la misma actividad. Fabricamos hornos de hidrógeno. Es lo único que hacemos. Y Hugh falleció hace dos años. Así pues, ¿por qué? Si se trata de alguien que quiere hacerse con la empresa, ¿por qué elimina a las

personas clave?

—Puede que no sea ese el motivo. A lo mejor nada tiene que ver con el trabajo. Piénselo detenidamente. Yo hablaré con Terry y le diré que haga lo mismo. Puede que hayamos pasado algo por alto.

—Tiene que ser eso —dijo. El acaloramiento y la tensión se le notaban en la cara. Dio un golpecito con el dedo a la grabadora—. Gracias por el servicio.

—Sea prudente. Podrían haber escondido otro. A lo mejor han instalado este en un sitio fácil de descubrir para que dejemos de buscar —cogí el bolso, me dirigí a la puerta y me detuve en el umbral—. Llámeme si se le ocurre algo. Y si tiene noticias de Lyda Case, comuníquemelo.

Al cruzar recepción me desvié a la derecha. John Salkowitz alzó los ojos del diagrama que tenía en la mesa.

—¿Deseaba alguna cosa?

—¿Sabe dónde está Ava Daugherty?

—Acaba de irse. Tenía unos encargos pendientes, pero volverá enseguida.

Saqué una tarjeta y la dejé en el escritorio de Ava.

—Por favor, dígame que me llame, si no es molestia.

—Se lo diré.

Llegué a casa a eso de las tres. Me sentía sucia y acalorada de tanto escudriñar debajo de los muebles. Crucé la puerta y tiré el bolso encima del sofá. Sufrí un sobresalto al oír el pitido y volví a coger el bolso. Saqué el detector de micrófonos del bolsillo exterior y lo apagué. Jesús, qué susto me había dado. El silencio me sentó de maravilla. Me quedé inmóvil, con el corazón aún a cien por hora, respirando el aire fresco generado por el repentino brote de sudor. Me palmeé el pecho y vacié los pulmones. Me acerqué a la cocina cabeceando. Me sentía seca, con ganas de tomarme una cerveza. El piso estaba tan húmedo y herméticamente cerrado como una sauna. Inspeccioné el frigorífico. Ni siquiera había una lata de Pepsi *light*.

Me detuve en seco y giré la cabeza muy despacio. Cerré la puerta del frigorífico y volví al sofá. Cogí el detector de micrófonos, lo encendí y recorrí la estancia. Los pitidos rasgaron el silencio como una alarma antirrobo.

Me acerqué al rincón y me detuve con los ojos clavados en el suelo. Me agaché y, con mucho cuidado, metí la mano en el agujero de la caja de resonancia de la guitarra de Daniel. El transmisor tendría el tamaño de una caja de cerillas y lo habían pegado con cinta adhesiva. Sentí un escalofrío a lo largo de toda la columna. Daniel estaba metido en aquel asunto.

Tardé casi dos horas en encontrar la grabadora de activación oral. Resultó que la habían escondido en el porche que antiguamente unía la casa principal con el garaje reconvertido que era entonces mi vivienda. Ignoraba cómo se las había apañado Daniel para entrar. Puede que forzara la cerradura; es lo que yo habría hecho. La cinta estaba al principio, lo que significaba que Daniel había estado allí hacía muy poco para quitar la cinta gastada y colocar la nueva. No conseguía recordar lo sucedido al aparecer Daniel. Al pensar en las charlas telefónicas que habrían quedado registradas en los últimos días se me pusieron los pelos de punta. Porque habían tenido que grabarse hasta los mensajes del contestador automático, y no digamos la larga conversación que a propósito del caso había sostenido con él. Había manifestado mucha curiosidad y con qué astucia me había hecho preguntas. Me había prestado tanta atención que incluso me había sentido halagada. En ese momento me daba cuenta de que, a su manera, había intentado advertirme. No había parado de hablar acerca de lo embustero que era. ¿Y si me había estado contando una mentira tras otra? Me senté en el escalón de la puerta y me puse a dar vueltas al asunto. ¿Quién habría apretado las clavijas a Daniel? Podía haber sido Lyda Case, incluso Ebony. Cualquiera de las dos había podido encontrarse casualmente con Daniel, con Daniel el amoral, Daniel el promiscuo, el aburrido, el inestable, el inquieto, el asqueado de la vida. ¿Acaso le importaba traicionar a quien fuese? Ya me había traicionado antes. Una vez más importaba poco en el esquema supremo de las cosas. Me desesperaba al pensar en toda la información que había podido reunir con solo atar cabos mientras me oía hablar por teléfono. Puede que Andy Motycka hubiera deducido de este modo que Darcy y yo andábamos tras él. Porque estaba claro que *algo* le había obligado a huir. Los periódicos nada habían dicho sobre la muerte de Olive hasta el día *siguiente* de su desaparición. ¿Sabía acaso lo que iba a ocurrir? Tenía que encontrar a Daniel.

Cogí la guitarra, el transmisor y la grabadora, lo puse todo en el asiento trasero del coche y me puse a recorrer el barrio por si veía su Rent-A-Ruin. Vivo a una manzana de la playa en un barrio de moteles y bungalows californianos

con solera. Comencé la búsqueda en el bulevar Cabana y fui rodeando una manzana tras otra, mirando los coches de cada motel e inspeccionando el aparcamiento de todos los restaurantes que flanquean la playa. No había el menor rastro de Daniel. Seguramente me había mentido en todo, incluso en lo relativo al motel donde pensaba hospedarse.

A las cinco me di por vencida y volví a casa. Como de costumbre, no tuve más remedio que aparcar a unas cuantas casas de distancia. El intenso calor reinante durante las horas diurnas cedía el paso a una temperatura más benigna y todo indicaba que íbamos a tener una noche cálida. El sol se ponía ya y entre el ocaso de enero y el clima estival me sentía confusa y con los nervios a flor de piel. Iba a entrar en el jardín cuando percibí el olor. «Perro muerto», pensé. Era un olor fétido, a podrido. Me volví para mirar la calzada, pensando que vería algún animalito aplastado en el asfalto. Pero lo que me llamó la atención fue el vehículo cubierto por la funda de algodón azul que estaba estacionado delante de mi casa. Titubeé durante unos segundos y me acerqué. El olor se hizo más intenso. La boca empezó a llenarse de saliva de manera involuntaria. Me la tragué y me despuntaron las lágrimas; es una de mis maneras de reaccionar ante el miedo. Levanté la funda con cautela para dejar al descubierto la parte delantera y escrutar a través del parabrisas.

Aparté la mano con violencia y emití uno de esos sonidos que no se pueden traducir al lenguaje humano.

La cara abotargada de Lyda Case se apoyaba en la ventanilla del acompañante; tenía los ojos dilatados, y la lengua, que le sobresalía por entre los labios hinchados y amoratados, tan gorda, tan negra y tan cilíndrica como la de un periquito. Tenía medio clavada en la carne fofa del cuello un pañuelo decorado alegremente con un motivo de surf. Volví a cubrir el parabrisas, fui directamente al teléfono, llamé al 911 y notifiqué el hallazgo del cadáver. La voz me salió ronca y exenta de emociones, pero las manos me temblaban con violencia. La cara de Lyda seguía bailoteando ante mis ojos, fantasía de muerte indisolublemente vinculada al olor de la putrefacción. El funcionario de servicio me informó que ya estaban en camino.

Volví a la calle. Me senté en el bordillo de la acera para esperar a los polis y para velar el cadáver de Lyda igual que un perro fiel. Apenas habían transcurrido cuatro minutos cuando el coche patrulla dobló la esquina a toda velocidad. Me incorporé y avancé hacia el centro de la calzada con el brazo extendido igual que un agente de tráfico.

Los dos policías de uniforme que salieron del coche me resultaron conocidos, Pettigrew y Gutiérrez, macho y hembra. Sabía que habían visto espectáculos peores que el que ofrecía Lyda Case —¿qué patrullero no los ha visto?—, pero en aquel había algo particularmente repugnante. Era como si la hubieran colocado en esa postura para aumentar el horror al máximo. Era un mensaje dirigido a

mí..., una burla altanera y macabra, una manera de intensificar las relaciones entre el asesino y yo. No me había tomado la muerte de Olive en un sentido personal. La había lamentado, pero en ningún momento había pensado que el blanco pudiera ser yo. Mi presencia en el lugar de la explosión había sido puramente circunstancial. Aquello era distinto. Aquello iba dirigido a mí. El asesino conocía mi domicilio. Y se había tomado la molestia de dejar el cadáver delante de mi puerta.

Durante dos horas no hice otra cosa que presenciar trámites policíacos, rutinarios y tranquilizadores y tan organizados como un baile. Todo lo que entrañaba responsabilidades se remitía a otras personas. Llegó el teniente Dolan. Respondí a sus preguntas. Resultó que aquel coche también era de alquiler, no de Rent-A-Ruin esta vez, sino de Hertz. Si la memoria no me fallaba, había reparado en el vehículo aquella misma mañana. No, no lo había visto antes. No, no había visto personas desconocidas por los alrededores. Sí, sabía quién era la difunta, pero no se había puesto en contacto conmigo. No, no sabía ni cuándo ni por qué se había presentado en Santa Teresa, solo que había dicho a Terry Kohler que tenía algo que contarle. Como el propio Dolan había estado con nosotros de plantón en el Refugio de los Pájaros, sabía que la mujer no había acudido a la cita. Era probable que ya estuviera muerta por entonces, porque la carne empezaba a cocérsele en el microondas del coche cerrado.

Vi por el rabillo del ojo que el forense hacía un examen preliminar del cadáver. Las portezuelas del vehículo estaban abiertas de par en par y el barrio entero olía al perfume putrefacto que exhalaba el cuerpo. Ya era noche cerrada y los vecinos de toda la calle se mantenían a una distancia prudencial del escenario del crimen, que contemplaban desde el porche respectivo. Algunos llevaban aún la ropa del trabajo. Muchos se cubrían la cara con un pañuelo para neutralizar el hedor. Los agentes de Policía que trabajaban en contacto directo con el cadáver llevaban mascarillas de protección. Se habían instalado focos y los expertos en huellas cubrían de polvillo blanco hasta el último centímetro del vehículo. La manija de las portezuelas, las ventanillas, el cuadro de mandos, el volante, el eje del volante, la funda de plástico de los asientos. Dado que era un coche alquilado y lo normal era que se limpiara entre un servicio y otro, había bastantes probabilidades de que las huellas que se encontrarán, en el caso de que se encontrara alguna, fueran decisivas. De fácil cotejo en última instancia.

Pettigrew había entrado en mi casa para llamar por teléfono al director de Hertz.

Metieron a Lyda en una bolsa del depósito de cadáveres. Los gases que se le habían acumulado bajo la epidermis parecían haberla engordado veinticinco kilos de manera inesperada, y durante una fracción de segundo me pasó por la cabeza la grotesca idea de que podía reventar. De repente, me puse de pie y entré en casa. Me serví un vaso de vino y lo engullí como si fuese agua. El agente

Pettigrew terminó de hablar y colgó el teléfono.

—Quisiera darme una ducha —dije—, si no hay inconveniente.

No esperé a oír su contestación. Cogí una bolsa de basura de la cocina, me encerré en el cuarto de baño, me desnudé y metí en la bolsa todo lo que había llevado puesto, zapatos incluidos. Cerré la bolsa y la dejé junto a la puerta del cuarto de baño, en la parte de fuera. Me duché. Me lavé la cabeza. Al terminar, me envolví en una toalla y para tranquilizarme me busqué la cara en el espejo. No podía exorcizar las imágenes. Los rasgos de Lyda parecían haberse superpuesto a los míos y su hedor trataba de imponerse al aroma del jabón y el champú. Nunca había experimentado un contacto tan directo con la muerte. Mi yo, incapaz de contemplar su propia nada, sufrió una contracción. Nada impresiona y ofende tanto al alma como la constatación de que llegará el día en que dejará de «ser». Es esto lo que dota a las religiones de medidas consoladoras que yo no podía aceptar.

A eso de las nueve, el barrio volvió a estar despejado. En el coche, que se había remolcado hasta el depósito de la Policía, se habían obtenido algunas huellas, incluso una de un fragmento de una mano. El director de Hertz había acabado por personarse y el experto en dactiloscopia le tomó las huellas, lo mismo que a mí, con objeto de compararlas. Los técnicos limpiarían el coche como una cuadrilla de mujeres de la limpieza, a continuación darían comienzo al laborioso proceso de analizar todas las partículas obtenidas.

Me sentía demasiado inquieta para quedarme en casa. La inclinación de la cara de Lyda, que parecía observar mi puerta, había destruido de un plumazo el sentido de la seguridad que hasta entonces había atribuido a mi apartamento. Me enfundé en una cazadora de nailon, cogí el bolso y al salir dejé la ropa contaminada en el cubo de la basura de Henry. Volví a inspeccionar el barrio, en busca del coche de Daniel, recorriendo los mismos aparcamientos y moteles que la vez anterior. Aún tenía su guitarra en el asiento trasero y estaba convencida de que era incapaz de irse de la ciudad sin recogerla.

La suerte me sonrió en el motel Beach View, aunque la verdad es que desde allí solo se veía la parte posterior del motel contiguo. El coche alquilado de Daniel se encontraba delante de la habitación 16, planta baja, parte trasera. Al lado mismo había un pequeño Alfa Romeo, rojo y descapotable. Vencida por el desasosiego, no le pude quitar la vista de encima mientras aparcaba. Cerré el coche con llave y me entretuve buscando en la guantera del Alfa la documentación del vehículo. No me sorprendió comprobar que el coche era de Ashley Wood. ¡Caramba, caramba, caramba!

Llamé a la puerta de la habitación 16. Las luces estaban encendidas, pero tuve que esperar un rato. Empezaba a pensar que a lo mejor se habían ido a dar una vuelta a pie cuando se abrió la puerta y Daniel asomó la cabeza. Iba descalzo y sin camisa, pero se había puesto unos tejanos descoloridos. Era liso de caderas

y tenía el cutis bronceado, y llevaba el pelo revuelto, como si hubiera estado durmiendo. Tenía las mejillas encendidas y le habían desaparecido las ojeras. Mi presencia, por lo visto, no le sorprendió en absoluto.

—¿Puedo pasar? —dije.

Titubeé durante una décima de segundo y se hizo a un lado. Entré en la habitación y, al hacerlo, advertí, con una mezcla de diversión y malhumor, que la puerta del cuarto de baño estaba cerrada. El aroma almizcleño de la sexualidad flotaba todavía en el aire, igual que el ozono después de la lluvia.

—Tengo la guitarra en el coche.

—No hacía falta que te molestaras. Ya te dije que pasaría a recogerla.

—No ha sido molestia. Además, quería hablar contigo otra vez.

Paseé por la habitación y vi las pinzas de fumar canutos, la negra colilla del porro en el cenicero.

—Te ha faltado tiempo, ¿eh? —dije.

Me miraba con actitud vigilante. Me conocía lo suficiente para comprender que estaba de un humor de perros.

—¿Qué te preocupa? No puedo hacer nada, estoy atado de pies y manos.

Esbocé una sonrisa mientras me preguntaba si lo habría dicho en sentido literal. El sadomasoquismo nunca había figurado en su menú erótico, pero no estaba al tanto de los gustos sexuales de Ash.

—He encontrado el transmisor. La grabadora está en el coche, con la guitarra. Al principio pensé tirarlo todo al mar, pero soy demasiado buena. Eres de lo que no hay, Daniel. Hace falta tener los huevos de plomo para volver a llamar a mi puerta con una sonrisa en los labios y traicionarme otra vez.

Le cambió la expresión de la cara, pero por lo menos tuvo la honradez de no negarlo.

Me dirigí al cuarto de baño y abrí la puerta.

Nada más ver a Bass experimenté algo semejante al dolor, seguido de una especie de liberación de todo sentimiento. Ni siquiera sentí rabia en aquel instante de comprensión. Recordé la última vez que los había visto juntos... Bass cumplía veintiún años y había organizado una fiesta en el club deportivo. La banda de jazz en que estaba Daniel había tocado para celebrarlo. A mí también me habían invitado porque conocía a Ash. Dos semanas más tarde, Daniel desaparecía de mi vida prácticamente sin despedirse. Por fin comprendía el motivo. Me pregunté quién había seducido a quién. Daniel era trece años mayor que Bass, aunque el detalle carecía de importancia. La pasión había ionizado el aire de la habitación. Me sentía medio mareada.

Bass se había liado una toalla a la cintura. Sin darme cuenta, me puse a observar aquel cuerpo que Daniel prefería al mío. Era pálido, de pecho hundido, pero se movió con dignidad cuando me rozó al cruzar la puerta.

—Hola, Kinsey.

Se detuvo ante el cenicero y recogió la colilla del canuto. Ladeó la cabeza y la encendió con un Bic no recargable. Aspiró una bocanada de humo y le pasó la colilla a Daniel, que declinó la invitación con un leve movimiento capital. Se miraron con tal ternura que tuve que bajar los ojos.

Bass se volvió a mí.

—¿Por qué has venido?

—Ly da Case ha muerto.

—¿Quién?

—Vamos, Bass, no me jodas. Estaba casada con Hugh Case, un antiguo empleado de Wood/Warren. Seguramente no lo habrás olvidado tan pronto.

Bass se deshizo del porro y se acercó a la cama. Se tumbó en ella con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Tenía negro y sedoso el vello de las axilas y le vi marcas de mordeduras en el cuello. Cuando habló, lo hizo en tono suave y relajado.

—No hace falta que te pongas desagradable. Hace años que no voy por allí. Este asunto nada tiene que ver conmigo —dijo—. Pero contigo sí.

—¿Conmigo? ¡Eso es mentira! Fue La Fidelidad de California quien me metió en el caso.

—Eso dicen. La fiscalía del distrito se puso en contacto con mi madre. Te acusan de estafar a una compañía de seguros.

—Y tú te lo has creído —dije con desánimo.

—Pero si lo entiendo... Lance se metió en un problemilla económico y necesitaba dinero. Incendiar el almacén era mejor que pedir un préstamo a un banco. Lo único que necesitaba era que le echases una mano.

—¿En serio? Estás muy bien informado para no tener que ver con la empresa. ¿Quién te lo ha contado?

—¿A ti qué te importa?

—No se puede dar crédito a todo lo que se dice, Bass. A veces ni siquiera se puede creer lo que se ve. Aquí se cuece algo y ninguno de nosotros ha sido lo bastante inteligente para descifrar el misterio.

—Seguro que se te ocurre algo. Tengo entendido que eres muy competente en tu profesión.

Miré a Daniel.

—¿Y tú? ¿Cómo te has dejado tentar? ¿O he elegido mal la palabra?

Como Daniel no supo qué decir, Bass respondió por él.

—Teníamos que saber qué estaba pasando. Tú no ibas a decírnoslo, como es lógico. Por lo tanto teníamos que movernos por nuestra cuenta. El objetivo es entregar las cintas a la fiscalía del distrito, por supuesto.

—Oh, sí. Desde luego. ¿A quiénes te refieres cuando hablas en plural?

—Será mejor no tocar ese tema por si te picara el gusanillo de la revancha —dijo Bass—. La cuestión es que yo conocía a Daniel, Daniel te conocía a ti y me

pareció el modo más lógico de informarme.

—¿Y Andy Motycka? ¿Cómo entra en esto?

—No conozco todos los detalles. ¿Por qué no me lo dices tú?

—Bueno, yo tampoco conozco todos los detalles. Yo creo que le han obligado a meterse en esta historia. Puede que se pusiera nervioso al darse cuenta de que Darcy y yo andábamos tras él. O tal vez se enterase de lo de la muerte de Olive y pensara que se trataba de un lío más gordo de lo que le habían dicho. En fin, parece que se ha ido de la ciudad; a no ser que también esté muerto. ¿No te afecta la muerte de Lyda Case?

—¿Y por qué? No la conocía personalmente. Bueno, sí, lamento que haya muerto, pero yo nada he tenido que ver.

—Bass, ¿cómo sabes que no vas a ser el próximo? ¿O Daniel!? Ya que Olive te trae sin cuidado, medita por lo menos acerca de tu vulnerabilidad. Te enfrentas con alguien que cada vez tiene menos que perder.

—¿Por qué crees que Bass sabe de quién se trata? —preguntó Daniel.

—¿Y por qué crees tú que no lo sabe? —le solté.

Al volver al apartamento encendí todas las luces exteriores de la casa de Henry e iluminé su patio posterior como si fuera un campo de prisioneros. Comprobé la cerradura de todas sus puertas y ventanas y a continuación revisé las mías. Limpié y comprobé el funcionamiento de mi pequeña semiautomática y le puse ocho cartuchos en el cargador. Me fastidiaba que no tuviese punto de mira. Una pistola no protege cuando no se pueden controlar los disparos. Me la guardé en el bolso. La llevaría a una armería por la mañana. Me pregunté si alquilarían pistolas en estos establecimientos.

Me cepillé los dientes, me lavé la cara y comprobé el estado de las quemaduras, los chichones y los cortes de menor importancia. Me sentía hecha una mierda, pero me dije que era mejor prescindir de los calmantes. Tenía miedo de quedarme dormida como un tronco; me podían dar un susto en el momento menos pensado. También tenía miedo de que Lyda Case se me apareciera en sueños sin avisar.

El reloj digital proseguía su parpadeante camino nocturno. El viento era tórrido y seco en el exterior y sacudía las ramas de las palmeras, que susurraban como conspiradores. La atmósfera de mi apartamento era sofocante y el calor amortiguaba los ruidos. Dos veces me levanté y fui a la ventana del cuarto de baño para espiar la calle con la luz apagada. Los árboles se combaban con violencia a causa del viento. Las hojas se deslizaban a toda velocidad por el asfalto. El polvo se arremolinaba y ascendía en espirales vertiginosas. Pasó un coche despacio y las luces de los faros acariciaron el techo del cuarto de baño. Imaginé a Daniel refugiado en el arco protector del cuerpo de Bass y sentí envidia de su seguridad. En lo más profundo de la noche, la seguridad personal se nos antoja más importante que lo que poseemos.

Finalmente me dormí, mientras las tinieblas empezaban a retroceder ante la suavidad grisácea de la aurora. El viento había amainado y el silencio subsiguiente resultaba tan inquietante como los crujidos ocasionales de la encina que crecía en el patio de mi vecino. Desperté sobresaltada a las ocho y cuarto, desorientada y con la sensación de haber perdido todo el día. Quería hablar con

Ava, la de Wood/Warren, en cuanto abriesen la fábrica, lo cual significaba que tendría que saltarme la sesión de *jogging*. Y no iba a tener más remedio que acostumbrarme al miedo latente que se me había metido en los huesos. El ejercicio es la mejor medicina para estas cosas. Recelaba que, sin la sesión de *jogging*, la ansiedad aumentaría. Me arrastré hasta la ducha, me vestí, preparé a toda prisa una cafetera de café fuerte, la vacié en un termo y me fui bebiendo el brebaje mientras recorría los 16 kilómetros que había hasta Colgate.

No se esperaba la llegada de Lance hasta pasadas las diez, y a Terry le habían concedido unos días de vacaciones, pero Ava estaba ante su mesa con cara de circunstancias y de muy pocos amigos. Se había arreglado la uña rota, que había cambiado del rojo ofensivo al malva, y en la punta de todas ellas se había pintado un acento circunflejo de color marrón oscuro. Llevaba un jersey morado con una franja transversal roja que resultaba mareante.

—Ayer le dejé mi tarjeta. Esperaba que me llamase —dije, tomando asiento en la silla metálica que había junto a su mesa.

—Disculpe. Estamos sobrecargados de trabajo. —Me miró con fijeza. De sus facciones desapareció la dureza y en su lugar vi preocupación. La señora se sentía comunicativa—. Esta mañana he oído en la radio lo de Lyda Case. No comprendo lo que ocurre.

—¿La conocía usted?

—No mucho. Habíamos hablado un par de veces por teléfono, pero yo también estuve casada con un hombre que se suicidó y sé lo deprimente que puede ser.

—Sobre todo cuando no es posible averiguar la verdad —dije—. ¿Sabía que todo el trabajo que estaba haciendo en el laboratorio desapareció al cabo de unos días?

—Sí, eso dijeron, pero no sabía que fuese cierto. El suicidio es difícil de aceptar. La gente hace cosas que no quiere. ¿Qué le pasó a Lyda? La radio solo dijo que habían encontrado su cadáver. No puede usted imaginarse cómo me sentí. Es horrible.

Se lo conté, casi sin escatimar detalle. Por lo general los trivializo, ya que no me gusta satisfacer el ansia que siente la mayoría por los pormenores escabrosos de las muertes violentas. En el caso de Ava, me pareció que la realidad de la situación podía contribuir a aflojarle la lengua. Me escuchaba con malestar, con el nerviosismo pintado en sus ojos oscuros.

—¿Le importa que fume? —preguntó.

—En absoluto. Adelante.

Abrió el último cajón del escritorio y sacó el bolso. Las manos le temblaban mientras sacaba un Winston del paquete y lo encendía.

—He intentado dejarlo, pero no puedo. Al venir pasé por el estanco y compré un paquete. Me fumé dos en el coche.

Dio una calada profunda. Uno de los ingenieros miró a su alrededor cuando el humo llegó a su mesa de dibujo. Como Ava estaba de espaldas, no vio su gesto de fastidio.

—Volvamos a la muerte de Hugh —dije.

—Es poco lo que puedo decirle. Entré a trabajar en la empresa unas semanas antes de su muerte, así que apenas le conocía.

—¿Había antes otro jefe de personal?

Negó con la cabeza.

—Yo inauguré el cargo, lo que quiere decir que esta oficina era un desastre. Nadie hacía nada. Los expedientes por clasificar llegaban hasta aquí. Solo había una secretaria. Heather era la recepcionista, pero del trabajo cotidiano se encargaba el mismo Woody o uno de los ingenieros. Tardé seis meses en ordenarlo todo. Los ingenieros pueden ser obsesivos, pero no cuando se trata de ordenar papeles.

Dio otra calada y sacudió la ceniza que se había acumulado en la punta del cigarrillo.

—¿Cómo era el ambiente entonces? ¿Había tensiones? ¿Discusiones de trabajo? ¿Alguna pelea, de la clase que fuese?

—Que yo sepa, no. Woody había pujado en una subasta de la administración y nos estábamos preparando.

—¿Y qué suponía eso?

—El trabajo típico de oficina. Formularios que rellenar, certificados, cosas así.

—¿Qué pasó con la subasta?

—Nada. No obtuvimos la contrata. Woody sufrió un ataque al corazón, falleció y Lance se olvidó del asunto.

—¿Por qué se pujaba exactamente? Puede que tenga algo que ver.

—Ya no me acuerdo. Espere un momento. Lo preguntaré.

Se volvió y oteó la oficina. John Salkowitz, que al parecer se dirigía a la parte trasera de la fábrica, la cruzaba en aquel momento; llevaba una fotocopia en la mano.

—¿John? ¿Puedo hacerte una pregunta relacionada con la empresa?

Cambió de rumbo para dirigirse hacia nosotras. Al percatarse de mi presencia puso cara de preocupación.

—¿Qué le ha pasado a Lyda Case? Mi mujer acaba de llamar y me ha dicho que han hablado de ella en las noticias.

Le conté una versión resumida y le expuse lo que me interesaba saber.

—Todavía no sé cómo relacionarlo con lo de Lance, pero tiene que haber una conexión por algún lado.

—Lo de acusarle de estafar a la compañía de seguros no irá en serio, ¿verdad?

—Eso parece. A mí también me acusan, dicho sea de paso.

—Es horrible —dijo—. Bueno. No veo qué relación puede tener con la contrata por la que pujamos, pero la pondré al corriente. Recibíamos un periódico comercial que se llamaba *Commerce Daily* y que publicaba la administración. Hugh se encargaba de buscar contratas por las que pudiéramos pujar. En el apartado de equipos calefactores vio que se aceptaban ofertas a propósito de un horno para procesar berilio; sirve para fabricar bombas nucleares y combustible para cohetes. Es un trabajo peligroso. Habríamos tenido que construir un sistema de ventilación totalmente nuevo para acondicionar la empresa, pero si lo hubiéramos hecho, habríamos estado preparados para pujar por futuras contratas. En opinión de Woody, valía la pena invertir en la reconversión de la maquinaria. No todos estábamos de acuerdo con él, pero era hombre astuto y había que confiar en su instinto. En cualquier caso, nos interesaba.

—¿Cuánto le habría costado a la compañía?

—Un cuarto de millón de dólares. Quizá medio millón. A largo plazo más, desde luego, si queríamos pujar por contratas futuras.

—¿En qué situación estaba la oferta de la compañía cuando murió Hugh?

—No lo sé. Supongo que estaríamos gestionándola. Sé que había ido a Los Ángeles para recoger los documentos. Como la subasta la había convocado el Ministerio de Defensa, teníamos que acreditar tanto la transparencia de la empresa como la del personal. La muerte de Hugh no cambió mucho las cosas, pero cuando encima se murió Woody, nos desanimamos.

—¿Habría podido continuar la empresa con el proyecto tras la muerte de ambos?

—Seguramente, pero Lance acababa de tomar el timón y no daba pie con bola. Supongo que perdimos la oportunidad, pero la cosa no pasó de ahí. Éramos una empresa insignificante. No habríamos podido pujar a la baja, por lo tanto todo es pura especulación.

—¿Y qué ha pasado con las subastas desde entonces?

—Es una faceta a la que no hemos prestado mucha atención. En la situación actual, estamos desbordados de trabajo la mitad del tiempo.

La miré estupefacta.

—¿Y no cree usted que eso es importante?

—Si lo es, ignoro en qué sentido.

—Gracias por dedicarme su tiempo. Quizá vuelva a necesitarle.

—Desde luego —dijo.

Ava y yo estuvimos charlando un rato, pero la conversación no tuvo mayor interés, excepto por un detalle. Dijo de pasada que Ebony había estado en el entierro de Hugh Case.

—Creía que estaba en Europa, casada con un *playboy* llamado Julian.

—Y allí estaba, pero los dos venían a Estados Unidos cada seis meses, más o menos.

—¿Cuánto tiempo estuvo en Santa Teresa? ¿Lo sabe usted?

Había puesto cara inexpresiva.

—No sabría decirle. Llevaba muy poco tiempo aquí para saber qué era o dejaba de ser normal en esa familia.

—Quizá pueda averiguarlo —dije—. Gracias por su ayuda.

Me di de puntapiés mientras volvía a la ciudad. Había supuesto equivocadamente que ni Ebony ni Bass habían tenido algo que ver con la muerte de Hugh, ya que ambos se encontraban entonces fuera de Santa Teresa; Ebony en Europa y Bass en Nueva York. En ese momento no estaba segura. Paré junto a una cabina telefónica y llamé a casa de los Wood. Se puso la criada. Yo quería hablar con cualquier miembro de la familia, pero por lo visto no iba a ser fácil. La señora Wood estaba descansando y había dado orden de que no se la molestara. Ebony y Ashley habían ido a la marmolería a mirar lápidas para la tumba de la señorita Olive. Bass volvería en cualquier momento. ¿Tendría yo la bondad de dejar mi nombre y número de teléfono? Opté por darle largas en esto. Dije que volvería a llamar y colgué sin identificarme. Busqué más calderilla en el bolso y llamé a Darcy, a la oficina. Nada nuevo tenía para contarme. La puse al tanto de mis últimas averiguaciones y nos lamentamos brevemente de los espacios en blanco que estábamos tratando de rellenar. Dijo que me dejaría un mensaje en el contestador si sucedía algo. «Una posibilidad entre un millón», pensé.

Volví al coche y me senté en el bordillo de la acera. Vertí en el vaso del termo el café caliente que quedaba y me lo tomé a sorbos. Me estaba acercando a la verdad. Lo notaba en los huesos. Me sentía como si estuviera dando vueltas y los círculos se fueran estrechando a medida que me aproximaba al centro. A veces bastaba un pequeño tirón para que todo encajara. Pero era difícil mantener el equilibrio, y si el tirón era demasiado violento podía pasar por alto lo evidente.

Tampoco tenía que sacudir tantos árboles. Enrosqué el vaso en la boca del termo y lo arrojé al asiento de atrás. Puse el coche en marcha y volví a Santa Teresa. Quizá la amante de Andy había tenido noticias suyas. Podría ser útil. Quince minutos después estaba en la puerta de su casa, llamando con educación. No sabía si trabajaba o no. Estaba en casa, pero cuando abrió la puerta no pareció emocionarse mucho al verme.

—Hola —dije—. Todavía estoy buscando a Andy y pensé que a lo mejor había sabido usted algo.

Negó con la cabeza. Hay personas que creen que pueden mentirme de esa manera, sin expresar la mentira con palabras. Parece que forma parte de una creencia general: si no se miente en voz alta, no se va al infierno.

—¿En ningún momento se ha preocupado de hacerle saber que está bien?

—Acabo de decírselo, ¿no?

—Qué raro —comenté—. Tenía la esperanza de que le enviase una nota o que le diera un toque por teléfono.

—Pues no —dijo.

Nos quedamos un momento en silencio. Aquella mujer estaba impaciente por cerrar la puerta y perderme de vista.

—¿Cómo consiguió el cliente? —preguté.

—¿Qué cliente?

—Wood/Warren. ¿Conocía mucho a Lance o a algún otro miembro de la familia?

—Lo ignoro. Además, Andy es el director de reclamaciones. Que yo sepa, no fue él quien vendió la póliza.

—Ah. No sé por qué, pero yo pensaba que sí. Me pareció verlo en uno de los formularios que procesamos. Puede que fuera cliente suyo antes de que lo ascendieran a director de reclamaciones.

—¿Suele ir por ahí haciendo preguntas? —dijo en tono cortante.

—Oh, bueno, en realidad no. ¿Conocía Andy personalmente a alguno de los Wood? Eso creo que no me lo ha dicho.

—¿Cómo quiere que sepa yo a quién conocía?

—Solo era una idea —dije—. Me choca que no esté usted preocupada. Hace..., ¿cuatro días?, que no tiene noticias de él. Yo estaría con los nervios de punta.

—Supongo que esa es la diferencia que hay entre las dos —dijo.

—Puede que vaya otra vez a su casa. Nunca se sabe. A lo mejor ha vuelto para recoger la ropa y el correo.

Se me quedó mirando. Estaba claro que no teníamos más que decírnoslo.

—Bueno, me voy con viento fresco —dije con jovialidad—. Ha sido usted muy amable.

Su despedida fue parca. Una sencilla frase de cuatro vocablos: que me fuera a un sitio que empezaba por « m ». Se conoce que su mamá no le había enseñado a ser una señora; a mí tampoco. Decidí regresar al domicilio de Andy porque, la verdad sea dicha, no se me ocurría algo mejor que hacer.

Me dirigí a la comunidad de propietarios donde vivía Andy, contenta porque no iba a tener que redactar el acostumbrado informe que resumía los acontecimientos de la jornada. La cosa es que no había preparado plan ni estrategia algunos con los que orientar el caso. Tampoco tenía el menor indicio informativo sobre lo que estaba pasando en realidad. Así pues, iba de un extremo a otro de la ciudad más bien a ciegas, con la esperanza de encontrar lo que fuese. Por otra parte, no quería volver a mi casa, en cuya puerta imaginaba que estarían ya los gendarmes con una orden de detención. Andy era uno de los eslabones perdidos. Una persona, quienquiera que fuese, había ideado un plan perfecto para desacreditar a Lance y eliminar a dos ingenieros clave de Wood/Warren. Andy había facilitado la trampa incriminadora, pero, una vez que Olive había abandonado el mundo de los vivos, sin duda había decidido, por su parte, abandonar la ciudad. Si conseguía demostrar que había una conexión entre Andy Motycka y la persona que le había metido en el asunto, probablemente estaría en situación de adivinar el desenlace de la historia.

Las puertas electrónicas de The Copse estaban abiertas y las crucé sin que se me echaran encima perros rabiosos ni guardias jurados. Una señora alta y rubia, ataviada con un chándal, paseaba a un caniche de color albaricoque, pero ni se fijó en mí. Aparqué el coche en la plaza que Andy había dejado vacía. Troté hasta el rellano del primer piso y entré con la llave que, a raíz de mi primera visita, sabía que estaba sobre el dintel de la puerta principal. Confieso que nada más cruzar el umbral olisqueé el aire con aprensión, por si Andy hubiera acabado igual que Lyda Case. El piso olía bien y el polvo que se había acumulado en las estanterías vacías confirmaba que nadie había estado allí en los últimos días.

Efectué una inspección rápida del lugar para asegurarme de que estaba totalmente vacío. Abrí la puerta corredera de la parte de atrás, eché un vistazo a los dormitorios y volví a la sala de estar para descorrer las cortinas de la fachada. Me puse a curiosear con ayuda de la luz del sol. Andy vivía en unas condiciones tan espartanas que la casa tenía que parecer vacía incluso con Andy en ella. El

abandono, sin embargo, producía en ese momento la misma impresión que un garaje sin vehículos; la moqueta estaba cubierta de papelitos. En situaciones semejantes siempre echo de menos lo evidente: mensajes cifrados, facturas de motel, rutas comentadas que informan sobre el posible paradero de los desaparecidos. Los pedacitos de papel que alfombraban el suelo nada tenían que ver con los ejemplos de más arriba y no aumentaron mis conocimientos sobre el caso después de ponerme a cuatro patas para leerlos. La investigación privada es un oficio lleno de situaciones humillantes.

Habían vaciado el botiquín del cuarto de baño. El champú, el desodorante y los trastos de afeitar habían desaparecido. Andy, dondequiera que estuviese, olería bien y estaría recién afeitado. También había desaparecido toda la ropa sucia de su dormitorio y las cajas de plástico azul se habían vaciado. No habían dejado más que un calzoncillo barato, con chabacanos signos de admiración estampados en púrpura. Siempre me ha llamado la atención la ropa interior de caballero. ¿Qué mujer sería capaz de adivinar que debajo del sobrio traje de tres piezas se esconden tales adminículos? Andy se había dejado la bicicleta, el remo gimnástico y las cajas de embalar sobrantes. Unas sábanas mal dobladas en el armario y una caja de pizzas pequeñas en el frigorífico. Se había llevado la botella de aguardiente y las barritas de Milky Way, previendo tal vez que la vida al volante iba a ser una sucesión de chocolatinas y cogorzas.

La mesa camilla seguía en su sitio, coronada por el contestador automático y rodeada con el mayor desorden por las sillas playeras de metal, como si hubiera estado con unos amigos, invitados a compartir con él un banquete a base de congelados de régimen. Tomé asiento, apoyé los pies en la silla contigua e inspeccioné el improvisado despacho de Andy. Había dejado unos lápices, un tubo líquido corrector ya pastoso y un puñado de facturas pendientes de pago. Advertí que el contestador automático era de la misma marca que el mío. Alargué la mano y abrí el casillero lateral donde se apuntan los teléfonos de uso más frecuente. De las dieciséis casillas con que contaba, solo se habían rellenado seis. Andy tenía un cerebro rebosante de imaginación. Bomberos, Policía, La Fidelidad de California, su exmujer, una tienda de bebidas alcohólicas y una casa de pizzas que las entrega a domicilio sin recargo.

Me quedé mirando la minipantalla del contestador, pensando en las características de aquel modelo. Con no poca cautela, apreté el asterisco que había junto al botón del 0. En el mío, el * vuelve a marcar el último número al que se ha llamado. El suyo hizo lo mismo mientras emitía una serie de notas musicales y en la pantalla aparecía el número en verde. Me resultaba lejanamente conocido y tomé nota de él. Comenzaron los timbrazos. Tres. Cuatro.

Lo cogieron. Oí un zumbido, hubo una pausa y al otro extremo de la línea se activó otro contestador automático.

«Hola. Este es el número 555-3282, le habla Olive Kohler. En este momento no podemos atenderle. He tenido que ir al supermercado, pero estaré de vuelta hacia las cuatro y media. Si quiere dejar un recado y dar su número de teléfono, le llamaré en cuanto vuelva. Si llama para confirmarnos su asistencia a la fiesta de Nochevieja, diga su nombre y ya nos veremos esta noche. Adiós» .

El corazón me latía con fuerza. Desde la muerte de Olive, no se había cambiado el mensaje y era como si ella volviese a estar allí, inmovilizada para toda la eternidad en el 31 de diciembre, grabando un mensaje antes de ir al supermercado para comprar lo que hiciese falta para la fiesta que no iba a celebrarse.

Con espíritu perverso, apreté otra vez el botón del asterisco. Cuatro timbrazos y Olive volvió a responder con una voz tan hueca como llena de vida. De nuevo estaba a punto de salir a comprar, de nuevo solicitaba el nombre, el teléfono y el recado del interlocutor. «Adiós», repitió. Podía llamar cientos de veces y cientos de veces diría «Adiós» sin sospechar hasta qué punto era definitiva la despedida.

De modo que la última llamada de Andy había sido para Olive, pero ¿con qué objeto? La memoria me dio un zarpazo. Vi, como en cámara rápida, a Olive en el momento de abrir la puerta principal de su casa, a Olive, cargada con las bolsas de la compra y con el paquete bomba, dirigido a Terry, encima de ellas. En el instante de abrirse la puerta se había puesto a sonar el teléfono; por eso se había desembarazado del paquete con precipitación. Puede que Andy supiera que el paquete se encontraba en el umbral y que hubiera llamado para advertirles.

Salí de la casa, subí al coche y volví a la ciudad, sin detenerme más que para engullir un plato combinado. Mi siguiente objetivo lógico era la casa de los Kohler, pero sentí una descarga de ansiedad en cuanto me adentré en el camino de acceso. Como es natural, no había estado allí desde la explosión de la bomba y no me entusiasmaba la idea de revivir la experiencia. Aparqué delante mismo y crucé con aprensión el espacio vacío del seto donde antes estuviera la puerta. Solo había quedado en pie el marco metálico, doblado por donde la onda expansiva había arrancado de las bisagras la maciza puerta de madera. Había sitios donde la explosión había dejado los arbustos completamente sin hojas.

Me acerqué a la casa. El hueco donde estuviera la puerta principal lo habían cerrado con tablas de conglomerado y listones. Una de las columnas del porche se había partido por la mitad y en su lugar habían puesto una viga gruesa. El sendero de la entrada estaba chamuscado, con islotes de césped renegrido. Habían puesto caballetes y rótulos que recomendaban utilizar la puerta trasera. Volví a percibir el penetrante aroma de las cebollitas en vinagre que se habían desparramado por el jardín como un collar de perlas.

Una fuerza desconocida me obligó a mirar el lugar donde Olive había aterrizado, convertida en un montón de carne ensangrentada. Recordé entonces

que, puesto que iba tan cargada, me había ofrecido a llevarle el paquete. Su negativa me había salvado. La muerte nos roza en ocasiones de este modo, con un guiño, un ademán y la obscena promesa de que volverá a visitarnos en otra ocasión. Me pregunté si Terry se sentiría tan culpable como yo por el hecho de que Olive hubiera muerto en nuestro lugar.

Me di cuenta de que contenía la respiración y abrí los brazos igual que un atleta en mitad de la carrera mientras avanzaba hacia la parte posterior del edificio. Llamé a la puerta trasera y me hice pantalla con las manos mientras pegaba la nariz al cristal para ver si Terry o el ama de llaves se encontraban en casa. No parecía haber nadie. Aguardé y volví a llamar. En el ángulo inferior derecho de la ventana de la cocina había una pegatina de una empresa de alarmas antirrobo; en la parte inferior había una frase que decía «Alarma conectada». Retrocedí para tener una perspectiva más amplia. En la tapa de la alarma había una luz roja encendida. Si la luz hubiera sido verde, cualquier ladrón habría sabido que podía ponerse a trabajar sin peligro. Saqué una tarjeta del bolso y garabateé unas palabras para decir a Terry que me llamase en cuanto volviera. Subí al coche y puse rumbo a la casa de los Wood. O mucho me equivocaba o Terry estaba aún allí.

La luz vespertina bañaba la deslumbrante fachada blanca. El césped estaba recién cortado, tan denso y verde como una alfombra de lana. El océano, al otro lado de los peñascos, era de un azul marino intenso y las cabrillas que rizaban la superficie señalaban la presencia del fuerte viento que agitaba las aguas. A mi espalda soplaban el viento tórrido del desierto y las palmeras se sacudían sin parar allí donde los dos coincidían. El pequeño deportivo rojo de Ash estaba aparcado en el sendero circular, al lado de un BMW. No vi el menor rastro del Mercedes de Terry. Rodeé el edificio para acceder al largo y achaparrado porche que daba al mar y llamé al timbre.

Me abrió la criada y me dejó en el vestíbulo mientras iba a buscar a la señorita Ebony. Yo había preguntado por Ash, pero tampoco estaba el horno para bollos. Habría dado cualquier cosa por tener una teoría, pero seguía dando palos de ciego. Ya no podía estar muy lejos de la verdad, pero seguía sin tener una idea clara de la solución. Dadas las circunstancias, solo se me ocurría insistir, machacar, repetir los pasos que ya había dado. Bass era el único de la familia a quien quería eludir. No es que a esas alturas me importase, pero una tiene su orgullo. ¿Hay alguna mujer en el mundo a quien le guste charlar con el amante de su exmarido? Tenía que tener cuidado, no fuera que el resentimiento me obnubilase y me impidiera descubrir qué papel jugaba en el asunto.

—Hola, Kinsey.

Ebony estaba al pie de la escalera, preparada, sin que se le reflejase la menor emoción en el pálido rostro ovalado y de cutis tan liso como una cáscara de huevo. Llevaba un vestido negro de seda, de cuerpo entallado como una blusa,

que le realizaba los hombros anchos, las caderas lisas y las piernas largas y bien torneadas. Los zapatos rojos que calzaba tenían unos tacones de diez centímetros por lo menos. Se había depilado los pómulos. Las manchas rojas que lucía en las mejillas se debían a la tensión y no a la buena salud que tradicionalmente significan. En la mitología familiar, Ebony era la buscadora de emociones fuertes, la adicta a los deportes peligrosos: practicaba la caída libre, esquí con helicóptero y escalaba la pared lisa de las montañas más difíciles. Puede que, en la dinámica familiar, estuviese destinada a vivir temerariamente, del mismo modo que Bass vivía rodeado de vanidad, ocio y caprichos.

—Quiero hablar contigo —dije.

—¿De qué?

—De la muerte de Olive —y añadí—. Lyda Case también ha muerto.

—Sí, ya me lo ha dicho Bass.

Esbocé una sonrisa amarga.

—Oh, Bass. ¿Cómo es que se ha metido en esto? No sé por qué, pero tengo la impresión de que llamaste a Nueva York para hablar con él.

—Es verdad.

—Ebony, eso es jugar sucio.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Tú tienes la culpa.

—¿Yo?

—Te pregunté qué pasaba y no quisiste decírmelo. Es mi familia, Kinsey. Tengo derecho a saberlo.

—Entiendo. ¿Y a quién se le ocurrió involucrar también a Daniel?

—A mí, pero fue Bass quien lo buscó. Estuvieron liados hace años, hasta que Bass cortó. Pero quedaba algún rescoldo pendiente. Daniel se volvió loco de alegría y no tuvo inconveniente en secundarle; era una oportunidad para reavivar el fuego.

—Y durante la operación me traicionasteis —dije.

Esbocé una ligera sonrisa, pero siguió mirándome con seriedad.

—Si te hubiéramos consultado, habrías dicho que no. Algo pendiente debías de tener tú también, de lo contrario no habrías picado tan fácilmente.

—Eso es verdad —dije—. Fue una maniobra inteligente. Dios, me engañó como a una tonta. Os lo habrá contado todo, ¿no?

—Todo no.

—¿De veras? ¿Os falló el plan? ¿Quedó algún detalle en el aire?

—Aún no sabemos quién mató a Olive.

—Ni a Lyda Case —dije—, aunque es probable que el motivo no haya sido el mismo. Sospecho que de algún modo adiviné lo que estaba pasando. Puede que volviera a mirar los papeles de Hugh y encontrase algo significativo.

—¿Por ejemplo?

—Eh, eh, si lo supiera, seguramente sabría también quién la ha matado, ¿no crees?

Se removió con inquietud.

—Tengo cosas que hacer. ¿Por qué no me dices lo que quieres?

—Veamos. Mientras daba vueltas por la ciudad se me ocurrió que podía ser interesante saber quién va a heredar las acciones de Olive.

—¿Qué acciones?

—El diez por ciento que le da el derecho al voto. Está claro que no pensaba dejárselas a alguien ajeno a la familia. ¿A quién se las ha legado entonces?

Advertí que por una vez se ponía nerviosa en serio. El rubor que le tiñó las mejillas parecía real.

—¿Tanta importancia tiene? La bomba iba dirigida a Terry. Olive murió por casualidad, ¿no?

—No lo sé. ¿Murió por casualidad? —retruqué—. ¿Quién se beneficiaba con su desaparición? ¿Tú? ¿Lance?

—Ash —dijo una voz—. Olive dejó su paquete de acciones a su hermana Ashley.

La señora Wood estaba en lo alto de la escalera. Levanté la vista y vi que se sujetaba a la barandilla para acercar la silla de ruedas con el cuerpo tembloroso a causa del esfuerzo.

—Madre, no tienes por qué preocuparte por estas cosas.

—Yo creo que sí. Ven a mi cuarto, Kinsey.

La señora Wood desapareció.

Miré a Ebony, la aparté con el codo al pasar y subí.

Nos acomodamos en la habitación, junto a las puertaventanas de vidrio que comunicaban con un balcón que daba al mar. El viento impregnado de sal agitaba los visillos. Los muebles del dormitorio eran negros y antiguos, una nutrida colección de reliquias que ella y Woody habían conservado porque pertenecían sin duda a su primera época de casados: un tocador con desconchados en el barniz, un juego de lámparas deformes con pantalla de seda granate. Me recordó esas tiendas de artículos de segunda mano que tienen el escaparate lleno de cachivaches de otras personas. En aquel dormitorio nada merecía el calificativo de «coleccionable» y menos aún el de «antigüedad».

Tomó asiento en una mecedora tapizada con crin, deshilachada y raída, cogiéndose del tejido de los brazos del mueble. Tenía un aspecto espantoso. La muerte de Olive le había pasado una mano de cal por la piel de la cara y tenía las mejillas moteadas de manchas biliosas y surcadas de venas. Parecía haber adelgazado en los últimos días, la carne le colgaba formando pliegues en la mitad superior de los brazos y los huesos se le transparentaban como en una clase de anatomía con cadáveres vivos. Hasta las encías se le habían encogido como si el envejecimiento se le hubiera vuelto tan perceptible como en una foto con exposición a intervalos. Parecía atribulada por una emoción todavía inconcreta que le hubiera enrojecido los ojos y borrado el brillo. Estaba convencida de que no sobreviviría al desenlace, fuera este cual fuese.

Había avanzado con torpeza por la habitación, con la silla de ruedas que en ese momento sujetaba con mano temblorosa.

Yo había tomado asiento junto a ella, en una silla de respaldo recto.

—Usted está al tanto de lo que sucede, ¿verdad?—dije en voz baja.

—Me temo que sí. Tendría que haber hablado antes, pero esperaba que en el interin se demostrara lo infundado de mis sospechas. Creía que habíamos sepultado el pasado. Creía que habíamos avanzado. Pero no es así. No hace falta sembrar más vergüenza. El mundo ya es vergonzoso de por sí —la voz se le quebró y le temblaron los labios mientras se debatía con alguna advertencia formulada en su interior—. Prometí a Woody que no volvería a hablar de ello.

—Tiene que hacerlo, Helen. Ya ha habido demasiadas muertes.

Un relámpago de vitalidad iluminó sus ojos oscuros durante un instante.

—Lo sé —dijo. La energía le duró poco, tanto como el chisporroteo de una cerilla cuando se enciende—. Hacemos lo que creemos oportuno —prosiguió—. Tratamos de conducirnos con justicia. Suceden cosas y procuramos salvar lo que queda.

—Nadie la acusa.

—Yo me acuso. La culpa es mía. Debí haber abierto la boca en el instante mismo en que las cosas empezaron a ir por mal camino. Sabía dónde estaba la relación, pero, estúpida de mí, me negaba a creerlo.

—¿Tiene que ver con Woody?

Negó con la cabeza.

—¿Con quién entonces?

—Con Lance —murmuró—. Con él empezó todo.

—¿Lance? —dije con desconcierto.

Era el nombre que menos esperaba oír.

—Pensamos que el pasado puede diluirse, que no va a tener fuerza suficiente para afectarnos después de tanto tiempo.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

—Uno de estos días hará exactamente diecisiete años —cerró la boca con fuerza y volvió a negar con la cabeza—. De adolescente era muy discoló, rebelde y retraído. Él y Woody se peleaban cada dos por tres, pero a todos los Jóvenes les ocurre. Lance estaba en una edad en que *era lógico* que quisiera afirmarse.

—Ash dice que por entonces tuvo un par de tropiezos con la ley.

Se removió con impaciencia.

—Siempre se metía en líos. Para desahogar los conflictos internos. Es lo que ahora se dice. Pero yo no pensaba que fuera un mal chico. Y no he cambiado de opinión. Pero tuvo una adolescencia problemática... —se interrumpió para tragar una profunda bocanada de aire—. No quiero andarme con rodeos. Lo hecho, hecho está. Woody lo mandó a la Academia Militar y luego ingresó en el Ejército. Apenas supimos de él hasta que se presentó aquella Navidad. Le habían dado permiso. Se había hecho mayor. Había madurado. A los dos nos trataba con serenidad y educación. Se interesó por la marcha de la empresa. Habló de licenciarse y aprender el oficio. Woody no cabía en sí de gozo.

Metió la mano en el bolsillo para sacar un pañuelo, que se llevó a los labios para limpiarse el rocío de sudor que se le había formado.

Hasta ahí nada me había dicho que yo no supiera.

—¿Y qué pasó?

—Aquel año..., cuando Lance volvió a instalarse en casa y todo iba bien..., aquel año..., fue el primero de enero. Recuerdo que me sentía muy contenta por

el buen cariz que habían tomado los acontecimientos. Entonces llegó Bass y nos contó una historia absurda. No sé, pero en mi interior creo que siempre le he responsabilizado a él. Fue quien lo estropeó todo. En el fondo todavía no le he perdonado, aunque a duras penas puede decirse que fuera culpa suya. Bass tenía trece años entonces. Era tímido. Ya sabía lo que era la maldad y disfrutaba practicándola.

«Aún lo hace», pensé.

—¿Qué les contó?

—Dijo que había sorprendido a Lance. Había venido directamente a contárnoslo con su típica mirada furtiva, fingiendo turbación cuando en el fondo sabía muy bien de qué se trataba. Woody no quiso creerlo al principio.

—Había sorprendido a Lance, ¿haciendo qué?

Se produjo una pausa y cuando volvió a hablar lo hizo en voz tan baja que no tuve más remedio que acercarme a ella.

—Le había sorprendido con Olive —murmuró—. Les había sorprendido a los dos. A Lance y a Olive. En la cama, en la habitación de ella. Olive tenía entonces dieciséis años y era adorable. Creí que me moría de vergüenza, de turbación y de asco. Woody se puso como loco. La rabia le devoraba. Lance juró que era inocente, que Bass se había confundido, pero negarlo era una insensatez. Creerle resultaba ridículo. Woody le dio una paliza espantosa. Pensé que iba a matarlo. Lance nos juró que solo había ocurrido una vez. Nos juró que nunca más le pondría la mano encima y cumplió su palabra. Sé que la cumplió.

—¿Fue entonces cuando metieron a Olive en el pensionado?

Asintió con la cabeza.

—¿Quién más se enteró?

—Nadie más. Solo nosotros cinco. Lance, Olive, Bass, Woody y yo. Ebony estaba en Europa. Ash supo que había pasado algo grave, pero nunca se lo dijimos.

Se produjo una pausa. Helen pasó la mano por el tejido deshilachado que cubría el brazo de la mecedora, para alisar las hebras que ella misma había estado estirando. Me miró. En sus facciones parecía haberse retratado la culpa, al igual que en la conducta de la perra entrada en años que ha orinado en un rincón que el amo no ha visto todavía. Aún había más, algo que no se atrevía a confesar.

—Cuénteme lo que falta —dije.

Negó con la cabeza mientras en las mejillas se le formaban manchas de color rosa.

—Vamos, Helen, cuéntemelo. Ahora carece de importancia.

—No, sigue teniéndola —murmuró.

Se había echado a llorar. Vi que se esforzaba por dominarse, por devolver las emociones al hermético receptáculo donde las había tenido escondidas durante todos aquellos años.

Esperé tanto que me dio la impresión de que no tenía intención de continuar. Las manos empezaron a temblarle con ritmo desigual, como si bailaran un *rock and roll* nervioso y desasosegado.

—Lance nos había mentido. Se habían estado viendo durante años. Woody nada supo de esto, pero yo lo sospechaba.

—¿Sospechaba usted que Lance abusaba de su hermana y no intervino?

—¿Qué podía decir? No tenía pruebas. Los mantenía alejados siempre que podía. Cuando él se fue al campamento de verano, ella se quedó con unos amigos que teníamos en Maine. Nunca les dejaba solos en la casa. Confiaba en que fuera una etapa, una relación que se extinguiría por sí sola. Pensaba que si lo sacaba a relucir..., ya no sé ni qué pensaba. Era nefando. Ninguna madre se pondría a hablar con su hijo de estas cosas. No quería sonsacarles y Olive desmentía cualquier sugerencia de anormalidad. Si me lo hubiera contado, yo habría tomado cartas en el asunto. Desde luego que lo habría hecho, pero nunca me dijo una palabra. Por lo que sé, pudo ser ella quien empezase la relación.

—¿Cuánto tiempo duró?

Me costaba lo indecible no emitir juicios, pero tenía miedo de que cerrara el grifo de las confidencias si se daba cuenta de la indignación que me bullía por dentro.

—Lance estaba obsesionado por ella casi desde la infancia. Tenía cinco años cuando nació Olive y al comprobar que no estaba celoso de ella, lo que son las cosas, sentí como si me quitaran un peso de encima. Hasta el nacimiento de Olive, Ebony había sido su única hermana. Lance había sido el pequeñín de la familia y me alegró mucho ver que la trataba con cariño. Seguramente empezó como la típica curiosidad infantil hasta que se convirtió en otra cosa. Terminó radicalmente cuando se les descubrió. Durante estos últimos años apenas podían estar juntos en la misma habitación, pero ya no había manera de reparar el daño. Olive tenía problemas muy serios.

—Problemas sexuales, supongo.

Asintió con la cabeza, las mejillas encendidas.

—Y depresiones muy fuertes que le duraban meses enteros. Lo único que hacía era correr, correr sin parar. Cualquier cosa que la alejara de sus propias emociones. Jugar, gastar dinero. Gastar dinero, jugar. Así vivía.

Repasé a toda velocidad lo que me había contado al tiempo que incorporaba al proceso los detalles secundarios que había ido sabiendo por mi cuenta.

—Olive me dijo que ella y Bass tuvieron un roce cuando él vino a Santa Teresa para el día de Acción de Gracias. ¿De qué se trató?

—Fue una tontería. Ni siquiera recuerdo de qué discutieron. Fue una de esas peleas absurdas que se organizan cuando se bebe demasiado. Bass estaba furioso y quería vengarse, pero por *nada* en concreto. El mal carácter, eso es todo.

La observé con atención y dejé la mente en blanco para que el significado de

toda la información recibida se filtrase a la superficie. Primero Lance, luego Wood/Warren, más tarde rumores de relevo y, por último, pruebas de estafa contra una compañía de seguros. Habían tendido una trampa a Lance y yo había caído en ella con todo el equipo. Al morir Olive pensaba aún que tenía algo que ver con la empresa, que había sido una casualidad. Se había hecho para que pareciera así, pero no era verdad. Fue como si la solución me diera una bofetada, tan evidente era cuando caí en la cuenta de lo sucedido.

—Mierda —dije—. Bass se lo contó a Terry, ¿verdad?

—Imagino —dijo Helen con voz apenas audible—. Creo que Terry no es como nosotros. No es bueno. No me parece un hombre honrado. Cuando se conocieron parecía... no sé, «anormal». Pero estaba loco por Olive.

—«Obsesionado», según dicen algunos —dije—. Besaba el suelo que ella pisaba.

—Sí, la adoraba, de eso no cabe la menor duda. Era precisamente lo que a ella le convenía y pensé que todo saldría bien. Olive había tenido desde siempre una opinión pésima de sí misma. Hasta que apareció Terry no había podido tener una relación estable con nadie. Pensé que merecía un poco de felicidad.

—Se refiere usted a que era una «mercancía estropeada», ¿verdad? Mancillada por lo que Lance había hecho.

—Bueno, *estaba* mancillada. ¿Quién sabe qué apetitos animales había despertado Lance en ella?

—No creo que fuera culpa de *ella*.

—Por supuesto que no, pero ¿crees que si se hubiera hecho pública la verdad la habrían mirado los jóvenes normales? Terry fue como un regalo del cielo.

—Y entre las dos decidieron no decirle nada a Terry.

—Nosotras nunca hablamos del tema —dijo con acritud—, así que difícilmente habríamos podido hablar con él. ¿Por qué sacar a relucir los problemas cuando todo iba perfectamente?

Me levanté con brusquedad, me acerqué al teléfono y marqué el número del teniente Dolan, de la Policía de Santa Teresa. La telefonista dijo que pasaba la llamada y esperé a que sonase el aparato de Dolan. Helen tenía razón. Lo hecho, hecho estaba. No tenía sentido acusar a Bass. En todo caso, la culpa la tenían Helen y Woody. Olive había muerto porque Helen había sido demasiado remilgada para afrontar la verdad.

—¿Dónde está Terry en este momento? —pregunté a Helen volviendo la cabeza.

Lloraba a moco tendido. Era un poco tarde para las lágrimas, pero me callé.

—Estuvo aquí hasta hace un rato. Ha vuelto a su casa.

Cuando Dolan se puso al habla, me identifiqué y le conté con pelos y señales todo lo que sabía.

—Voy a hacer que lo traigan para interrogarle —dijo Dolan—. Solicitaremos

una orden judicial para registrar su domicilio. En algún sitio tuvo que montar la bomba.

—Puede que lo hiciera en el trabajo.

—Lo comprobaremos —dijo—. Un momento —tapó el auricular con la mano y oí que ordenaba a alguien no sé qué. Volvió a ponerse al habla—. Escucha lo que hemos averiguado por aquí. Hicimos un análisis de las huellas que encontramos en el coche de alquiler en que se halló el cadáver de Lyda Case. Pertenecen a un sujeto que se llama Chris Emms y que hace veinte años fue acusado de haber matado a su madre adoptiva. La pulverizó con un paquete bomba enviado por correo. Tras el juicio, el jurado dictaminó locura temporal.

—Oh, mierda, entiendo. Entonces no fue a la cárcel.

—Exacto. Se le internó en el hospital estatal de Camarillo, de donde se fugó al cabo de año y medio.

—¿Y no lo cogieron?

—Desde entonces ha estado libre como un pájaro. He hablado con uno de los médicos del hospital y van a desenterrar los expedientes antiguos para ver qué más se sabe de este individuo.

—¿Pero estaba realmente loco o lo fingía?

—Un tío que hace una cosa así tiene que estar loco.

—¿Podrían comunicárselo a la familia en cuanto lo detengan?

—No te preocupes. Mandaré a alguien ahí mientras tanto por si se le ocurre volver.

—También convendría reforzar la seguridad en Wood/Warren. Puede que vaya en busca de Lance.

—Perfecto —dijo Dolan.

Y colgó.

Dejé a Helen acurrucada en la mecedora. Bajé en busca de Ebony y le conté lo que pasaba. En el momento de salir vi que subía la escalera para ver a su madre. De qué iban a hablar, no tenía ni la menor idea. Durante una centésima de segundo volvía ver a Olive surcando los aires rumbo al reino del olvido. No me podía quitar la imagen de la cabeza. Volví a casa con el ánimo por los suelos, un estado que se me había vuelto crónico durante las últimas jornadas. Estoy harta de revolver la mierda ajena. Harta de saber más de la cuenta acerca de los demás. El pasado nunca es agradable. Cuando se desentrañan los secretos nunca salen a relucir gestos nobles o actitudes desinteresadas. Jamás se remata una cosa con un apretón de manos o una conversación sincera. Raro es el día en que la humanidad no me parece una broma de mal gusto; y no sé cómo se espera que reaccionemos los demás.

Las quemaduras me escocían bajo las vendas, me quemaban con latidos insistentes y sordos. Me observé en el espejo retrovisor. Sin cejas y con el flequillo chamuscado tenía cara de susto, como si a esas alturas no estuviese

preparada para afrontar la conclusión del caso. Una verdad como un templo. No había tenido tiempo de procesar los hechos. Pensé en Daniel y Bass. Quería cerrarles las puertas mentalmente, pero en mi fuero interno era como un capitulo inacabado y no me gustaba la sensación. Quería esconderme, retirarme a descansar. Quería recuperar la paz de espíritu.

Crucé la puerta del jardín y al pasar recogí la correspondencia. Entré en el apartamento y tiré el bolso encima del sofá cama. Me moría de ganas de tomar un baño, aunque fuera simbólico. Solo eran las cuatro de la tarde, pero me frotaría con papel de lija y a continuación aporrearía la puerta del establecimiento de Rosie. Estábamos a martes y ya tenía que haber vuelto. La taberna de mi barrio suele abrir a las cinco, pero a lo mejor convenía a la propietaria de que me dejara entrar antes. Necesitaba una comida húngara de las pesadas, un vaso de vino blanco y un espíritu maternal que me regañara.

Me acerqué a la mesa y puse en marcha el contestador automático. No había mensajes. El correo era un puñado de cartas inútiles. Con algo de retraso me di cuenta de que la puerta del cuarto de baño estaba cerrada. Yo no la había dejado así al salir. Nunca lo hago. Mi apartamento es pequeño y la luz que entra por la ventana del cuarto de baño lo ilumina un poco. Me volví y se me erizaron los pelos de la nuca. El tirador se giró y la puerta se abrió de par en par. Aquel sector del cuarto estaba a oscuras, dada la hora, pero pude distinguir la silueta de una persona. La columna se me congeló y el frío se me transmitió a los miembros, que no tenía ni voluntad para mover. Terry salió del cuarto de baño y rodeó el sofá. En la mano derecha tenía una pistola con la que me apuntaba directamente al estómago. Las manos se me levantaron de manera automática, palmas hacia fuera, la típica actitud de rendición que las armas parecen inspirar.

—Oh, caramba, me has sorprendido —dijo Terry—. No esperaba estar aquí cuando volvieses.

—¿Qué haces aquí?

—Te he traído un regalo.

Señaló hacia la cocina.

Como en trance, me volví para ver lo que señalaba. En los mármoles había una caja de zapatos envuelta en papel navideño con varios JA JA JA estampados en blanco sobre fondo verde oscuro; sobre cada A cabalgaba un Rey Mago. En la tapa habían pegado un lazo de raso rojo, preparado de antemano. Sorpresa, sorpresa. Terry Kohler quería regalarme una caja llena de muerte.

—Muy bonita —me las arreglé para decir, aunque tenía la boca seca.

—¿No vas a abrirla?

Negué con la cabeza.

—Prefiero dejarla donde está. Si se estropeara, no me lo perdonaría.

—Tiene un reloj incorporado.

Desencajé la mandíbula, pero no conseguí pronunciar palabra. ¿Dónde habría

puesto la pistola? Tenía la cabeza totalmente en blanco. Me incliné sobre la mesa, apoyada en la punta de los dedos. Las bombas hacen ruido. Es un final rápido. Me aclaré la garganta.

—Perdona por haberte interrumpido —dije—. No quisiera que perdieras el tiempo por mi culpa.

—Me puedo quedar un ratito. Podríamos charlar y todo.

—¿Por qué quieres matarme?

—Me pareció una buena idea —dijo con amabilidad—. Pensé que preferirías despedirte de este mundo a lo grande y no... de ese otro modo que ya sabes.

—Me asombra que no lo hayas intentado ya con Lance...

—En el coche tengo un paquete para él que es exactamente igual que el tuyo.

«Seguramente en el bolso», pensé. La había puesto allí porque quería llevarla a una armería. Pero ¿y si la había metido en el maletín que tengo en el asiento trasero del coche? Si estaba en el coche, ya podía juntar las manos y poner cara de angelito.

—¿Te molesta que me siente?

Inspeccionó rápidamente la zona para asegurarse de que no iba a tener fusiles, vergajos ni cuchillos de carnicero al alcance de la mano.

—Por supuesto que no.

Me acerqué al sofá y me dejé caer sin quitarle los ojos de encima. Acercó la silla que había junto a la mesa y tomó asiento con las piernas cruzadas. Era un hombre de aspecto agradable, moreno y magro, tirando a esbelto. Nada en su comportamiento revelaba que estaba como un cencerro. «Pero ¿hasta qué punto está como un cencerro?», pensé. «¿Hasta qué punto se le puede abordar con la razón? ¿Me perdonaría la vida si le dejara practicar conmigo alguna perversión sexual? Seguro, ¿por qué no?».

Me costaba valorar la situación. Me encontraba en mi casa, donde, según la lógica convencional, debía estar a salvo. Ni siquiera era de noche. Tenía ganas de mear, pero seguro que le parecería otro truco. Os juro por Dios que tenía miedo de contarle mi necesidad. Parecía más aconsejable tratar de entablar conversación, una de esas conversaciones que se entablan para despertar la simpatía ajena.

—¿Cuánto falta?

Consultó la hora.

—Unos diez minutos. La bomba está preparada para estallar a las cuatro y media. Tu tardanza empezaba a preocuparme —dijo—. Podría cambiar la hora, pero es que no quiero estropear el envoltorio.

—Lo comprendo —dije.

Miré la hora en el reloj que tengo encima de la mesa: las cuatro y veintidós minutos. Notaba en la sangre el líquido secretado por las glándulas de la adrenalina. Terry no se mostraba inquieto.

—Estás muy tranquilo —observé.

Sonrió.

—Es que no estaré aquí cuando esa jodida cosa estalle. Estos cacharros son peligrosos.

—¿Y cómo me obligarás a que me quede? Tendrás que pegarme un tiro.

—Te ataré. Tengo una cuerda.

Advertí entonces que en el suelo de la cocina había una cuerda de tender la ropa.

—Has pensado en todo —dije.

Quería hacerle hablar. No quería que me atara porque entonces no tendría salvación. No podría echar a correr por sorpresa ni abrirme paso hasta la calle a fuerza de mamporros. Ni hacerme con un vaso roto para cortar las ligaduras. Ni cuchillos ni estratagemas ni milagros.

—¿Y si explota antes de tiempo?

—Sería una pena —dijo en son de burla—, pero ya sabes lo que dijo Dylan Thomas: «Después de la primera muerte no hay otra».

—¿Qué tenía que ver Hugh Case en todo esto? No te molestará que te lo pregunte, ¿verdad? Solo quiero saberlo para que me cuadre la información.

—No, si no me molesta. No tenemos otro tema de conversación. Cuando Woody pujó por cierta contrata de la administración, nombró a Hugh encargado de seguridad. Tenía que investigarnos a todos, pero el tipo se pasó de la raya. Formularios, entrevistas, preguntas y más preguntas. Se lo tomó realmente en serio. Al principio creí que se trataba de un juego, pero poco a poco me di cuenta de que sus preguntas eran cada vez más incisivas. Él sabía. Quiso tomarme las huellas dactilares, como es natural. Me hice el remolón todo lo que pude, pero era imposible negarse. Tuve que matarle para que no contase a Woody un montón de detalles sórdidos.

—Sobre tu madre.

—Madre adoptiva —me corrigió.

—¿No habría averiguado lo mismo cualquier otro?

—Se me ocurrió una manera de escurrir el bulto, pero para que funcionara tenía que quitarle de en medio.

—Pero en el fondo no sabías si te había descubierto o no.

—Oh, lo sabía, lo sabía, y él también. Destruí el fichero que guardaba en el trabajo, pero tenía una copia en casa. Se habló de filtraciones —dijo—. Se ha sabido hace muy poco.

—Lyda encontró la copia.

—Por culpa tuya. A raíz de tu viaje a Texas, se puso a revolver los papeles que había empaquetado y encontró todos los datos acumulados sobre Chris Emms. Lyda no sabía de quién se trataba, pero supuso que era alguien que trabajaba en la fábrica. Me llamó desde Dallas para decirme que poseía cierta

información que Hugh había descubierto. Le dije que me gustaría echar un vistazo a los papeles y la estimulé a que adivinase qué había que hacer con ellos. Me obligó a jurarle que no le diría nada a Lance, porque sospechaba de él.

—Estupendo —dije—. Entonces, sus amenazas... ¿te las inventaste?

—Premio.

—Y el día que esperamos en el Refugio de los Pájaros, ¿estaba ya muerta delante de mi casa?

—Esta vez te ha tocado el gordo —dijo.

—¿Cómo mataste a Hugh?

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Con cloral. Luego me dejé caer por el laboratorio y me llevé las muestras de sangre y orina para que no pudieran identificarlo.

—Qué temple —dije.

—Había que hacerlo y la razón estaba de mi parte. No podía permitirle que me estropease la vida. Lo que me cabreó fue que después supe que todo había sido inútil. Olive tenía un pasado tan lamentable como el mío. Ya no necesitaba protegerme. Habría podido negociar con ella, pecado por pecado, si me lo hubiera contado todo.

—Ahora que ha muerto, seguramente te sientes mejor. Supiste darle su merecido.

La cara se le ensombreció.

—Habría tenido que matar a Lance y dejarla a ella con vida. Yo habría sabido hacerla desgraciada.

—¿No la hiciste desgraciada?

—Bueno, sí, pero no lo suficiente. Ahora está fuera de circulación.

—Ella te quería —dije.

—¿Y qué?

—Tú sabrás. Me da la sensación de que el amor te trae sin cuidado.

Los ojos se me fueron solos al reloj. Las cuatro y veinticinco.

—Únicamente cuando se basa en mentiras y engaños —dijo piadosamente—. Habría tenido que contarme la verdad. Nunca me dijo lo que había sucedido. Hizo que creyera que yo era el único responsable de nuestra vida sexual. Me hizo creer que no servía cuando la culpa era de ella, desde el principio. A veces imagino a Lance con la boca pegada a la carne de Olive, babeándola como una sanguiuela, chupándola centímetro a centímetro. Qué asco.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—No tanto.

—¿Y Andy Motycka? ¿Cómo lo convenciste de que te ayudara?

—Con dinero y amenazas. El palo y la zanahoria. Janice le robaba todo lo que tenía. Le di diez de los grandes. Cada vez que se ponía nervioso, le recordaba que si me fallaba tendría muchísimo gusto en contarle a Janice lo de Lorraine.

—¿Cómo supiste que tenía una amante?

—Hace años que nos conocemos todos. Antes de que se casara con Janice, fuimos los cuatro juntos a la universidad. Fue después de adoptar mi nueva identidad, como es lógico. Una vez que tuve preparado el plan de ataque, no me costó mucho saber que era la persona ideal para colaborar conmigo.

—¿También lo has matado?

—Me habría gustado, ¿sabes? Ha ahuecado el ala, pero ya encontraré la manera de hacerle volver. No es muy listo.

A pesar de que me silbaban los oídos, habría jurado que oía el alegre tictac del mecanismo de relojería de la bomba. Me humedecí los labios.

—¿De verdad hay un reloj en el paquete? ¿Es así como funciona?

Se volvió a mirar los mármoles de la cocina.

—Es una bomba sencilla. La de Olive fue más complicada, pero es que tenía que explotar al recibir cualquier golpe.

—Es increíble que no me matara a mí también.

—Habría simplificado las cosas —dijo.

Entonces recordé que se había agachado para recoger la manguera que había en el sendero. Un pretexto para no estar al alcance de la onda expansiva. Empezaba a sentirme extrañamente libre. Quedaba poco tiempo, pero por lo visto se estiraba y dilataba como un chicle. ¿Y verdad que resultaba absurdo malgastar mis últimos minutos de vida hablando de naderías con el individuo que me iba a dar el pasaporte? Bueno, y ¿por qué no? Una vez más, me vi salir despedida del porche delantero de la casa de Olive mientras ella cruzaba el aire como un pájaro. Una muerte así apenas se siente. Lo que me aterraba era sobrevivir, quedarme paralítica y llena de quemaduras, vivir lo suficiente para ser testigo de mi propia desintegración. «Ha llegado la hora de hacer algo», pensé, «sin considerar las consecuencias». Cuando se está en peligro de muerte, ¿qué más se puede perder?

Fui a coger el bolso.

—Necesito un calmante. ¿Te importa?

Se había sobresaltado y agitó la pistola sin dejar de apuntarme.

—Déjalo donde está.

—Terry, tengo un ataque de nervios. Necesito un Valium. Átame después, si quieres.

—No —dijo con malignidad—. No lo toques. ¡Hablo en serio!

—Vamos. Déjame. A ti te es igual.

Cogí el bolso, abrí la cremallera y me puse a revolver lo que contenía hasta que toqué las cachas de marfil de la empuñadura de mi querida 32 y le quité el seguro. Terry no podía creer que le hubiera desobedecido, pero por lo visto no sabía qué decisión tomar.

En el momento en que se levantó le disparé a través de la base del bolso, a

una distancia de tres metros, sin el menor efecto visible. Dio un salto como si le hubiera echado aceite hirviendo en los calzoncillos, pero no vi sangre ni se desplomó en el suelo, como rogué que ocurriese. Por el contrario, dio un rugido de vitalidad y se lanzó sobre mí como un perro rabioso. Saqué la pistola del bolso para volver a disparar, pero se me vino encima y me arrastró al suelo con él. Vi que su puño corría a toda velocidad hacia mi cara y me eché a la derecha. El golpe me pasó rozando la oreja izquierda, y el oído me empezó a campanillar de dolor. Me arrastré hacia el sofá y me apoyé en él para incorporarme. No sabía adónde había ido a parar mi pistola, pero Terry me apuntaba ya con la suya. Cogí el bolso y lo balanceé. Le di en la cabeza. El golpe le hizo caer de lado.

Como me bloqueaba el camino de la puerta, eché a correr hacia el cuarto de baño. Cerré de un portazo nada más cruzar el umbral, eché el pestillo y me dejé caer al suelo. Disparó dos veces y los proyectiles atravesaron la puerta silbando como abejorros. No tenía escapatoria. La ventana del cuarto de baño estaba justamente en la línea de fuego y no veía cosa alguna con la que defenderme. Se puso a dar patadas, golpes tremendos que astillaban la puerta. Vi que atravesaba la hoja de madera con el pie y descargó otra patada. Metió la mano por el agujero y tanteó en busca del pestillo. Desgajé la tapa de la cisterna y le di un golpe. Lanzó un aullido y la mano desapareció a toda velocidad. Se puso a disparar otra vez mientras vomitaba obscenidades. De pronto apareció su cara por el agujero y me buscó con ojos desquiciados. El ojo de la pistola me observó con fijeza. Lo único que se me ocurrió fue protegerme con la tapa de la cisterna, sosteniéndola delante de mí como un escudo. El proyectil rebotó con un sonido metálico, pero el impacto fue tan fuerte que me arrebató la tapa de la cisterna y la partió en dos. Terry pateaba la puerta otra vez, aunque los golpes habían perdido ímpetu.

Le oí caer al suelo. Me quedé de piedra, aterrada, sin aliento. No había tiempo para comprobar si fingía o no. Quité el pestillo y empujé la puerta, pero no pude moverla. Me arrodillé y miré por el agujero. Estaba boca arriba y tenía la pechera de la camisa empapada en sangre. Por lo visto le había alcanzado al primer disparo, pero había tardado una eternidad en surtir efecto. La sangre le brotaba como si fuera un neumático gastado que ha sufrido un pinchazo. El pecho le subía y le bajaba como un fuelle. Por encima de su respiración jadeante distinguía el tictac del paquete como si fuera un reloj de péndulo.

—¡Apártate de la puerta! ¡Muévete, Terry!

No respondió. El reloj de mi escritorio señalaba las cuatro y veintinueve.

Empujé con todas mis fuerzas, pero no hubo manera de moverle. Tenía que salir de allí. Recorrí el cuarto de baño con ojos frenéticos y cogí uno de los pedazos de la tapa rota de la cisterna. Lo arrojé contra la ventana. La lluvia de cristales aterrizó en el patio, pero dejó unos cuantos puñales en el marco. Cogí

una toalla, la puse encima del alféizar sembrado de astillas y me aupé.

La onda expansiva me hizo salir por la ventana igual que Supermán. Aterricé en el césped con un golpe que me dejó sin aliento. Durante un segundo experimenté el terror de la inmovilidad, mientras me preguntaba si sería capaz de volver a respirar. Los escombros llovían a mi alrededor. Vi un pedazo de techo planear sobre mi cabeza igual que un platillo volante. Tembló, se agitó y cayó a plomo por entre las ramas de un árbol. Se levantó una nube de polvo blanco que se dispersó al instante. Alcé los ojos para mirar la pared que tenía a mis espaldas y que por lo visto había quedado incólume. El sofá cama había aterrizado en el sendero del jardín con los cojines desordenados. Encima de uno de los brazos estaba el bonito helecho aéreo como si hubiera saltado por sí solo para encaramarse allí. Toda la pared del frente de mi apartamento había saltado por los aires, el interior estaba hecho una ruina y todas mis pertenencias habían quedado destruidas. « Suerte que tengo pocas cosas en este mundo » , pensé.

Me había quedado sorda otra vez, pero ya empezaba a acostumbrarme. Por fin, con gran esfuerzo, me puse de pie y volví al interior para ver si quedaba algo de Terry.

Cuando Henry Pitts volvió a casa se encontró con un cráter donde había estado el inmueble que me alquilaba. Se mostró más consternado por lo que me había sucedido durante su ausencia que por los daños sufridos en la casa, que estaba asegurada. Ahora planea construirme otro estudio y anda ya en tratos con un arquitecto. Por suerte, se había salvado algo de ropa, mi vestido multiuso, por ejemplo, y mi chaleco preferido. ¿De qué podía quejarme? En cuanto fui capaz de andar me reincorporé al trabajo. Mac ordenó que se adecentara otra vez mi despacho de La Fidelidad de California para compensarme por la expulsión temporal. Andy Motycka fue despedido y acusado oficialmente. En la fiscalía del distrito probablemente se limitaron a borrar mi nombre y a insertar el suyo. Daniel se fue con Bass dos días después de la explosión. No puedo decir que lo lamente en exceso. Después de todo lo que había pasado, su traición se me antojaba insignificante.

Al repasar los hechos, advertí que quedaba un punto por aclarar. Hablé en privado con el teniente Dolan a propósito de los 5000 dólares que Terry había ingresado en mi cuenta. Me aconsejó que tuviera la boca cerrada y le obedecí.

Atentamente,
Kinsey Millhone



SUE TAYLOR GRAFTON, nacida en Louisville, Kentucky, el 24 de abril de 1940, es una escritora estadounidense autora de novelas detectivescas. Hija del novelista C. W. Grafton, se graduó en la Universidad de Louisville, donde obtuvo su título en Literatura inglesa. Además de sus libros, ha escrito para la televisión y para el cine, algunas de estas obras en colaboración con su marido desde hace más de veinte años, Steven Humphrey.

En 1982, tras trabajar como guionista de televisión en Hollywood, creo el personaje de la investigadora privada Kinsey Millhone, una especie de *alter ego*, para desquitarse de los disgustos del divorcio por el que estaba pasando, y dio comienzo a su magnífico *Alfabeto del Crimen*, ambientado en la ficticia ciudad de Santa Teresa en California.

Entre los premios recibidos por la escritora encontramos el Mysterious Stranger Award (1983), el Shamus Award (1986) y el Anthony Award (1987). En 2004, Grafton recibió el Premio Literario Ross Macdonald, dado a «una escritora californiana cuya obra supera el estándar de la excelencia literaria». En 2008 Grafton recibió el Cartier Dagger otorgado por la British Crime Writers' Association, y en 2009 el Grand Master Award entregado por Mystery Writers of America.

Notas

[1] En castellano en el original. (N. del T.) <<